

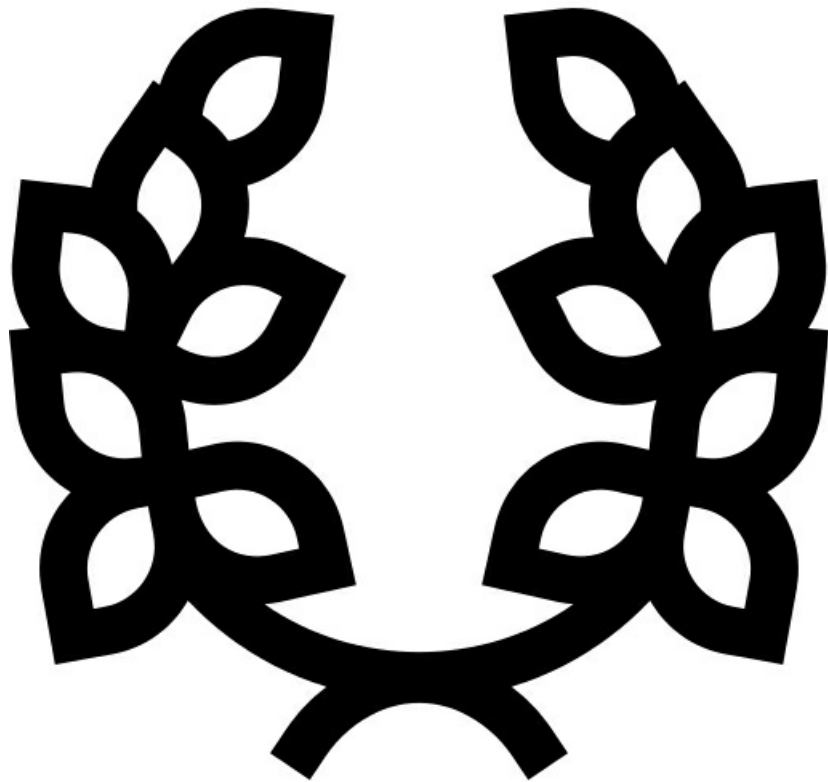
Proyecto Vaticano



Violant GG ♀ Edith Winter

PROYECTO VATICANO

VIOLANT G.G. Y EDITH WINTER



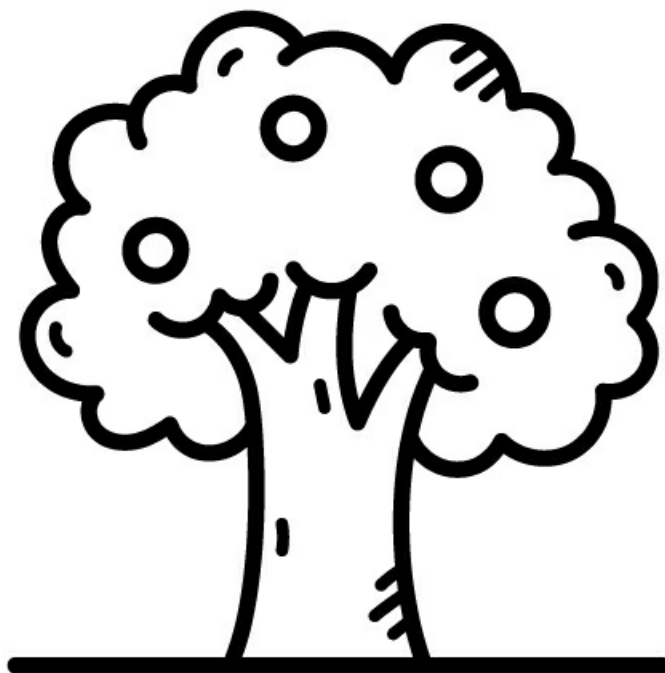
Copyright © 2024 VIOLANT G.G. Y EDITH WINTER

Reservados todos los derechos

Los personajes y eventos retratados en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es coincidencia y no es intención del autor.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse, almacenarse en un sistema de recuperación o transmitirse de ninguna forma o por ningún medio, electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o de otro tipo, sin el permiso expreso por escrito del editor.

Diseño de portada: Boro Martínez



PRÓLOGO

¿Bien o mal?

¿Cielo o Infierno?

¿Ángel o demonio?

Estas preguntas rondan nuestra mente en una batalla interior que jamás podremos ganar. No debemos engañarnos, ni dejar que otros lo hagan con cuentos y fábulas con los que solo pretenden llevarnos a su terreno, llenándonos de miedos y convirtiéndonos en dóciles corderitos. Hay una verdad oculta que no queremos ver, ya que eso nos demostraría la basura que es en realidad la humanidad.

Para que exista el bien, primero debe hacerlo el mal, no habría Cielo sin Infierno; todos somos mitad ángel, mitad demonio. Es algo que he aprendido a lo largo de los años y puedo demostrarlo.

Nos llenamos la boca alabando las cualidades del prójimo, pero cuando esas virtudes se interponen en nuestro camino no dudamos en injuriar, acusar y despreciar al que antes ensalzábamos. Mirad a María Magdalena, mano derecha de Jesús, conocida como «apóstola entre los apóstoles» y ha terminado pasando a la historia como una simple prostituta.

El cariño hacia nuestra familia es inquebrantable, lo es hasta que hay dinero, poder o responsabilidades de por medio, entonces da igual que sean tus padres, hermanos o hijos, tus buenas acciones quedan relegadas, dando paso a la avaricia, al egoísmo y a ese demonio interior que nos empeñamos en ocultar. Caín —con el que comparto algo más que el nombre— y Abel son buena muestra de ello.

La amistad es sincera y verdadera, siempre que obtengamos algún beneficio, porque cuando no es así vendes sin ningún escrúpulo al que hasta ese instante era tu compañero, sino mira a Judas, treinta monedas de plata bastaron para entregar al que era su maestro, amigo y casi hermano. Algo que, si dejáramos fuera la hipocresía en la que nos empeñamos en vivir, haríamos todos sin el menor remordimiento, por algo se dice que el dinero mueve el mundo.

Aseguramos admirar a la gente con poder, sin embargo, en la intimidad nos morimos de la envidia y maldecimos su suerte. Todos queremos ser superiores, manejar a los demás y dominar a los pobres ignorantes con pocas aspiraciones, para muestra Herodes, en vez de disfrutar de todo lo que tenía, pasó su vida intentando encontrar y asesinar al elegido, un simple campesino capaz de destruirle, y en su particular batalla terminó con la vida de cientos de personas, pasando a la historia como un pobre desgraciado, odiado por casi todos.

Y, por último, y no menos importante, el amor que se profesa a la pareja. Pura mentira. Amamos mientras nadie se cruza en nuestro camino, respetamos cuando no hay un nuevo interés y, somos leales y fieles siempre que la manzana del escaparate no sea mejor que la que descansa en nuestra despensa. Por algo Eva cambió el Edén y condenó al resto de la humanidad por el mundo que ahora conocemos. No fue la fruta ni la serpiente lo que la llevó a hacerlo, fueron su avaricia y el deseo y las ansias de poder.

Con los años he aprendido que todos somos títeres, manejables, usables y desechables, pero solo unos pocos tenemos la capacidad de verlo, actuar y, sobre todo, de obtener un beneficio, sin importarnos nada más. Llevar a cabo nuestro plan es lo que nos hace vivir y, aunque al mío he tenido que darle un pequeño giro, no descansaré hasta conseguirlo. Por él llevo años confabulando, buscando aliados y moviendo ciertos hilos que nadie es capaz de detener, porque ¿quién sospecharía de un buen siervo del Señor? Ya os respondo: nadie.

Soy intocable, respetado y admirable. Soy juez y verdugo, Cielo e Infierno, ángel y demonio, pero, sobre todo, puedo ser el mal personificado cuando alguien se interpone en mi camino.



CAPÍTULO 1

MILA

No puedo más, mi vida es un desastre, un despropósito y, por qué no decirlo, en días como hoy donde nada me sale bien, el universo parece ir en mi contra y ese número de teléfono no deja de llamar, una mierda. Me siento perdida, frustrada, enfadada, desanimada y hasta el mismísimo papo de todo. Pensé que al venir a esta maravillosa isla encontraría mi lugar, me sentiría segura, pasaría página y olvidaría esa maldita noche que lo cambió todo por completo; sin embargo, y para mi absoluta desgracia, nada de eso ha sucedido y lo que vi me sigue atormentando.

Nunca he sido de lanzarme al vacío, cometer locuras o arriesgarme, yo soy más de sentarme, meditar, trazar planes, hacer listas y ya si eso lo intento. Bueno, quien dice intentarlo, quiere decir ser arrastrada por las desequilibradas de sus amigas, pero vamos, que al final es lo mismo. Reconozco que soy algo indecisa, muy cuadrículada y puede que un poquito miedosa, y aunque muchas veces me gustaría cambiar para ser tan valiente como Valentina, segura como Nati o alocada como Jordina, me es imposible. Es mi tarea pendiente en la vida... y mira que mis madres llevan años intentando que deje todos mis miedos de lado y disfrute de cada instante. Ellas son todo lo contrario a mí, se conocieron una noche loca en Benidorm y desde entonces no se han separado.

Mami Fenna es holandesa, preciosa, aventurera y toda felicidad. Llegó con ganas de conocer la costa y abandonar Delft, su ciudad natal, pero, sobre todo, quería alejarse de su estricta y adinerada familia, la cual no aceptaba su sexualidad ni su forma de entender la vida. Ella es un alma libre y allí cortaban sus alas, por no mencionar que no soporta el frío y esas tierras lejanas

comparten la temperatura con Narnia. Mi mamá, Sonia, una alteana que estudió Derecho, cariñosa, divertida y muy inteligente, tenía muy claro lo que quería en la vida, nunca ocultó sus gustos ni sentimientos y mis abuelos lo aceptaban, ellos solo querían que fuera feliz y la apoyaban en todo. Por eso, nada más ver a la holandesa supo que era su alma gemela.

Digamos que san Valentín atinó con sus queridas flechas cargadas de amor, esas mismas que a mí ni me rozan, porque me niego a pensar que las patéticas, tóxicas y desastrosas relaciones que he mantenido hasta ahora sean obra del querubín, pues, de ser así, esos días bebió mucha agua con misterio y fumó de la pipa de la alegría. Quizá mis expectativas sean demasiado altas, pero después de ver la relación de mis madres, el cariño y respeto que se profesan, su complicidad y lo felices que son, me niego a conformarme con menos, y eso que no lo tuvieron fácil.

Cuando la familia de mami se enteró de su relación intentó asustarla, amenazarla e incluso chantajearla, algo que no consiguieron y, como consecuencia, decidieron repudiarla. Bloquearon sus cuentas, cortaron toda comunicación y le prohibieron que se pusiera en contacto con ellos. Ella lo aceptó y se olvidó de los que un día fueron sus padres, abuelos y hermanas. Tuvo que labrarse un nuevo futuro lejos de las comodidades a las que estaba acostumbrada; pero no le importó, trabajó en todo lo que pudo y terminó siendo dueña de una pequeña tienda de bisutería. Juntas se pusieron el mundo por montera, no les molestaban las miradas de algunos vecinos que no entendían cómo dos mujeres podían ser pareja; tampoco escucharon los comentarios maliciosos ni los desplantes, ellas solo querían ser felices y el resto del universo les era indiferente.

Años más tarde quisieron dar un paso más y decidieron adoptarme, aquí en España era imposible y no dudaron en trasladarse a la República Dominicana para cumplir su sueño. Siempre dicen que fue amor a primera vista y que cuando me vieron en esa pequeña cuna, tan morenita y chiquitita, supieron que sería la niña de sus ojos. Allí no les fue difícil la adopción — cuando hay dinero de por medio, sobran los perjuicios—, aunque aquí sí les pusieron más trabas y no pudieron reconocerme como hija de ambas. Llegaron a un acuerdo y fue Sonia quien me dio sus apellidos, aunque desde pequeña me explicaron que ambas eran mis madres y juntas formábamos una familia.

He crecido rodeada de amor, de ese que te hincha el corazón y ensancha el alma, junto a mis abuelos, pues ellos eran una parte fundamental en mi vida, me enseñaron a respetar, a no juzgar y dejar decidir. Aprendí que en los sentimientos no se manda y que cuando te enamoras lo haces de la persona y no de su identidad, que todos tenemos derecho a ser felices y a ser respetados por ello.

No todo el mundo lo entendía y los insultos y mofas de mis compañeros, junto a los comentarios dañinos de sus padres, me hacían daño; aunque pronto entendí que las opiniones del resto no debían molestarme mientras tuviera claro lo que en el fondo me hacía feliz. Gracias a Valentina y su lengua viperina, que ya desde niña apuntaba maneras, la determinación de Nati, que a la mínima se peleaba hasta con el director por defenderme, y la dulzura de Jordina, que desde bebé se ganó mi corazón, crecí sabiendo lo que era la verdadera amistad.

Reconozco que estudiar no era lo mío, no se me daba mal —tampoco voy a decir que era una alumna de diez, porque mentiría como una bellaca—, pero me aburría en las clases hasta casi quedarme dormida. En todas menos en las de Música, ahí sí que era una estudiante ejemplar. Me encantaba descubrir nuevas melodías, instrumentos y canciones; mis madres se dieron cuenta y no dudaron en apuntarme a solfeo, piano, guitarra y canto. Convertí una afición de niña en mi verdadera pasión, aunque todavía estoy muy lejos de cumplir mi sueño.

Es muy difícil formar parte de la industria musical, muchas veces no importa el talento, la voz

o la tesitura al cantar solo necesitas gustarle a alguien, tener mano o suerte y dejar que el autotune haga el resto. Sé que mi voz es diferente y que gusta al público cada vez que me subo al escenario con la orquesta, por no mencionar que cierto compañero me odia por ello; en este mundo cuando despiertas envidias, odios y celos es porque vas por el buen camino. Sin embargo, era insuficiente y seguía anclada haciendo pequeños bolos, que cada día me apagaban más.

El día que todo cambió iba a hablar con mi jefe, un empresario musical reconocido en la Costa Blanca, bueno, reconocido tampoco. Tenía sus contactos con varios alcaldes o concejales, mucha labia y contratos con hoteles para guiris que mientras les cantaras la «Macarena», «Mi carro» y «Los pajaritos», acompañados de una buena sangría, estaban contentos, ya que el resto del repertorio ni lo conocían ni lo escuchaban.

Quería tomarme un tiempo, cada vez disfrutaba menos en el escenario, me replanteé incluso bajarme para siempre de este. Quizá por eso ignoré el mal presentimiento que sacudía mi cuerpo, la puerta cerrada y el cartel de prohibido el paso. Entré sin avisar a su lujoso despacho y lo que encontré heló mi sangre, no solo por lo que había sobre la mesa, sino por todas las personas que se encontraban allí. El miedo me superó y salí corriendo sin mirar atrás, todavía mi vello se pone de punta cuando recuerdo cómo mi jefe gritaba mi nombre, los pasos que me perseguían y el latido atronador de mi corazón.

Asustada, llegué a mi cajita de cerillas —no puedo llamarle piso a treinta y cinco metros cuadrados—, pensé en llamar a mis madres y contarles lo sucedido, pero no quería arruinar su viaje de prejubilación por la campaña francesa, asustarlas y ni mucho menos permitir que Sonia se pusiera en plan madre abogada. Sabía de lo que era capaz y no quería que se viera involucrada con esa gente. Por eso decidí guardar silencio, preparar una pequeña maleta, secuestrar a Jordina y con la ayuda de Nati darle una sorpresa a Valentina. Nadie sospechó de mis verdaderas intenciones, para que luego digan que no sé mentir.

Los primeros días en la isla conseguí desconectar y relajar mi estado de nervios; es el poder que tienen las chicas, pase lo que pase a su lado, los problemas son menos y las oportunidades infinitas. Varias veces quise explicarles lo que sucedió esa noche, sin embargo, el jodido miedo me paralizaba y guardaba silencio. Yotuel nos dejó uno de sus pisos y, sin necesidad de pedirselo, nos consiguió trabajo, a Jordina de veterinaria y a mí de cajera en un supermercado. No es lo que quería, pero era mejor que nada.

Los días se convirtieron en semanas, parecía vivir en una calma extraña que terminó cuando ese número empezó a llamar. Al principio lo bloqueé, sin embargo, no sirvió para nada, pues eran otros los que llamaban. Por eso decidí conservar mi número de móvil —cambiarlo hubiera despertado las sospechas de mis madres—, pero cambié mi teléfono último modelo por uno de la prehistoria con el que solo podía llamar, de algo me tenían que servir las maratones de series de policías que llevaba a mis espaldas. Sin GPS, internet o bluetooth era muy difícil localizarte.

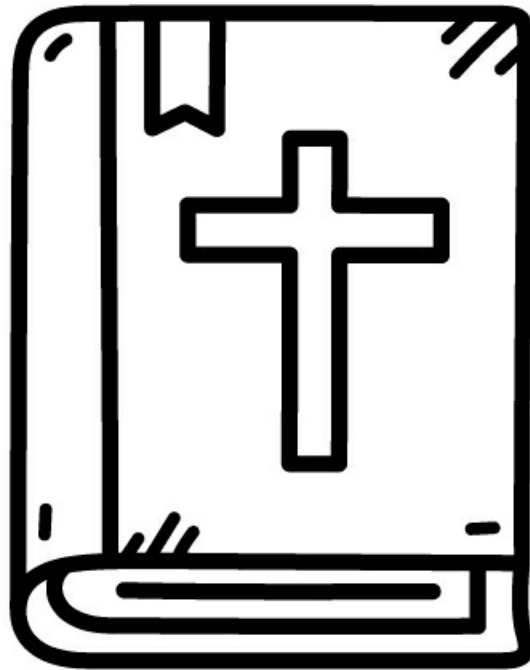
Tampoco he sido capaz de responder a las llamadas, aunque no lo necesito para saber que es mi jefe quien está al otro lado de la línea. Las pesadillas han vuelto, mi humor ha empeorado y el miedo me asfixia. Por no mencionar que he conocido al hombre de mi vida y este es cura, vamos, el pack completo. Nuestra relación es buena, podría decirse que nos hemos convertido en mejores amigos, el problema es que mientras él ve a Mila, la chica simpática y divertida, yo veo a Jesús, el hombre, el cual por cierto está para hacer penitencia, obediencia y mojar pan.

Cada día me cuesta más contenerme y no dejarme llevar, sé que no siente lo mismo que yo, que es fiel a Dios y guarda el voto de castidad, como yo guardo la Nocilla —bajo llave y en el último cajón—, pero es que me gusta mucho, muchísimo, y no solo por su físico, que es de anuncio de calzoncillos, es por su forma de ser, su sonrisa, su buen corazón y esa mirada perdida

que me estruja el corazoncito. Resumiendo, mi vida es una mierda y como no haga nada por cambiar, me la voy a perder pensando.

La gente que me rodea comienza a aplaudir y es entonces cuando me doy cuenta de que me he vuelto a perder uno de los mejores atardeceres de la isla. Suelo venir a la platja de Comte para disfrutar del espectáculo y dejar que la magia que envuelve este cachito de tierra obre su magia; sin embargo, de nuevo, mis pensamientos han estropeado este instante único.

Cansada, y bastante desanimada, me marché montada en mi vespa, rezando y rogando porque el día de mañana sea mejor y los astros me ayuden un poco.



CAPÍTULO 2

JESÚS

—El Señor esté con vosotros.

—Y con tu espíritu.

—La bendición de Dios todopoderoso, padre, hijo y Espíritu Santo, descienda sobre vosotros.

—Amén.

—Podéis ir en paz.

—Demos gracias al Señor.

Con el rito de conclusión doy por finalizada mi jornada laboral. Hoy es domingo, así que me ha tocado hacer doblete entre la capilla de Lourdes y Puig de Missa, y lo cierto es que estoy exhausto. No es por tener que recitar, pues el guion lo tengo siempre fresco en mi memoria, más bien es porque mis ánimos están por tierra. Hoy es un día señalado, que llevo literalmente grabado en mi piel, y lo que menos me apetece es estar rodeado de gente.

Justo en esta jornada se cumplen dieciséis años de una tragedia que marcó mi vida y mi destino para siempre. Un momento oscuro que me llevó a claudicar ante los deseos de mi tío y mi progenitor, dándome el último empujón necesario para que cayera de bruces en el seminario.

Y es que, si hablamos de pecadores, yo era uno de los grandes. Muchos pondrían como excusa la inexperiencia ante la vida que te da la juventud. Puede que esta tuviera un pequeño papel en la obra de mi existencia, sin embargo, no me gusta decir que fue lo único que determinó mi falta de juicio, pues al final el control de mis actos era solo mío.

Siendo sincero, en aquella época de hormonas revolucionadas y acné persistente solo quería

salirme del redil y escaparme durante unas horas del yugo que mi padre apretaba cada vez más alrededor de mi cuello. Así pues, las decisiones que tomé fueron conscientes y abordadas con total frialdad. La culpa es mala compañera y me sigue a cada paso que doy, aunque tal día como hoy se hace una carga imposible de soportar.

Con una sonrisa impostada, me despido de los feligreses que han venido a escuchar la última misa de este día en la pequeña capilla, agradeciendo su presencia y su devoción. Esto forma parte de mi trabajo y tampoco es cuestión de despedirlos con cajas destempladas, por algo dicen que es de bien nacido ser agradecido.

Con un apretón de manos al último de esa fila, que parecía no tener fin, y sintiéndome como un burro amarrado en la puerta del baile, me doy la vuelta para dirigirme hacia la sacristía. Una vez allí, cierro la puerta y dejo salir el aire en una exhalación prolongada. El trabajo ha sido demasiado largo y tedioso, parecía que las horas no pasaban, que me quedaba estancado en un minuto durante eones.

Me despojo de la casulla, el alba y la estola y dejo los elementos de mi vestimenta sacerdotal en el armario de madera tallada, que debe de tener más años que la abuela que salía en aquel anuncio de fabada asturiana. Lo sé por todos los ornamentos que tiene cincelados con esmero, tan típicos de épocas donde Ikea ni estaba ni se la esperaba. También por el pequeño reguero de madera hecha serrín que hay en el suelo, algo que me indica que la carcoma ha entrado para hacer el trabajo para el que está destinada. Voy a tener que pedir permiso para poder llamar a alguien que lo pueda arreglar, ya que a la Iglesia le gusta las cosas tal cual están, así que cambiarlo por otro no es una opción.

Me dirijo hacia el escritorio para tomar asiento en el trono absurdamente incómodo y con solera que está tras este, y cierro los ojos un instante. Debería cerrar la capilla e irme a casa, sin embargo, antes necesito un instante de desconexión.

En esas estoy cuando unos golpes suaves en la puerta me alejan de mi momento introspectivo. Por desgracia, no puedo hacer como cuando el cartero llama a tu timbre y fingir que no estoy, pues los portones del exterior abiertos de par en par delatan mi posición. Desde luego, no hubiera sido un buen soldado.

—Adelante —digo con toda la potencia que puedo imprimir a mi voz, que ya os digo que no es mucha.

Una cabecita de rizos imposibles hace su aparición con lentitud, como si temiera meterse en la cueva del lobo. Una sonrisa acude a mis labios, ya que conozco a la perfección a esa persona, cuya dualidad me tiene fascinado. En ocasiones, tan abierta y escandalosa, en otras, tan prudente.

—Buenas tardes, Mila.

—¿Molesto? Por tu cara parece que acabes de volver de la batalla de las Termópilas.

—No sabía que te interesaba tanto la historia.

—No lo hacía hasta que vi la película. Gerard Butler y sus colegas sin camiseta, y en taparrabos, son algo digno de ver.

En cuanto lo dice, mi ceja alzada hace que un rubor de timidez se expanda sobre su rostro mulato. Me parece adorable, quizá por esa razón hay veces que no me puedo resistir a reaccionar de una forma u otra a sus comentarios.

—Oh, lo siento..., ¿padre?

—Venga ya, Mila, que para ti soy un amigo antes que un sacerdote. Además, hasta yo sé reconocer que ese grupo de hombres son unos monumentos con patas.

—Ya, perdona. Es que creo que el alzacuello no ayuda mucho. No sé, te veo tan seriote con el puesto, tan... evangélico.

—Eso tiene fácil solución.

En un rápido movimiento, propio de alguien que ha realizado una acción de manera repetida durante años, me desprendo de la lengüeta blanca que adorna mi cuello y me desabrocho el primer botón, dejando salir el aire de forma brusca por mis labios debido a la satisfacción que me produce.

—¿Mejor? —pregunto mientras levanto la vista de nuevo hacia ella.

—No te haces una idea —contesta Mila con los ojos bien abiertos.

Le dedico una sonrisa ladeada y ella pone los ojos en blanco queriendo quitar hierro al asunto. Antes de que Mila apareciera por esa puerta, quería olvidarme del mundo y estar solo. Ahora, quiero seguir hablando con ella de cualquier tontería hasta que amanezca. Ese es su poder, uno que estoy seguro de que ella no sabe que posee. Con su sola presencia es capaz de sacarte de las profundidades del Infierno y llevarte al abrigo calmo del Cielo.

Lo cierto es que no sabría explicar muy bien cómo surgió esta conexión tan fuerte que tenemos. Con Kalevi y Yotuel salía, conversaba de todo un poco y me lo pasaba bien, al igual que con Nati, Valentina y Jordina. A mi llegada a la isla, obviando aquel pequeño momento de tensión inicial, me habían ayudado a acomodarme y me habían hecho, sin más, parte de su grupo. Hasta la eternidad daría gracias por ese gesto, pues no era mi primer traslado y sabía muy bien lo que era estar solo por completo.

Sin embargo, en cuanto Mila entró en mi vida, un torrente de luz fluyó por mi cuerpo, arrasando con todo lo malo a su paso. Comenzamos hablando de música, algo en lo que ella es experta, y nos dimos cuenta de que nuestros gustos coincidían. Nos gusta el *jazz*, el *rhythm and blues*, el *gospel* y el *soul*. Podríamos pasarnos horas juntos, sin apenas hablar, escuchando de fondo cualquier disco de Aretha Franklin.

Además, es una persona dulce, generosa, altruista y sincera, algo que agradezco de corazón, pues odio los dobles sentidos y las máscaras. Mila es natural y auténtica, justo el tipo de persona en quien debería fijarse la gente para aprender lo que es la bondad.

—Bueno, ¿me vas a contar ya qué te pasa o voy a tener que torturarte? —cuestiona, rompiendo el pequeño silencio que se había instalado en la habitación.

—¿Me lo vas a contar tú?

—A mí no me ocurre nada, solo pasaba por aquí para hacerle una visita a mi amigo.

—Mila...

—Puf, eres un coñazo, páter, ¿lo sabías?

—Bueno, digamos que hay cierta mujer llamada Ricitos que no para de recordármelo.

—Sabia fémina.

—Yo también lo pienso. Es una mujer increíble con una cabeza privilegiada, pero no estamos hablando de eso. No intentes desviar la conversación, que nos conocemos.

—Si lo llego a saber, me largo a mi casa.

—Yo pienso que lo sabías y por eso has venido hasta aquí.

Durante unos instantes nos retamos con la mirada, un reto que más que una amenaza encubierta parece la escena de un dúo cómico de los noventa. Al final gano la partida, pues Mila me dedica una pedorreta y se cruza de brazos, mientras yo alzo los míos en señal de victoria.

—Eres un manipulador.

—No le puedes decir eso a un siervo del Señor —indico con tono inocente y la mano puesta en mi pecho.

—En fin, un coñazo, lo que yo decía. Anda, levanta de ese trasto donde estás sentado y vámonos a otro lugar. Aunque tú estés en tu salsa en este sitio, a mí tanta reliquia bíblica me

pone los pelos de punta.

Suelto una carcajada por su ocurrencia y me levanto del asiento, que me ha dejado el culo cuadrado y las piernas algo dormidas, y cojo la chaqueta del perchero para salir junto a Mila de la capilla.

Decido sobre la marcha que vayamos a mi casa, necesito cambiarme de ropa y estar en ese espacio vestido de tonos cálidos que tanto me reconforta. Además, a Mila no le importa y creo que ahora prefiere estar allí antes que bajo su propio techo.

El fin de este día se presentaba horrible, si hubiera estado solo, con toda probabilidad, habría estado bebiendo hasta caer inconsciente. Sin embargo, Ricitos, con ese desparpajo que exuda cada poro de su piel, me ha devuelto la sonrisa y ha reconfortado mi alma con el calor de su mirada del color del chocolate más dulce.



CAPÍTULO 3

MILA

Sin saber cómo el ambiente se vuelve más íntimo entre nosotros. Apenas nos separan unos centímetros, y eso que en su enorme sillón podría sentarse con facilidad todo un equipo de baloncesto. Su forma de mirarme ha cambiado, es diferente a como lo hace siempre, ahora es más intensa, más sensual y eso me vuelve loca. En algún momento nuestros dedos han comenzado a jugar enredándose entre ellos, nuestras respiraciones se están acelerando, y como no me pare nadie termino lanzándome sobre él y comiéndomelo enterito.

Una de sus manos aparta un mechón de mi alocada melena, colocándolo con ternura en su sitio. Espero a que desaparezca su contacto, pero, para mi sorpresa y alegría —porque una es masoca hasta límites insospechados—, eso no sucede y termina acunando mi mejilla con extrema ternura mientras acaricia con dos dedos mis labios. Cierro los ojos, intentando calmarme, o al final la lío y termino ardiendo en el Infierno.

—Abre los ojos, Mila —susurra a escasos centímetros de mi boca, con un tono ronco, salvaje y sexy con el que estoy dispuesta a abrirle todo lo que me pida.

—Jesús, yo...

—No digas nada, Mila, solo escúchame. Estoy enamorado de ti desde el primer momento en que te vi, he intentado contenerme y sacarte de mi cabeza, aunque ha sido imposible, has entrado en mi corazón y lo has hecho todo tuyo, Ricitos.

Mi cara debe de ser un poema y estoy segura de que si me pinchan no sale ni una gotita de sangre. Mi cabeza comienza a trabajar a cien por hora, imaginando diferentes posturas que no me

ayudan a tranquilizarme, y mi corazón está a puntito de explotar. La laguna que siento entre mis piernas terminará ahogándonos a los dos; como siga así, acabo con la sequía que asola el planeta yo solita.

Llevo casi un año soñando y esperando este momento y por fin ha llegado. Me encantaría decirle mil cosas, pero esta vez, y en un acto de valentía que ni yo misma sé de dónde sale, prefiero demostrárselo, y qué mejor forma de hacerlo que con un beso de esos que te dejan sin aire y con las pulsaciones a mil.

Despacio me acerco a sus labios, notando cómo su aliento mentolado acaricia mi piel, cómo su olor inunda mis sentidos, cómo el brillo de su mirada confirma que desea esto tanto como yo, y cómo su sonrisa canalla —esa que nunca le había visto y que desde hoy es mi favorita— me calienta hasta sobrepasar el punto de ebullición. Es ahora o nunca, y ya os digo que este pedazo de hombre, más propio de revista de moda que de misa de siete, no se me va a escapar, por lo que acorto la pequeña distancia que nos separa y me lanzo a por su boca.

El sonido del despertador irrumpe en mi mente, alejándome del mejor sueño de mi vida y poniéndome de una mala hostia que es mejor no comentar. Maldigo mi suerte, mi karma y a todo el puñetero universo, que ni durmiendo me permiten probar a Jesús.

No sé qué poder tiene sobre mí, pero hasta en sueños me pone mala y cachonda perdida. Sería capaz de pasarme horas escuchándolo, analizando sus gestos, los pequeños guiños que hace al hablar cuando algo le gusta, los movimientos de sus manos y sus increíbles y sugerentes labios moverse. Me perdería en su conversación, en sus silencios y sonrisas, pero, sobre todo, desearía ser capaz de borrar esa mirada perdida y triste que muchas veces le acompaña.

Todo él es una tortura, un castigo para mi corazoncito y escasas neuronas, sin embargo, es la única forma que tengo de estar cerca de él, ya que para Jesús solo soy una buena amiga, aunque a mí me gustaría ser mucho más. Qué digo más, me gustaría ser su todo y escribir nuestra propia historia; algo que para mi desgracia, ya que él ni imagina lo que pasa por mi trastocada mente, no va a ocurrir a menos que su jefe decida hacer un milagro.

Enfadada, apago el maldito despertador, pagando con él mi frustración, y salgo de la cama sin ganas de empezar un nuevo día. En el salón, arañando la nueva manta que acabo de comprar, me encuentro con Mimitos —el arisco gato que me hizo adoptar Jordina para que no me sintiera tan sola—, que me mira con su habitual cara de asco, a la vez que me regala uno de sus dulces bufidos.

Me parece increíble cómo un animal puede ser tan expresivo y rancio. Según la rubia, no tuvo una vida fácil con sus anteriores dueños y le costará un poquito adaptarse a su nuevo hogar. Entendía su comportamiento las primeras semanas, pero llevamos meses viviendo juntos y no hemos avanzado nada. Me araña cada vez que estoy cerca, rompe todo lo que pilla —mi ropa interior es su debilidad— y no duda en enseñarme sus afilados dientes a la menor oportunidad. El jodido solo se muestra cariñoso y agradable con el cura, para tocarme un poquito más las narices.

Le pongo su comida en el cuenco y me voy derechita a la cafetera, necesito despejar mi mente para empezar el lunes y poder soportar a todas mis clientas con sus puñeteras manías. Mientras rememoro mi sueño húmedo con Jesusito de mi vida, degustando mi café, oigo la puerta del piso abrirse.

—¡Buenas, buenas! Hoy amanecí rica, sabrosa y deliciosa... porque puedo. Yo puedo, me lo merezco, ¡sí!

Los gritos alegres de Jordina imitando ese vídeo de TikTok que tanta gracia le hace resuenan con fuerza en mi piso, trayéndome al presente y haciéndome consciente de que todos los pirados,

locos, trastornados y célibes me tocan a mí.

—Milagritos, alegría esa cara morena, que empezamos la semana y con esas pintas de bruja que gastas nada te puede salir bien. No olvides que la actitud lo es todo en la vida.

Respeto que cada uno empiece el día como puede, quiere o le dejan; hay personas optimistas y alegres, tanto que parecen familia de Matthieu Ricard, un monje budista ordenado que fue declarado «el hombre más feliz del mundo». El caso es que yo no soy así. Odio madrugar, bueno, mejor dicho, odio despertarme sea la hora que sea y no me soporto ni yo misma, como para hacerlo con los demás. Necesito mínimo una hora de silencio, paz y varias tazas de café antes de ser persona, por lo que la efusividad de Jordina junto a su costumbre de asaltar mi frigorífico y cafetera no ayudan a que empiece el día con una sonrisa.

—Se supone que tienes casa, entonces, ¿por qué narices tengo que soportarte todas las mañanas?

Ignorando mis palabras bordes, mi tono cabreado y mi cara de perro rabioso, se agacha y decide ponerse a hablar con Mimitos. Lo que decía, tengo un imán para los colgados.

—No escuches a tu compi de piso, la pobre necesita un orgasmo como respirar, tanta retención no es buena y somos nosotros quienes tenemos que sufrir su mal humor y falta de sexo.

—¡Ya estamos!, no tengo falta de sexo ni necesidad de orgasmos. Desde que apareció Matt tengo una vida sexual de lo más entretenida, satisfecha y divertida.

Admito que ha sido uno de los mejores regalos que he recibido y eso que al principio por poco mato a las locas de mis amigas cuando lo vi. No soy ninguna mojigata, me gusta el sexo, los preliminares y los aquí te pillo, aquí te follo como al que más. El problema es que, desde que conocí a Jesús, el resto del género masculino ha desaparecido de mi radar, quizá por eso mis loquitas decidieron regalarme un succionador de clítoris último modelo, al que he bautizado como Matt en honor a mi actor favorito, Matt Bomer.

—Pues dale más potencia o cambia de programa, porque no se nota ese desahogo del que hablas, Chocolatina.

La voy a matar, lo haré poco a poco y de una forma lenta. Es mi peque, la niña de mis ojos, o más bien lo era hasta que Yadira, Noora y Faith llegaron al mundo, desde entonces la rubia se ha convertido en mi grano en el culo favorito.

—Voy a ducharme, o al final te despellejo y luego a ver quién se lo cuenta a la pelirroja.

—Hoy debes contenerte, te recuerdo que es el cumpleaños de las princesitas y tenemos fiesta en el Viva Cuba, por no mencionar que hay que ir a por las tartas y comprarles sus regalitos.

Lo había olvidado por completo y, por la sonrisa de Jordina, sé que me ha descubierto y ahora tendré que aguantar todo el día sus pullas. ¡Joder con el lunes!, esto solo hace que mejorar y apenas son las ocho de la mañana, miedito me da que lleguen las seis de la tarde.

—Tranquila, Mila, lo tengo todo controlado. Tú date una buena ducha que te ayude a despejar la mente mientras yo preparo un buen desayuno, necesitas coger fuerzas para atender a tu público. —Paso de contestarle, total, no servirá de nada, ella es la felicidad personificada.

Después de un buen desayuno, el plan de Jordina bien aprendido y mis cero ganas de vivir, me marché al supermercado para empezar una nueva jornada laboral rodeada de abuelitas dispuestas a discutir conmigo por cobrarles una bolsa —ni que yo me llevara ese dinero—, a maldecir la subida de precios y a pagar conmigo hasta sus problemas con la vecina. Consiguiendo que las horas sean eternas, mi amargura por ver mi vida pasar un suplicio y mi deseo por el cura la gota que colma el vaso.



CAPÍTULO 4

MILA

La mañana está siendo movidita y no es porque la temporada alta esté a punto de empezar y los turistas, con ganas de arrasar la isla, empiecen a llegar en manada. Ellos solo buscan fiesta, alcohol como para montar una destilería, risas y mucho sexo. Son escandalosos, pesados, algunos babosos y otros insoportables; pero, al final, puedes manejarlos y librarte de ellos. El verdadero problema son los parroquianos o clientes vip, como a mí me gusta llamarlos, que vienen todos los días a contarme sus desvaríos y a trastocar mi aura.

La primera y muy puntual —a las 08:50 ya está aporreando la puerta, no sea que le quiten las ofertas— es Socorro, una ibicenca de edad indescifrable y obsesionada con el terraplanismo. No hay día que no decida compartir conmigo sus avances en el tema y lo engañados que nos tienen los poderosos. El siguiente es Artem, un ruso cincuentón que odia el capitalismo, los bancos, gobiernos y burocracia. Según él, todos deberíamos tener las mismas oportunidades, derechos y sueldo, así viviríamos en una verdadera igualdad. Claro, eso lo dice con su yate aparcado en el puerto, su caviar de importación en la nevera y sus botellas de Moët & Chandon en la cesta.

La tercera, y no menos importante, es Blanca, una obsesionada de los extraterrestres y el más allá, algún día formará parte del programa «Cuarto Milenio»; pero, hasta que eso suceda, seré yo quien soporte sus teorías conspiratorias, secretos mundiales y la verdad sobre el Área 51. Y, por último, tenemos a Hanna, mi favorita, pues gracias a ella y su hipocondría, voy por el tercer año en la carrera de Medicina. Hay más, aunque estos cuatro elementos son los que haga frío, calor, llueva o truene nunca fallan.

Nadie imagina lo dura que puede ser la vida de una cajera de supermercado, pues no solo tenemos que sonreír, servir y agradar, además, tenemos que ser psicólogas no remuneradas y menos valoradas. No debo quejarme, pues, tal y como está el panorama laboral, tener curro ya es una alegría, sin embargo, aquí siento que me consumo y que estoy dejando mi vida pasar, olvidándome de lo que de verdad me hace feliz, que es la música.

—¡Alegra esa cara, Milagritos!, tu martirio laboral termina en cinco minutos —grita Jordina nada más entrar por la puerta, acaparando las miradas de todos los que se encuentran cerca.

—Qué alegría me das, bonita. Acabo con un martirio para empezar otro peor.

No son ciertas mis palabras, estar con ella y soportar sus locuras me da vida, ella tiene ese poder, es capaz de convertir un día de mierda en el mejor de tu vida, pero no puedo decirle eso o no habría quien la aguantara. Mi niña tiene muchas virtudes, pero la modestia no es una de ellas, por algo es hermana de Valentina.

Una vez que cuadro la caja y le paso el relevo a mi compañera, me voy al vestuario a cambiarme. Por política de empresa no podemos salir con la ropa de trabajo puesta, tampoco lo pretendo, el pantalón ancho y sin forma y la camisa a cuadros más tiesa que un palo no es un modelito que me guste lucir. Está claro que ni Dolce & Gabbana ni Dior van a diseñar nuestros uniformes, que vendemos productos básicos, no desfilamos en la Fashion Week de París, aunque ya podrían tener un poquito más de alegría y color, digo yo.

Libre como un pajarito —hasta mañana a las ocho, que me toca cumplir condena de nuevo—, acompaño a la rubia a nuestra pastelería favorita a recoger las tres tartas para las princesitas y sus regalos. Desde que nacieron, Caridad y Nicolás decidieron celebrar sus cumpleaños con una megafiesta en la que nos reunimos toda la familia, porque eso es lo que somos cuando estamos todos juntos, una alocada, variopinta y disparatada gran familia.

En la puerta del Viva Cuba mi teléfono vuelve a sonar, es la cuarta vez que lo hace desde que salí de trabajar y ya no sé qué excusa inventar para que Jordina no sospeche. En los últimos días las llamadas son más insistentes e incluso he recibido un par de mensajes que no he tenido el valor de abrir. Sé que debería tomar medidas, hablar con alguien para explicarle qué está sucediendo y dejar de esconder la cabeza, todo eso lo tengo claro, pero el miedo me impide actuar. Por eso sigo tomando decisiones equivocadas una y otra vez, solo deseo que se olviden de mí y nadie termine pagando por mis errores.

—¿Necesitáis ayuda, chicas?

La voz de Jasper, que todo lo que tiene de grande y atractivo lo tiene de sigiloso el *jodío*, me hace dar un bote con el que no terminan las tartas en el suelo porque es más hábil que yo y las coge al vuelo. Entre risas —más de ellos que mías—, por mi nula capacidad de reacción, entramos al local. La primera en recibirnos es Mayelin, su alegría es contagiosa y el repaso nada disimulado que le da a la rubia más. Entre ellas hay algo, aunque ninguna se atreve a dar el paso y los demás preferimos no interferir.

Ignoro a todos los presentes y me voy derecha a ver a mis tres muñequitas, que sentadas en sus hamacas lo observan todo a su alrededor. Yadira nada más verme hace gala de sus buenos pulmones y comienza a gritar para que la tome en brazos. Encantada, y antes de que revolucione a las demás, la cargo y comienzo a darle besos por toda la cara, provocando sus carcajadas. Pero la paz dura poco, pues Noora y Faith comienzan a removerse reclamando mi atención y no dudo en tirarme al suelo con ellas y cantarles la que he descubierto que es su canción favorita: «Solamente tú» de Pablo Alborán. Todo desaparece, creando una pequeña burbuja con las niñas, dejo mi alma en cada palabra, disfrutando de este momento único. Al terminar no puedo evitar que varias lágrimas se escapen de mis ojos y que una emoción que no puedo explicar inunde mi

pecho.

—Chocolatina, solo tú eres capaz de transmitir tanto cantando.

Las palabras de Valentina me devuelven a la realidad, haciéndome consciente de que todos los asistentes me observan con ojos vidriosos, aunque solo Jesús es capaz de atraparme con su intensa mirada, recordándome todo lo que deseo y no tendré.

—Milagritos, enciende el *router* que te falta conexión. —Nati, con su gracia natural, consigue aligerar el momento y que todos rompamos a reír.

Voy saludando a todos los invitados mientras bebo un mojito bien cargado que ha preparado Caridad en un intento por calmarme, aunque todo se va al traste cuando Jesús aparece ante mí, regalándome una sonrisa mojabragas de la que estoy segura de que no es consciente.

—Tienes una voz preciosa, Ricitos. No deberías esconderla, podría considerarse pecado.

Contigo sí que pecaba a todas horas y cumplía castigo, penitencia y lo que tú quisieras, guapo, replica mi perturbada mente.

—¡Amén, padre! Nuestra chica tiene una voz que ya la quisieran los ángeles. Es más, cuando éramos niñas, don Gregoriano siempre le decía que oírla cantar abría las puertas del Cielo, lástima que se niegue a compartir su don con los mortales.

—No empieces, Pecosa.

—Empiezo y termino cuando dejes esa tontería de no cantar. No puedes cerrarte todas las puertas, ni dejar algo que te hace feliz porque hasta ahora no hayas tenido suerte.

Nos retamos con las miradas en una lucha que ninguna vamos a ganar, mientras el pobre Jesús —que hay que ver lo bien que le sientan esos vaqueros— no sabe dónde meterse ni qué decir.

—¿Ya estáis con el morro torcido? —pregunta Nati sin dejar de sonreír.

—Como siempre, estas dos son como los amantes de Teruel, ni contigo ni sin ti, pero en versión remasterizada.

La que faltaba para darle candela al cotarro, Jordina y su manía de buscar parentescos con todo Dios.

—Creo que Valentina tiene razón, has nacido para la música y no debes rendirte, estoy seguro de que conseguirás tus sueños —afirma Jesús empeorando mi humor.

—Claro, como me ha ido tan bien hasta ahora, voy a seguir dándome de hostias. Total, la suerte me acompaña.

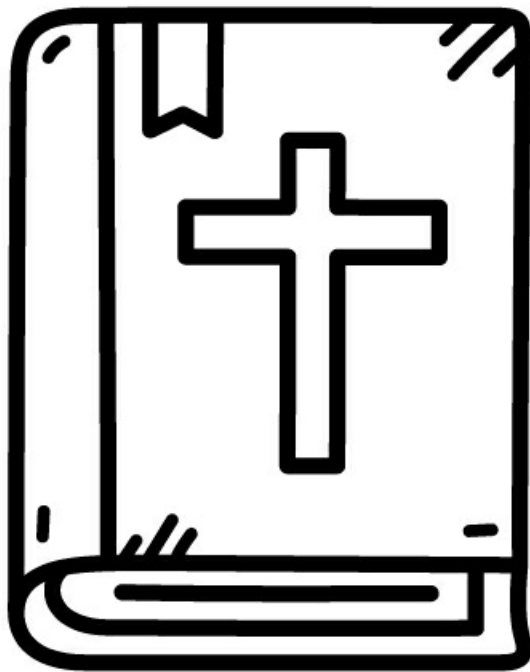
—No se trata de suerte, Mila, se trata de confianza, de creer en ti y no rendirte.

Las palabras de Nati me golpean con fuerza y me hacen dudar, aunque me mantengo en mis trece. Solo lo intentaré cuando me sienta segura de conseguirlo, hasta que eso suceda, seguiré en el supermercado con mis pirados, al menos ellos no me juzgan, bueno, ni tampoco me escuchan.

—Quizá tenga una idea, no es la mejor, pero te puede ayudar.

Las cuatro dirigimos nuestras miradas hacia Jesús, que, nervioso, intenta quitarse las arrugas imaginarias de la camiseta. Lo hace para ganar tiempo, pero a mí me está poniendo taquicárdica perdida.

—¿Qué te parecería cantar en la iglesia?



CAPÍTULO 5

JESÚS

Las palabras salen de mi boca sin poder detenerlas. En verdad, no lo he pensado mucho, solo ha sido un concepto que ha pasado fugaz por mi cabeza y, al instante, ya lo estaba soltando. Nunca antes me había planteado que Mila viniera a cantar a la iglesia, pero ahora me parece una gran idea, solo debía pensar en la forma de planteárselo al Obispado de Ibiza. Porque sí, los clérigos también contábamos con escalafones y burocracia. A pesar de que yo era el que se ocupaba del funcionamiento de mis dos lugares de trabajo, lo cierto es que como sacerdote mis potestades estaban limitadas. Aunque Mila no fuera a cobrar un duro por venir a cantar alabanzas al Señor, debía hablar con mi superior y exponerle los pros de tenerla allí conmigo. En fin, algo se me ocurrirá.

Por el momento, me quedo observando con cierta intriga su cara redondeada. Mantiene el ceño fruncido, me mira con una expresión a caballo entre la sorpresa y la confusión. La conozco bien y sé que se está preparando para hacerme las cientos de preguntas que se agolpan en su mente.

—¿Cantar en la iglesia? ¿Yo?

—Sí, tú.

—Yo no soy católica, Jesús. De hecho, no estoy ni bautizada.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Pues no lo sé, pero he pensado que igual no soy digna de entrar en la casa de Dios porque no me he bañado en agua bendita estancada en alguna pila construida con piedra venida de Tierra Santa.

—Para no estar bautizada, ya sabes más que yo. Y eso que mi madre me guarda estampitas a hurtadillas en el monedero cada vez que les hacemos una visita —comenta Nati mientras un escalofrío recorre su cuerpo—. No te ofendas, Jesús.

—Tranquila, Nati. Me hago cargo —contesto con una sonrisa—. Además, yo no he venido aquí para imponer mi fe a nadie. Entiendo que hay gente que siente la necesidad de creer y otra que no. Yo no soy ningún absolutista, es más, es un estado que no me agrada. Me gusta que las personas tengan la capacidad de decidir qué es mejor para ellas, que tengan libertad, porque solo así son capaces de conectar con una creencia de corazón.

Nunca he comulgado con la imposición ni con esa facción de la Iglesia que pretende que todo ser viviente pase por el aro de su arcaica doctrina. No es rebeldía, o puede que sí, quién sabe. Sin embargo, siempre he pensado que se llega antes a alguien con el sentimiento puro y veraz, que soltando evangelios como una ametralladora y esperando que el oyente los ponga en práctica en su vida.

Tampoco he negado a nadie comulgar o confesarse. Mucho antes de que el actual Papa nos diera permiso para bendecir a las personas del colectivo LGTBIQ+ yo ya lo hacía, pues para mí todos somos hijos de Dios y tenemos los mismos derechos ante sus ojos. Un clérigo nunca debe olvidar que no es más que un instrumento del Altísimo en la tierra, que su misión es escuchar a cualquiera que lo precise y dar cierta paz a su corazón.

—A ver, vamos a centrarnos —dice Mila con un toque de nerviosismo en su voz—. Jesús, yo nunca he cantado canciones de misa. Es más, ni siquiera creo que conozca alguna.

—Por eso no te preocupes, yo te puedo hacer una lista e incluso darte partituras. Tú lo único que tienes que hacer es estudiarlas. Además, me gustaría que tocaras la guitarra mientras cantas. Unos pajaritos me han dicho que se te da muy bien ese instrumento.

—Vaya con los pajaritos entrometidos —murmura Ricitos con los dientes apretados, dirigiendo una mirada de hielo a sus amigas.

—Venga, Chocolatina, déjalo ya. No te pega nada esa cara —se mofa Valentina de su amiga—. El padre cañón te está dando una oportunidad que seguro será beneficiosa para él.

—¿En qué sentido?

—Pues no tengo ni idea, pero este hombre que tienes aquí, además de guapo a rabiar, resulta que también es inteligente. Así que no tengo duda alguna de que habrá pensado en todo. ¿A que sí, páter?

Por un momento me quedo bloqueado, con el rojo subido a mis mejillas por el comentario de Valentina. Todavía me cuesta acostumbrarme a las salidas de mis amigas con respecto a mis supuestos dones, ya sean físicos o mentales, sin embargo, nunca las reprendo. Estas mujeres maravillosas son una fuerza de la naturaleza difícil de contener y, aunque me sienta un poco tímido, lo cierto es que a nadie le amarga un dulce de vez en cuando. Ni siquiera a un cura.

—Como bien ha dicho Valentina —expongo al fin, tras tomar una bocanada de aire—, será algo bueno para ambos. Tú tendrás la oportunidad de romper las barreras que te has impuesto con respecto a aquello que más amas y lo harás en un lugar seguro. No estarás sola, yo me encontraré a tu lado en todo momento, formaremos un gran equipo.

—Sigo sin ver qué ganas tú con esto.

—Es muy sencillo, atraer a más gente. Hay creyentes que no vienen a misa porque les parece un tostón soberano y no les culpo. Si lo piensas con frialdad, se trata de un hombre en un altar promulgando la Biblia durante más de media hora y, a pesar de que yo intento ser algo dinámico, no deja de ser siempre el mismo sermón. Antes, una eucaristía cantada era algo común, una manera amena de enlazarnos con Dios. Sin embargo, esto se ha ido perdiendo y hay personas que

lo añoran. Sería como traer lo retro a la actualidad, con una voz dulce como la tuya que sirva de guía.

—Es una gran idea. ¿Qué puedes perder, Chocolatina? —pregunta Nati, lanzando la cuestión del millón que solo Mila puede responder.

Se queda callada durante unos instantes, analizando mentalmente cada punto y cada coma. En su asombrosa personalidad confluyen dos identidades contrarias. La que se tira de cabeza, sin pensar en las consecuencias, y la que medita hasta la extenuación. Según en qué situación se encuentre, saldrá a relucir una u otra. Desde que hemos dado comienzo a esta conversación, su persona metódica ha llevado la voz cantante, lo que nos demuestra que, en efecto, hay algo que no ha querido contar a nadie y que le ha hecho tomar distancia de aquello que más ama. Espero que este nuevo proyecto en el que nos he metido sin pensar, pero que me llena de ilusión conforme va cogiendo forma, la haga salir de su burbuja y darse cuenta de que no está todo perdido. También espero que vuelva a coger confianza y que se abra a alguno de nosotros. Solo así podremos ayudarla de verdad.

—De acuerdo, acepto —concluye Mila extendiendo su mano para que se la estreche.

Yo no me hago de rogar y extiendo la mía para hacer contacto, sellando el pacto entre nosotros. Al tocarla, siento unas mariposas en el estómago, supongo que producto del entusiasmo por hacer algo nuevo junto a la que ya considero mi mejor amiga.

Nati y Valentina son las que rompen nuestro contacto, que se abalanzan sobre Ricitos saltando y gritando, contentas por la decisión que ha tomado. Tanta algarabía hace que Faith y Yadira se pongan a llorar porque piensan que algo malo está pasando, mientras Noora se queda tan ancha en los brazos de Kalevi. Desde luego, no puede negar que es hija suya.

Con las niñas ya calmadas en sus tronas, nos sentamos a la mesa repleta de comida, que tiene una pinta deliciosa, como todo lo que preparan Maritza y sus hijas en los fogones, y nos ponemos a disfrutar de una cena familiar.

Mila consigue relajarse entre conversaciones y chistes malos, de esos que te sacan una carcajada a pesar de que tu cerebro opine que no deberías hacerlo, y con las niñas a su lado reclamando la atención de su tía la artista. Al final, sacamos las tartas para celebrar el cumpleaños de las pequeñas, que nacieron la tres en octubre, con pocos días de diferencia, y pronto acabamos todos perdidos de nata gracias a las manitas curiosas de las bebés.

Nos retiramos pronto, ya que el trabajo del día siguiente y los horarios infantiles mandan en la ecuación. Antes de irnos, hablo con Mila para indicarle que la esperaré en la capilla para hablar con ella del repertorio después de la misa de siete, a lo que ella acepta sin rechistar.

A la mañana siguiente, antes de dar comienzo a mi jornada laboral, mando un correo al Obispado para que me agenden una cita y así poder hablar por teléfono con el Obispo de Ibiza. Para mi sorpresa, la contestación llega en unos minutos, confirmando una cita para las once de la mañana.

Comienzo a ponerme nervioso por la charla inminente, así que decido salir a correr en un intento por calmar mis ansias. Debo organizar mis ideas y proponer un discurso certero, uno que no presente fisuras por las que pueda colarse mi interlocutor y desbaratar mis planes.

Podría llevar a cabo el pacto que he hecho con Mila sin comunicarlo al siguiente nivel, sin embargo, eso sería casi como cavar mi propia tumba. Ibiza no deja de ser una isla pequeña, donde los rumores corren como la espuma del mar, así que mi insurrección no tardaría en llegar al Obispado. Si algo tengo claro es que en la institución eclesiástica no es bueno saltarse la jerarquía.

Tras una hora quemando mis músculos en el asfalto, llego a casa y me doy una ducha

revitalizadora. En cuanto termino, me visto y me preparo una infusión que me ayude a asentar el estómago. Metido en mis propios pensamientos, dando sorbos esporádicos a una taza llena de hierbaluisa, doy un bote en el asiento al escuchar el sonido de mi teléfono. La llamada que estaba esperando. Dios mío, dame fuerza.

—Buenos días, Monseñor.

—Buenos días, reverendo, qué agradable es volver a escuchar su voz.

—Lo mismo digo, su Excelencia.

—Y bien, ¿en qué puedo ayudarle?

—Verá, he tenido una idea y me gustaría compartirla con usted.

—Por supuesto, para eso estamos.

—Antes que nada, creo que debo contarle una pequeña historia.

—Muy bien, soy todo oídos. En verdad, estoy muy intrigado.

Venga, Jesús, tú puedes, digo mentalmente en un intento por darme ánimos.

—Hace un año vino a Ibiza una mujer proveniente de Altea. En principio, no tenía pensado quedarse en la isla, solo quería pasar unos días con unas amigas que viven aquí. Sin embargo, debido a unos recortes, la habían echado de su trabajo y en su pueblo ya no le quedaba nadie, así que decidió quedarse aquí de forma definitiva. Por lo menos, en la isla estaban las que ella considera como parte de su familia.

Sí, soy consciente de que es una verdad a medias, pero no considero que sea pecado adornar un poco el discurso.

»El caso es que es una mujer devota, que está muy conectada con su parte espiritual, así que comenzó a venir de forma asidua a la iglesia.

Bueno, puede que la primera parte sea incierta, pero sí que es verdad que Mila viene casi todos los días a la parroquia.

—Eso está muy bien, una mujer conectada con Dios me llena de orgullo y esperanza. Ojalá todas fueran iguales.

—Sí, Monseñor.

—Sin embargo, no sé a dónde quiere ir a parar.

—Pues resulta que es música. Siempre ha cantado en un coro y tiene una voz preciosa, además de que sabe tocar la guitarra.

—¿En un coro de iglesia?

—Por supuesto.

A ver, lo del coro es cierto, Mila me lo ha contado. Desde pequeña, hasta pasada la adolescencia, cantó con un grupo de chicos y chicas que se dedicaban a hacer actuaciones *a capella*. El hecho de que en vez del «Adeste Fideles» cantasen versiones de pop comercial, o que en vez de hacerlo en un lugar santo lo hicieran en colegios y hogares del jubilado eran meras anécdotas.

»La cuestión es que llevo un tiempo pensando en cómo atraer a más gente a la homilía, sobre todo a la juventud, que tan escasa es durante nuestros sermones.

—Eso es cierto, hijo, los jóvenes son un quebradero de cabeza para la Iglesia.

—Pues creo que he encontrado una solución, Monseñor. He pensado que podríamos recobrar el hábito de las misas cantadas. Mila, que así se llama la mujer, es joven y entusiasta, y está muy ligada a los valores que proclama la Santa Sede. Pienso que los jóvenes se sentirían atraídos por ella, en un sentido de admiración hacia una igual, por supuesto. Además, introduciendo algunas canciones en momentos puntuales, el resultado sería más ameno e igual no dudarían a la hora de acercarse al templo de Dios. Poco a poco creo que ganaríamos más adeptos, sangre nueva que

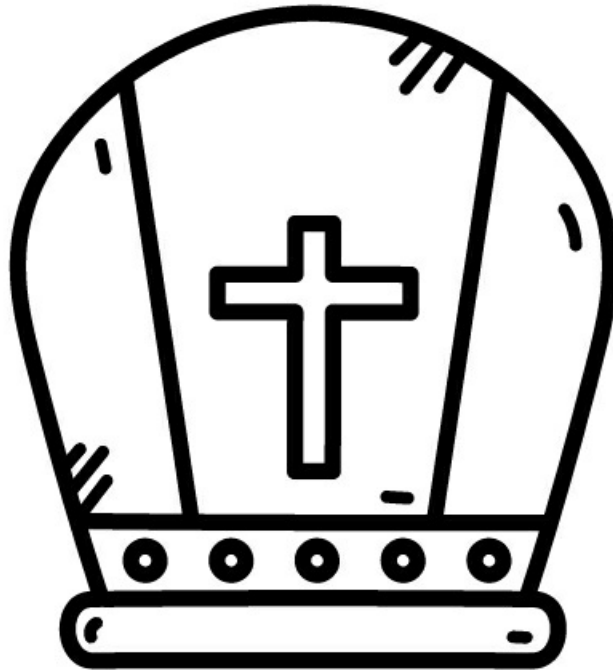
nos ayude a promulgar la palabra del Señor entre las generaciones actuales.

Durante un momento se hace el silencio al otro lado de la línea. Sé que el Obispo no ha colgado porque no oigo ningún pitido que indique que está comunicando, no obstante, los nervios vuelven a mí porque pienso que he metido la pata y que me devolverá una respuesta negativa.

»En fin, Monseñor, es solo una idea. Además, no sería en todas las misas, pues Mila trabaja en un supermercado y va a turnos. Así que solo podría ser cuando ella estuviera disponible, claro.

—Me parece brillante, reverendo —contesta al fin haciendo que mi cuerpo se relaje—. Sin duda, no se pierde nada por probar. Estaré encantado de darle mi bendición para este nuevo proyecto y, en cuanto pueda, asistiré a una de las homilías para verlo con mis propios ojos.

Su respuesta me hace soltar de golpe todo el aire que, sin darme cuenta, había retenido en mis pulmones. Sonríó de oreja a oreja, feliz por haber conseguido mi propósito. Ahora solo faltaba comulgar con el ejemplo.



CAPÍTULO 6

CAÍN

Dejo el teléfono caer sobre el escritorio mientras analizo lo que acaba de contarme el contacto que tengo en el Obispado de Ibiza. Aquel dicho de que hay que tener amigos hasta en el Infierno es tan cierto como que cada mañana me tomo un café americano.

Jesús, mi único sobrino, ese en el que tenía puestas todas mis esperanzas, parecía que se estaba adaptando sin problemas a su nueva vida en Ibiza. Llevaba un año trabajando en Santa Eulalia del Río, se había metido a sus gentes en el bolsillo y estaba bien considerado por el Obispo. Tanto que, de seguir así, conseguiría su puesto cuando este falleciera y se convertiría en la persona más joven en llegar a este escalón. Sin embargo, esta llamada me ha dejado un tanto preocupado.

Necesitaba mantenerlo centrado, que no se saliera del camino marcado, ya que solo así alcanzaría el ansiado podio, la medalla de oro en la carrera eclesiástica: ser Papa. Esta será siempre mi asignatura pendiente, nunca podré postular por el cargo más importante debido a una serie de desdichados acontecimientos. Es una espina que tengo clavada hasta el fondo y cuya herida aún sangra, todo por un mísero error de cálculo.

Reconozco que siempre me ha costado un poco adaptarme a ciertas normas impuestas por la institución, entre ellas, el celibato. Yo no veía nada malo en el placer de la carne, es más, pensaba que era necesario descargar de tanto en tanto. Sin embargo, los mojigatos de la Iglesia consideraban la copulación como una grave transgresión y yo debía hacer como que seguía la norma impuesta.

Siempre había mantenido mis escapadas en la más absoluta discreción, nunca metía a nadie en mi residencia que no fuera de la Iglesia. Me vestía de paisano, me ponía un sombrero que tapaba mis facciones y salía a hurtadillas por la puerta de atrás. Después, elegía a la prostituta de turno, descargaba mis ansias y mis oscuras tendencias con ella y volvía a casa sin ser visto. Las putas dejaban que hiciera lo que quisiera con sus cuerpos, algunas aguantaban silenciosas, otras lloriqueaban con cada golpe y cada envite, pero al final todas callaban. La cifra que recibían al terminar era demasiado sustanciosa como para abrir la boca.

Un día tuve la mala suerte de cruzarme con la que sería mi Eva, una mujer casquivana que no se dedicaba a la prostitución, pero que sabía más que esas pecadoras sobre artes amatorias. Me tuvo comiendo de su mano durante unos años, con ella yo era como un drogadicto necesitado de su dosis. Dejé de frecuentar los barrios de mala muerte, donde se agolpaban las prostitutas en busca de clientes, por ella, incluso frené mi mano suelta. Solo podía centrarme en aquella morena de ojos verdes, llamada Sandra, que me hacía salivar con cada movimiento de sus caderas.

Entre tanto, fui elegido Obispo de León. En aquella época me encontraba exultante, tenía todo lo que un hombre podría desear. Una posición privilegiada y una fémina que le calentaba el lecho por las noches.

No estaba tan enganchado a ella como para dejar de lado mis metas, pues el ansia de poder, de llegar al escalafón más alto de la carrera eclesiástica, era mayor a mis ganas de ella. Por suerte, para Sandra aquello que teníamos era suficiente también, no era muy dada al compromiso, prefería no adentrarse en el terreno personal y centrarse solo en el deseo.

Todo iba como la seda, estaba en un momento dulce, bien considerado entre los míos, con la carrera encaminada para conseguir el siguiente nombramiento: Arzobispo. No obstante, todo lo que sube, baja; y cuando las cosas parecen ir bien en exceso, siempre ocurre algo que hace tambalear tu mundo y todo aquello por lo que tanto has luchado.

Una noche, como tantas otras, fui a visitar a Sandra y el encuentro se salió de madre. Nos bebimos unas copas mientras ella me tentaba con sus movimientos delicados y su jugosa boca, y acabamos en su cama dando rienda suelta a la pasión acumulada. Sin embargo, algo cambió ese día, volví a perder el control. Embriagado por el éxito y sus ojos de demonio, a la par que eyaculaba en su interior, apretaba su cuello con fuerza. Al salir del lapso provocado por el éxtasis, ella no se movía. Intenté reanimarla, pero ya era demasiado tarde, su alma ya había cruzado al otro lado.

No sentí pena, pues, al final, aunque distinta a todas las anteriores, no era más que otra herramienta que utilizaba para mi desfogue. No obstante, sí sentí arrepentimiento y miedo, porque ese incidente podría desbaratar mis planes de futuro con suma rapidez.

En aquel momento, mi vida pasó ante mis ojos como si la estuviera viviendo por segunda vez. Mi nacimiento en una familia de pocos recursos. Mis padres trabajando de sol a sol en el campo y en su pequeña granja de un pueblo de Burgos para sacar unas pocas pesetas que nos dieran de comer. Mi hermana y yo corriendo por las calles heladas vestidos con ropas remendadas varias veces. La visita del cura, indicando a mis padres la posibilidad de meterme en el seminario, pues mi inteligencia no se debía echar a perder. Los años estudiando hasta desfallecer bajo la mano dura de los clérigos. El casorio de mi hermana con el señorito del pueblo, que se había encaprichado con ella.

Eran como *flashes* o pensamientos vagos, la lucha de una familia por sobrevivir en un entorno hostil, los logros conseguidos a base de perseverancia. Y todo eso, ¿para nada?

Recuerdo estar bloqueado, no sabía cómo proceder, pues mis huellas y mi semilla se encontraban en aquel cuerpo exánime, y aunque me hallaba en una pensión donde preguntaban

poco si adelantabas el dinero, salir con un cadáver a cuestas no era una opción.

Podría haber llamado a mi cuñado, cuyos escrúpulos se habían perdido en algún lugar del vientre materno, sin embargo, me dio por contactar con Roque, mi vicario general, un hombre en el que tenía plena confianza y que algún día me sustituiría. Y ese fue mi segundo error, pues creí conocer bien a la persona que había tras el cargo, no obstante, no medí bien la ambición humana. Roque se fue de la lengua y el resto ya es historia.

Muchos pensarán que debía dar gracias porque la institución tapara el delito cometido y por mantener mi cargo de Obispo, a pesar de la mancha negra en mi expediente. En verdad, había conseguido muchos beneficios para la Iglesia desde mi posición y el dinero primaba sobre los pequeños deslices. Mi condena consistiría, pues, en quedarme en el mismo cargo hasta el fin de mis días.

Debido a aquellos acontecimientos, comencé entonces con mi plan b: convertir a mi sobrino en todo aquello que yo nunca podría ser. Pero ahora se presentaba una encrucijada, una mujer iba a estar a su lado cantando en su parroquia y eso no me daba buena espina.

No tenía por qué pasar nada, Jesús nunca había dado muestras de encandilarse por ninguna fémina, sin embargo, toda precaución era poca cuando se trataba de mantener intacto su nombre. Así que, sin más dilación, marco su número.

—Buenas tardes, tío.

—Hola, sobrino. ¿Cómo te encuentras?

—Muy bien, gracias por preguntar, aunque no creo que me llames para hablar de banalidades.

—Me conoces demasiado bien —contesto con un deje alegre en mi voz para rebajar la tensión—. Verás, ha llegado a mis oídos que vas a introducir cánticos en las misas.

—Vaya, las noticias vuelan.

—Sí, las palomas mensajeras no cesan su actividad.

—Ya veo —indica Jesús con cierto desagrado que no me pasa desapercibido—. En fin, ¿qué quieres saber?

—Creo que me lo han contado todo, solo quería asegurarme de que esa mujer no va a interferir en tus planes.

—¡Por favor, tío! ¡Soy sacerdote!

—Torres más altas han caído, sobrino. Así que, dime, ¿quién es ella?

—Ella se llama Mila, es una mujer devota que canta como los ángeles, pero que no significa nada para mí más allá de una relación párroco-feligresa. ¿Contento?

—Mucho. Espero que siga así.

—Por supuesto. Nunca he querido mantener contacto alguno con ella fuera de la iglesia y seguirá siendo así.

Se hace un pequeño silencio en la línea y, de repente, un golpe seco, como si fuera un portazo, se oye al otro lado, seguido de un: «¡Oh, no!» por parte de mi sobrino. No sé muy bien qué pasa, el mutismo se extiende y solo escucho unos pasos acelerados.

—¿Jesús? —pregunto sin recibir respuesta—. ¡¿Jesús?!

—Tío, disculpa, alguien estaba intentando robar en la parroquia. Te llamaré pronto, te lo prometo, pero ahora debo dejarte.

Y sin más corta la conversación. Durante un largo instante me quedo mirando el móvil sin creer que me haya colgado. Solo espero que las palabras que me ha dicho sean verdad, que esa fémina no signifique nada para él y que continúe en el camino correcto, porque de no ser así habrá consecuencias.



CAPÍTULO 7

MILA

El día que escuche a mi instinto y le haga caso seré mucho más feliz y seguro que me llevaré menos desengaños en la vida, pero como soy una kamikaze, loca del coño, con cero sentido común y un gafe encima que es para estudiarlo, así me va. De hostia en hostia y tiro porque me toca. De cagada en cagada y tiro porque las llevo pegadas, y afortunada en nada, desafortunada en todo.

Sabía que aceptar el disparate de Jesús no terminaría bien, lo sabía y aun así acepté, ignorando todas las señales, que no eran pocas. La primera era que a él lo educaron para ser cura, hijo del Señor, fiel creyente y practicante de la Iglesia y toda la parafernalia que siempre le rodea, mientras a mí me enseñaron a tener fe en la libertad, en las personas que me rodean, en la naturaleza e incluso en mí misma, aunque eso reconozco que debo trabajarlo un poquito más.

La siguiente señal fue intentar aprenderme alguna canción del repertorio eclesiástico sin morir en el intento. No digo que sean malas, que siendo clara, modernas y actuales tampoco lo son, pero por si eso no fuera suficiente yo canto pop, rock o bulerías y ya os digo que «El señor es mi pastor» o «Vienen con alegría» no entran en mi estilo musical y, ya que estamos, en mi lista de Spotify menos.

Como lo anterior no era suficiente, ver al jodido gato del demonio, más conocido como Mimitos, con mi tanga de la suerte convertido en minúsculos trocitos de tela —no es que antes fuera muy grande, aunque hacía su función—, debería de haberme quitado cualquier esperanza de que el día fuera perfecto. Sin embargo, yo seguía sin ver las señales, y ya comienzo a pensar

que tengo un problema y no solo de visión. En mi mundo de unicornios, vestida con mis vaqueros favoritos —que me hacen un culo de infarto, todo hay que decirlo—, mi jersey de fresas y mi mejor sonrisa he salido de casa en dirección a la parroquia, dispuesta a sorprender a Jesús. Los nervios sacuden mi cuerpo, las manos me sudan y mi coordinación ha quedado en Altea, pues tres veces he estado a punto de besar el suelo y no como lo hace el Papa cuando visita una ciudad en sus viajes de negocios.

En la puerta me encuentro con Sebas, un parroquiano que pasa las horas dejando la iglesia reluciente, he estado tentada de hacerle una oferta para que venga a mi piso a limpiar, ya que parece tenerle un amor al trapo increíble, aunque nunca he terminado de atreverme. La forma en la que me mira cuando parece que no lo veo me da grima y, la verdad, las pelusillas tampoco me molestan tanto, hemos aprendido a querernos y a mantener una buena convivencia.

Con su habitual voz de pito y su petulancia habitual, Sebas me indica que nuestro padre —será el suyo, ya que el mío está un poco más tostado— se encuentra en su despacho, atendiendo una llamada. Nos despedimos y, sintiendo su mirada fija en mi espalda —o eso quiero suponer, porque como piense en otra cosa le arranco sus ojos pochos—, voy en su búsqueda.

Lo encuentro de espaldas hablando por teléfono, su voz resuena con fuerza erizando toda mi piel y con cada una de las palabras que pronuncia a continuación va rompiendo mi pobre y torpe corazón. No necesito ni quiero escuchar nada más, ya he tenido suficiente con: «No significa nada para mí más allá de una relación párroco-feligresa. Nunca he querido mantener contacto alguno con ella fuera de la iglesia y seguirá siendo así».

Desde que nos conocimos, entendí que mis sentimientos no eran correspondidos, que Jesús no me veía ni lo haría nunca con mis mismos ojos. Pero de eso a descubrir que no le importo y que nuestra supuesta amistad solo es un espejismo, es mucho más de lo que puedo soportar. Por eso, y antes de que me termine derrumbando o montando un escándalo que haría temblar los cimientos de esta parroquia, me dispongo a marcharme. Aunque, siguiendo mi tónica de buena suerte, me estampo contra la puerta, llamando la atención del culpable de mi estado.

Con cada paso que doy alejándome de Jesús, maldigo y reniego por no ver las malditas señales, por ser tan confiada y por poner mis ojos y todos mis sentimientos en un tío al que le soy indiferente. No puedo ser más idiota y mira que ya tengo una edad para espabilar, pero nada, no hay forma. Mila sigue siendo tonta, día sí y día también.

—Mila, para.

Sus pasos me avisan de que está muy cerca y su voz tiene un temblor que debería hacerme pensar, el problema es que cuando me enfado no pienso ni razono, mucho menos escucho o dialogo. Me convierto en un *gremlin* hasta las orejas de agua y, si no quieres sufrir mi ira, es mejor dejar que me tranquilice. Aunque eso Jesús no lo sabe y por eso vuelve a insistir:

—Mila, escúchame. No es lo que tú crees, yo...

Ya estamos con la frasecita estrella y ahora sí que sí la vamos a tener. Me giro, encarándolo e ignorando la sorpresa en su rostro y la culpabilidad en su mirada, le suelto todo lo que pasa por mi cabecita:

—Yo no creo nada, Jesús, pero sí escucho a la perfección y me ha quedado muy claro lo que piensas sobre mí. Lo respeto, aunque esperaba que hubieses sido más sincero y me lo hubieses dicho a la cara, así no habríamos perdido el tiempo ninguno de los dos.

—No estás siendo justa conmigo, Mila. No sabes por qué he dicho esas cosas y, si me dejaras explicarme, lo entenderías.

Qué don de palabra tiene el jodido, dos simples frases con la entonación perfecta y ya me tiene dudando. Pero no puedo ceder, debo mantenerme fuerte y hacerme valer, o terminará haciendo

conmigo lo que quiera.

—Muy bonito tu discurso, padre —digo con toda la mala baba del mundo—, sin embargo, te repito que no quiero ni mucho menos necesito ninguna explicación. He oído todo lo que necesitaba para abrir los ojos y nada que digas me hará cambiar de opinión y, por si no lo has adivinado, ya puedes buscarte a otra feligresa para que cante en tus misas, porque conmigo has terminado.

No le doy opción a réplica y continúo mi camino tragándome las lágrimas que amenazan con salir a desfilas. Estoy cansada de mi catastrófica vida, de la gente que se aprovecha de mis buenas intenciones, de las dichosas llamadas que no cesan y, ya que me pongo a quejarme, estoy cansada hasta del aire que respiro. Solo quiero ser feliz, cumplir mis sueños, encontrar a mi personita especial y no toparme con más idiotas, que se supone que tocamos a uno por persona y yo me estoy comiendo los de medio planeta.

—Ricitos, merezco una oportunidad para explicarme, después puedes tomar la decisión que quieras. Por favor.

¡Ya está! Determinación a la mierda y sentido de culpabilidad en auge. Si cuando digo que soy una kamikaze, lo digo por algo. Detengo mis pasos y respiro hondo, intentando calmar el estado de ebullición en que me encuentro, antes de girarme y encarar su mirada. Un error por mi parte, ya que consigue nublar mi escaso conocimiento y acelerar mi libido.

—Tienes dos minutos, Jesús.

—¿Podemos hablar en mi casa? Sabes que hay ojos y oídos en todas partes y me gustaría mantener esta conversación en privado.

Alguien lógico se negaría, sobre todo, al recordar sus palabras, pero como yo soy de todo menos lógica y capaz —así me va en la vida—, acepto.

—Está bien, si tengo que matarte, prefiero no tener testigos.

Sonríe de esa forma tan suya y que a mí me pone tan mala. Es injusto que estando tan bueno sea intocable. ¡Que parece más un modelo de lencería masculina que el párroco de una iglesia! Claro, que así está la misa de siete, hasta la bandera y haciendo cola.

Ya quisieras tú rezarle a su cola particular, que si te lo pide, eres capaz de leer la Biblia en latín, de rodillas y santiguándote, guapa. Puñetera voz de la conciencia, que aparece siempre en el momento oportuno. Como si yo no fuera consciente de ello, ya viene ella a tocarme las narices. Mis desvaríos son interrumpidos cuando mi teléfono comienza a sonar, devolviéndome a la realidad.

—¿No vas a contestar? —pregunta Jesús, sorprendido porque no haga intención de responder.

—No, seguro que quieren venderme algo y primero quiero escuchar tus explicaciones.

Acepta mi escueta respuesta y se acerca para que nos marchemos a su casa. Un nuevo pitido anuncia que tengo un mensaje y sin pensarlo lo abro, dándome cuenta de mi fallo nada más leerlo.

Coge el maldito teléfono, Mila. Estoy empezando a cansarme de este juego.

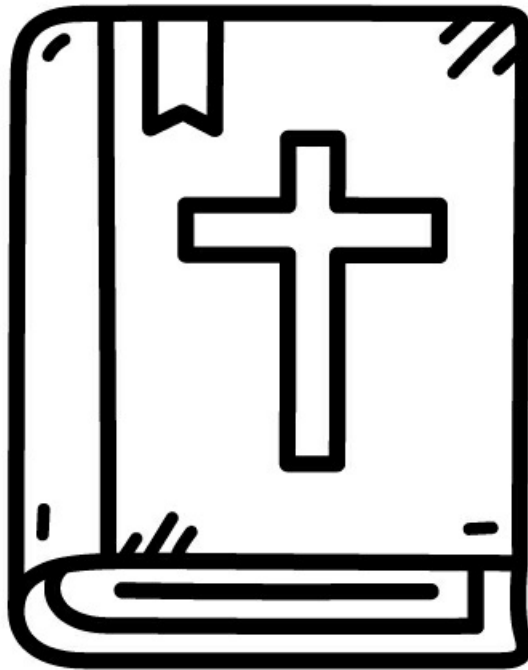
—Mila, ¿estás bien? Te has puesto pálida de pronto.

No estoy bien, ¿cómo iba a estarlo? Hasta ahora solo había recibido llamadas, muchas, pero con este mensaje acabo de ser consciente de que esta maldita pesadilla no va a terminar hasta que consiga lo que quiere y eso, soy yo. Necesito pensar con calma mis siguientes movimientos y, desde luego, no puedo hacerlo con Jesús a mi alrededor, él consigue distraerme con mucha facilidad y, lo que es peor, parece leer en mí todo lo que me empeño en ocultar.

—Me había olvidado de una cosa, Jesús. Debo marcharme, ya hablamos luego.

Salgo apresurada y sin despedirme, mientras mi cabeza comienza a elaborar cientos de planes

al más puro estilo agente 007, para terminar de una vez con esta locura.



CAPÍTULO 8

JESÚS

La veo marcharse con prisa, mirando a todos lados como si la persiguiera alguien. Esta vez no la freno, sé que necesita estar sola, aunque enseguida siento que no estoy haciendo lo correcto.

Desde que nuestra relación se convirtió en una gran amistad, he notado que algo le ocurría. Hay veces que la encuentro dispersa. Otras está aislada en su burbuja, haciendo caso omiso a lo que ocurre a su alrededor. Y luego están esos momentos en los que se asusta, a veces por algún ruido fuerte y en otras ocasiones por esas llamadas misteriosas que recibe.

Cada vez estoy más convencido de que aquello que la hizo salir de su pueblo y olvidar su sueño fue algo grave. No sé cómo explicarlo, es una sensación extraña que siento en el centro de mi pecho. De vez en cuando Mila es un tanto impulsiva, pero no es la típica persona que lo deja todo solo porque echa de menos a sus amigas. Debe de haber algo más, sin embargo, no sé cómo sacarle la información. Los momentos en los que lo he intentado siempre desvía la conversación hacia otros temas, normalmente banales, haciéndome ver que, o bien no está preparada todavía para contarlo, o bien nunca me lo dirá a mí.

Estoy preocupado, siento una gran angustia cada vez que pienso en ello, y también porque no sé cómo auxiliarla. No obstante, si algo he aprendido en esta vida es que no se puede ayudar a alguien que no quiere. Es un aprendizaje duro y cruel, sobre todo cuando alguien te importa tanto como a mí me importa Mila, pero es así de crudo. Lo único que puedo hacer es estar a su lado por si en algún momento llega la caída. Entonces podré arroparla y darle consuelo, aunque parezca un papel insignificante.

Derrotado por los últimos acontecimientos con Ricitos y por la conversación con mi tío, cierro la parroquia y me dirijo a mi casa.

Durante los tres días siguientes no sé nada de Mila. Ni llamadas, ni mensajes, ni visitas a mi lugar de trabajo. Tanto Nati como Valentina me dicen que está bien, que han hablado con ella, y se extrañan de que no haya contactado conmigo de ninguna manera. Supongo que todos se habían acostumbrado a vernos siempre juntos.

Dije que le daría su espacio, pero esto se está convirtiendo en un abismo y mi paciencia, aunque es mucha, no es infinita. Así que al terminar el último oficio me encamino hacia su apartamento. Conforme me voy acercando, diviso que todas las persianas están bajadas. Me parece extraño, pues Mila es la típica persona a la que le gusta tenerlas abiertas hasta que se va a la cama y, a pesar de que es un poco lirón, nunca se duerme antes de las once. Decido no darle más vueltas al asunto, ya que todas las teorías que se me ocurren sobre la casa cerrada a cal y canto son bastante descabelladas, y llamo al timbre del portal.

—¿Sí? —contesta tras unos segundos que se me han hecho eternos.

—Ricitos, soy yo.

—Jesús, no es un buen momento.

—Es tan bueno como cualquier otro. Ábreme, por favor.

—¿No podemos hablar mañana?

—No, Mila, no podemos. Entre otras cosas porque el mañana se ha convertido en tres días de silencio. Así que, o me abres, o tiro la puerta abajo. Tú decides.

Nunca pierdo los nervios, me parece una pérdida de tiempo y de recursos, cuando puedes decir lo mismo de forma sosegada. De mi juventud guardo algunos episodios un tanto impulsivos, fruto del alcohol, las drogas y lo importante que me sentía. No obstante, pronto descubrí, de la peor manera posible, que los excesos solo te llevan a la perdición. Pero ahora mi amiga había decidido ponérmelo difícil y eso, unido a la preocupación que sentía por ella, hacía que se creara una tormenta en mi interior, saliendo esa parte de mí que tenía contenida.

Pasan unos minutos en los que no oigo nada a través del interfono y juro por el Altísimo que estoy a punto de cumplir con mi pequeña amenaza, cuando de pronto la puerta del portal emite ese sonido característico que indica que una persona te ha abierto. Sin demora, la empujo y accedo al edificio.

No me apetece esperar al ascensor, total solo son dos pisos y las escaleras me vendrán bien para destensar un poco los músculos de las piernas. Al llegar a su puerta me doy cuenta de que ha dejado la hoja entornada. A través de la pequeña rendija que queda no se ve nada, solo hay una oscuridad que se acentúa en cuanto muevo la madera para abrirla del todo.

—¿Mila?

—Aquí. —Escucho que dice con voz débil no muy lejos de mí.

—¿Qué haces a oscuras? ¿Te encuentras mal?

—No.

—¿Quieres que encienda la luz?

—No.

Vale, con que la cosa va de monosílabos. Bueno, puedo lidiar con ello.

Saco el móvil del bolsillo interior de mi chaqueta y aprieto el botón de la linterna, apuntando el dispositivo hacia el suelo. Respeto que desee estar a oscuras, pero yo necesito alumbrar el camino hasta ella para no tropezar con algún mueble y partirme la crisma.

Por el sonido de su voz, aunque apagado, sabía que no se encontraba lejos de mi posición, lo que verifico en cuanto la veo sentada en el sofá. Tiene los brazos a ambos lados de su cuerpo y la

cabeza reclinada contra el respaldo. Sus ojos permanecen cerrados, casi parece que esté dormida o relajada en exceso, sin embargo, sé que es todo lo contrario por la tensión que hay en sus hombros y por sus manos cerradas en puños. Es bueno fijarse en el lenguaje corporal de las personas, ya que las palabras, en ocasiones, falsifican la realidad de las emociones.

Sin retrasarlo más, me siento a su lado y meto el brazo detrás de su cuello para poder rodear sus hombros.

—¿Qué haces? —pregunta ella confusa por mi movimiento.

No la culpo, en verdad esta es la primera vez que estamos tan juntos. Nunca la he tocado, ni siquiera para darle la mano o los dos besos de rigor cuando conoces a alguien o te lo vuelves a encontrar. La distancia que suelo imponer de forma natural, junto con los hábitos, hace que estas situaciones no se suelen crear. Sin embargo, siento que ahora ambos lo necesitamos.

—Esto va a sonar un poco egoísta, pero necesito tenerte cerca. Llevo unos días un poco malos y hoy ha sido la gota que ha colmado el vaso.

—¿Acaso Dios no estaba conectado a la línea? —pregunta con cierta guasa mientras reclina su cabeza contra mi hombro, proporcionando paz a mi alma.

—Muy graciosa —indico pellizcando su moflete en un contacto leve, lo que provoca una risita en ella—. Pero mira, ya que lo preguntas, a veces las charlas espirituales pueden ser extenuantes.

—Sobre todo cuando jamás hay una respuesta.

—Yo pienso que sí la hay, a través de pequeñas señales, aunque a veces estamos tan centrados en nuestra propia desgracia que no podemos verlas.

—Puede ser.

La contestación queda en el aire, llenando la estancia de un silencio sepulcral. Sin embargo, no resulta incómodo porque cuando estamos juntos podemos hablar o callar durante horas, esa es una de las cosas fascinantes de nuestra relación.

—Verás, no solo he venido a ver cómo estabas, también porque quedó pendiente una conversación entre nosotros —digo, rompiendo la quietud del instante—. Preciso aclarar aquello que escuchaste el otro día mientras hablaba por teléfono.

—No es necesario, Jesús.

—Sí, lo es, porque debes entender por qué dije esas palabras. Además, puede que no sea la última vez que las escuches.

—Así que son verdad —afirma, a la par que se aleja de mí con brusquedad.

—No, no lo son.

—Entonces, ¿qué ocurre? De verdad, Ojazos, estoy muy perdida.

—¿Me has llamado Ojazos?

—Tú me llamas Ricitos, creo que es lo justo.

No puedo percibirla bien a través del espesor oscuro que nos envuelve, pero en mi mente se forma una imagen de ella con la barbilla levantada en una posición altiva y eso, no sé por qué, me hace sonreír.

—De acuerdo, acepto el mote.

—Por supuesto que lo aceptas. Y ahora, continúa con la explicación.

—A ver, la persona que estaba al otro lado de la línea el otro día era mi tío, el Obispo de León.

—¿Tienes un tío en el clero?

—Sí, y él es la razón por la cual ingresé en el seminario. El caso es que, al igual que mi padre, es un hombre tradicional, severo y empeñado en que algún día yo sea Papa.

Hago un parón en el relato para tragar saliva y aclarar mi voz, que se ha quebrado por alguna razón que ahora no me apetece analizar.

—Supongo que no lo sabrás, pero para llegar a esa posición hacen falta muchas cosas, entre ellas, no tener mácula alguna en tu expediente profesional. Mi tío piensa que cualquier persona puede ser una distracción, que me puede desviar del camino marcado, sobre todo, una mujer. Es por eso por lo que siempre intento guardar las formas en público y tampoco le he hablado de mi nueva familia escogida ni de ti. Si se enterara, sé que haría lo que fuera para apartarme de vosotros, ya lo hizo en el pasado con otra comunidad que construí en mi anterior destino.

—¿Por eso le dijiste que no era importante para ti?

—Exacto, aunque sea mentira. Y lo haré las veces que hagan falta hasta que el mensaje cale hondo. No quiero que vuelva a meterse en esa parcela de mi vida. Aquí he conseguido ser feliz, después de mucho tiempo en las sombras.

—No te ofendas, pero parece una persona horrible.

—No me ofendo, tranquila. Yo simplemente pienso que es un hombre chapado a la antigua.

—¿Y por qué no se centra en su propia carrera? A ver, no entiendo mucho de la Iglesia, pero él podría postular al puesto de Papa también.

—Bueno, supongo que sí, sin embargo, ya te he comentado que no es tan fácil. Sé que tiene muchos contactos y que hay personas que comulgan con su manera de proceder. No obstante, también tiene detractores, bastantes diría yo, aunque no sé la razón. Para mí, a pesar de su forma de ser un tanto estricta, está haciendo una gran labor en su puesto actual.

—A mí me picaría la curiosidad por saber cuál es el problema —pregunta, a la par que Mimitos hace acto de presencia a mi lado, maullando y dándome toques en la pierna con una de sus patitas.

—Yo no siento curiosidad, solo pienso que hay otros mejor considerados que le sacan cierta ventaja. Además, le hice una promesa y la tengo que cumplir.

Nada más decirlo, Mimitos me clava las uñas y emite un bufido en mi dirección, lo que me hace pegar un bote por la impresión y el dolor repentino. El suceso me deja un tanto desconcertado, pues nunca me había tratado así, es más, siempre he sido su favorito.

—¡Mimitos! —grita Mila, reprendiéndolo.

—Tranquila, se habrá asustado con algo.

Volvemos a callar, lo único que se escucha son nuestras respiraciones calmadas y acompasadas. El gato ha huido tras la reprimenda de mi amiga y volvemos a estar solos. En verdad, no quiero pensar mucho en mi tío, prefiero ignorar que existe hasta la próxima llamada. Desde luego, mi vida es mucho mejor cuando lo consigo.

—¿Puedo darte un abrazo? —pregunta Mila de sopetón y a media voz, casi como si pensara que se está excediendo.

—Claro que puedes.

Es entonces cuando Ricitos vuelve a posar su cabeza en mi hombro y me rodea con sus brazos. Yo hago lo propio con los míos y ambos soltamos una exhalación prolongada, como si ese acto fuera la constatación de que hemos llegado a nuestro hogar.

—¿Sabes una cosa? —indico tras unos minutos de pausa. Ella se limita a negar con la cabeza—. Todos los días estoy más seguro de que eres mi mejor amiga, mi persona favorita en todo el mundo. No obstante, me he dado cuenta de que no conoces nada de mí.

—Bueno, ahora ya sé que tienes un tío Obispo —declara Mila con la voz un poco temblorosa.

—Ya, pero antes de esta conversación no sabías mucho más. He pensado que para construir un lazo fuerte entre nosotros, debemos contarnos más cosas.

Mi contestación hace que ella se remueva inquieta a mi lado. Sé lo que está pensando, aunque la voy a sorprender, o eso creo.

—No te preocupes, no te estoy pidiendo que me cuentes lo que te ocurre. Es más, no necesito que empieces tú si no quieres, pero creo que debemos hablar de ciertos temas para crear una base sólida de confianza. Así que he decidido contarte una cosa que solo saben mi padre y mi tío, y que ha dejado un gran vacío en mi interior.

—¿De qué se trata?

—Te voy a hablar de mi madre.

Y, tomando una bocanada grande de aire, comienzo el relato de aquello que ocurrió y que todavía me pesa en el corazón.



CAPÍTULO 9

MILA

La frase «La vida es una caja de bombones, nunca sabes cuál te va a tocar», de la película de «Forrest Gump» podría adaptarse a la perfección a mi situación actual. Llevaba tres días encerrada en casa, buscando información sobre los hombres que habían puesto mi mundo patas arriba, sin mucho resultado. Ya que las redes sociales te ayudan a enterarte de cualquier salseo jugoso, dietas milagro, pases de baile, tips de maquillaje e incluso cuando tu pareja te pone los cuernos, pero no son de gran ayuda para descubrir trapicheos, delincuentes o corruptos.

Sabía quién podría darme alguna pista, e incluso información de los implicados, aunque me negaba a llamarla. Mi madre era, antes de prejubilarse, una de las mejores abogadas de la zona, sus contactos eran numerosos, sus hilos infinitos, su intuición preocupante y su determinación asombrosa. Solo necesitaría una llamada y en unos días tendría toda la información que precisaba, pero antes tendría que contarle la verdad, aguantar su enfado por mi silencio y manejar la preocupación que significaría involucrarla. Por eso, prefería mantenerla al margen todo lo posible y que siguiera disfrutando con mamá de su viaje.

Me había obsesionado tanto que salía de casa solo para trabajar, no quedaba con las chicas poniendo patéticas excusas que no se creían, aunque sí respetaban. Me conocían demasiado y sabían que si me encerraba era porque necesitaba espacio y que cuando estuviera lista serían las primeras en saberlo. En mi locura, había convertido una de las habitaciones del piso en el despacho de los chicos de «Equipo de Investigación», varias fotos colgaban de la pared, algún nombre destacado y muchos, muchísimos papeles por todos los lados, que, siendo realistas, poco

aportaban en mis intentos de agente secreto.

Mi paranoia aumentaba a cada segundo, me sentía vigilada, observada y decidí bajar todas las persianas, apagar las luces y atrancar la puerta con una silla, por si alguien decidía entrar —sin comentarios, ya avisé que mi mente de 007 daba para mucho—. No sabía si lograría mi objetivo y conseguiría detener a los malos; sin embargo, tenía claro que como siguiera así, perdería la poca cordura que todavía conservaba.

Agotada y saturada, me he sentado en el sofá esperando una señal divina que me ayudara o iluminara, y esta ha llegado en forma de Jesús. No el de la Biblia —que ya hubiera sido para irme derechita al primer manicomio que encontrara—, sino mi cura y martirio particular. Me ha explicado por qué renegó de mí en esa llamada y, aunque sigue doliéndome que lo hiciera, puedo llegar a entender su forma de actuar. Según me ha comentado —muy por encima, pues se nota que no le gusta mucho hablar sobre él—, su tío es un hombre poderoso, con unas intenciones bien claras y un plan muy elaborado, que no dudará en deshacerse de cualquier posible obstáculo. Por eso, si Jesús cree que es mejor mantenerme al margen, que así sea, ya tengo bastante con mis propios problemas como para añadir a un Obispo cabreado.

Esperaba que la conversación terminara ahí, pero estaba muy equivocada y mi amigo quería seguir dando pasos en nuestra relación, que ya podía darlos en mi dirección o hacia mi cama en vez de sincerarnos. Algo para lo que de momento no estaba preparada, aunque él, por sus ganas de hablar, sí.

—Mi madre era una mujer especial, desde niña le gustaba mucho leer y escribir, creaba sus propias historias y soñaba con que un día se hicieran realidad. Mi tío siempre decía que tenía demasiados pájaros en la cabeza y eso la llevó a cometer muchos errores, pero yo nunca lo sentí así, ella quería vivir, y al no poder hacerlo con total libertad, se refugiaba en los libros.

Mimitos aprovecha su silencio para subirse en su regazo y acurrucarse en su pecho, reclamando sus caricias. ¡Jodido gato!, tonto no es, ya me gustaría a mí ser él en estos momentos, aunque me tendré que conformar, bastante regalo me he llevado con ese abrazo que me ha puesto a cien.

—Conoció a mi padre siendo muy joven, enseguida se enamoró, se entregó e intentó ser lo que él esperaba, algo que nunca sucedió, pues mi padre jamás ha querido a nadie que no fuera él mismo. Cuando nací, mi madre se centró en mí, me dio la mejor infancia posible, llena de juegos, historias, momentos irrepetibles y mucho cariño. Sus besos curaban cualquier herida mejor que una tiritita, sus abrazos me calmaban y los cuentos que me leía cada noche, muchos de ellos invenciones suyas, hacían volar mi imaginación. No necesitaba tener cientos de amigos, solo tenía a José, mi aliado en practicar trastadas, y a ella, que era todo mi mundo.

Guarda silencio de nuevo y puedo notar el brillo en su mirada pese a la oscuridad que nos envuelve, me encantaría volver a abrazarlo para reconfortarlo, pero no puedo. Primero, porque no sé si sería capaz de contenerme y no pasar del abrazo a comérmelo enterito; y segundo, porque algo me dice que necesita seguir desahogándose y que lo peor de esta historia está por llegar.

El gato del demonio maúlla reclamando su atención mientras sigue en su regazo, observándolo como si fuese la persona más importante de todo el universo. Dicen que tienen un sexto sentido y notan las emociones más que cualquier humano, sin embargo, me sorprende, pues Mimitos es más de putear que de consolar o escuchar. Aunque cuando Jesús continúa hablando me olvido del gato y su comportamiento anormal.

—Mi adolescencia era como la de todos los chicos de mi edad, estudiaba, salía con mi amigo, jugaba al fútbol, tonteaba con las chicas, volvía loca a mi madre y defraudaba a mi padre con

cada acto. Para él era un inútil que no tendría futuro y no dudaba en decírmelo a la menor oportunidad, o incluso a golpes si no me quedaba claro con palabras. Aunque, por suerte, siempre estaba ella para hacerme olvidar su crueldad y curar las marcas que alguna vez me dejaba. Solo quería terminar el instituto y marcharme lo más lejos posible con ella, pero todo se quedó en unos planes de un soñador adolescente.

Mimitos empieza a maullar con fuerza a la vez que se incorpora, buscando la mirada de Jesús; no entiendo qué le sucede ahora a este extraño animal y, antes de que pueda volver a atacarle, intento bajarlo, sin embargo, me gana un bufido y uno de sus dulces zarpazos.

—Algún día me hago una bufanda contigo, Mimitos —gruño encarando su mirada, claro que a él le da igual y sigue sacándome los dientes y las uñas.

Jesús nos observa divertido, aunque la sonrisa no le llega a sus impresionantes ojos, está a mi lado, sentado en el sofá y con el hijo de Lucifer en sus piernas, aunque su mente y pensamientos se encuentran muy lejos de aquí, en otro lugar y con otras personas.

—Tranquilo, pequeño, Ricitos es nuestra mejor amiga y como tal, debemos cuidarla y tratarla como a una princesa. —Acaricia su cabeza, calmando su mala leche habitual, hasta que consigue relajarlo.

—Ojazos, te agradezco tus palabras y tus nobles intenciones, pero no me educaron para ser una princesita desvalida, lo hicieron como a una guerrera y futura reina.

—Y sin duda eres una fuerte guerrera, que se convertirá en una gran reina sin necesidad de ningún príncipe pomposo a su lado. Sin embargo, a mí me educaron para respetar, cuidar, valorar y admirar a las mujeres. Mi madre se enfadaría si actuase de otra forma.

—¿Por qué hablas de ella en pasado?

No debería preguntar ni insistir en un tema que sé que le causa dolor, su mirada vidriosa y la tensión de sus hombros son una clara señal de lo mucho que esta conversación le afecta. Pero la curiosidad me supera y no puedo detener a mi maruja interior.

—Faltaban dos semanas para que terminaran las clases, después, junto a José, nos marcharíamos de esa casa, tal y como los dos teníamos planeado. Ese día estaba nervioso, tenía un mal presentimiento, aunque decidí ignorarlo, y al salir del instituto en vez de volver a casa y comprobar que todo estaba bien, decidí irme a jugar un partido de fútbol con varios compañeros. Ganamos y nos fuimos a celebrarlo con unas cervezas, la tarde se alargó más de lo esperado, quería disfrutar de esos últimos días y llevarme un buen recuerdo.

»Al regresar a casa, me sorprendió ver el coche de mi tío aparcado en la puerta, no eran frecuentes sus visitas, pues su relación con mi madre, su hermana, no era muy afectuosa que digamos. Sus formas de ver el mundo y entender la vida eran demasiado opuestas y eso provocaba múltiples discusiones entre ambos. Al abrir la puerta, lo encontré en el salón junto a mi padre, sus gestos eran serios y el silencio abrumador. Pregunté por mi madre, me parecía extraño que a esas horas no estuviera en casa, los dos guardaron silencio, solo me dieron un sobre y me dejaron solo en la sala. Era una nota de despedida.

»Se marchó sin decirme adiós, sin un beso o abrazo, sin una explicación; y, lo peor de todo, se marchó sin mí. Me dejó con ellos, sin importarle nada más, por eso hablo de ella en pasado. Por eso apenas me permito recordarla, los años han pasado, he crecido, madurado y perdonado, pero el dolor por su abandono sigue acompañándome.

—¿Nunca has intentado buscarla? Puede que la obligaran a marcharse o el miedo la superara, quizá pensó que hacía lo correcto y desde entonces vive arrepentida. No puedo creer que, después de todo lo que me has contado, desapareciera sin más, Jesús.

Hay madres que abandonan a sus hijos, yo misma soy una de esas niñas que dejaron en una

puerta sin mirar atrás y sin importarles si vivía o moría. Mis padres me desecharon y nunca han intentado conocerme, ni siquiera de adulta, y gracias a mis madres, pude localizarlos, ellos alegaron que era un error y como tal me trataron. Jamás volví a pensar en ellos ni a insistir en un encuentro que no deseaban, yo ya tenía a una familia que me quería, cuidaba y protegía sobre todas las cosas. Cerré ese capítulo y seguí con mi vida; sin embargo, conforme Jesús habla de su madre y todo lo que vivieron juntos, hay algo que no cuadra. Además, él sigue teniendo esa espinita clavada en su corazón y no logrará curarla hasta que descubra la verdad.

—Son muchos los puede o quizá que no tienen respuesta, Mila. Ella tomó una decisión y yo debo aceptarla, han pasado muchos años, los dos hemos rehecho nuestras vidas y remover el pasado no cambiará nada.

Mimitos, sorprendiéndome una vez más, lanza un maullido cargado de dolor y sale disparado del salón, dejándonos en un silencio lleno de sentimientos.

—Esta es parte de mi historia, Ricitos, otro día te contaré más, pero ya es muy tarde y debería irme a casa.

No quiero que se vaya y quedarme sola, a su lado todas mis preocupaciones se esfuman y ese miedo que me asfixia, desaparece. Por otra parte, y después de su confesión, siento que no debe estar solo, pues el pasado, junto a los recuerdos, volverán a por él, sumiéndolo en una tristeza que me gustaría evitarle.

—Estoy segura de que tienes hambre y yo odio comer sola, ¿te quedas a cenar conmigo? Si no tienes otro plan mejor, claro.

—¿Cocinarás tú? —pregunta con esa sonrisa que me vuelve loca y me impide hablar, por lo que niego con la cabeza como si fuese un muñeco—. Entonces, acepto la invitación.

No puedo controlarme y tampoco quiero, la verdad —estoy de contenerme, no lanzarme y retener las inmensas ganas que le tengo hasta el mismísimo—, por lo que me tiro sobre él dándole un fuerte abrazo que provoca sus carcajadas y un tsunami entre mis piernas que me cuesta controlar.

Disfrutamos de una agradable cena sin dejar de hablar, reír y, por mi parte, de provocar algún contacto accidental, aunque todos muy leves. Las horas pasan demasiado deprisa sin que pueda detenerlas y sobre medianoche —como Cenicienta, pero sin zapato y con unos abdominales de infarto—, mi príncipe particular se marcha, dándome un casto beso en la frente que me hace suspirar y me da munición para mejorar en sueños la escena y que ese beso termine en fuegos artificiales.



CAPÍTULO 10

JUDAS

La paciencia nunca ha sido una de mis virtudes, sobre todo cuando soy yo el que tiene que aguardar a que el destino o algún idiota sin sangre decida actuar. Tampoco soy de sentarme y esperar que el tiempo, destino o los acontecimientos pasen, ¿para qué hacer algo así cuando puedes manejar los hilos y a las personas como mejor te convenga? Por supuesto, olvidar, perdonar, confiar, respetar, amar y hacer el bien nunca han formado parte de mi vocabulario; total, he crecido, sido y actuado como un grandísimo hijo de puta toda mi vida, dándome unos buenos resultados.

Desde niño aprendí por las malas que, si quieres algo tienes que luchar por ello, y no hablo solo de cosas materiales, criarte con una borracha, adicta a la heroína y tendencias suicidas me hizo madurar desde muy temprana edad. Si tenía hambre, frío, miedo o dolor solo me tenía a mí, pues ella estaba siempre demasiado colocada como para darse cuenta, o lo que era peor, hacer algo para ayudarme. Por no comentar que los malnacidos que traía a casa y le daban su dosis a cambio de sexo, no eran el mejor referente. Aunque al menos, gracias a ellos, aprendí a ser invisible, a esconderme para que no pudieran ponerme las manos encima, y cuando no lo conseguía, me enseñaron a luchar por mi vida sin importarme nada más.

El día que murió, de una sobredosis, como no podía ser de otra forma, no sentí pena o lástima, no hubo lágrimas o aflicción, más bien todo lo contrario. Por primera vez, y eso que solo tenía trece años, me sentí liberado, afortunado y dueño de mi vida. Ya no habría hombres en casa en busca de cualquier agujero donde meterla, ni volvería a escuchar gritos o sentir miedo por ser yo

en quien pusieran sus sucias manos.

Me encontraba solo en el mundo, pues según me contó en alguna ocasión, cuando las drogas no nublaban del todo su escasa mente, había perdido a sus padres cuando era pequeña en un accidente, por eso necesitaba de ciertas sustancias para olvidar. Era patética hasta para inventar excusas, se drogaba porque le gustaba, se follaba a cualquiera porque así lo había decidido y me dio una infancia de mierda porque nunca le importé. La verdad era así de simple, por mucho que intentara adornarla haciéndose la víctima.

De mi padre, o donante de esperma —como me gustaba nombrarlo ante ella para hacerla sentir culpable—, no tenía ninguna información. Era un completo desconocido y sabiendo su escaso gusto por los hombres, no había tenido nunca ningún interés por saber quién era el cabrón que pudo crearme. Ninguno de los dos me importaba, ninguno me definía, ellos me fabricaron —espero que por lo menos disfrutaran del encuentro—, sin embargo, era yo y solo yo quien decidiría mi futuro, crearía mis oportunidades y viviría la vida que ellos jamás supieron darme.

Nadie se preocupó por proporcionarme un nuevo hogar, ni los vecinos que sabían de mi situación y la ignoraban, pues ya tenían bastante con sus propios problemas. Ni los servicios sociales, que jamás pasaron por mi barrio, y mucho menos por mi casa, supongo que éramos invisibles, fáciles de ignorar y un dolor de cabeza que nadie quería acarrear. Lo de ayudar al desvalido quedaba muy bien en la televisión, en los periódicos o en los programas electorales, aunque a la hora de la verdad, todos se lavaban las manos y eso me venía genial. No quería una nueva familia, tampoco entrar en ningún centro o estar vigilado, quería un futuro, libertad y una nueva vida que llegó tan solo unos meses después de su entierro.

El Ruso me encontró en la calle, me salvó y terminó convirtiéndose en lo más parecido a una figura paterna, me enseñó el negocio, a pelear, me dio estudios, un hogar y cientos de oportunidades. Solo me exigió lealtad, respeto y compromiso y, como había visto lo que les pasaba a los que osaban traicionarle, le ofrecí todo sin dudar, convirtiéndome en su mano derecha y en el hombre que hoy soy. Cuando murió —le gustaban mucho las pastillitas azules junto a las jovencitas rubias con mucha silicona y poco cerebro—, me convertí en el rey de la Costa Blanca, pero quería más y no pararía hasta conseguirlo.

La mercancía se movía con facilidad, teníamos muy bien distribuidos los locales, camellos, compradores, varios políticos y, sobre todo, a la policía. Para que este negocio funcionase era primordial tener una buena relación con algún alto cargo del Cuerpo para no tener problemas. Por eso, y gracias a los consejos del Ruso, gastaba una importante cantidad de dinero en untar a esos desgraciados que se llenaban la boca hablando de su labor contra el narcotráfico, cuando todos sus lujos eran pagados por todos los que nos dedicamos a eso. No me molestaba darles su parte, en el fondo era algo sin importancia, ya que ellos eran felices con sus pequeñas migajas y sus ostentosos caprichos, mientras yo ganaba cada vez más dinero y poder.

Dar el paso al mundo del espectáculo fue un acierto, me convertí en un joven empresario musical dispuesto a darles una oportunidad a las nuevas voces del mercado, o eso creía todo el mundo, ya que la verdadera razón era mover la mercancía más rápido y fácil, nuevos puntos de venta y mucho más dinero. Todo marchaba bien, hasta que ella apareció y desbarató todos mis planes sin hacer nada ni ser consciente de ello.

Recuerdo el primer día que la vi, su sonrisa nerviosa, esos ojos color chocolate, su boca carnosa, sus rizos rebeldes, su cuerpo lleno de curvas, su tono de piel y esa voz que me transportaba a una calma que solo a su lado era capaz de encontrar. Era perfecta en todos los sentidos y tenía que ser mía, fuera como fuese. Desplegué todos mis encantos, esos que otras deseaban y que las volvían locas, pero que en Mila no provocaban ningún efecto. Ignoraba todos

y cada uno de mis acercamientos, mis regalos o buenas intenciones, volvía a ser invisible y no pensaba tolerarlo.

Le di espacio a la vez que mi obsesión por ella aumentaba, ponía su cara a cada mujer que me follaba, hasta que eso dejó de funcionar y era solo con su imagen con la que conseguía correrme, solo su perfume me excitaba y solo a ella deseaba. Tenía planeado tenderle una pequeña trampa para que terminara en mi cama, pues sabía que una vez entrara en ella jamás saldría, aunque para eso tuviera que secuestrarla. Un detalle menor, si conseguía que fuese mía para siempre. Sin embargo, todo se truncó esa maldita noche.

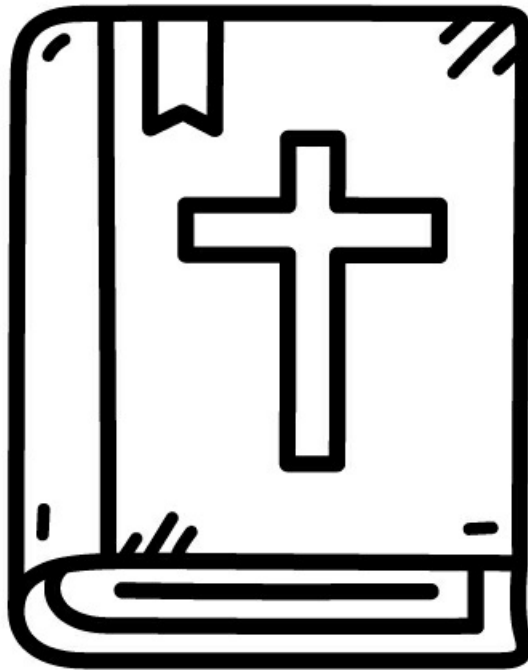
Nos encontrábamos en mi despacho, varios paquetes de droga se hallaban sobre mi mesa junto con los sobres llenos de dinero que servían para silenciar bocas. El *whisky* y las rayas no faltaban, tampoco las chicas de compañía que alegraban la vida de mis invitados, sus risas retumbaban en la sala y un nuevo negocio estaba a punto de cerrarse. Los pobres idiotas se sentían plétóricos, pensaban que su poder e inteligencia los habían llevado a lo más alto, lo que no sospechaban —ni mucho menos imaginaban— era que solo eran unos simples títeres, unos meros peones en manos de un rey, que no dudaría en desprenderse de ellos en el momento oportuno.

Iba a abandonar el despacho y dejar que siguieran con su particular fiesta de mujeres, sexo y alcohol. Hacía mucho tiempo que esos encuentros no despertaban ningún interés en mí y me moría de ganas de ver a Mila sobre el escenario, quizá esa noche sí conseguiría mi premio. Pero nada salió como imaginaba, ella abrió la maldita puerta secreta que meses atrás le había mostrado, descubrió a mis invitados, el dinero y los paquetes de droga, su mirada se llenó de miedo, el pánico ante lo que veía la sacudió y no dudó en salir corriendo.

Desesperado grité su nombre, la perseguí e intenté detenerla, aunque me fue imposible y tuve que dejarla marchar. Debía tranquilizar a mis socios, lo primero siempre sería el negocio, ya que ninguno de los que nos encontrábamos en el despacho queríamos que se descubriera el pastel, y tampoco deseaba que ella terminara siendo el objetivo de esos desgraciados. Me costó varias horas convencerlos y una comisión más abultada para que olvidaran lo ocurrido. Como siempre, el dinero es lo que mueve el mundo, calla bocas y logra objetivos.

Con el tema controlado, fui en su búsqueda, pero era como si se la hubiese tragado la tierra, no estaba en su casa ni en la de sus madres, tampoco con la hermana de la pelirroja ni en ninguno de los mil sitios en los que la busqué. Empecé a desesperarme y perder la cabeza cuando mis insistentes llamadas no eran contestadas, estaba huyendo de mí, apartándose de su lado y llevándose con ella un secreto que jamás debía ver la luz.

Los días se convirtieron en semanas y estos en meses, mi obsesión ya era enfermiza, no había un solo instante en que no pensara en ella, pero algo había cambiado. Ahora la rabia ocupaba una gran parte, dividiendo las ganas que sentía de hacerla mía con las de causarle dolor, el mismo que ella me causaba a mí cuando me ignoraba. Ya estaba harto de sus juegos y un nuevo plan comenzaba a fraguarse en mi privilegiada mente, si no quería volver por las buenas, lo haría por las malas. Un nuevo mensaje era el inicio, sabía que no respondería, no sería tan fácil, sin embargo, era un aviso o la gente a la que quería comenzaría a pagar las consecuencias de sus actos; y qué mejor manera para empezar que con esas dos mujeres a las que tanto adoraba.



CAPÍTULO 11

JESÚS

Hacía una semana de mi visita a casa de Mila, y desde entonces habían pasado algunas cosas. La primera era que había quedado todos los días con Ricitos para ver con ella el repertorio que iba a llevar a cabo durante la misa. Cada noche, al terminar ambos con la jornada laboral, nos veíamos en mi casa para ensayar y cuadrar los momentos en los que ella iba a cantar. Era verdad cuando me decía que no tenía ni idea de canciones de iglesia, y yo tampoco es que fuera muy ducho, pero, entre mi trabajo de investigación y la ética del esfuerzo que tenía Mila, habíamos conseguido un gran resultado. Esperaba que a los feligreses les gustara y supieran valorar lo que hacía mi amiga.

Por otro lado, la pequeña historia que le conté sobre mi madre me había devuelto con más fuerza los fantasmas del pasado. Lo que dije lo pensaba de verdad, quería que nos contáramos cosas de nuestras vidas para así reforzar nuestro vínculo de amistad. De esa manera, igual ella se abriría a mí en algún momento. Sin embargo, eso conllevaba para mí abrir la caja de Pandora que tan bien tenía cerrada, en sentido figurado, pero también literal, pues desde nuestra conversación no hacía más que mirar en el interior de la pequeña lata de galletas que tenía con recuerdos de mi madre.

No es que no me acordara a diario de ella, lo que ocurría es que intentaba que los porqués no se agolparan en mi mente, taladrando mi cabeza como un martillo percutor. Si dijera que no la echaba de menos estaría mintiendo. Ella era mi motor en esa época, la única que me comprendía y amaba en aquella casa llena de angustia, la persona que solo quería que yo fuera feliz. Me daba

alas, me decía que no me dejara arrastrar por los deseos de mi padre y mi tío, que yo tenía las herramientas y las ganas para llevar mi vida a buen puerto, que me merecía todo lo bello del mundo. Y, de la noche a la mañana, todo se esfumó.

Ella partió, Dios sabe a dónde, supongo que harta de los desplantes de mi padre y de verse reducida a algo menos que una mota de polvo. Dentro de mi lógica, podía entender sus razones, pues nadie se merecía pasar por lo que ella pasó junto a ese hombre. No obstante, como hijo, esa persona especial que ella me hacía notar que era, no podía lidiar con el hecho de que mi madre me abandonó, dejando tras de sí una mísera nota impregnada con su olor a lavanda.

Además, se suponía que teníamos un plan conjunto, que José, ella y yo nos iríamos juntos a empezar una nueva vida. Vale que igual no era la mejor estrategia, pues mi madre no tenía estudios y nosotros habíamos terminado de forma reciente el bachillerato. Pero ¿no iba de eso la felicidad?, de arriesgarse, de tirarse al vacío con los ojos cerrados. Puede que no tuviéramos mucho dinero, pero estoy seguro de que hubiéramos encontrado nuestra dicha en el simple hecho de vivir libres.

En cierto modo, me sentía muy cercano a Kalevi. Mi padre solo me hacía caso cuando traía las notas y para recordarme lo insignificante que era a base de tortazos, así que podría decir que me había abandonado antes incluso de nacer. Mi madre me había criado y dado todo el amor del mundo, sin embargo, no pudo soportar más el destierro en su propia casa y yo no fui suficiente para retenerla.

Y luego estaba mi tío, un hombre estricto que nada tenía que ver con la bondad de Nicolás y que, siendo sincero, solo me quería para alcanzar sus metas. Así que si hablaba de familia de sangre, en definitiva, estaba más solo que la una.

Como cada mañana desde hace una semana, contemplo el tesoro que se encuentra dentro de la lata de galletas danesas. La última carta de mi madre, que se encuentra en primer plano, me recibe esperando a ser abierta de nuevo. Casi me sé de memoria las líneas escritas con urgencia, sin embargo, en los momentos bajos me gusta releerla.

¿Por qué haces esto?, replica mi mente de forma muy acertada. No tengo una respuesta clara a esa pregunta. Supongo que los seres humanos tenemos un punto masoquista que nos hace volver a lo mismo una y otra vez. En ocasiones parece que nos guste regodearnos en el dolor.

Querido Jesús:

He pasado toda la noche velando tu sueño. Me reconcome pensar que en unas pocas horas voy a dejarte atrás, pero ahora las circunstancias han cambiado.

Sé que piensas que tu plan es infalible, que nos iremos lejos de aquí y empezaremos una nueva vida, y que esta estará llena de felicidad. Sin embargo, la realidad es que sin dinero y sin estudios poco podemos hacer. Además, no quiero ser el motivo por el cual lances tu vida por la borda.

Junto a tu padre, aunque en ocasiones sea un poco estricto, tienes posibilidades. Con su posición y su fortuna puedes estudiar lo que quieras y tener un gran futuro. Si nos fuéramos ahora tirarías a la basura muchas oportunidades y tu inteligencia trabajando de sol a sol para ganar unos míseros euros. Aunque pienses que no te importa, en pocos años lo haría, y me culparías por tu desdicha.

Así que te dejo con gran pesar por el amor que te profeso, pero sabiendo que es lo mejor para ti. No me busques, continúa tu camino sin mí, quizá en un tiempo nos volvamos a encontrar.

Te quiere,

Tu madre, Lola.

Sus palabras se clavan en mi corazón, haciendo que el torrente de sangre fluya de nuevo imparable. Como me pidió, no la busqué. Cada día me pregunto si ha llegado el momento de intentar dar con ella, pero a la par siempre hay algo que me dice que no lo haga. No sé si es el rencor o el miedo aquello que frena mi iniciativa, tanto da, el caso es que todavía no he movido ficha en este asunto y no sé si algún día la moveré.

Saturado por la agonía de un pasado en las sombras, vuelvo a meter la carta en su lugar y cierro la caja. *Se acabó*, me digo con determinación. No puedo seguir así, perdiendo mi norte en un instante de pérdida que ya no tiene solución. Debo seguir adelante, dejando atrás los tiempos remotos, y centrarme en el día a día.

Con fuerzas renovadas, guardo la lata en su escondite y salgo como una exhalación de mi apartamento. Necesito respirar aire puro, mezclarme con el ritmo de la isla, disfrutar del calor del sol y de sus gentes. Eso me ayudará a dejar la mente en blanco.

Me tomo un café en el paseo marítimo, camino un buen rato por la orilla de la playa, hablo con Jordán, un cincuentón que cada vez que me ve me cuenta sus avances con el Tinder, y termino la excursión improvisada en el Viva Cuba.

Allí me encuentro con Nicolás, Caridad, Maritza y las hermanas de Yotuel. Durante largo rato disfruto de la compañía de estas personas tan maravillosas que irrumpieron en mi vida para darle un color especial. También de una copiosa y deliciosa comida que necesitaré horas para digerir, aunque me da igual, ya que peor sería no gozar de esta.

Bien entrada la tarde, me despido de parte de mi familia escogida y me dirijo hacia la parroquia, donde hoy, al fin, tendrá lugar el primer oficio con cánticos.

En cuanto giro la esquina veo que Mila ya está esperando en la puerta. Se encuentra impaciente, lo sé por la caminata nerviosa que lleva de lado a lado con la vista clavada en el suelo. No se da cuenta de que he llegado a su altura hasta que choca contra mí, perdiendo el equilibrio. Menos mal que actúo con premura y me da tiempo a cogerla de los hombros para devolverle la estabilidad. Sus ojos se abren como dos faros por la impresión, pues creo que no sabe contra quién ha chocado hasta que encuentra mi mirada. Solo entonces se relaja un poco.

—¡Llegas tarde! —me increpa ella, con un dedo acusador en alto dirigido hacia mi cara.

—He llegado a la hora de siempre, Ricitos. Hay tiempo de sobra para prepararnos.

—Cómo se nota que no estás acostumbrado al mundo del espectáculo. ¡Puede fallar cualquier cosa, Jesús!

—No sé si te has dado cuenta, pero la parroquia es lo menos parecido a un espectáculo. Es decir, no hay que hacer ni prueba de vestuario, ni de luces, ni de sonido. Los tres micrófonos que vamos a utilizar están bien conectados, solo hay que darle a un botón y ¡tachán! Magia en estado puro.

La expresión de furia contenida en su rostro y el manotazo que me llevo en el brazo me dan una pista de que mi comentario ha sido un tanto desafortunado. Yo solo quería quitarle hierro al asunto; sin embargo, parece que Mila no está para chascarrillos baratos.

—Vale, vale, lo entiendo, nada de bromas —digo mientras levanto los brazos en señal de rendición y, ya de paso, para cubrirme en caso de que decida darme otra vez.

—Mejor, porque estoy a punto de dar media vuelta y desaparecer. Ni siquiera sé por qué he venido, con lo a gusto que estaba en mi casa mirando la pared de mi dormitorio.

—Te lo voy a decir yo —indico, buscando el contacto de esos iris marrones—: Estás aquí para darte una oportunidad, para enseñar a los vecinos tu talento, para poner en práctica el esfuerzo de la última semana y para pasar un rato haciendo aquello que da calor a tu vida.

—Hablas demasiado bien para mi paz mental, Ojazos. ¿Eso os lo enseñan en el seminario?

—Por supuesto. La asignatura se llama «Técnicas Avanzadas de Manipulación a Ovejas Descarriadas». Siempre sacaba sobresaliente, era mi temática favorita.

—No tiene gracia —contesta ella.

Sin embargo, parece que este nuevo chiste sí ha logrado el efecto deseado, pues mi amiga se carcajea sin control, liberando la tensión que la atenazaba tan solo un minuto antes. Yo la observo con una sonrisa en mis labios, me embebo de su alegría y dejo partir el nudo que me ha estrangulado durante toda la mañana. Es el efecto Mila, una marca que debería patentar. Estoy seguro de que el universo lo agradecería.

—Anda, Ricitos, vamos dentro. Es hora de vivir tu «Sister Act» particular. Quién sabe, igual la cosa funciona y en un mes ya tienes tu propio coro de hermanas.

—Poca broma con eso, páter. Por mucho que me guste la película no pienso ponerme un hábito en mi vida. Seguro que tú ni lo aprecias, pero este cuerpo no está hecho para ocultarlo con esos vestidos tan feos.

—Desde luego que no —suelto sin pensar en lo que digo, con una voz susurrada que ni reconozco.

¿*De dónde ha salido ese comentario?*, pregunta mi conciencia con curiosidad. La verdad es que no lo sé y, como tantas otras cosas que me pasan cuando ella está cerca, no me voy a parar a analizarlo. Tampoco quiero observar a Mila, que se ha quedado clavada en la acera, solo me dedico a abrir el portón y a seguir adelante como si mi lengua no me hubiera jugado una mala pasada.

Una vez dentro, mi amiga me adelanta casi sin mirarme y se dirige hacia la silla que he colocado al lado del altar. Saca su guitarra, hace una afinación de última hora y prueba los micrófonos. Mientras tanto, yo entro en la sacristía como si me persiguiera el mismísimo Satán para ponerme las vestimentas litúrgicas. Una vez preparado, acciono la megafonía para que suenen las campanas pregrabadas que dan la señal a los feligreses de que la misa empieza en breves instantes.

En cuanto salgo, veo a una pequeña multitud que comienza a tomar asiento en los bancos y que mira de soslayo a Ricitos, preguntando en silencio qué ocurrirá a continuación. Muchos la conocen del supermercado, otros igual la han visto pasear por las calles de Santa Eulalia o en compañía de nuestros amigos. Sin embargo, ninguno de ellos sabe que es cantante profesional y que tiene una voz hecha por los ángeles.

—Queridos hermanos —digo con voz clara a través del micrófono para acallar los cuchicheos—, antes de dar comienzo a la liturgia, me gustaría explicar que hoy haremos algo distinto. La señorita Mila García ha preparado para nosotros un repertorio de canciones de misa que irá cantando a lo largo del acto. Tienen delante de cada uno de ustedes un librito con todas las letras para que puedan seguirlas y, si les apetece, cantar con ella. Elevaremos así, de forma más pasional, nuestro espíritu hacia el Señor.

Los asistentes, aunque le echan una ojeada al pequeño cuaderno, se encuentran un tanto desconcertados. Como no quiero que Ricitos se desanime, poso mi mirada en la de ella y le doy unos ánimos silenciosos que espero funcionen.

Sin más dilación, hago que todos me presten atención, remarcando el inicio de la misa con la señal de la cruz. Durante más de cuarenta y cinco minutos todo sale a pedir de boca, nuestros ensayos previos dan el resultado deseado y, a pesar de que la gente no canta, todos se quedan mirando a mi amiga con devoción. Se crea una atmósfera cargada de una electricidad impregnada de magia, incluso soy testigo de algunas lágrimas derramadas en el transcurso.

En cuanto la liturgia termina, los feligreses se agolpan ante nosotros, indicando a voz en grito, para hacerse notar sobre el resto, lo encantados que están por lo que han podido vivir.

Mila y yo nos miramos sonrientes, satisfechos y con una euforia contenida. *Eres increíble*, le digo moviendo los labios. Sé que me ha entendido cuando posa la mano en su corazón y me devuelve un *Gracias* de la misma forma.

Y con eso me doy por satisfecho porque pienso que este es el principio del fin de su prisión autoimpuesta.



CAPÍTULO 12

MILA

No soy capaz de contener la emoción que me embarga ni las ganas de saltar sobre Jesús para agradecerle lo que acaba de hacer por mí y el chute de energía que me ha dado. Lo primero es fácil, todos los asistentes que nos rodean están con las emociones a flor de piel, una sonrisa en sus labios y mil felicitaciones en sus bocas, por lo tanto, que una lagrimilla se me escape no llamará la atención de nadie. Mis ganas ya son otro tema, no creo que nadie entienda ni vea con buenos ojos que me lance sobre el cura y me lo coma a besos, abrazos y, si me dejara, incluso a orgasmos, por lo que no me queda más remedio que aguantarme, disimular y seguir soñando mientras recibo las felicitaciones por mi brillante actuación.

Varias serviciales feligresas, las cuales han aumentado en número desde que Jesús llegó a la iglesia, interactúan con nosotros e incluso se ofrecen voluntarias para participar en el coro, alegrando así las futuras misas. Claro, porque las vistas ya se las alegran las muy pájaras viendo al cura dar la homilía. Mi cara ante su propuesta es un poema y lo que me pasa por la cabeza un pecado que no puedo confesar o me terminarían prohibiendo la entrada a la iglesia. Por suerte, Ojazos parece saber lo que estoy pensando y a puntito de soltar, y por el bien común, se hace cargo de la situación, asegurando que valorará todas sus ideas. ¡Ya las tiene contentas y a mí de los nervios! Porque la idea de crear el grupo musical Las coristas de Dios, no entra en mis planes más inmediatos.

Los últimos en acercarse a nosotros son los miembros de la numerosa familia que ambos hemos formado en la isla. Yotuel, con su sonrisa característica, y Kalevi, con su ceño fruncido,

son los primeros en acercarse, les siguen las hermanas Cruz, cargadas con las tres princesitas que miran todo a su alrededor y no dejan de hacer gorgoritos para deleite del resto. Maritza junto a Jasper, que hay que ver el gusto que da verlos juntos y lo apuesto que es el madurito finlandés, nos llenan de halagos y tras ellos nos saludan el trío calavera: Ava, Nicolás y Caridad. Esos tres tienen más peligro que una plaga de adolescentes zombis hasta arriba de hormonas, pero son la alegría del grupo o de cualquiera que ande cerca.

Las últimas en llegar son las desequilibradas que tengo por amigas, que cargadas con pompones y varios carteles llenos de purpurina —solo les falta llevar una camiseta con mi foto— corean mi nombre como si estuvieran ante su artista favorita. No puedo resistirme y terminamos las cuatro saltando, riendo y haciendo el idiota mientras el resto nos mira entre divertidos y avergonzados. Tampoco es que nos importe mucho, nosotras somos de demostrar las emociones, montar escándalo y ser felices juntas. La vida ya es bastante puñetera, rápida y jodida cuando se lo propone como para perder el tiempo pensando en el qué dirán. Además, la locura es algo nuestro y al que no le guste que mire hacia otro lado.

Decidimos, bueno, lo hacen ellos, ya que en la nube flotante en la que me encuentro soy incapaz de pensar o decidir con coherencia, que nos marchemos juntos a celebrar mi iniciación en el mundo eclesiástico —sin nada más que añadir, son todos así de cabrones y graciosos—. Lo normal sería ir al Viva Cuba, donde solemos celebrar todos los acontecimientos importantes y los que no lo son, la verdad. Sin embargo, hoy no queremos que las chicas Cruz trabajen, pues es su día de descanso y optamos por ir a un bar del puerto. Las risas son constantes, las cervezas fluyen, y las tres muñequitas que tengo por sobrinas son el centro de atención, logrando que los adultos nos comportemos como tontos para hacerlas reír.

Me encantan estos momentos, son los que me dan vida y me hacen ver lo afortunada que soy, solo me faltan mis madres aquí y sería el instante perfecto. Es pensar en ellas y la tristeza me embarga, sé que están disfrutando de su estrenada jubilación, que están cumpliendo uno de sus sueños recorriendo Europa en plan mochileras, pero las añoro tanto que no puedo evitar ponerme moñas. Antes de que alguien se percate de mi estado, decido salir a la calle y que la brisa despeje mi mente.

Agradezco el silencio que me rodea y la paz que me produce. En esta maravillosa y mágica isla me he reencontrado conmigo misma, he aprendido a valorar lo que tengo y a ser más consciente de que vida solo hay una y que para vivirla solo tienes que ponerle ganas. El problema es que mis miedos y esa maldita noche me persiguen e impiden que me deje llevar. Pensé que la distancia me haría olvidar y todo quedaría en una mala experiencia que, con el tiempo, solo sería un mal recuerdo. Una forma absurda de engañarme, ya que las constantes llamadas y los mensajes demuestran que todo sigue igual.

—Mi chama, se supone que esta fiesta es en tu honor. ¿Qué haces aquí escondida?

—¡Joder, Caridad! Casi me matas del susto.

Esta mujer es silenciosa y sigilosa como una pantera, nunca la veo venir y termina dándome cada sobresalto que algún día me manda al otro barrio. En su próximo cumpleaños le regalaré un cascabel o una pandereta, así quizá evitaré morir joven y casi virgen, porque llevo tanto tiempo sin probar hombre que a veces pienso que se me está reconstruyendo el himen.

—Yo no tengo culpa de que estés lela, fiñe. Y no me cambies de tema, te he hecho una pregunta y quiero la respuesta.

—No me estoy escondiendo, solo necesitaba unos minutos de tranquilidad.

—Claro, mi chama, y yo soy la reencarnación de Nefertiti, eso sí, con más salsa en las venas.

Si es que no aprendo, intentar engañar a esta mujer es imposible, tiene un radar, poder o no sé

qué para detectar las mentiras y siempre termina pillándome, bueno, a mí y a todos los que la rodeamos.

—Deja de pensar y dime de una vez, ¿qué te preocupa? Tengo una edad, cualquier día al jefe se le cruzan los cables y decide reclamarme, por eso no hay que perder el tiempo.

—No digas tonterías, tenemos doña Caridad para rato, eres toda una jovencueta, con más marcha que las chicas de veinte años.

—No me seas *sata*, chama, la edad no me preocupa, solo es un número y un recordatorio de lo que hemos vivido, pero eso no quita que cada día mi final anda más cerca, aunque ya te digo que no será inmediato, todavía tengo mucha guerra que dar.

Me sorprende la facilidad con la que habla de la muerte mientras que al resto nos parece un tema tabú que preferimos no tocar. Tememos que llegue el final, nos negamos a pensarlo o imaginarlo, e incluso fantaseamos con poder evitarlo. Algo absurdo, pues por desgracia todos tenemos fecha de caducidad y nada que hagamos podrá cambiarla.

—Tesoro, hay tres cosas que los humanos no somos capaces de controlar: el tiempo, el amor y la muerte. Deseamos tiempo para vivir y disfrutar, sin embargo, nos pasamos la mayor parte de él pensando, o lo que es peor, no aprovechándolo. Ansiamos toda clase de amor desde el primer segundo de nuestras vidas, pero después no somos capaces de valorarlo, apreciarlo y cuidarlo hasta que es demasiado tarde. Desde muy pequeños nos enseñan a temer a la muerte, cuando ella solo es una fase más, una etapa por la que todos pasaremos y, quizá, un nuevo comienzo. No hay que controlarlo todo, a veces dejarse llevar es la solución más fácil y la más acertada, aunque si hay que vivir y hay que vivir con todo, mi chama. Y algo me dice que tú no lo estás haciendo.

Sus palabras me descolocan a la vez que me hacen ser consciente de la gran verdad que esconden, queremos controlar y manejar nuestro destino, ser dueños de nuestras vidas, cuando en el fondo solo somos meros actores que seguimos un guion. Caridad es una mujer muy sabia, además, tiene un halo a su alrededor al que no te puedes resistir, con ella todo es sencillo, seguro. Me gustaría ser capaz de hablarle con sinceridad, contarle mis preocupaciones y miedos, sin embargo, la emoción y mi manía de proteger a todos me impiden hacerlo.

—Estaré aquí para escucharte y ayudarte cuando decidas dar el paso, solo te diré una última cosa: esconderse no terminará con el problema, como tampoco lo hará luchar sola. Tienes mucha gente a tu alrededor que te quiere, solo déjate llevar y sigue al azul, ese es tu color, fiñe.

—Te equivocas, Caridad, mi color es el dorado.

Es lo único que se me ocurre decirle, pues para todo lo demás no estoy lista todavía, necesitaría una semana para meditarlo o varias botellas de ron, y trabajando mañana no veo factible ninguna de las dos.

—La que se equivoca una vez más eres tú, listilla, el azul ha llegado a tu vida y juntos cambiaréis el mundo. Abre los ojos y mira a tu alrededor.

Hago lo que me pide y no veo ni azules ni rojos ni nada de nada. Me giro para pedirle más explicaciones, pero ya ha desaparecido, dejándome más perdida que antes, y eso ya es difícil. Cierro los ojos e intento dejar la mente en blanco, olvidarme de todo y disfrutar de la calma que me rodea, pero el día ha sido muy largo, muchos sentimientos se han despertado, la ausencia de mis madres cada día pesa más y mis pocos avances como agente secreto —sigo en plan James Bond, con suerte hasta termino protagonizando la nueva película— hacen que me sea imposible.

Un escalofrío recorre todo mi cuerpo y al segundo un olor, que reconocería en cualquier parte, inunda todos mis sentidos. Abro los ojos despacio y sonrío como una tonta al verlo a mi lado. ¡Señor, qué manera de putear al personal! ¿No podía ser feo, rancio, simplón, antipático o gilipollas? No, tenía que ser el «David» del siglo XXI, gracioso, divertido, un cachito de pan con

cuerpo de infarto, buena persona y cura. ¡Hay que joderse con mi suerte!

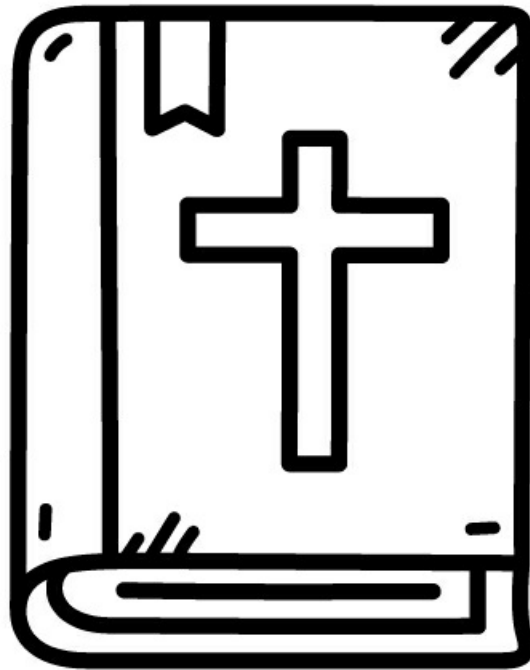
—¿Estás bien, Ricitos?

—De lujo, Ojazos, solo me falta que lleguen los extraterrestres y tengo el *pack* completo. —
Ríe a carcajadas ante mis disparates mientras a mí me entran los calores, las palpitaciones y las ganas de lanzarme.

Tengo que respirar hondo para controlarme, Jesús no siente lo mismo, nunca lo hará, solo soy su amiga, aunque él para mí sea todo con lo que siempre soñé. Nos miramos a los ojos, creamos nuestra pequeña burbuja donde sobran las palabras y todos los ojalá, con los que fantaseo cada noche, acuden a mi mente. Necesito una señal, una interrupción divina, un haz de luz o a la Benemérita si es necesario, para que me haga reaccionar y rompa la magia que nos envuelve o, al final, la lío.

—Chocolatina, o entras ahora mismo o mañana te prometo que no solo le prepararás el desayuno a Jordina, y ya sabes lo exquisita que soy con la comida. —La señal que pedía llega en forma de pelirroja cabreada y con ganas de fiesta.

No lo pienso y sin despedirme de Jesús —ya he tentado demasiado a la suerte y al final termino doctorándome *summa cum laude* en contención y aguante—, corro al encuentro con Valentina, a la que lleno de besos por salvarme de cometer la mayor locura de mi vida.



CAPÍTULO 13

JESÚS

La brisa marina acaricia mi cara como si fuera el aleteo de una mariposa. Cierro los ojos, inspiro y expiro en un intento por calmar mi corazón desbocado por el esfuerzo al que ha sido sometido. Al abrirlos, la oscuridad reinante hasta el momento comienza a romperse con la salida del sol. Resulta sobrecogedor ser testigo de un instante como este, ver cómo el astro rey se impone con su poderosa presencia. Con su luz tomas consciencia de que tienes una nueva oportunidad, un día más para abrazar las dificultades y transformarlas en algo positivo.

A veces pienso que sueño como un vendedor barato de zen, cuando yo mismo guardo en el sótano de mi existencia demasiada oscuridad latente y reprimida. Sin embargo, no puedo evitar pensar de forma afirmativa, creo que solo eso me mantiene a este lado de la línea.

La canción «Take me to church» de Hozier hace de estos minutos algo cercano a la gloria. Si la Iglesia supiera lo que estoy escuchando, igual volvía la época de la quema por el inapropiado tema que mis oídos absorben con la glotonería que incita al conocimiento. No obstante, poco me importa, este precioso espacio de tiempo es solo mío, nadie tiene derecho a expoliar mi tesoro.

¿*Ni siquiera Mila?* Bueno, puede que ella sea la única que tenga cabida en este espacio. Ella lo compartiría conmigo en una simbiosis perfecta, se dejaría llevar por el misticismo envolvente, incluso puede que cantara bajito el tema, convirtiendo en oro, cual rey Midas, la burbuja creada solo para nosotros.

Al hilo de esta reflexión, mi corazón galopa salvaje de nuevo, solo con la emoción que provoca el pensamiento de su supuesta presencia a mi lado. Ayer nuestra conversación terminó

de forma demasiado abrupta con la llegada de Valentina. Comencé despacio, haciendo una pregunta típica que puede resultar banal dependiendo de la persona que la haga. Mi intención era subir la intensidad con tiento, como cuando escalas una pared vertical y necesitas cuidar cada uno de tus movimientos. Con esa estrategia, que quedaba muy bien en mi cabeza, pretendía embaucar a Ricitos, atraerla hacia mi tela de araña y así, movida por mis inteligentes preguntas y el eufórico momento en el que se encontraba, atraparla. Entonces, empezaría a cantar como un jilguero, estaba seguro de que me hablaría hasta de su primer amor adolescente. Un plan excelente, ¿verdad? Ni Jafar lo ejecutaría tan bien con su increíble poder de hipnotista.

No obstante, no conté con el entorno, siempre presente y expectante. Mi gran inteligencia barrida por la pura lógica.

Y ahora estaba en Ses Pedrisses, con el sudor tornándose frío e invadiendo en retorno cada poro de mi piel por el que fue expulsado, pensando otra vez en cómo abordar el tema con ella. La media hora de carrera solo ha servido para dejar la mente en blanco durante un paréntesis fingido, pues no hay modo de apartar la palpitante necesidad que tengo de ayudarla.

Mi naturaleza me incita a contribuir, no es porque sea sacerdote, eso no tiene nada que ver. La empatía no es una virtud que se pueda entrenar, o se tiene o no se tiene. Está claro que el ambiente en el que creces puede favorecer a que la poseas, aunque hay personas que aun así la esquivan de forma premeditada.

En mi caso, puede que mi madre, con su dulzura y sus cuidados, favoreciera mi sensibilidad hacia la gente y sus problemas, sin embargo, estoy seguro de que el esfuerzo por mantenerla a mi lado fue y sigue siendo mío. Una ardua tarea en el mundo en que nos ha tocado vivir, con los humanos tomando conciencia de las desgracias solo cuando ocurre algo devastador. Hubo un tiempo en que solía pensar que yo era una rareza que soltaron a modo de escudo en medio de una batalla para proteger a las tropas de la inocencia que luchaban contra tanto sentido de superioridad rancio. Después vine a Ibiza, conocí a personas increíbles y, por primera vez en años, me sentí conectado a almas afines a la mía. Es conmovedor entender que, igual, no todo está perdido, a pesar de las contestaciones fuera de tono o las malas caras persistentes. Dicen que siempre hay una luz al final del túnel y, por suerte, mis amigos me lo han demostrado con sus acciones.

El espectáculo del amanecer ha llegado a su fin y, con el astro ardiente predominando en el cielo azul, los sonidos de la naturaleza se disipan, engullidos por el acelerar de los coches y los murmullos de la gente. La magia creada por la riqueza del páramo se rompe de forma irremediable. El martilleo de la vida diaria en su máximo esplendor me recuerda que debo dejar atrás la población de Es Canar y volver a casa. Sin embargo, hoy estoy demasiado cansado para iniciar otra carrera de cinco kilómetros. Una lástima que en el mundo real no existan ni caminos de baldosas amarillas ni zapatos mágicos, sin duda, sería toda una experiencia. Me tendré que conformar con llamar a un taxi.

En cuanto llego a casa, me deshago de la ropa mojada y me meto en la ducha con el agua ardiendo. Estoy tiritando por culpa de mi inconsciencia al quedarme tanto rato a la intemperie con el sudor empapando mi cuerpo. Por un segundo he mirado con anhelo la bañera de patas que hay justo al lado, pero me he contenido en cuanto un sentimiento de culpa por el agua malgastada ha cruzado mi mente.

Algo más repuesto, aunque con el frío todavía adherido a mis músculos, me visto un poco más abrigado de lo normal y encamino mis pasos hacia el bar Fuente para tomarme un chocolate bien caliente.

Al entrar, el bullicio de la gente allí reunida y el olor a desayunos recién hechos embotan mis

sentidos. Una sonrisa desde la barra y una mano alzada me invitan a acercarme hasta allí.

—Buenos días, padre.

—Buenos días, Eugenia —saludo a la dueña en cuanto me siento en el taburete que la enfrenta—. Y no me llames padre, te he dicho muchas veces que me llames Jesús.

—Lo siento, pad..., Jesús —contesta con una sonrisa de disculpa—. Es que no puedo evitarlo. El anterior párroco nos lo exigía como señal de respeto.

—El respeto no te lo da un cargo, ya puestos, tampoco lo hace un nombre, por muy pegados a Dios que digamos estar. Este solo se gana con hechos y yo todavía no he hecho nada para merecerlo.

—¿Cómo puede decir eso? No he visto a un siervo del Señor tan atento desde... bueno, desde nunca, para qué le voy a engañar.

—No te voy a negar que me estoy esforzando, pero el camino es largo. Y aun cuando tú creas que me merezco que me llames de usted, te pido que no lo hagas. Prefiero ser solo yo.

—¿En algún momento descansa tu cabeza?

—No lo suficiente, Eugenia —contesto, soltando el aire de forma cansina.

—Bueno, no puedo contribuir a que tu mente curiosa deje de darle vueltas a todo, pero sí puedo llenarte el estómago con un chocolate con churros. ¿Qué te parece?

—Pues que eso sería perfecto, gracias —indico con una sonrisa resplandeciente.

La dueña se va para preparar mi desayuno y yo me quedo solo por un momento, sintiendo como el cansancio pesa como una losa sobre mi cuerpo. Al parecer, la revitalizadora sensación que ha dejado la ducha ha sido efímera. Por cómo me siento, parece que lleve todo el día en danza, en lugar de unas pocas horas. A ver si los churros, que de normal veo de lejos por mi dieta equilibrada, logran levantar mi ánimo.

Mi falta de conversación se termina en cuanto llega Juan, el único hijo de Eugenia, un joven brillante que perdió un poco el norte al juntarse con malas compañías. Al poco de llegar a Santa Eulalia del Río, su madre, desesperada por no saber cómo actuar, me pidió ayuda. Su marido había fallecido el año anterior y, desde entonces, Juan había empezado a faltar a clase y a coquetear con las drogas. Yo no tenía mucha experiencia con jóvenes problemáticos, pero sí con las familias desestructuradas y las sustancias ilegales, así que me dediqué en cuerpo y alma a sacarlo del pozo de autodestrucción en el que estaba sumido. ¿Cómo lo hice? Me lo llevé a la iglesia como chico de los recados. Los resoplidos del principio fueron sustituidos pronto por un simple asentimiento de cabeza e incluso por una sonrisa genuina.

No sé qué vio el chaval en mí, pero al igual que Jesucristo con su discípulo más amado, el chico aceptó mis consejos y mi ayuda. Supongo que veía en mí a alguien parecido a un hermano mayor. El caso es que volvió a estudiar, dejó de robar y de mentir a su madre y, además de traer y llevar objetos de una iglesia a otra, me ayuda con las pequeñas obras de caridad que llevamos a cabo. Ahora dice que quiere ser abogado como yo, solo espero que no le dé por meterse en el seminario.

—Hola, tío —indica Juan, haciéndome el saludo de siempre, como si fuéramos un par de raperos de los noventa—. ¿Te ha dicho alguien que hoy traes una cara de mierda?

—Todavía no, pero te lo agradezco. Tus palabras me llegan hondo al corazón —replico con la mano en el pecho.

—Para eso estamos, colega. Ya sabes que me gusta la sinceridad —contesta con su sonrisa de canalla impertinente—. Por cierto, ayer hice inventario en la capilla de Lourdes. Falta un misal.

—Sí, disculpa, me lo llevé a Puig de Missa porque el que tenía allí parecía que se iba a desmoronar en cualquier momento y luego se me pasó decírtelo.

—Vaya, vaya. Yo pensando que las lagartas de las feligresas tenían las manos demasiado largas y resulta que son las del cura. ¿Nos ha salido ladronzuelo, páter?

—Por supuesto. Aunque me llamo Jesús, soy más como Dimas y Gestas.

—Bueno, esta vez te lo paso, pero a la próxima anótalo. No me gusta perder el tiempo.

—Claro, jefe —respondo con ironía mientras hago un saludo militar.

Juan suelta una carcajada y se dirige hacia la cocina del local para prepararse algo de almuerzo, donde se cruza en la puerta con Eugenia, a quien da un sonoro beso en la mejilla. La mujer, más contenta que un niño el día de Navidad, le devuelve el beso y lo mira con adoración. En momentos como este siento que he contribuido en algo bueno.

El chaval vuelve a mi lado y, tras devorar juntos el succulento desayuno, nos marchamos hacia la capilla, donde nos espera una tarea de clasificación de ropa que han donado los parroquianos. Después de horas en la sacristía, en las que solo hemos parado para comernos un bocadillo, ya tenemos los montones hechos para la gente que vendrá mañana a buscar las prendas que necesitan.

—Hola, chicos. ¿Interrumpo? —pregunta Mila, asomando su cabeza por la puerta.

—Tú nunca lo haces, morenaza —afirma Juan con su mejor expresión de adolescente ligón—. Dime, Mila, ¿cuándo vas a caer en mis redes?

—Cuando el Infierno se congele.

—¡Ay, pobre de mí! Otra que se me escapa.

—¿Otra? —interrogo divertido.

—Ana, la rubia con gafitas que va a mi clase. Es una monada.

—Y ¿no te has planteado que igual deberías cambiar tus técnicas de ligue? —cuestiona Mila siguiendo con el juego.

—No, yo pensaba que tenía una gracia natural —alega Juan con la confusión impregnando su juvenil rostro.

Mila pone los ojos en blanco mientras yo lo miro con la disculpa plasmada en mis facciones. Yo puedo saber muchas cosas, sobre todo aquellas que salen de los libros que devoro con entusiasmo, pero de ligar no tengo ni idea. De todas formas, el tiempo apremia y ahora no podemos pararnos a conversar con profundidad porque la misa debe comenzar en quince minutos. Así que nos despedimos de Juan, que dice tener mucha prisa —aunque ambos sabemos que se lo tragará la tierra antes que aguantar una homilía—, y nos preparamos para comenzar.

Todo sale igual de perfecto que el día anterior, la preciosa voz de Mila me acompaña en todo momento y llena de emoción a los asistentes, incluso parece que ha venido más gente. Sin embargo, yo me encuentro cada vez peor, noto la garganta algo inflamada y hay momentos en los que parece que el mundo no para de girar.

—¿Te pasa algo, Ojazos? —pregunta Ricitos llegando hasta mí en un suspiro.

—Pues la verdad es que me siento un poco enfermo. Creo que he cogido algún virus.

—Entonces, despacho a la gente en un santiamén y te acompaño a casa.

—No es necesario, tranquila. Seguro que se me pasa con una noche de sueño.

—No era una pregunta, Jesús.

Y con una mirada intensa, complementando su porte de guerrera, me deja clavado en el sitio sin opción a negarme. De todas formas, si soy sincero, tampoco quiero.



CAPÍTULO 14

MILA

Sabía que Jesús no se encontraba bien, no porque tuviera superpoderes o fuese un lince en medicina —que yo es ver una aguja o sangre y termino en el suelo sin ningún *glamour*—, más bien era porque su cara de muerto viviente, blanco como Casper o como un guiri en su primer día de playa, no dejaba lugar a dudas. Intentó negarse a mis órdenes, pero parecía mentira que no me conociera, le gustase o no, Ojazos iba derecho a su casa a tomar algo caliente y un par de ibuprofenos.

Ya he dicho que no soy médico ni nada parecido, sin embargo, mi madre —que debió de sacarse la carrera de Medicina cuando me adoptó— todo lo cura con ese medicamento y si son dos, mejor que uno. Y una madre siempre sabe lo que hace, por no mencionar que llevar razón en todo es su primer mandamiento. Esto de ir tanto a la iglesia y escuchar misa comienza a afectarme, verás si dentro de unos meses no recito los salmos en latín y las plegarias, o lo que narices sean, en arameo.

Mientras mi chico —qué bien suenan esas palabras, aunque solo lo hagan en mi perturbada cabeza— se da una ducha caliente para entrar en calor, pues el pobre estaba más frío que un Calipo, rebusco en su nevera algo que prepararle, pero el señorito es *fitness* y solo encuentro hojas verdes. Otra cosa que nos diferencia, ya que él es de leche de almendras, brotes de soja y productos saludables mientras yo soy de cervecita fresca, chocolates variados y comida rica que alimenta el alma, y ya de paso mis caderas.

Desde pequeña, mis madres me enseñaron a quererme y a saber que la comida es para

disfrutar, degustar, compartir y saborear, por lo tanto, por muy bueno que esté el brócoli —que siendo claros, no lo está ni aderezado—, no puedes compararlo con un buen trozo de carne, unos churros con chocolate o unas bravas. Quizá por eso soy de talla cuarenta siendo positiva, cuarenta y dos con esfuerzo o cuarenta y cuatro siendo realista.

Al no encontrar nada que pueda servirme, le escribo a Mayelin para que me mande uno de sus guisos capaces de revivir a un muerto, o en este caso, a un cura cabezón que me tiene loquita. Espero todo lo paciente que puedo —que ya aviso que no es mucho, la paciencia no es una de mis virtudes— a que Jesús salga del baño, sin embargo, no oigo nada, y mira que tengo la oreja puesta en modo detective privado. Los minutos pasan con extremada lentitud y mi mente, que le gusta ir por libre, comienza a imaginar cientos de situaciones.

Me imagino a Jesús inconsciente, con una brecha en la cabeza, ahogado o, lo que es peor, tocando la zambomba a la vez que las gotas de agua recorren su trabajado cuerpo, esto último no me importaría verlo, porque debe de ser todo un espectáculo que me encantaría descubrir, aunque por desgracia nunca lo haré. Es lo que tiene fijarse en un cura buenorro, que solo puedes soñar, ya que catar o saborear es considerado pecado capital y terminaría en el Infierno, rodeada de demonios y con Lucifer de jefe. Eso sí, si se parecen un poquito a los de la serie, por favor, que me lleven pronto, que no pienso quejarme.

El sonido del timbre me saca de golpe de mis desvaríos y al abrir me encuentro con Joan, uno de los cocineros del Viva Cuba. Con su sonrisa habitual me entrega el pedido y sin darme tiempo a decir ni una palabra —todavía sigo en modo neurona plana— desaparece de mi vista. Cinco minutos me cuesta arrancar y cerrar la puerta, no sé lo que me pasa, pero estoy más espesa que de normal, puede que sea la preocupación por Jesús, su cercanía o la necesidad de echar un polvo que me quite las telarañas. Sea lo que sea, hoy estoy sembrada y sin nadie que me riegue.

Con todo preparado y sin uñas —una manía asquerosa que tiene una y no puede evitar cuando los nervios la invaden— voy en su búsqueda. Me pego todo lo posible a la puerta, esperando ser capaz de captar cualquier sonido, incluso intento mirar por el pequeño hueco por si veo algo, aunque de poco me sirve, bueno sí, para parecer más idiota de lo que aparento de normal. Cansada de perder el tiempo, lo llamo a la vez que golpeo la madera con suavidad.

—Jesús, la cena está lista. —Silencio, esa es la única respuesta.

En un intento de paciencia desconocida para mí, pruebo tres veces más, pero, hasta el moño de que no responda, abro la puerta. Una nube de vaho me da la bienvenida, hace tanto calor en el cuarto de baño que la temperatura debe de ser parecida a las saunas finlandesas que tanto aconseja Kalevi y por no ver, no veo ni mi sombra, ya sé que la gracia tampoco es una de mis virtudes, aunque yo me río mucho con mis ocurrencias.

Cuando logro acostumbrarme a la niebla londinense, veo a Jesús sentado en el suelo, temblando como una hoja, con los ojos cerrados y desnudo. ¡Virgencita, jefe supremo y Todopoderoso!, ya sabéis que no creo mucho en estas cosas, que no rezo ni predico, pero ¡coño, podríais colaborar un poquito! Que una lo intenta todos los días y con estas cosas, ¡no me ayudáis!

La respuesta a mis súplicas llega en forma de jadeo —todo sea por mejorar la situación y mi estabilidad emocional— de un Jesús que no reacciona. Respirando hondo y encomendándome a Willy Wonka —cada uno le reza a quien quiere—, cierro el grifo, cojo una toalla para cubrir su cuerpo y me arrodillo a su lado.

—Ojazos, ¿querías comprobar lo que siente un pollo al ser escaldado? Eso, o te mola la idea de tener quemaduras hasta en las uñas de los pies.

Espero que mi tontuna le haga reaccionar y me regale una de esas sonrisas tan suyas que me

hacen suspirar, sin embargo, no sirve de nada y continúa en estado catatónico.

—Jesús, tienes que salir de la ducha, llevas mucho tiempo y al final te saldrán branquias. — Nada, sigue pajarito y yo ya no puedo más—. ¡Me cago en la leche, páter!, o levantas el culo y sales de la ducha o te sacaré yo.

—Mi... Mila, ¿e... eres tú? —pregunta sin dejar de temblar.

—No, hijo, soy Beyoncé subida en su caballo blanco celebrando los Grammys, pues claro que soy Mila. Tanta agua caliente te ha fundido el cerebro, levántate.

Sigue sin moverse y ya empiezo a preocuparme de verdad, con esfuerzo, varios empujones y algún que otro grito consigo que salga de la ducha. Enredo la toalla en su cintura —no es el momento de ver su fruta prohibida— y lo llevo a su habitación, donde cae en la cama sin dejar de temblar.

Hay que joderse, para una vez que lo tengo desnudo en una cama y no estoy soñando, resulta que está medio muerto y sin posibilidades de jugar al teto. Fantástico. Tapo su cuerpo con una sábana, necesito evitar tentaciones, para seguir en plan buena samaritana y no parecer una perversa algo psicópata, obsesionada y enamorada del cura de su parroquia. Esto cada vez se parece más a un episodio de «CSI Miami», ya verás si no termino en prisión por secuestrar a un clérigo, que con mi suerte, esa que no me acompaña y ya puestos ni me roza, todo es posible.

Agobiada, voy a la cocina, donde preparo un paño húmedo, el guiso de Mayelin, una botella de agua fría y dos ibuprofenos de mi cartera, ya que en el botiquín de Jesús solo hay cosas naturales que no conozco y no quiero envenenarlo con hierbas. De nuevo en la habitación, lo encuentro en la misma posición que lo he dejado, pero ahora está ardiendo y empapado de sudor. Intento que se despierte, que beba agua y se tome la medicación, con la comida ni me esfuerzo, pues sigue sin reaccionar, por lo que no me queda más remedio que velar su sueño inquieto y colocarle paños fríos en la frente para bajarle la temperatura.

Todo lo que he probado ha sido en vano y ya no se me ocurre nada más, porque la opción de ir al hospital montados en mi vespa está descartada, es imposible que pueda vestirlo y subirlo en la moto, ya ni hablamos de ser capaces de hacer el viaje. Vuelvo a mirar la hora en el teléfono, son las cuatro de la madrugada, sé que se acordará de todas mis raíces, pondrá el grito en el cielo y me tocará prepararle el desayuno hasta el final de los tiempos, es algo con lo que cuento, pero es la única persona que puede ayudarme ahora mismo.

—Chocolatina, espero que me llames para decirme que acabas de echar un polvo con el mismísimo Chris Hemsworth, porque como me hayas despertado a estas horas por alguna de tus rayadas, ¡juro que te despellejo viva!

Jordina es una persona sonriente, de buen humor permanente y sonrisa Profident, su único problema es que si la despiertas, cambia su angelical rostro y carácter afable por una copia bastante exacta de la niña del exorcista, hasta los ojos de Red Bull.

—Lo siento, peque, estoy desesperada, necesito tu ayuda. Jesús está mal, lleva horas con fiebres altísimas, delira, no reacciona y ya no me quedan ideas.

—Prefería la opción del polvo, pero no hay forma de que me des una alegría.

—Jordina, céntrate y deja las bromitas para otro momento. —Oigo sus bufidos y como empieza a moverse.

—Vamos a ver, Mila, soy veterinaria, no médico de familia, ¿cómo narices quieres que te ayude?

Quizá tendría que haber pensado en eso antes de despertarla, pero tampoco somos tan diferentes los humanos de los animales, además, siempre dicen que procedemos del mono y a esos, hasta donde sé, los atienden los veterinarios.

—Podrías recetarle algún antibiótico o algo por el estilo.

—Claro, pide por esa boquita, bonita. ¿Te estás oyendo? No puedo hacer eso, loca.

—Jordina, estoy desesperada —susurro a punto de ponerme a llorar.

—Lo que estás es como una puñetera cabra, Chocolatina. Dame media hora e iré con refuerzos, eso sí, esta me la pienso cobrar.

Tal y como me ha prometido, llega a casa de Jesús acompañada de Marcela, a la que me presenta como una amiga suya —pero algo me dice que, por sus miradas y alguna caricia furtiva, son mucho más que eso—, y que resulta ser médica. Después de un exhaustivo reconocimiento y comprobar varias veces sus constantes, me informa de que Ojazos tiene una gripe bastante fuerte. Me da las indicaciones que debo seguir, como evitar que le suba mucho la fiebre e ir al hospital si noto que le cuesta respirar, me da varios medicamentos y me avisa que mañana por la tarde volverá para ver cómo continúa.

Antes de despedirse, Jordina me abraza y en susurros no duda en meterse conmigo:

—No me extraña que te guste tanto el cura, menuda tableta esconde debajo de la sotana. Como todo lo tenga igual, terminarás fundiendo ese aparatito que tan poco te gustaba al principio y que ahora no sueltas.

Ignoro sus comentarios, ya que algo de razón tiene, no solo por mis quejas con el succionador de clítoris al que adoro, sino porque he visto de refilón lo que esconde Jesús y ya os digo que debería considerarse Patrimonio de la Humanidad. Un nuevo gemido llama mi atención y voy corriendo a la habitación, donde lo encuentro empapado, temblando y con la temperatura por las nubes, tanto que comienza a delirar de nuevo.

—Mi... Mila, sí... yo... yo también... Ri... Ricitos te...

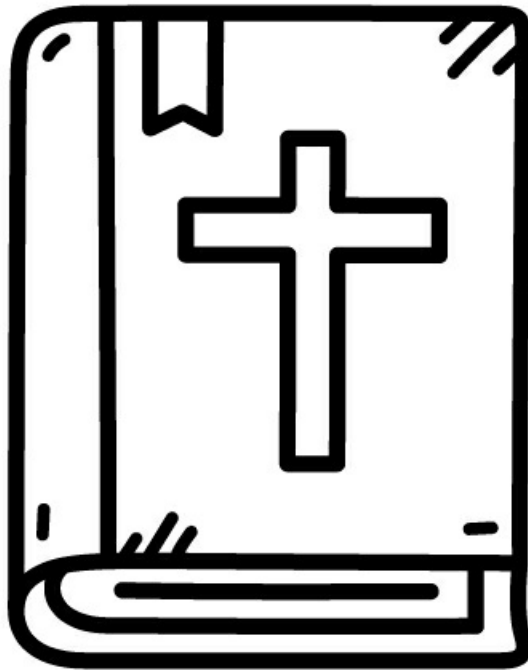
Nada de lo que dice tiene sentido o yo no lo encuentro, me coloco a su lado y con el paño acaricio su frente, cuello, pecho y vuelta a empezar, o como siga bajando, no podré parar. Esto es una tortura, no me gusta verlo tan débil y enfermo, y menos me gusta ver esos abdominales, oblicuos y músculos trabajados que me ponen mala. Al final, termino yo con la temperatura más alta que la suya, ya verás.

La noche la he pasado en vela y la mañana no ha ido mejor, apenas he conseguido que beba un poco de agua y para que se tomara las pastillas solo me ha faltado hacer la danza del vientre, cantando soy buena, pero bailar no es mi fuerte, será porque soy arrítmica o porque no se puede ser perfecta en todo, no lo sé. Ahora se ha quedado más tranquilo, he conseguido que la fiebre baje un poco y eso provoca que el cansancio que llevo acumulado inunde todo mi cuerpo.

Calor, tengo mucho calor y tengo la espalda empapada, debería abrir los ojos y saber qué está pasando, pero no puedo, estoy muy a gusto en la cama, soñando con Jesús. Sus brazos rodean mi cuerpo, su mano descansa sobre mi pecho, su respiración acaricia mi cuello y su amiguito se mueve emocionado reclamando mi atención. En las últimas semanas mis sueños han mejorado mucho, sin embargo, este es tan perfecto que podría ser real. Me muevo un poco y abro los ojos de golpe, al descubrir la verdad, no se trataba de un sueño fabricado por mi calenturienta mente, no, es real. Estoy en la cama, con Jesús pegado a mi espalda y empalmado. Él no se entera de nada, pues ha vuelto la fiebre y los delirios diciendo mi nombre son la melodía que acompaña la tarde y parte de la larga noche.

Así hemos pasado los últimos cuatro días, él más muerto que vivo y yo más cachonda que sensata. Por suerte, la fiebre ha comenzado a remitir, sus sueños son más tranquilos y, según Marcela, en un par de días volverá a ser el de siempre. Yo respiro algo más tranquila, me alegro de que se recupere y todo vuelva a la normalidad, el problema es que no sé si seré capaz de olvidar su cuerpo junto al mío, porque sí, han sido más de una las ocasiones en las que nos

hemos despertado con nuestros cuerpos abrazados. Y si antes me gustaba, ahora ya es una obsesión.



CAPÍTULO 15

JESÚS

Estoy en la gloria, rodeado por una nube de calor que me resulta muy reconfortante. Recuerdo encontrarme fatal ayer, los escalofríos se instalaron en mi cuerpo y no me dieron ninguna tregua. Ahora, poco a poco voy saliendo de la bruma del sueño, aunque no me apetece abrir los ojos por el momento. Me siento muy a gusto abrazado a mi almohada. Es curioso, pero juraría que huele igual que la fragancia de flores silvestres que utiliza Mila. Sin embargo, eso no es posible, estoy seguro de que mi mente ha creado esa evocación porque ella fue la última persona que vi antes de caer inconsciente.

Muevo un poco mi cuerpo para estirarlo, notando cómo las vértebras hacen un pequeño crujido, y vuelvo a estrujar la mullida almohada, pero un bulto que no reconozco me hace fruncir el ceño. ¿Será posible que se haya deformado en un lado? Bueno, antes de vivir en este apartamento, muchas personas pasaron por aquí y es normal que los objetos se deterioren por el uso. Es posible que no me haya dado cuenta antes porque no suelo adoptar esta posición al dormir. Tomo una nota mental para ir lo antes posible a comprar una nueva y así dejo esta para posibles imprevistos.

Me acerco un poco más al cojín, paseando mi palma por toda su longitud y, entonces, me doy cuenta de tres cosas más. La primera es que noto mi nariz invadida por algo que le hace cosquillas, como si fuera pelo, algo imposible porque no hay nadie más aquí y no tengo mascotas. La segunda es que el viscoelástico tiene otro bulto, diría que de un tamaño bastante parecido al anterior. Y la tercera es que una parte de mi anatomía se ha puesto de repente muy

contenta. A ver, es normal que los hombres nos despertemos con una erección matutina, de hecho, leí en un artículo médico que lo preocupante es el caso contrario. Esto responde a una serie de procesos fisiológicos que tienen lugar en nuestro cuerpo mientras nos encontramos en la fase REM. Hasta ahí, todo correcto. Sin embargo, no había estado tan alegre desde mis años de adolescente, cuando las hormonas actuaban como detonante a cualquier conflicto, ya sea una pelea o un momento de satisfacción de los instintos más primarios.

Estoy bastante descolocado, mi cerebro tampoco es que colabore mucho a estas horas, no obstante, necesito saber qué está pasando. Con un poco de miedo por lo que me pueda encontrar, abro despacio los ojos, vislumbrando ante mí una masa de rizos de color oscuro que conozco a la perfección. ¡Ay, Dios mío, no! ¡No puede ser! ¿Por qué estoy abrazado a Mila? Y, lo más importante, ¿por qué estoy desnudo con ella en mi cama? Debido a los nervios que me entran, me separo de ella tan rápido que la hago caer al suelo de un empujón.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —dice ella mientras se levanta veloz, como si fuera una ninja a punto de atacar.

Ricitos mira hacia todas partes parpadeando, en un intento por quitarse de un plumazo el sueño que tiene. Tras un minucioso escrutinio a los alrededores, al fin, se centra en mí. Hay poca luz en la habitación, pero la que entra a través de las lamas de la persiana es suficiente para vernos con claridad. Su mirada se posa en mi torso desnudo y yo, por instinto, me tapo con la sábana, metiéndola por debajo de mis axilas. Un movimiento ridículo en verdad, ya que estoy seguro de que lo ha visto todo. Eso me recuerda que los valores se encuentran en alza en este momento, así que me muevo un poco para disimular todo lo que puedo.

—Pe... perdón por... por tirarte. Es que no te esperaba tan... cerca —balbuceo con una voz de pito nada normal en mí y con la vergüenza instalada en mi semblante.

—Sí, disculpa. Es que no quería dejarte solo, has estado bastante enfermo —responde Mila retorciendo sus manos.

Parece que ella también está nerviosa, desde luego, esta es una situación inusual para los dos.

—Bueno, gracias por cuidarme, Ricitos —indico con una sonrisa, a la par que una sensación gratificante se instala en mi pecho—. Hacía años que nadie cuidaba de mí y no sé qué has hecho, pero me encuentro mucho mejor que ayer al salir de misa.

—¿Ayer? Jesús, llevas cuatro días en la cama.

—¿Cómo dices? ¿Cuatro días? —pregunto confundido ante la revelación, pues yo no tengo la sensación de haber estado tanto tiempo fuera de juego.

—Sí, al llegar aquí te metiste en la ducha y, como no contestabas a mis llamadas a la puerta del baño, entré. Te encontré tirado en el suelo, con el agua a punto de ebullición cayendo sobre ti y tiritando. Al tocarte la frente, me di cuenta de que estabas ardiendo de fiebre —explica ella con la cabeza gacha y las manos moviéndose de un lado a otro—. Tuve que traerte a la cama, que, con lo delgado que estás, no veas cómo pesas, Ojazos.

Una risa sale de mis labios ante su comentario y, con esta, consigo aligerar un poco el ambiente, que se había enrarecido por la timidez que ambos sentimos ahora.

—En fin, no sabía muy bien qué hacer. A ver, yo nunca he tenido que cuidar de nadie, aunque me acordaba de aquellas cosas que hacía mi madre por mí cuando me ponía enferma, pero poco más. Así que llamé a Jordina.

—Llamaste a una veterinaria...

—Es que en ese momento estaba sobrepasada y pensé que, a fin de cuentas, ¿no somos los humanos parecidos a los animales? —cuestiona Ricitos confusa.

—Bueno, si lo miras bien, la ciencia dice que descendemos del mono —alego para que ella se

sienta mejor, aunque espero que la hermana de Valentina no me haya recetado un medicamento para caballos.

—¡Exacto! Es lo que yo le dije a ella, pero, por lo visto, no pueden hacer recetas para humanos. ¿Te lo puedes creer?

—Me dejas... sorprendido.

—*¡Menos mal!*, indica mi subconsciente de forma muy acertada. Ya me veía relinchando a todas horas y comiendo heno en un establo.

—Tuve la suerte de que la rubia está... quedando con una médica que se llama Marcela. Ella es la que me dijo lo que debía hacer y la que te ha estado visitando estos días.

—Pues me la vais a tener que presentar, le debo un agradecimiento a ella también.

Gracias a Mila y sus locuras he conseguido sobreponerme. Además, ha estado a mi lado en todo momento durante cuatro días, si no hubiera sido por ella puede que en estos momentos estuviera mucho peor.

—Ahora que lo pienso, ¿y tu trabajo?

—No te preocupes, llamé para decir que tenía unas jaquecas espantosas.

—Pero ¿no se supone que ahora tendrás que presentar un papel de baja o algo así?

—Digamos que he hecho unos pequeños trapicheos con Marcela —contesta ella mirando hacia todas partes menos a mí.

—Entiendo...

No lo puedo evitar y estallo en carcajadas por la desvergüenza de Mila. Así es ella, refrescante, auténtica y una mujer de recursos. ¿Esta transgresión se considera pecado? No para mí, ya que, a fin de cuentas, lo ha hecho por una buena causa, ¿no?

—Y, ¿qué ha pasado con la misa?

—Nicolás se encargó de todo. Llamó al Obispado de Ibiza y les comentó lo que te había pasado. Según sus palabras, dijeron que iban a rezar por tu pronta recuperación.

—¿Quién se ha hecho cargo en mi ausencia?

—Pues, vino un señor bastante remilgado que dijo ser tu tío. ¿Cómo se llamaba? ¡Ah, por favor, qué mala soy para los nombres!

—¿Caín? —pregunto con cierta congoja por lo que me pueda contestar.

—¡Eso es! Y mira que es fácil, porque una no será católica, pero la historia de los dos hermanos sí la conozco —afirma ella pagada de sí misma—. ¿Qué ocurre, Jesús? Te has quedado blanco de repente.

—No es nada, tranquila. Es solo que no esperaba que viniera tan pronto.

—Según me ha contado Nati, ha sido complicado mantenerlo al margen. Al igual que tú me advertiste cuando hablamos de él, por lo visto es un tipo de carácter severo.

—No te haces una idea, Ricitos —suelto con la mandíbula tan apretada que siento que me voy a partir un diente—. ¿Cómo han conseguido contenerlo?

—Marcela, bendita sea porque se ha ganado el cielo con su ayuda, habló con él en calidad de médico. Le advirtió que era mejor que no viniera por lo contagioso que era el virus que tenías, que era imprescindible que te dejaran descansar para que tu cuerpo sanara.

—Voy a tener que darle más que un simple gracias a Marcela, igual debería invitarla a una comida, aunque creo que todo lo que haga se quedará corto.

Me sigue sorprendiendo que haya personas tan altruistas repartidas por el mundo. Sin conocerme de nada, ha hecho todo lo que ha estado en sus manos para curarme y calmar la tormenta virulenta que supone mi tío en el mejor de los casos. Supongo que mi médico particular tiene el juramento hipocrático muy presente, también puede ser que esté muy enamorada de

Jordina. Sea cual sea la razón de su auxilio desinteresado, siento que no tendré suficientes vidas para demostrarle mi gratitud.

—Por cierto, ¿dónde está mi móvil?

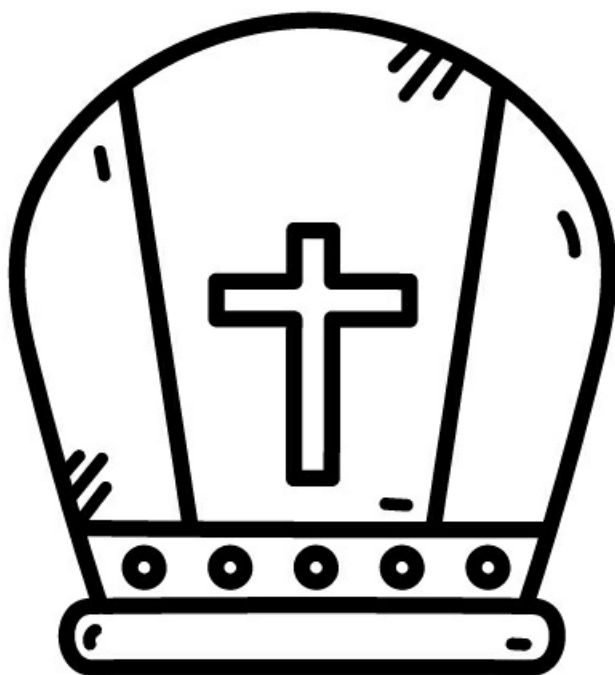
—En tu mesita, cargando. ¿Por qué?

—Porque creo que tengo que ponerme en contacto con mi tío.

—Uf, no sé qué decirte, ¿mucho mierda?

—Gracias, Ricitos, la voy a necesitar.

Y sin hacerme más el remolón, marco el teléfono de la persona con la que menos me apetece hablar en este instante. Bueno, para ser veraz, ni ahora ni nunca.



CAPÍTULO 16

CAÍN

Mis ojos marrones observan con parsimonia lo que me rodea desde hace cuatro días. Una sacristía anodina repleta de piezas desvencijadas, paredes algo desconchadas por la falta de cuidado, suelos deslustrados debido al paso del tiempo. Es decir, un despropósito detrás de otro. Además, estoy al servicio de los fieles proletarios de una simple parroquia de pueblo, una posición que dejó de corresponderme hace más de diez años. Sin embargo, esta ha sido la única manera de desprenderme de mis funciones durante unos días para venir a Ibiza en este preciso momento.

Cuando mi contacto en el Obispado de la isla me llamó para informarme de las últimas noticias sobre mi sobrino, tuve una visión clara como las de santa Brígida. Entonces supe que esta era mi oportunidad. Por un lado, vería con mis propios ojos lo que se traía entre manos Jesús. A pesar de que Monseñor Álvarez lo tenía en gran estima y confiaba a ciegas en él, yo me sentía nervioso desde la aparición estelar de una mujer. Quería asegurarme de que era verdad que no ocurría nada entre ellos y de que mi sobrino continuaba su camino por la guía marcada.

Por otro lado, mi acto desinteresado al ocuparme de las homilías mientras él se recuperaba de su enfermedad me daba cierto crédito positivo a ojos de la Iglesia. Mis acciones del pasado no iban a ser condonadas, no era tan crédulo como para pensar eso. Sin embargo, mostrarme como un familiar abnegado y un siervo dispuesto a rebajar su posición solo para estar al servicio de Dios, era fundamental para que se destensara un poco la correa que portaba alrededor de mi cuello. Así, igual conseguía que dejaran de mirar con lupa cada paso que daba y, como

consecuencia, el retorno de parte de la libertad de la que se me había privado.

El sonido de mi teléfono haciendo eco en esta habitación de techos altos me hace pegar un brinco. En ocasiones, me encantaría estampar este cacharro contra la pared, la música estridente que sale de este me pone de los nervios.

—¡Hombre, pero qué alegría! Mi querido sobrino llamándome. Eso quiere decir que estás mejor, ¿verdad? —digo con una sonrisa en los labios, intentando sonar jovial.

—Hola, tío. Sí, estoy mejor, los cuidados de mi médica y un... amigo han obrado el milagro.

—Eso es algo que me llena de júbilo, Jesús. Me dijeron que estabas realmente enfermo y no me dejaron verte.

—Lo sé, pero era lo mejor para ti. No sabía si lo habías pasado.

—¿El qué, exactamente? Porque tu médica no me dio mucha información al respecto.

—La varicela.

—¿No la pasaste cuando eras niño? Me suena que tu madre me comentó algo en su momento.

—No, eso fue el sarampión, tío.

—Ah, ya.

Me quedo por un instante callado, escuchando la respiración algo acelerada de Jesús al otro lado de la línea. Soy un experto mentiroso, Dios lo sabe mejor que nadie, así que detecto cuando una persona no está diciendo toda la verdad sin tan siquiera mirar las reacciones de su rostro. Está ocultando algo, lo sé, pero tendré que esperar a averiguarlo.

—¿Y tu amigo?

—¿Qué pasa con él?

—Pues que ha estado contigo todo este tiempo. ¿No le has pegado nada?

—Ah, no. Él la tuvo cuando estaba en el jardín de infancia.

—Pues menos mal que estaba a tu lado.

—Eso mismo pienso yo —contesta Jesús soltando un suspiro, como si estuviera intentando serenarse—. En fin, no hablemos más de mí. ¿Qué tal te ha ido en la parroquia?

—Muy bien, tus feligreses son personas increíbles, me han hecho las cosas fáciles. Aunque he de decir que no ha acudido mucha gente a la homilía durante estos días que has estado ausente.

—Bueno, no te lo tomes como algo personal, tío. Las personas se acomodan a alguien y, cuando se lo cambian, pierden cierta confianza.

—Tranquilo, sé que es normal. Además, muchos me han dicho que se habían acostumbrado a tu nuevo experimento, eso de las misas cantadas, y que preferían esperar a que volvierais los dos.

—Sí, bueno, supongo que los cánticos hacen que la gente se sienta más cercana al Altísimo.

—Por supuesto —concluyo en tono un tanto cortante, pues entiendo que no le sacaré nada de esta conversación, al igual que no he sacado nada de las charlas casuales con los muertos de hambre que vienen aquí—. Y dime, hijo, ¿puedo ir a hacerte una visita ya?

—Pues, verás... es que... la médica me ha dicho que al menos esté tres días más en casa para asegurarnos de que el... período in... infeccioso ha pasado.

Esos balbuceos son para mis oídos como las bellas melodías de «La flauta mágica» de Mozart. Podría apretarlo un poco más, estoy seguro de que, al final, sería capaz de soltarle la lengua. Sin embargo, prefiero contenerme hasta nuestro encuentro. Porque este se producirá de manera inevitable, no pienso moverme de aquí hasta tenerlo delante. Y, entonces, con el respeto que sé que le produce mi presencia, no podrá evitarlo y caerá por su propio pie.

—Lo entiendo, hijo. Es que estoy ansioso por verte de nuevo. Eres la única familia que me queda y hace más de un año que no te tengo cerca. En verdad, me haces falta.

—Yo... yo también te echo de menos.

¡Bastardo hipócrita!, no pensaba que pudiera ser un embustero. Por lo visto, lo he subestimado, algo que no volverá a ocurrir. Está claro que yo no le tengo ningún aprecio, solo es un medio para conseguir la gloria, pero he hecho tantos esfuerzos por él que debería besar el suelo por donde piso.

—Bueno, tío, debo dejarte. Estoy un poco cansado. He despertado hace solo unos minutos y me siento débil después de tantos días con fiebre.

—Lo entiendo, Jesús. Nunca he pasado esa enfermedad, pero he visto a muchos niños que la han padecido. Por lo que sé, las pústulas son la peor parte.

—Oh, sí. Son... lo peor de todo. Menos mal que me han dado medicamentos para los picores.

—Sí, menos mal —continúo, agotado ya de esta pantomima—. En fin, no te preocupes por nada, ocuparé tu lugar hasta que vuelvas con tus parroquianos.

—Gracias, tío. Es un alivio —contesta él con un tono de voz que denota de todo menos ligereza.

Nos despedimos con un abrazo a través del teléfono, algo que solemos hacer más por cortesía que porque lo sintamos de verdad. Tras colgar, suelto un grito y estampo el móvil contra la primera pared que veo en mi punto de mira, tal y como he deseado hacer siempre. Solo que esta vez los trozos de pintura que se desprenden después del impacto me recuerdan que todavía me quedan al menos cuatro días en este agujero. Entonces, respiro hondo, me tranquilizo y reinicio. No debo dejarme llevar por la locura, ahora es momento de mantener la mente fría que tanto me caracteriza.

Con un suspiro final, doy media vuelta para salir de esta cloaca de parroquia. Necesito un teléfono nuevo, a ver si esta vez consigo que su sonido no me dé ganas de acuchillar a alguien.



CAPÍTULO 17

MILA

Jesús quiere llamar a su tío para calmar las aguas y prefiero no estar presente durante la conversación. Ese hombre no me gusta, y eso que no lo conozco, pero entre lo que me ha contado Ojazos sobre su niñez y la tensión que recorre su cuerpo cada vez que lo nombra, se me han quitado las ganas de hacerlo; además, de forma inexplicable es nombrarlo y darme un poquito de repelús. Puede que sea su nombre, porque si te llamas Caín buen rollo no das, aunque quizá solo sea que dañó a mi chico en el pasado y ya es motivo suficiente para echarle la cruz, la raya e incluso la sábana santa. Nada, que no hay forma de salir del modo beata.

Antes de ponerme a rezar el Ave María, que como siga así de religiosa no lo descarto, decido ponerme a preparar un desayuno contundente. Jesús necesita recuperar fuerzas después de cuatro días sin apenas tomar más que pequeños sorbos de agua o sopa, y yo necesito calmar mi ansiedad. Estaría encantada de hacerlo de otra forma, como, por ejemplo, con un orgasmo de esos que te hacen encoger hasta los dedos de los pies, pero como no tengo mi juguetito a mano, y tampoco creo que Ojazos se ofrezca voluntario a cumplir mis deseos, solo me queda darle al diente.

Opto por unos huevos con beicon, pan con tomate, zumo de naranja y un bol de frutas, esto último lo hago por él, ya que yo me comería un gofre de chocolate, dulce de leche y nata sin problema ni remordimientos. Aunque quiero tenerlo contento, porque cuando vea que he convertido su nevera y despensa saludable en un vale todo y sustancia que no falte, le dará un ataque que no sé si podré soportar, tan solo llevo un café en el cuerpo y hasta el cuarto no soy

persona.

Para amenizar mi tarea —porque me gusta comer, pero no tanto cocinar—, conecto mi lista de Fito y Fitipaldis en Spotify y dejo que las buenas vibras que me transmite la canción «La casa por el tejado» me ayuden en mi tarea. En uno de mis giros, con cuchara en mano como si fuese un micrófono, me encuentro a Jesús apoyado en la puerta, con una sonrisa canalla que provoca un tsunami entre mis piernas. ¿Cómo es posible que después de cuatro días enfermo esté para hacerle un monumento, dos trajes y seis homenajes? No entiendo por qué la vida es tan injusta y cabrona, que yo cojo un ligero resfriado y parezco un zombi de «The Walking Dead».

—¿Te estás preparando para actuar en el próximo concierto de Fito? —pregunta sin dejar de sonreír.

—Y tú ¿te estás preparando para cambiar la sotana por los chistes? —Lo señalo con la cuchara multifunción, que lo mismo la puedes usar de arma, micrófono, rascador de espaldas e incluso para remover las lentejas. Todo en uno.

—Lo decía por tu brillante actuación, Ricitos.

—Lo decía por tu gracia sin igual, Ojazos.

Nos quedamos mirándonos, esperando la siguiente pulla, con los meses he descubierto que estos piques tontos entre nosotros me dan vida. Jesús parece un tío serio y si está vestido de cura ni hablamos, sin embargo, tiene un lado gracioso y canalla que me pone mucho. Por lo que no dudo en seguirle el juego.

—¿Te has quedado mudo, páter? ¿O ha sido mi brillante actuación que te ha dejado lelo?

—Un poquito de las dos, listilla. Pero lo que ahora me interesa saber es, ¿a qué se debe todo este despliegue culinario? No recuerdo que en mi cocina hubiera tantos ingredientes, ni desorden, la verdad.

Observo la bancada y no puedo ocultar la sonrisa, no soy una persona muy organizada mientras cocino, me gusta tener todo a mano y termina pareciendo un campo de batalla.

—El orden está sobrevalorado, Ojazos, solo hay que saber dónde buscar para encontrar lo que necesitas.

—Si tú lo dices...

—Por supuesto que lo digo y ahora siéntate, los huevos están listos y tengo un hambre que muerdo.

Y no hablo solo de comida, porque verlo con ese pantalón de chándal y esa camiseta, que se adapta tan bien a su pecho, desata mis hormonas de una forma preocupante. Vamos, que por mí nos saltábamos el desayuno y los preliminares para lanzarme a por su tableta. Pero como tengo las mismas probabilidades de que eso suceda que de que me pidan actuar en el Wizink Center, me conformaré con los huevos y seguiré soñando. Sentados disfrutamos del desayuno en un silencio cómodo, aunque puedo notar como algo ronda por la cabecita de Jesús. Imagino que la conversación con su tío le ha traído malos recuerdos, y por eso decido darle tiempo para que hable cuando se sienta preparado.

Esa era mi idea inicial, sin embargo, solo me dura un par de minutos, ya que a la cuarta vez que abre la boca, vuelve a cerrarla y niega con la cabeza. No puedo más.

—¿Piensas contarme lo que te ronda, moreno, o tengo que adivinarlo?

Toma ya, lo tuyo es sutileza y tacto, guapa, me increpa la voz de mi subconsciente, a la que ignoro. Ya debería saber cómo soy y la poquita paciencia que me gasto, además, nadie le ha preguntado y la muy puñetera solo aparece cuando no la llamo, porque cuando necesito sus consejos, desconecta que da gusto.

—Necesito de nuevo tu ayuda, Mila —habla sin levantar la mirada del plato y eso no me da

buena espina—. ¿Te has disfrazado alguna vez?

Si supiera que durante tres años seguidos mi disfraz de carnavales fue de Dora la Exploradora, con mochila incluida, canción aprendida y Botas subido al hombro alucinaría —yo lo hago cada vez que veo las fotos o vídeos—. En mi defensa diré que toda la culpa fue de mis queridas amigas, de la cabrona pelirroja por buscar parecidos razonables, de Nati por animar el cotarro y de Jordina por usar mi facilidad a la hora de caer en una apuesta. Si a eso le sumamos los dos, o puede que fueran tres, cubatas de más que llevábamos encima, lo que pasó después no necesita mucha más explicación.

—Alguna vez me he disfrazado, ¿por qué lo preguntas?

—¿Y sabes maquillar? —responde lanzándome otra pregunta que ya termina por descolocarme.

—Claro, y sé planchar, bordar, escalar, meditar, sacar los gases a los bebés y en mi tiempo libre clavo a la perfección la postura del cadáver en yoga. Soy toda una caja de sorpresas, Ojazos.

Espero que mi broma le haga sonreír y deje ese ceño fruncido, porque ambos sabemos que no he cogido una aguja en mi vida, tampoco una plancha —el truco está en saber tender, además las arrugas son belleza— y de la escalada o el yoga, paso. Soy más de practicar sillón *ball* y levantamiento de quintos.

—Ahora es cuando te ríes por la gracia y salero que tengo, páter.

—Perdona, Mila, tengo la cabeza en otra parte. No sé cómo pedirte esto y entendería que te negaras, pues, si lo pienso, es un completo disparate que no saldrá bien y tampoco me gustaría meterte en problemas, demasiado has hecho por mí y...

—Para el carro, Jesusito, que te atascas tú solito. Dime de una vez qué necesitas y luego ya veremos si acepto o salgo corriendo.

Vuelve a mirarme entre sorprendido, emocionado y algo más que no logro descifrar, no entiendo por qué actúa así, pues en el tiempo que hemos compartido siempre hemos sido sinceros y francos con el otro, tenemos bastante confianza para hablar sin tapujos y es algo que me encanta. Solo espero que el despertarnos juntos, con su amigo juguetón, no cambie las cosas entre nosotros, me dolería mucho.

—Necesito que me maquilles y simules que tengo varicela.

Olé, olé y olé, de todo lo que me podía pedir, y estaría encantada de hacer, solo se le ocurre que me convierta en Stan Winston creando «Alien vs Predator». Si es que mi vida cada día que pasa se parece más a una película de Pajares y Estesó.

—A ver si me he enterado bien, Ojazos. Quieres que te maquille para que parezca que tienes varicela, es eso, ¿no? —Asiente con la cabeza confirmando mis palabras—. ¿Y no prefieres que te caracterice como los de la peli de «Avatar»? Ya que pides, hazlo a lo grande, chico.

Me levanto y comienzo a caminar alrededor de la mesa sin dejar de desvariar. No comprendo por qué estoy rodeada de tarados mentales, y para uno que parecía normalito, ha terminado siendo el peor de todos.

—Escúchame, Mila, mi tío no ha entendido el motivo de que le negaran su visita y no se me ha ocurrido otra cosa que decirle que tengo varicela. Lo conozco, y pronto vendrá a comprobarlo con sus propios ojos, es un hombre desconfiado.

—Es un cacique y un prepotente que no acepta un no a sus exigencias y tú, con todos mis respetos, un idiota por no plantarle cara.

¡Qué a gusto me he quedado! Y antes de que mi querida consciencia haga acto de presencia, sé que he sido muy bruta y de escaso tacto, pero Jesús debe plantarse ante su tío o seguirá siendo un

títere para él.

—Tienes razón, sin embargo, ahora no puedo hacer otra cosa, Mila. Necesito que me ayudes.

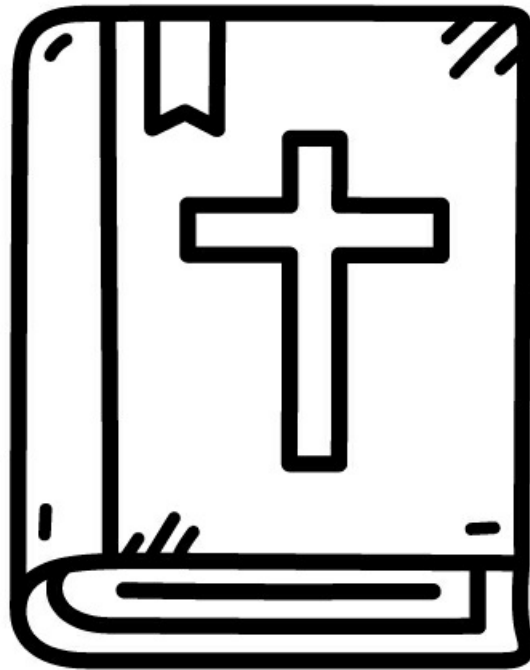
Pone su mejor carita de niño bueno y ya no puedo negarme, soy demasiado facilona, tonta y buena, por no mencionar que estoy tan enamorada de este hombre que no podría negarle nada y así me va. De locura en locura y sumando telarañas.

—Está bien, te ayudaré.

Se levanta y me da un abrazo de oso que me deshace por dentro, aunque cuando comienza a besarme la frente —en plan fraternal, no penséis mal, que no iba a tener la suerte de que se equivocara y me besara un poquito más abajo—, me aparto y pongo distancia entre nosotros. A él tanta cercanía no parece importarle, pero a mí me altera demasiado y las fuerzas ya no es que flaqueen, es que están en Mauricio con un coco entre las manos.

Con el estómago lleno comenzamos a ver vídeos de maquillaje, pústulas y costras, hasta que creo encontrar lo que necesitamos y empezamos unas prácticas intensivas de maquillaje que duran toda la tarde y parte del día siguiente. Cada vez me salen mejor, tanto que estoy pensando en dedicarme a ello, total, cantando me va fatal, como dependienta no tengo futuro y de algo tendré que vivir.

Estamos contemplando mi obra maestra cuando el telefonillo suena con insistencia, sin entender el motivo comienzo a ponerme nerviosa y mi compi de trastadas no está mucho mejor. La visita que tanto temíamos ha llegado y ahora nos toca interpretar el papel de nuestras vidas. Solo espero que el Todopoderoso no se enfade con nosotros por esta pequeña mentirijilla.



CAPÍTULO 18

JESÚS

¡No, no y no! ¿Cómo puede estar aquí mi tío? Pensaba ir yo en su busca, propiciar un encuentro casual en la capilla antes de que comenzara la misa. Así no tendría que estar mucho rato junto a él. Una vaga conversación para que se quedara tranquilo, un pequeño sermón por su parte, ya que siempre lo hacía, y se acabó. Como dice el refrán: cada uno en su casa y Dios en la de todos. Sin embargo, Monseñor Bermejo, es decir, mi tío, haciendo gala de su impaciencia natural, había venido hasta mi casa y eso suponía otro problema.

El primero estaba solucionado con la magnífica actuación de Mila en su nueva faceta de maquilladora de efectos especiales. Hay que ver lo que se puede hacer de forma casera con pintura facial, clara de huevo y un bastoncillo para los oídos. Sabía que mi amiga lo conseguiría, era una persona concienzuda que donde ponía el ojo, ponía la bala. El resultado no podía ser más que brillante, parecía que de verdad había estado enfermo de varicela.

No obstante, ahora se me presentaba la siguiente encrucijada, ya que por teléfono le había comentado a mi tío que me había cuidado un amigo, es decir, alguien del género masculino. Y aquí venía el dilema, pues Mila, ni con todo el maquillaje del mundo se asemejaría a un hombre y ya no daba tiempo a que saliera corriendo de aquí sin ser vista. Debía encontrar una solución rápida o Monseñor me pillaría con una mujer en mi apartamento.

Al conocerlo tan bien sabía que cualquier explicación que yo le diera caería en saco roto. En su retorcida mente, Ricitos solo sería una fémina en busca de un varón al que poder cazar. Para él todas las mujeres eran una copia de Lilith, demonios del adulterio, la brujería y la lujuria;

personas descarriadas y desobedientes que habían venido al mundo para crear el conflicto entre los hombres, aunque estos fueran curas. Así que tenía que hacerla desaparecer cuanto antes.

—¿Qué ocurre, Ojazos? —pregunta Mila un tanto preocupada, supongo que mi expresión de ansiedad pura no ayuda—. A ver, tu tito está subiendo y sé que eso no te gusta nada. A mí tampoco es que me haga mucha ilusión, la verdad, pero ya está aquí y no podemos hacer nada para cambiarlo. Así que, respira hondo y tranquilízate, que al final te va a dar un jamacuco y la última vez levantarte del suelo casi me cuesta una hernia de disco.

—Escóndete —contesto de sopetón.

—¿Cómo dices?

La cara de confusión que ha puesto es tan parecida al emoticono del WhatsApp que si no estuviera atacado perdido me reiría a mandíbula batiente. Sé que lo he soltado demasiado rápido, pero mis neuronas no se encuentran por la labor de colaborar en estos instantes.

—Lo siento, Ricitos, pero necesito que te escondas.

—¿Por qué, si puede saberse?

—Ahora no tengo mucho tiempo para darte una explicación en condiciones, solo te puedo decir que mi tío no debe verte aquí conmigo.

—¡A ti se te ha ido la olla por completo! ¿Me estás hablando en serio, Jesús?

—Nunca he hablado con tanta seriedad, Mila.

Sé que la súplica que impregna mi mirada surte efecto cuando ella deja de apretar la mandíbula, suelta el aire y pone los ojos en blanco.

—De acuerdo. —Acepta al fin, aunque con cierta reticencia en la voz—. Me voy a encerrar en tu habitación.

—No creo que esa sea la mejor opción —digo mientras la cojo de la mano para parar su retirada—. He pensado que la solución perfecta es que te metas en el armario del dormitorio pequeño.

—¿¿Disculpa?! ¿Quieres que me encierre en un guardarropa?!

—Shhh, baja la voz, por favor —susurro cerca de su cara, aspirando ese aroma a flores frescas que tanto me gusta y que me provoca un escalofrío—. Sé que te estoy pidiendo mucho de nuevo y que esto puede resultar un poco... extravagante.

—¿Solo un poco, Jesús? Ni juntando «El juego del calamar», «John Wick» y «The end of the fucking world» llegaríamos al mismo nivel de bizarrismo.

Estamos tan inmersos en nuestra negociación que no nos damos cuenta del paso de los minutos en el reloj y el inevitable final llega con el sonido del timbre en la puerta. Ambos nos giramos a la par con el pánico reflejado en nuestras facciones, es como si fuéramos dos niños a los que han pillado sus padres comiendo galletas de chocolate por la noche.

—Escúchame bien, Ricitos, juro que te compensaré por todo. Dale las vueltas que sean necesarias y pídemelo lo que quieras, te lo daré con gusto. Pero ahora, por favor, haz lo que te pido.

Con cara de pocos amigos, ella se encamina hacia la habitación de invitados. Menos mal que, al no ser muy alta, cabrá en el minúsculo armario sin tener que doblarse mucho.

—Ah, y, Mila —indico en una voz baja que espero que escuche, ya que el timbre no para de sonar—, deja la puerta del cuarto abierta. No quiero que piense que escondo algo.

Mi amiga me mira con chulería, chascando la lengua y dedicándome ya de paso una peineta con cada mano que me tengo más que merecidas. Yo asiento con la cabeza gacha porque no puedo ni mirarla a la cara de la vergüenza que siento. Espero que no le dure mucho el enfado conmigo, ya que, si una cosa tengo clara es que no puedo estar alejado de ella.

Mientras mi tío sigue fundiendo el llamador, me dirijo un momento al baño para mojarme el pelo, con cuidado de no tocar la obra de arte que Mila ha hecho en mi cara, y después vuelvo a la entrada. Respiro hondo en un intento por calmar las agitadas pulsaciones que me martillean en el pecho y abro la puerta con parsimonia.

—¿Se puede saber qué hacías? —me interroga con la severidad típica de su voz.

—Discúlpame, tío, cuando has llamado, acababa de salir de la ducha, así que he preferido vestirme para no recibirme con una toalla anudada en las caderas.

—Ya veo —contesta él con desgana, echando un vistazo por encima de mi hombro y otro a mi pelo mojado. Ni abrazo ni nada que se acerque a mostrar cierto afecto, aunque, si soy sincero, eso no existe entre nosotros—. ¿No deberías secártelo? No vaya a ser que salgas de una varicela y te metas en una gripe.

—Sí, tienes razón —afirmo cerrando la puerta tras él—. Vuelvo enseguida. Siéntete como en tu propia casa.

Con una tranquilidad que no siento, retorno a mi cuarto de baño, mirando de reojo el armario en el que se encuentra Mila. Por lo poco que veo, le ha dado tiempo a dejar bien cerrada la puerta. ¡Gracias, Dios mío!

Cojo el secador y lo pongo a la máxima potencia para que me seque el cabello lo más rápido posible. No quiero dejar a mi tío mucho tiempo solo, pues a veces se comporta como una alcahueta y no me viene muy bien que ahora se ponga en plan vieja del visillo. Con el cuero cabelludo abrasado, pero con los deberes hechos, salgo del aseo, topándome con Monseñor Bermejo de frente.

—¡Qué susto me has dado! —grito pegando un salto con la mano en el pecho.

Mi tío a veces tiene un semblante similar a la protagonista de «La abuela», unos años más joven, pero con un parecido razonable. Si eso lo uno a la ansiedad que siento desde su llegada, la sensación de miedo es más auténtica que la provocada por cualquier película de terror.

—Anda, sobrino, qué exagerado eres —contesta él con cara de haberse comido algo desagradable—. Además, no sé de qué te asustas tanto, si solo estoy yo en la casa, ¿verdad?

—Por supuesto —confirmo sin titubear—. Venga, vamos al salón. Allí estaremos más cómodos y te puedo servir algo de beber.

—No te preocupes, ya me marchó. Solo he querido pasarme a comprobar tu estado y ya veo que estás hecho un desastre, con esas ojeras hasta el suelo y la cara llena de granos.

—Vaya, muchas gracias.

—No hay por qué darlas —replica dándose la vuelta para marcharse.

El aire comienza a invadir mis pulmones de nuevo, llenándolos del oxígeno que les había privado esta visita inesperada. En este instante, lanzo una plegaria al infinito agradeciendo al ángel de la misericordia y a todo el santoral su ayuda y benevolencia. No obstante, que todo lo bueno llega a su fin es una verdad impecable, y en mi caso se demuestra con un ruido fuerte y seco proveniente del dormitorio pequeño, la misma habitación en la que se encuentra escondida Mila.

Como un ave rapaz al acecho de su presa, mi tío gira en redondo hacia la izquierda y se asoma raudo por la puerta abierta.

—¿Qué ha sido eso?

Prometo que no quiero hacerlo, que traer de vuelta a ese Jesús adolescente que mentía a diestro y siniestro no es algo que me apetezca en exceso. Además, estoy seguro de que con el cúmulo de estos días ya me he pasado el juego del Cielo y le han dado una patada a mi ficha en el tablero para que se encuentre cara a cara con Lucifer. Sin embargo, si no quiero que se ponga a

husmear por todos los rincones como un perro truero hasta encontrar el origen del misterioso ruido, debo hacerlo. *¡Perdóname, Señor, porque he pecado!*, exclama mi conciencia con una sonrisa irónica. Muy graciosa.

—Es la vecina de al lado —suelto generando en segundos una historia en mi cabeza que ya le gustaría a cualquier productor de cine—. Verás, es que la mujer es invidente, pobrecita mía. Se habrá chocado con algo.

—¿No se supone que las personas carentes de visión conocen a la perfección su casa? Tengo entendido que lo hacen para que no les pasen esas cosas —asevera él de forma muy acertada.

—Sí, en eso tienes razón. No obstante, esta mañana han venido a verla su hijo y su nieto. El crío es el típico chaval adolescente que está todo el día jugando con la maquinita y ni se entera de nada, ni se preocupa por nada. Seguro que se ha dejado algo por en medio, como la última vez que vino, y la pobre mujer se lo ha encontrado de frente. —*¡Madre mía, pero qué talento tengo!* —. En cuanto te marches, me aseguraré de que está bien.

Durante un minuto que se me hace más largo que el Antiguo Testamento, mi tío me reta con la mirada. Yo me mantengo tranquilo, conectado con esa parte a la que, al parecer, le he vuelto a coger el gusto. Tras el duelo, él desvía la vista hacia la cama, moviendo un poco la cabeza con la intención de mirar debajo.

—¿Quieres echar un vistazo, tío? —pregunto desafiante porque me estoy cansando de esta pantomima.

—¿Debería? —contesta él de igual modo.

—Puedes hacer lo que gustes, como si quieres abrir todos los armarios de la casa. —*¡Mila, por favor, estate quieta ahora!*, imploro con la mente esperando que mis poderes de pacotilla le lleven el mensaje—. Además, ahí debajo solo encontrarás los cadáveres de las personas que asesino por las noches cuando me aburro de tanta lectura.

—No seas insolente conmigo, Jesús —me abronca con dureza y un cierto tinte de desprecio que no me pasa desapercibido.

—Lo siento, tío, pero es que esto es ridículo. Solo ha sido un ruido como los miles que se producen en fincas llenas de vecinos.

—Lo sé, lo sé —responde de repente conciliador—. Es que por un momento he sentido que en verdad había alguien más aquí.

—Y ¿quién va a haber? Vivo solo, como es lógico, y el amigo que me ha estado cuidando estos días se ha ido a trabajar bien temprano.

—Ya, ya, vale, no hace falta que digas más —concluye al fin, caminando por el pasillo en dirección a la puerta de entrada. Ni disculpas ni nada, eso es algo que él no haría ni bajo tortura.

Al fin, alcanzamos la entrada rodeados de un silencio angustioso. En cuanto abro, le prometo que iré a verlo en un par de días a la capilla y que me reincorporaré entonces. No quiero que su estancia en la isla se alargue mucho, no quiero tenerlo cerca de mí y, por supuesto, no deseo que se acerque ni un palmo a Ricitos.

Se marcha y doy gracias por que no me recuerde que debo ir a casa de mi supuesta vecina ciega a echarle un vistazo. Más que nada porque estoy seguro de que me seguiría y entonces comprobaría que esa persona es en realidad una mujer de cuarenta años llamada Eva que, para más inri, regenta un *sex shop* en la población. Vamos, la vecina perfecta a sus ojos.

Exhausto, me deslizo por la madera hasta alcanzar el suelo, donde me quedo sentado mirando al infinito mientras escucho cómo se abre la corredera del reducido guardarropa.



CAPÍTULO 19

MILA

No me puedo creer que haya terminado aceptando estar metida en el armario para que el queridísimo Monseñor tocapelotas no me descubra en casa de Jesús. Lo mío no tiene nombre, bueno, sí lo tiene: gilipollas, una completa, gran y única gilipollas. Si alguna de mis madres me viera en esta situación, la colleja que me llevaba iba a ser épica y con razón. Que es para matarme día sí y día también.

Soy demasiado tonta y así me va en la vida, primero huyendo de mi jefe por ver algo que no debía ver; segundo, negándome a responder a sus llamadas y permitiendo que el miedo me domine. Tercero, por seguir trabajando en algo que no me gusta, en vez de perseguir mis sueños y, por último, haciendo todas y cada una de las estupideces que me pide el hombre del que estoy enamorada, el cual, no tiene unos sentimientos parecidos hacia mí. Es hora de aceptar de una maldita vez que entre nosotros nunca habrá nada más que una bonita amistad, tengo que poner algo de distancia entre nosotros para volver a pensar con claridad y, lo más importante, debo buscar a un tío que no quiera esconderme en un maldito guardarropa y que me alinee los chacras a base de orgasmos.

En mi momento más álgido de mala leche concentrada, golpeo mi cabeza con la madera, llamando la atención del tío moscón. Durante unos eternos segundos contengo la respiración, incluso me da por recitar alguna de las oraciones que le he escuchado a Ojazos en misa. Oigo como sus voces resuenan demasiado cerca y no puedo evitar temblar, nos va a pillar y entonces no habrá Dios supremo que nos libre. Esto era una locura desde el principio, era imposible que

saliera bien, pero como no puedo negarle nada, he terminado siendo cómplice y partícipe de una mentira que nos estallará en la cara.

A cada instante estoy más enfadada, cabreada e indignada, tanto que cuando oigo la puerta cerrarse tras la marcha del puñetero Obispo, salgo del armario como si fuese la temible Hela hasta arriba de bebida energética en «Thor: Ragnarok». Me encamino al cuarto donde dejé todas mis cosas cuando decidí convertirme en enfermera milagro y comienzo a meterlas en la mochila de forma apresurada. Tengo que salir de aquí y tengo que hacerlo cuanto antes.

—¿Qué haces, Ricitos? —Noto la sorpresa que baña su voz, aunque como estoy tan ofuscada y de tan mala hostia, lo ignoro—. Mila, ¿estás bien?

¿De verdad tiene los santos bemoles de preguntarme si estoy bien, después de mandarme al puto armario? Esto es, como solía decir mi tía, para mear y no echar gota. Para evitar soltarle todo lo que pasa por mi cabeza, recito la tabla periódica, o lo poco que recuerdo de ella, mientras continúo recogiendo. Pero el señorito no pillla la indirecta y sigue insistiendo:

—El maquillaje ha quedado perfecto y mi tío se ha creído nuestra pequeña travesura. Con suerte en unos días se marchará de la isla y podremos volver a la normalidad, tengo ganas de retomar el trabajo y los ensayos.

Sigo peleándome con la ropa, que para mejorar mi humor, no hay forma de que entre en donde yo quiero. Ni en un momento así el universo puede darme una tregua, ¿para qué? Si puede seguir disfrutando de mi espectáculo.

—Mila, ¿puedes parar y mirarme?

—Por poder, puedo, Jesús, el problema es que no me da la gana, no quiero; y por si no lo has entendido, ¡no lo haré! —respondo con rabia.

Con la mochila lista, me dispongo a ir al baño a por mis últimas pertenencias, el único inconveniente es que Jesús se encuentra en la puerta impidiendo que pueda salir. Espero que se aparte, pero él sigue en sus trece y yo estoy a puntito de ebullición, por eso no dudo en pasar por su lado dándole un fuerte empujón, con el que pierde el equilibrio y me deja el camino libre.

—Mila, no entiendo qué te pasa ni por qué te comportas como una niña. Somos adultos y, como tales, deberíamos ser capaces de solucionar las cosas hablando y no con rabietas.

He intentado tener la fiesta tranquilita y rumiar sola mi mala hostia, sin embargo, el bueno del páter quiere marcha y ¿quién soy yo para negarle nada?

—Como tú las hablas con tu tío, ¿no? Guárdate los consejos que no cumples para tu público y búscate a otra idiota a la que esconder en el armario, renegar de ella cuando sea oportuno y que te ayude en todas tus locuras. Estoy cansada de ser tu juguetito, de que me uses a tu antojo y no seas capaz de ver cómo eso me afecta.

Puede que esté siendo un pelín cruel e injusta con mis palabras, siendo sincera, él no me ha obligado nunca a nada, he sido yo quien, por estar a su lado y verlo feliz, he aceptado todo lo que me ha propuesto sin dudar.

—No sabía que te sentías así, pero te aseguro que jamás he jugado contigo o te he usado. Eres una de las personas más importantes de mi vida y...

—No sigas, Jesús —le interrumpo porque si ahora me dice que soy su mejor amiga y bla, bla, bla, soy capaz de incendiar la isla—. Necesito marcharme a casa, esta semana ha sido agotadora y mi viaje al armario el remate final. No quiero seguir discutiendo ni decirte cosas de las que me arrepentiría más tarde, aunque sí voy a pedirte que durante unos días me des espacio.

Me niego a mirarlo y salgo de su piso cabreada y con una congoja encima que me impide respirar con normalidad. Odio que las cosas sean así entre nosotros, que me guste tanto —por ser suave, ya que estoy pillada hasta la médula por el cura—, que todo sea un desastre a mi alrededor

y, sobre todo, odio sentirme tan culpable.

En casa y en modo cascada activado, es decir, llorando a moco tendido y sin consuelo posible, me siento en el sofá con una botella de ron en la mano y la mirada reprobatoria de Mimitos. Intento no pensar, relajarme y pasar página sin ningún resultado, pero los ojos tristes de Jesús, su pecho esculpido y el recuerdo de su amiguito despierto invaden mi mente sin parar. Por si no fuera bastante, el gato del demonio está en plan poseído y no deja de bufar, arañarme e incluso de intentar robarme mi preciado licor. Sopeso la idea de ponerle un chupito y que brinde conmigo, aunque con mi suerte y el inmenso cariño que el felino me tiene, seguro que me arranca un ojo.

La puerta de mi casa se abre y veo entrar al torbellino rubio con dos bolsas de comida en sus manos y su puñetera sonrisa en los labios. Jordina tiene un poder y es que no permite que los problemas o preocupaciones le afecten demasiado, según ella, lo que tiene solución se arregla y lo que no, se olvida. Ojalá me pareciera un poquito más a ella, no solo porque sería mucho más feliz, sino porque mi vida sexual, ahora inexistente, sería todo un festival.

—Chocolatina, alegría esa cara de seta, que ya estoy en casa, y deja la botella, que le has cogido un amor al ron que pareces hermana de Caridad.

—No me toques las palmas, Jordina, que no estoy de humor. He tenido un día de mierda y solo quiero olvidarme de todo.

—El alcohol no te ayudará, ve a darte una ducha mientras preparo la cena y llegan las chicas.

Lo que me faltaba, reunión de locas en casa. De verdad, en otra vida tuve que ser Empusa — una demonio aterradora y, según la mitología de la antigua Grecia, más mala que un dolor— y ahora tengo que pagar las consecuencias, porque otra explicación no le encuentro. Sin ganas de discutir, con ella es algo imposible y ni fuerzas me quedan, hago lo que me ordena. Bajo el agua helada suplico porque mi embotada cabeza se despeje, aunque, por mucho que pido, ni el mismísimo me escucha. Antes de pillar una neumonía, salgo y me visto con mis mejores galas, un pijama cuatro tallas más grande de lo que necesito de patitos de colores, que estoy segura de que será objeto de las risas de las cabronas que tengo por amigas.

En la cocina se encuentran las tres taradas, cuchicheando y sirviendo vino blanco en unas copas que no tengo idea de dónde han salido. Como imaginaba, nada más verme comienzan a reírse a carcajadas, me esfuerzo por parecer enfadada, pero me es imposible, no solo porque sus risas son contagiosas, sino porque sé las pintas que llevo con este pijama tan hortera.

—Eres el antimorbo, Mila —empieza Nati.

—Esta noche, ni el pobre Matt se inspira —continúa Valentina.

—No te deshagas de esta maravilla, que para Halloween ya tengo disfraz. —Pone la puntilla Jordina, desatando las risas de nuevo.

Estos momentos entre nosotras son únicos, solo ellas hacen mis días más llevaderos y las penas lo son menos cuando están cerca, son mi lugar seguro en el mundo y el impulso que necesito cuando me siento desfallecer. Son las hermanas que siempre deseé cuando era pequeña y las que elegiría una y otra vez sin pensarlo.

—Gracias, chicas, no sé cómo lo habéis adivinado, pero os necesitaba a mi lado.

Las tres se miran de forma sospechosa y algo me dice que esta visita no se debe a la casualidad, más bien a que cierto pajarito con sotana, alzacuellos y oblicuos de infarto las ha mandado a mi rescate.

—No nos pongamos moñas y empecemos a cenar, seguro que con el estómago lleno de *sushi* vemos las cosas de otra forma.

—Sabías palabras, hermanitas —secunda Jordina.

No lo pensamos más y las cuatro nos lanzamos a comer y reír, las copas de vino ayudan y las anécdotas que cuentan sobre Kalevi y Yotuel, con sus dos princesitas, amenizan la velada hasta que no puedo más y termino confesándoles los días que he pasado en casa de Jesús, haciendo labores de buena samaritana y, por supuesto, cómo he terminado saliendo del armario.

—Entiendo tu enfado, Mila, pero no puedes culpar al páter de tu incapacidad para decir no. Él nunca te ha dado esperanzas, eres tú la que se empeña en vivir la historia de «El pájaro espino».

—Valentina, sé que Jesús no es responsable de mis sentimientos y tampoco puedo culparlo por no sentir lo que yo, sin embargo, no puedo más. Necesito olvidarlo, aceptarlo como un simple amigo y empezar a vivir, necesito...

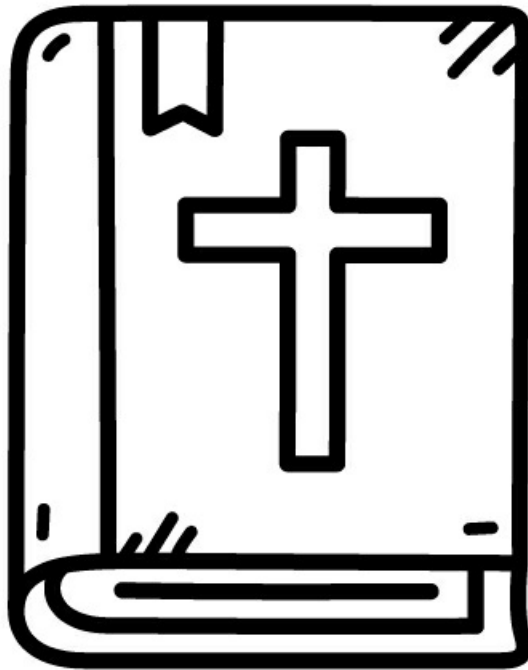
—Una noche de chicas, eso es lo que más necesitas y es lo que haremos mañana por la noche.

—No creo que esa sea la solución al cacao mental que tengo, Nati.

Las tres vuelven a mirarse ignorando mi comentario y puedo notar cómo empiezan a idear un plan, sin molestarse en explicármelo, total, nunca me escuchan, no iba a ser esta la primera vez. Unos minutos después ríen y, levantando sus copas, gritan:

—¡Nos vamos de fiesta!

Las chicas de oro chocan sus copas y beben emocionadas por lo que nos deparará mañana mientras yo solo puedo rezar para que me abduzcan los extraterrestres y me libren de esta nueva locura.



CAPÍTULO 20

JESÚS

Me encuentro en la ducha, quitándome los restos del maquillaje y recordando cada hora vivida junto a Mila desde el instante en el que volví al mundo consciente. También, reflexiono sobre sus últimas palabras antes de marcharse hecha una furia. «Estoy cansada de ser tu juguete, de que me uses a tu antojo y no seas capaz de ver cómo eso me afecta», me había dicho ella. En verdad, conforme más vueltas le daba, más razón creía que tenía.

Nunca había pensado que le pudiera afectar tanto, pero, si reflexionaba friamente, en nuestra amistad siempre había uno que exigía más que el otro y ese era yo. De hecho, ella jamás demandaba nada, se limitaba a estar a mi lado y a acompañarme en cada paso. Se tiraba a la piscina sin rechistar, aceptando todo lo que le pedía, aunque fuera una locura.

Me había exigido espacio y se lo iba a dar, pues me merecía que ella no quisiera estar conmigo, aunque había llamado a las chicas para que le hicieran compañía. Algo me decía que no lo estaba pasando bien y sabía que ellas le iban a dar un poco de alegría.

En los últimos tiempos lo había hecho todo mal. No paraba de mentir, tratando a Mila como si fuera un oscuro secreto, cuando en realidad era la mayor luz que alumbraba mi camino y me otorgaba la visión necesaria para no tropezar. Era mi incondicional, alguien a quien recurrir en caso de necesidad o por el simple placer de su compañía, para hablar de todo y de nada.

Durante cuatro días me cuidó, se encargó de que no me faltara nada, de que no me subiera la fiebre, de darme la medicación cuando tocaba. Y, ¿cómo se lo había pagado yo? Encerrándola en un armario para que mi tío no la viera.

En parte, lo hacía a modo de protección, ya que Monseñor poseía un aura que no me gustaba, un color negro que lo envolvía y que me hacía retroceder cuando lo tenía delante. No había razón en mi argumento, pues, hasta donde yo sabía, era un miembro intachable de la Iglesia. Sin embargo, un palpito me anunciaba que no era oro todo lo que relucía a su alrededor. Por otro lado, desde hacía algunos años su carácter se había tornado más hosco si cabía, en nuestras conversaciones siempre salía el típico comentario sobre las mujeres, como si me fuera a lanzar a los brazos de la primera que pasara por mi lado, o más bien como si cualquiera fuera a seducirme y a apartarme de mi promesa. Sabía que el celibato formaba parte de la ecuación, no necesitaba que me lo recordara a cada momento. Dos no hacen nada si uno no quiere, dictaba el dicho.

No comprendía ese desprecio suyo hacia las integrantes del género femenino, pues estaba claro que, entre otras cosas, sin ellas la humanidad se extinguiría. Además de ser dadoras de vida, eran las que, en general, llevaban una carga mayor sobre sus hombros. No obstante, mi tío las veía a todas como un peligro en potencia y él tampoco entendía esa libertad que habían conseguido a base de picar piedra y que se merecían. Supongo que haber nacido en otra época le hacía ver las cosas de manera distinta, aunque a mí su perspectiva no me valía.

Aparte del instinto protector que me salía con Ricitos, también había una parte primitiva que la quería mantener oculta porque ella era mi regalo, alguien que no quería que nadie tocara con sus sucias manos. No me había dado cuenta antes de que estaba actuando como un celoso, un completo imbécil que pretendía mantener a la chica pura, otorgándole casi un sentido virginal. Vamos, la mayor estupidez que se me había ocurrido en la vida, después de la de robar un coche con mi amigo José a los quince años.

Tenía que arreglar las cosas con ella, pero por ahora mantendría mi palabra y dejaría que fuera Ricitos la que tomara la decisión de cómo, cuándo y dónde. Era lo menos que podía hacer.

Con la cabeza dando vueltas sin parar, salgo del baño con una toalla anudada a mis caderas y me dirijo hacia el vestidor para ponerme algo de ropa. Sin embargo, el sonido estridente del timbre me hace parar en seco. ¡Oh, por favor! ¿Es que este día no va a terminar nunca? Espero que no sea mi tío, que ha vuelto a comprobar si la historia de los cadáveres bajo la cama es cierta. Tengo el sistema nervioso destrozado y solo me falta otra visita de él para desfallecer.

A través de la mirilla veo que son Yotuel y Kalevi los que están al otro lado de la puerta. En cuanto abro, me doy cuenta de que no vienen vestidos como lo hacen de normal, si no que se han arreglado un poco.

—Hola, colega. ¿Te pillamos mal? —pregunta el rubio con su habitual ceño fruncido.

—Para nada, vosotros siempre sois bienvenidos —contesto con una sonrisa relajada.

No había pensado en llamarlos, pero ahora que están aquí me alegra verlos y poder pasar un rato con ellos.

—Te veo muy recuperado, *compay* —indica Yotuel con alegría, cerrando la puerta tras ellos —. Tienes mejor aspecto que hace dos días, por lo menos ya no estás sudando y delirando.

—¿Estuviste aquí?

—Todos vinimos a verte. ¿No te lo ha dicho Mila? —continúa Kalevi mientras toma asiento en el sofá.

Yo me limito a negar con la cabeza y a enfocar mis ojos en el suelo. No, ella no me había dicho nada, pero después del pequeño incidente en la cama, la conversación había girado en torno a mí y mis necesidades. Otra vez. Así que no podía culparla por no contarme nada. En cualquier caso, me alegra que estuvieran ahí porque eso me demostraba que era importante para ellos, creando una sensación indescriptible que nace del corazón.

—Bueno, voy a ponerme algo de ropa. Coged lo que queráis de la nevera, enseguida estoy con

vosotros.

—Eh, quieto ahí, mi hermano —propone Yotuel poniendo una mano sobre mi pecho—. Nada de ponerte un chándal o un pijama. Vístete para salir, vamos a bailar un poco.

—¿Bailar? —replica Kalevi—. Eso no te lo crees ni tú. Acepto ir a tomarnos unas copas, pero ni en tus mejores sueños me verás moviendo las caderas.

—Seguro que eso no se te ocurre decírselo a Nati —contesta mi otro amigo, a la par que yo los sigo como si estuviera presenciando un partido de tenis.

—Por supuesto, no se me ocurriría llevarle la contraria a mi morena en eso. Si ella me pide que mueva los pies para algo más que caminar o correr, entonces, yo bailo claqué si hace falta. Pero ¿acaso eres tú una morena con curvas de infarto y una mala hostia del infierno?

Tras el comentario de Kalevi, miro a Yotuel de arriba abajo y termino mi escrutinio en sus ojos, levantando una ceja y frunciendo un poco los labios. No, la verdad es que no se parece a Nati ni en el color del pelo. Él nos observa a los dos, rompe a reír y me da un pequeño empujón terminando con el juego.

—De acuerdo, nada de bailes, nos pasaremos toda la noche sentados sujetando el cubata. Pero salir, salimos. Nosotros también nos merecemos una noche de chicos. Así que, mi querido amigo cura, ya te estás poniendo algo decente encima.

—Vale, vale, ya voy.

Lo cierto es que pensaba pasar la noche tirado en el sofá mirando al techo entre tanto una serie o alguna película se reproducía en la televisión. No tenía pensado ir a ningún sitio, el cansancio se había apoderado de mí tras el bajón de adrenalina y los días en cama. No obstante, ahora que tenía cerca a mis compañeros de batallas, la noche de chicos me apetecía mucho. Igual así conseguía quitarme de la cabeza las tres horas anteriores.

Me visto con unos vaqueros oscuros, un polo blanco y una americana azul marino. En los pies unos de esos zapatos con cordones que en realidad son zapatillas, un gran invento del siglo XXI. Arreglado pero informal, cojo mi cartera y salgo del apartamento seguido de mis dos escuderos, que parecen dos armarios roperos. Yo soy bastante alto y tengo mis músculos definidos debido al ejercicio, sin embargo, a su lado parezco el hermano pequeño. La parte positiva es que nadie se atrevería a atracarme con estos dos al lado.

Llegamos al Club Habana caminando, está solo a veinte minutos de mi piso y así podemos beber sin la restricción de tener que conducir de vuelta. En cuanto entramos, el sonido de los timbales y las trompetas de la salsa «Mafiosa» de Nathy Peluso nos envuelve. Yotuel no puede evitar mover su cuerpo al son de la música, como buen latino, un don maravilloso que lleva impreso en su ADN. Es algo que envidio de él, pues no es que yo no sepa bailar, de hecho me encanta, pero lo suelo hacer en la soledad de mi habitación. Debido a la maldita timidez que me sale de vez en cuando, me siento raro mostrando esa parte de mí en un lugar abarrotado de desconocidos. Una tontería, lo sé, pero las manías no las cura el médico.

Mientras estamos pidiendo en la barra, por el rabillo del ojo detecto movimiento. Hay un grupo de gente que se encuentra en uno de los sofás y que está recogiendo todas sus cosas, la señal universal de que se van. Así que les indico a mis amigos que voy hacia allí para que no nos quiten el sitio y ellos se quedan encargados de traer las bebidas. A los pocos minutos aparecen y empezamos a beber, al tiempo que me hablan de la semana de trabajo que han tenido. Al parecer, ambos empiezan sus temporadas más productivas, la temperatura agradable de Ibiza y los precios más asequibles del mes de marzo incitan a los turistas a hacer un viaje por estas fechas.

—¿Se puede saber qué hacéis aquí? —increpa alguien frente a nuestra mesa, cortando de golpe nuestra conversación.

Al dirigir mi vista hacia la figura, me doy cuenta de que es Valentina. Yo le sonrío, pero su cara de pocos amigos me hace devolver los labios a su posición original y, ya de paso, tragar saliva. No parece que esté para muchas fiestas en este instante.

—Hola, mi amor —dice Yotuel lisonjero, aunque con sinceridad no creo que eso le vaya a funcionar.

—Ni mi amor ni leches, cubano. Te dije que me iba de noche de chicas.

—Y yo te dije que organizaría una noche de chicos.

—Lo sé, ¿pero tenía que ser en el mismo sitio?

—Pelirroja, que yo recuerde, en ningún momento me comentaste que vendrías aquí.

—Bueno, pues ahora ya lo sabes, así que idos a otro *pub*, hay muchos repartidos por el pueblo.

—*Mamey*, acabamos de pedir y estamos conversando. Además, somos adultos, creo que podemos disfrutar de nuestra noche separados, a pesar de estar aquí ambos. Ya sabes, juntos pero no revueltos.

Mientras la pareja se reta con la mirada, Kalevi y yo nos quedamos muy quietos, casi parecemos dos estatuas. Cualquier movimiento podría ser nuestra perdición con Valentina.

—Vale, quedaos, pero escúchame bien porque solo te lo diré una vez. —Concede, al fin, mi amiga—. Vosotros quietos en vuestro rincón y nosotras en el nuestro. Y, por supuesto, nada de comportamientos de trogloditas, que nos conocemos, cubano. Porque si montas algún numerito de hombretón pasado de rosca, esta noche duermes en casa de tu madre.

—Mmm, no sabes cómo me pone esa lengua viperina tuya —contesta Yotuel pasando la lengua por sus labios, algo que no tenía muchas ganas de ver, la verdad.

Valentina se muerde los suyos y le dedica un guiño antes de marcharse. Yo la sigo con la mirada, no sé muy bien por qué, pero eso me da una pista de dónde se encuentran, de dónde está Mila con exactitud. Se está riendo de algo que le acaba de decir Jordina y yo no puedo evitar que mi corazón se salte un latido. Es el efecto que Ricitos tiene en mí, su hilaridad es contagiosa y me calienta el interior.

Mis amigos siguen hablando e intento seguir la conversación, aunque mi aportación es poca, solo puedo soltar monosílabos aquí y allá. Menos mal que logro encajarlos en los momentos precisos. Sin embargo, no puedo contribuir de otra manera porque mi amiga tiene toda mi atención. La veo feliz junto a sus amigas, bailando, saltando, pasando un buen rato, un instante que le hacía falta para liberar tensiones. Bien por ella.

En un momento determinado, no sé si ha pasado una hora o media, un hombre más o menos de mi edad se acerca a ella y le dice algo al oído. Mi cuerpo entra en tensión, no entiendo lo que me pasa, pero hay algo que no me gusta en esa imagen. Ambos se unen, se ponen a bailar al son de la música, frotando sus cuerpos con descontrol, llevados por el frenesí del alcohol y la samba «Magalenha» de Carlinhos Brown.

La rigidez en mi cuerpo se hace cada vez mayor. Logro quedarme estático en el asiento a duras penas, siendo testigo de cómo él desliza su mano por la espalda femenina hasta que la pone en su trasero. El punto de ebullición se presenta cuando ambos se acercan aún más y unen sus labios en un beso, uno lento y decadente que terminan con una mirada cargada de lo que yo entiendo como deseo. Después, ella le dice algo que no puedo descifrar con la distancia y él asiente. Acto seguido, Ricitos se dirige hacia sus amigas y habla con ellas un rato. Jordina, Valentina y Nati levantan sus pulgares en señal de aprobación y le dan su bolso. No hace falta ser un hacha para saber lo que pasará a continuación cuando se da la vuelta, coge al hombre del brazo y salen juntos del local.

—Disculpadme, chicos. Voy al baño —aviso a mis compañeros antes de levantarme.

Ellos asienten y continúan con la charla sobre submarinismo que estaban teniendo. No se percatan de que, en realidad, giro en dirección contraria al baño para seguir a la pareja.

Una vez fuera, encuentro a Ricitos sola en la acera. No lo puedo evitar y me acerco a ella con pasos rápidos.

—Mila —digo poniendo mi cuerpo ante ella para que no se asuste.

—¿Jesús? ¿Acaso me estás siguiendo?

—Pues sí —contesto con la verdad por delante, algo que este mes no me ha salido mucho.

—Mira qué bien. ¿Y puedo saber por qué?

—Porque te he visto salir con ese tipo y... él no me gusta.

—Ya, Ojazos, pero da la casualidad de que Víctor no te tiene que gustar a ti, sino a mí.

—¿Víctor? ¿Ya sabes su nombre?

—Hombre, tampoco le he pedido el pasaporte, que no soy una aduana, pero pienso que es lo mínimo que debo saber. El resto, ya veremos.

—No te puedes ir con él —respondo como un niño pequeño con una rabieta.

¿En serio? ¿Quién eres tú y qué has hecho con Jesusito el calmado?, pregunta mi conciencia socarrona, aunque ahora no tengo intención alguna de hacerle caso.

—Vaya —aborda Mila con cara de sorpresa—. No recordaba tener un hermano mayor ni tampoco tres años para que me digan lo que debo o no hacer con mi vida. Y, fíjate, en otro momento me daría media vuelta y te dejaría ahí plantado, pero tengo que esperar a que ese tipo, como tú lo llamas, venga a recogerme con su coche. Así que, ilumíname, por favor, ¿por qué no puedo ir con él a tener una buena noche de sexo? O bueno, eso espero, la verdad, porque con la carga que llevo solo me falta que me salga de gatillo fácil.

Y yo, no sé qué hago ni por qué lo hago, pero siento que hablar está sobrevalorado. El agua rebosa del vaso con violencia, como un volcán en erupción, y mi férrea voluntad, mis convicciones y promesas dejan de tener poder sobre mí.

Sin pensar en nada me lanzo a sus labios, atacándolos con desesperación, bebiendo de lo único que puede calmar mi sed en este instante. Ella no se queda atrás y pasa una mano por mi cuello, manteniendo mi cabeza quieta, aunque, con o sin anclaje, no sería capaz de tomar distancia. Durante largos segundos pruebo el néctar prohibido de su boca, acaricio su lengua con la mía y siento que vuelvo a la vida. Los últimos besos que di fueron con diecisiete años y tampoco recuerdo muy bien cómo eran, en parte por la cocaína que llevaba en el cuerpo. Sin embargo, por muy espesa que fuera la bruma que cubría mis actos, soy consciente de que jamás había sentido algo así al besar a alguien.

En esta burbuja donde solo existimos ella y yo, siento que no hay nada que pueda hundirme.



CAPÍTULO 21

MILA

Ava dice que si la vida te da limones, debes hacer una buena limonada. Mi abuela era un poquito más burra y siempre decía que cuando la vida te ofrecía almejas, una mariscada era la respuesta, pero ¿qué narices hago yo cuando la vida me pone delante al hombre de mis sueños y este me come la boca con tanta hambre que soy incapaz de pensar? Pues eso, dejarme llevar, devolverle el beso con más ganas y de perdidos anda el mundo servido.

Enredo mis dedos en su pelo para profundizar más el beso, imposible, siendo realistas, ya que le estoy haciendo un reconocimiento de laringe digno del mejor otorrinolaringólogo, pero toda precaución es poca. La suerte suele pasar de largo y que de golpe me esté ofreciendo esta tregua, me hace sospechar, puede que Dios me haya dado vacaciones después de tantos años puteándome, que Lucifer esté tramando alguna de las suyas, o lo que sería mucho peor, que ambos se hayan unido y estén planeando una nueva prueba que debo superar. Hay situaciones en las que mi vida se parece al programa «Humor Amarillo».

Han sido muchas las veces que he soñado con este momento, aunque ninguna de ellas puede compararse con la realidad. Sentir su cuerpo amoldarse al mío como si fueran solo uno, su lengua recorrer cada recoveco de mi boca exigiendo más, sus fuertes manos ancladas en mi cintura impidiendo que pueda escapar —algo que no sucederá ni aunque estalle el mundo— y notar a su amiguito despertar juguetón sobre mi vientre, dejándome claro que está igual de excitado que yo, es lo mejor que he sentido nunca.

No sé qué ha provocado este cambio en Jesús, ya que siempre ha mantenido las distancias

conmigo, es más, hasta hace unas semanas nuestro máximo contacto era algún roce casual, que yo provocaba con toda la intención. ¡Que ni dos besos o un abrazo éramos capaces de darnos! Sin embargo, esta noche todo eso ha quedado atrás y ante mí no tengo al cura responsable, sino al hombre que se esconde detrás del alzacuellos y esa coraza de tristeza que suele lucir.

Aunque claro, como era de esperar, este maravilloso momento termina cuando unos chavales algo perjudicados pasan por nuestro lado y tienen la brillante idea de gritarnos «idos a un hotel». Esas simples palabras bastan para que Jesús pierda toda la fogosidad que lo nublaba, detenga el beso y se quede más tieso que un palo. Me niego a mirarlo a los ojos, porque algo me dice — llámese intuición o la hostia que veo venir— que el remordimiento que encontraré en ellos terminará por destrozarme.

—Mila, có... es... no... ¡Maldita sea! ¿Por qué no me has detenido? —habla de forma atropellada y alterada.

No podía quedarse calladito, darse la vuelta y continuar su camino, no. El muchacho tenía que abrir su boca, soltar la tontuna del día y joder el momento perfecto. ¿Veis como solo me falta el chino con el micro y bordo el programa?

—¿Vas a decir algo? —insiste padre tormento, pero esta vez cambia su tono nervioso por uno enfadado que me pone de muy mala leche.

—Pensaba mantenerme calladita y evitar que recreáramos la batalla final de Pearl Harbor, aunque por tus palabras nada afortunadas, parece que quieres todo lo contrario, Ojazos.

—No es momento de bromas, Mila. Lo que acaba de suceder es un error, una tremenda equivocación, además de ser muy grave, podría llegar a perder mi trabajo. ¿No te das cuenta?

Señor, dame paciencia, una tila o bórrame la memoria porque como Jesusito de mi vida siga hablando lo despellejo vivo y me quedo tan pancha. ¿Un error? Tiene las narices, por no decir otra cosa, el insinuar que besarme es un error, ni que fuera Láquesis, la diosa más fea de la mitología griega. Que no sea la hermana perdida de Audrey Hepburn no significa que no tenga mi público y, lo más importante, una autoestima por las nubes.

—De todos los errores se aprende y me alegra saber que eso es lo que soy para ti, Jesús. Puedes quedarte tranquilo, que esto no volverá a repetirse.

Me giro para marcharme y poner fin a este desastre de noche, pero no llego muy lejos, ya que termino chocando contra una mole humana, que por suerte me sujeta antes de que termine en el suelo.

—Te tengo, preciosa. —Levanto la vista y me encuentro con la mirada azul de Víctor y su sonrisa de niño bueno.

Me había olvidado por completo de él y eso que antes de que Ojazos apareciera regalándome un beso de película y alterando por completo mi paz mental, era mi plan A, B, C y hasta el Z para terminar la noche y mi eterna sequía orgásmica.

—¿Estás bien, Mila? ¿Ese tío te estaba molestando?

Intenta acercarse a Jesús para, imagino, ponerlo en su sitio por alterar mi existencia, pero sujeto su mano impidiendo su avance, lo último que quiero esta noche es una pelea entre gallitos para defender mi honor. Que yo no quiero un puñetero príncipe que me rescate, lo que de verdad necesito es un empotrador que me quite las telarañas.

—No me estaba molestando, Víctor. No nos conocemos y se ha equivocado de persona, eso es todo —le explico con toda la mala baba que puedo.

Sé que mis palabras molestan a Jesús, sus puños apretados y su ceño fruncido lo confirman, pero no me arrepiento, ya es hora de que padre tormento pruebe un poquito de su propia medicina y sienta lo que yo cada vez que reniega de mí o me llama equivocación.

—¿Estás segura? —Asiento con la cabeza varias veces, provocando su dulce sonrisa—. Entonces, es hora de marcharnos, preciosa.

Acepto su mano para emprender la marcha y de forma inexplicable, porque esto ni el mejor loquero del planeta lo entiende, siento que no estoy actuando bien. Sin embargo, no cambio de opinión ni cuando Jesús susurra mi nombre y me suplica que no lo haga. No puedo ceder, no puedo hacer lo que él desea cuando es incapaz de aceptar que ese beso ha sido un cambio en nuestra relación, algo que queríamos los dos y no un puñetero error que tenemos que olvidar. Me niego a seguir en este juego en el que solo pierdo yo.

La salida de hoy era para olvidarme de él y es justo lo que pienso hacer con Víctor, aunque eso me convierta en una egoísta sin escrúpulos, total, llevo toda la vida siendo la tonta de la película, ya es hora de que por una vez me convierta en la mala. Cogidos de la mano y en silencio, avanzamos por el paseo hasta que mi acompañante se detiene. Aprovecho para darle un buen repaso y reconozco que no está nada mal, pelo castaño, ojos azules, labios finos, sonrisa preciosa, alto y con un cuerpo impresionante que debe de cuidar a base de intensas horas en el gimnasio. No es mi tipo y tampoco es Jesús, pero es que Ojazos es algo fuera de lo normal, por lo que el resto de los pobres mortales no pueden compararse. ¡Mierda, ya estoy pensando en él de nuevo!

—Preciosa, ¿estás segura de esto? Desde tu encuentro con ese tío estás ausente y no quiero ser la segunda opción de nadie. —La inseguridad baña su voz y no puedo evitar que la culpa haga acto de presencia.

—Estoy aquí porque es lo que quiero, Víctor, tú eres mi opción.

No necesita o quiere escuchar nada más y se lanza a mis labios, los cuales devora con ansia, nuestras lenguas se enredan por ganar la batalla, sus manos rodean mi cintura pegando nuestros cuerpos y las mías se anclan a sus brazos. Algo en mí despierta —ya era hora, porque tanto tiempo en plan porífera comenzaba a preocuparme— y siento cómo el deseo opaca el resto de mis pensamientos. Reanudamos la marcha, devorándonos en cada esquina y encendiéndonos con cada caricia descarada hasta que llegamos a su casa.

Nada más cruzar la puerta, Víctor me arrincona en el pasillo impidiendo que pueda moverme y vuelve a besarme de forma salvaje. No lloro por vergüenza, pero puedo asegurar que ganas no me faltan, voy a tener mi momento empotrador, por fin voy a terminar con la sequía eterna que llevo a cuestas. ¡Adiós a las telarañas y bienvenidos los orgasmos!

—Eres un jodido regalo, preciosa, un bombón que pienso devorar de forma lenta, muy lenta, ¿me lo permitirás? —susurra de forma sensual sobre la piel de mi cuello y yo estoy a puntito de correrme solo con sus palabras.

—Soy toda tuya. —Satisfecho por lo que oye, me lleva a su dormitorio donde con cuidado, y sin dejar de besarme, me tumba en la cama.

Regalándome un momento al más puro estilo «Nueve semanas y media», se quita la camisa de forma sensual, los zapatos, los pantalones y el bóxer, que apenas podía contener su tremenda erección. Es impresionante en todos los sentidos, y lo mejor es que es todito para mí. Como un depredador, se sube a la cama y se coloca entre mis piernas, prometiéndome con su mirada una noche inolvidable.

Con una lentitud desquiciante, me acaricia desde los tobillos hasta el inicio de mi vestido, repite los movimientos tres tortuosas veces y no puedo evitar jadear en cada una de ellas. Desesperada, sujeto sus manos antes de que vuelvan a desaparecer y le ayudo a que el dichoso trocito de tela desaparezca de mi cuerpo, revelando mi lencería de encaje roja. Su mirada me calienta, aunque eso no es nada comparado a cómo lo hacen sus manos o boca, saca mis pechos

del sujetador y los lame haciendo que me retuerza sin control. Una de sus manos se adentra entre mis piernas y después de jugar con mi pequeño botón unos minutos, entra en mi interior con dos de sus dedos, provocando que vea estrellas, cometas y creo que un par de naves extraterrestres.

Estoy tan excitada que noto cómo la humedad escapa de mi interior, cómo mis músculos se contraen y cómo un fuerte orgasmo empieza a formarse en mi interior. Víctor lo nota y con rapidez se aparta para sacar un condón de la mesita, colocárselo y penetrarme con fuerza. Su boca se bebe mis gemidos, sus dedos acarician mis duros pezones y cada una de sus embestidas me hace perder la razón.

El fuego que provocamos en cada movimiento nos quema, el deseo que sentimos nos nubla por completo y nuestros cuerpos luchan por conseguir la liberación que los consume. Mis uñas arañan su espalda, mi boca grita su nombre, mi interior empieza a contraerse y ese orgasmo que llevo tanto tiempo soñando sacude mi cuerpo con tanta fuerza que creo morir. Víctor no se detiene y sigue avasallando mi cuerpo una y otra vez, alargando mi placer hasta que alcanza el suyo propio y ambos terminamos agotados, sudados y muy satisfechos.

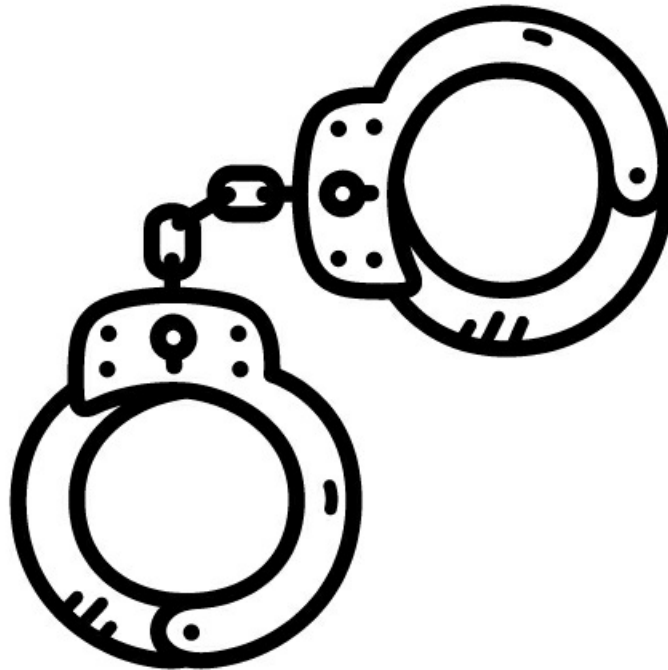
—¿Estás bien? —pregunta con un brillo divertido en su mirada y todavía en mi interior.

Podría decirle que estoy en el jodido paraíso y no donde Adán y Eva se comieron la puñetera manzana, pero decido ser un poco más comedida.

—Muy bien. —Su carcajada ante mi larga explicación me hace reír a mí y noto como su amiguito se vuelve a despertar.

—Me alegro, preciosa, porque este es el principio de una noche eterna.

Y con un beso de esos que encienden el firmamento, cumple con su promesa y me regala una noche inolvidable, llena de orgasmos, placer, deseo y pasión.



CAPÍTULO 22

VÍCTOR

Salgo del aseo que hay en el pasillo de mi apartamento y me dirijo de nuevo al dormitorio. Tengo un baño completo dentro de mi habitación, pero no quería despertar a la sirena, que aún duerme a pierna suelta entre mis sábanas, con el sonido de la cisterna. Me apoyo en el marco de la puerta y me dedico a observarla, como un jodido acosador que necesita su dosis del objeto de su deseo.

Mila se encuentra de lado, con el edredón cubriéndola hasta el cuello y con una expresión en su rostro de absoluta paz. Hemos tenido una noche movida, el resultado de nuestro encuentro ha sido mejor de lo que esperaba. La complicidad que ha existido entre nosotros mientras llevábamos a cabo nuestros juegos ha sido toda una novedad para mí.

A pesar de lo que pueda parecer por mi aspecto y mi desparpajo, no soy ningún ligón. Sí, es cierto que ayer no fue la primera noche que salía con intenciones de encontrar a alguien para pasar un buen rato. No obstante, tampoco llevaba tanto tiempo en el mercado desde que rompiera con mi relación anterior.

Pasé tres meses bastante jodidos en los que cada día era un puto infierno, pues no dejaba de recordar a Patricia, la mujer con la que había convivido cuatro años. Nos chocamos por casualidad un día en el supermercado, nos quedamos prendados el uno del otro y decidimos darle una oportunidad a la química existente con una cerveza en un bar cercano. Desde ese instante, y a pesar de nuestras diferencias, no nos volvimos a separar. Bien es cierto que en los últimos tiempos las discusiones iban en aumento, entre otras cosas, porque ella no entendía mi trabajo

como policía nacional. No comprendía que nunca tuviera horarios, que si ocurría un delito debía estar en el ojo del huracán para ayudar a resolver el enigma, que mi profesión se basaba en proteger a la población de la maldad que se escondía en las sombras. Sabía que era peligroso, en cualquier momento podía cometer un error que resultaría fatal, pero era un riesgo que asumía porque para mí era vocacional.

Sin embargo, mis a menudo largas ausencias, junto a la palabra peligro escrita en cada esquina y nuestra poca actividad sexual en los últimos tiempos, habían sido tres factores determinantes para que ella se echara un amante. Lo peor de todo es que hasta la entendí cuando la encontré retozando en nuestra cama con un compañero suyo del trabajo. Qué imbécil, ¿verdad?

Anoche había salido como tantas otras, solo con el punto de mira fijo en una mujer que me resultara atractiva para tener un poco de sexo. Jordi, mi compañero de batallas, hacía rato que se había prendado de una rubia demasiado exagerada, de esas con tres dedos de maquillaje, cintura de avispa y tetas de silicona. Desde luego, contra gustos no hay nada escrito, pero ese tipo de mujeres no van conmigo.

Cuando estaba a punto de irme, cansado de la jornada y de una noche poco productiva, mis ojos se fijaron en una mulata de caderas llenas y rizos imposibles que se movía desinhibida por la pista, bailando con los ojos cerrados al ritmo de la música, sintiendo cada compás con el corazón. No lo pensé mucho y me lancé a por ella. Podría haberla cagado, pues no soy un gran bailarín, me va más lo de sujetar el cubata en la barra, sin embargo, me aceptó e incluso me llevó al darse cuenta de que me quedaba un tanto atascado. Puedo decir que gracias a sus manos conseguí una actuación más que decente y no me avergüenzo de ello, en esta vida debes saber cuáles son tus limitaciones y dejarte ayudar. A fin de cuentas, somos humanos, seres imperfectos por definición.

Lo siguiente que ocurrió ya es historia, una noche impresionante en la que Mila me había seguido el juego sin vacilar y de la que no podía olvidar los detalles. No esperé que esto me volviera a pasar con una mujer, aunque no lo quisiera ver en un principio, Patricia había hundido parte de mi confianza en mí mismo y en los demás. No obstante, creo que la preciosa mulata que descansa en mi cama no tiene nada que ver con mi exnovia. Igual es una locura, puede que me esté precipitando, pero en esta vida quien no arriesga, no gana, así que quiero seguir explorando el entorno junto a Mila y lo que tenga que ser, será.

Como si la hubiera invocado al pensar su nombre, la sirena comienza a removerse en el colchón hasta que abre sus ojos marrones. Mira en mi dirección y, en lugar de asustarse por ver una figura estática en la puerta, me sonríe risueña.

—Anoche no pensé que fueras de los que les gusta mirar —dice con la picardía tiñendo su voz.

—No es algo que suela hacer, salvo por trabajo, pero tú eres una visión demasiado deliciosa como para dejarla pasar.

Mila intenta evitarlo, lo noto en cuanto aprieta los labios reduciéndolos a una fina línea, pero al final no puede contenerse más y estalla en carcajadas. Yo la sigo porque, en verdad, acabo de soltar una moñada de las grandes, algo inaudito en mí. Parece que me he levantado con el ánimo de un poeta, el nuevo Iru de la Santa Cruz me van a llamar las masas a partir de ahora.

No me puedo resistir y acudo a su lado en tres zancadas de mis largas piernas. Me dedico a hacerle cosquillas, como si fuéramos dos niños sin ningún tipo de preocupación, solo la de seguir jugando.

—¡Para, por favor! —grita ella entre los sollozos provocados por la risa—. ¡Me duele la tripa de tanto reírme!

—Bueno, no soy médico, pero creo que tengo la solución perfecta para quitarte el dolor.

Con un guiño, y lo que espero sea una sonrisa canalla, me apodero de sus labios, que para mi gusto llevan muchas horas sin recibir mis atenciones. No pretendía que fuera un beso tan tórrido, sin embargo, es en lo que se convierte este contacto. Nuestras lenguas se reconocen, despertando de nuevo el deseo que baila entre nosotros con la fuerza de un huracán. Mi erección mañanera coge mayor impulso, pugnando por salir de su encierro para dejarse envolver por ese lugar caliente que tanta satisfacción le ha dado. Sin embargo, me contengo, pues hemos pasado horas follando, unas veces suave, otras como salvajes, y tampoco sé si es lo que Mila quiere ahora.

La respuesta no tarda en llegar cuando ella toma el mando de la situación y, con una fuerza que no sé de dónde saca para mover un cuerpo como el mío, me tumba en la cama y me baja los pantalones. Mi polla sale dura y preparada, contenta por la liberación que le ha dado la sirena que le produce ese deseo desgarrador.

Mila no se anda con chiquitas, parece que esta mañana no está para muchos preliminares, así que se limita a ponerme un condón y subirse a mis caderas para comenzar a cabalgarme. Yo me incorporo para poder abrazar su figura y anudar su mirada a la mía.

Ambos gemimos presos del placer, nos comemos la boca con ansia, haciendo que la pequeña llama se descontrola. El ritmo que adoptan nuestras caderas es demencial, nos lleva de la mano hacia un callejón donde la única salida es una explosión. Esta llega, centellando miles de fuegos artificiales delante de mis ojos, mientras Mila tira de mi pelo corto con brío, haciendo que el dolor en mi cuero cabelludo intensifique el orgasmo.

Tras el desenfreno del encuentro, los dos caemos sobre el colchón unidos de todas las formas posibles, manos y piernas acunando cada rincón de nuestras formas. Las respiraciones erráticas se van calmando poco a poco. Los cerebros hasta arriba de oxitocina permanecen en el limbo durante un largo instante en el que nos dedicamos a acariciarnos mientras el mundo sigue su curso fuera de estas paredes. Sin duda, el sexo con ella me encanta, pero he descubierto que el después es igual de placentero.

—Deberíamos salir de esta cama —dice Mila iniciando la conversación.

—¿Quién lo dice?

—Mi estómago, por ejemplo. No creo que pueda aguantar más asaltos como este sin darle unas cuantas calorías.

—En realidad, yo tampoco —contesto bizqueando, haciendo que en ella estalle otra oleada de carcajadas—. La comida es mi talón de Aquiles.

—Vaya, y yo que pensaba que eras invencible.

—Siento decepcionarte, preciosa.

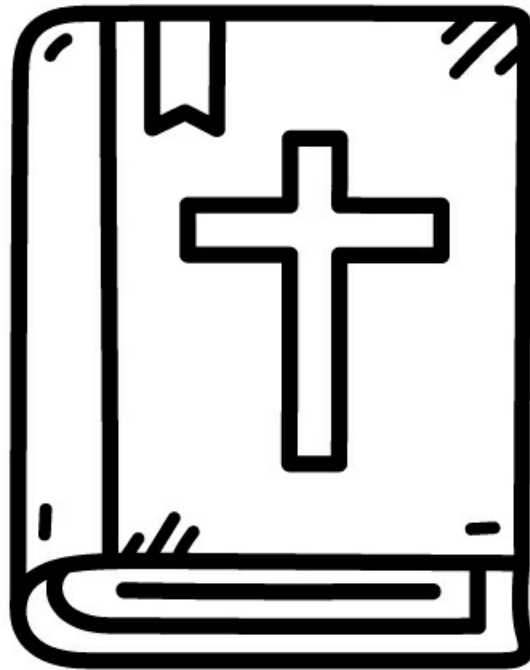
—Lo cierto es que no lo haces. Me gusta que compartas esa debilidad conmigo —afirma poniéndose un poco roja por lo que acaba de salir de su boca sin pensar—. Quiero decir que... bueno...

—No hace falta que me expliques nada, Mila. Todo está bien —indico con una sonrisa auténtica, acariciando su pómulo redondeado en un intento por calmar esa repentina vergüenza—. ¿Qué te parece si vamos a desayunar a una pastelería que hay cerca de aquí? Así, si te apetece, podemos seguir hablando.

—Me parece un gran plan.

Con los ánimos por las nubes nos metemos juntos en la ducha, haciendo un esfuerzo titánico para no volver a caer en la tentación. Nos vestimos, ella con la misma ropa que llevaba anoche, yo con vaqueros y camiseta, y salimos cogidos de la mano para degustar algo más que nuestros cuerpos. Además, quiero tantear el terreno y ver si ella acepta la pelota que voy a colocar en su

tejado. Espero que diga que sí y que este sea el primero de muchos encuentros.



CAPÍTULO 23

JESÚS

Estoy tumbado en el sofá, mirando el techo blanco y liso del salón de mi apartamento. No sé con exactitud las horas que llevo así, desconectado del mundo mientras el reloj mueve las agujas sin descanso. No paro de recordar lo que ocurrió anoche, cómo pasé de aceptar que Ricitos necesitaba tiempo lejos de mí, a asaltar sus labios como si se tratara de mi última cena. ¿Cómo no había visto las señales? ¿Cómo es posible que no me diera cuenta de que me gustaba? Y no como una amiga o mi persona favorita, sino como mujer.

Cuando entré en el seminario no llegué lo que se dice intacto. Vamos, que no era virgen. Antes de mi ingreso, muchas noches se sucedieron mientras me mantenía inmerso en el disfrute de la fiesta junto a mi amigo José. A ambos nos gustaban demasiado tres cosas: el alcohol, las sustancias ilegales y las chicas. Varias mujeres se sucedieron, saciando nuestras ganas y la euforia, calmando un tanto las hormonas adolescentes que quemaban como hierros candentes. Sin embargo, ninguna de ellas significó nada, solo el recuerdo con la cara difuminada de un momento entretenido en el baño de algún *pub*. Desde luego, los lugares dejaban mucho que desear, pero era lo que había para dos chavales que se dejaban la paga en el vicio.

Nunca conocí lo que era tener novia, en aquellos momentos en lo que menos pensaba era en atarme a alguien. Solo quería acallar las voces, olvidar que mi madre me había abandonado, dejándome a la deriva sin un salvavidas que me ayudara a mantenerme a flote. Así que, digamos que no sabía cuándo acaecía el instante en el que la amistad quedaba atrás y tus pies hacían contacto con el otro lado de la frontera. Ahora veía a la mujer, algo que nunca debió suceder,

pues había hecho una promesa y, aunque mi tío y mi padre me inspiraban de todo menos amor, sentía que no debía romperla.

Quizá estaba postergando lo inevitable, tal vez me empeñaba en seguir un camino contradiciendo mis verdaderos deseos, igual le estaba dando mi lealtad a la persona equivocada. No era la primera vez que pensaba en todo esto y en muchas otras cosas, metiendo mi cabeza en una centrifugadora que parecía no tener fin. No obstante, aquella madrugada en la que todo fue engullido por la oscuridad, supe que había tocado fondo y no me quedó otra que aceptar el trato. ¿Tenía otras salidas? Puede que con la madurez que otorgan los años, si eso me hubiera ocurrido ahora, mis herramientas me hubieran ayudado a sopesar varias opciones. Pero con la estupidez de los dieciocho años, sin una guía como mi madre y en una casa donde la batuta la llevaban aquellos dos hombres, poco pude hacer.

Tampoco quería flagelarme en exceso, lo hecho, hecho estaba, y debía asumir las consecuencias de mis acciones y mis decisiones.

Lo siguiente que tenía que hacer era hablar con Mila de lo ocurrido anoche, exponerle mis preocupaciones, pedirle perdón y esperar que ella lo aceptara. Mi parte egoísta no quería dejarla ir del todo, así que iba a renunciar a la mujer y a quedarme solo con la amiga. Bueno, eso si ella quería.

Además, todavía tenía que lograr que me contestara a algún mensaje de la decena que le había enviado durante la mañana. Sabía que estaba muy enfadada conmigo, y con razón, pero empezaba a estar bastante preocupado por su falta de comunicación. ¿Y si le había pasado algo? ¿Y si ese hombre con el que se fue le había hecho algo?

Ya te digo yo que le ha hecho de todo menos meterle miedo, Jesusito, se mofa mi conciencia de mí. Yo cierro los ojos y sacudo la cabeza, en un intento por eliminar las imágenes que mi mente se empeña en crear. No quiero pensar en Ricitos disfrutando en los brazos de otro hombre, y mucho menos de ese saco de músculos demasiado guapo para ser verdad.

Harto de mí mismo, me levanto del sofá, que ha soportado mi peso desde mi llegada del Club Habana, y me pongo ropa deportiva. Si continúo entre estas cuatro paredes, llenando mi mente de pensamientos sobre Mila, acabaré volviéndome loco.

Al tocar la acera, mis piernas comienzan un movimiento frenético. Debería ir más despacio, empezar a correr lento para calentar los músculos y así evitar una lesión innecesaria, pero no puedo detenerme, mi cuerpo está dispuesto a expulsar cuanto antes toda reflexión a través del sudor.

Mis pies van devorando el camino, enloquecidos por la orden recibida por parte de mi lóbulo frontal, quemando los metros con la misma rapidez que una cerilla se consume. En realidad, no sé por qué he tomado esta dirección, cuando de normal voy por el lado contrario, pues me gusta ver los pueblos al este de la isla. Sin embargo, aquí estoy, cruzando el río de Santa Eulalia por el *Pont Vell* y torciendo en dirección hacia la calle los Claveles. Supongo que mis pasos me llevan hacia la calle las Dalias para correr un tramo por el camino que la naturaleza acoge como si fuera una parte de ella y que tiene unas vistas espectaculares a la cala Pi.

No obstante, mi carrera se frena de forma abrupta cuando por el rabillo del ojo percibo algo conocido. Como si se tratara de una aparición, veo a Mila a través del cristal de lo que parece una cafetería. No está sola, se encuentra sentada frente a ese tal Víctor, con el que al parecer no solo ha pasado la noche. Se la ve relajada, asintiendo a algo que le está relatando su interlocutor. De repente, echa la cabeza hacia atrás presa de las carcajadas y no puedo evitar pensar que nunca ha estado así conmigo. Ha llorado, hemos conversado mucho y también ha reído, pero no tanto como en este instante junto a don cuerpo perfecto.

No puedo eludir el hecho de que esa imagen me queme por dentro, que el fuego penetre voraz en mis entrañas. Al igual que ha pasado antes con mis piernas, ahora es una de mis manos la que toma la iniciativa cogiendo mi móvil. En lo que quiero pensar que es un movimiento involuntario, aunque con ello no haga más que mentirme, busco el teléfono de Ricitos en la agenda, apretando el botón de llamada con un desplazamiento fluido de mi dedo gordo sobre la pantalla.

Soy testigo de cómo interrumpe la conversación con suavidad para coger su móvil. También del cambio en su cara al ver mi nombre en su dispositivo. Por un instante, pienso que me va a colgar sin más, pero tras un par de segundos acepta la llamada, llenando mi corazón de alegría.

—¿Qué quieres, Jesús? —pregunta cortante, sin duda dejando en evidencia el fastidio que le supone mi interrupción.

—Hola, Ricitos —contesto conciliador para rebajar su mal humor—. Solo quiero saber cómo estás. Te he mandado varios mensajes y, como no contestabas, me estaba preocupando.

—Pues estoy de maravilla, no te preocupes.

—Ya... —Me detengo antes de continuar la frase y cometer el error de soltar un «veo» después del adverbio—. ¿Estás en casa?

—No, estoy fuera, aunque eso no sea asunto tuyo.

—Por supuesto que no, eso lo tengo claro. Solo te lo pregunto para saber si me podía pasar. Necesito hablar contigo.

—Pues ahora estoy disfrutando de un buen desayuno.

—Si te apetece, dime dónde estás y nos vemos en ese lugar.

—Estoy con compañía, Jesús, así que ahora no es un buen momento.

Al menos ha sido sincera conmigo. *¿Por qué no iba a serlo? Ella no es como tú, no tiene nada que ocultar*, me escupe mi conciencia en otra de sus apariciones estelares. Por otro lado, no sé por qué he pensado que me mentiría, cuando esta situación no es un hecho aislado. Siempre es clara como el agua con todo el mundo.

El silencio se extiende a ambos lados de la línea, ella tiene cara de querer colgar y liberarse, yo solo quiero tenerla para mí un poco más, aunque en verdad solo estoy alargando el momento para restarle minutos de su atención a Víctor, justo lo contrario a lo que debería hacer.

—En fin, Ricitos, siento mi llamada tan inoportuna —comento, al fin, saliendo de mi propio tira y afloja—. Me alegra que te encuentres bien. En cuanto te venga bien, hablamos.

—De acuerdo. Hasta luego, Ojazos.

Esa última palabra es la que me mata, la que hace que mis compuertas se abran y unas espesas lágrimas fluyan sin control por mi rostro. Durante toda la conversación he sido Jesús, mi nombre, cierto, pero a la vez un escudo que ella había puesto entre nosotros, una forma de llamarme para marcar las distancias. Pero al terminar la pequeña charla, ella ha querido volver a acercarnos con ese apelativo cariñoso que es solo suyo.

Ya no me apetece seguir con el ejercicio, me siento como si toda la energía hubiera abandonado mi cuerpo. No puedo parar de llorar, por un instante pienso que las piernas no van a poder sujetar mi peso, sin embargo, me obligo a continuar, con la mirada velada y un dolor en el alma que no había sentido desde hacía años.

Es mejor así, dicta mi conciencia, *tampoco es cuestión de que te conviertas en el perro del hortelano, ella no se lo merece*. No puedo por menos que darle la razón, pues Mila es luz y tiene derecho a ser feliz, aunque eso implique romper mi corazón en mil pedazos.

No me doy cuenta y me pierdo entre las calles de Santa Eulalia, mis pasos me han guiado hacia un destino inesperado. Mi intención era comprarme una tarrina enorme de helado y

encerrarme en mi apartamento a ver alguna película triste, todo muy a lo «El diario de Bridget Jones». Quién sabe, igual hasta me hubiera puesto el «All by myself» de Céline Dion para darle mayor intensidad de colores al cuadro. No obstante, mi cuerpo se ve abducido por una fuerza superior y entra en el Viva Cuba. En la puerta me está esperando Caridad con los brazos abiertos, instándome en silencio a que vuelque mi alma en ella. Por supuesto, no me hago de rogar y cedo ante su petición, ahora mismo necesito que su fuerza de matriarca me sostenga.

—Ya está, mi fiñe. Desahógate, llora conmigo, que las penas compartidas son menos dolorosas.

Yo, cómo no, le hago caso, dejando salir un llanto marcado por la desesperanza. Lloro por ese adolescente que un día fui y que lo perdió todo de la noche a la mañana. También por el hombre que soy y no puede tener lo que más quiere.

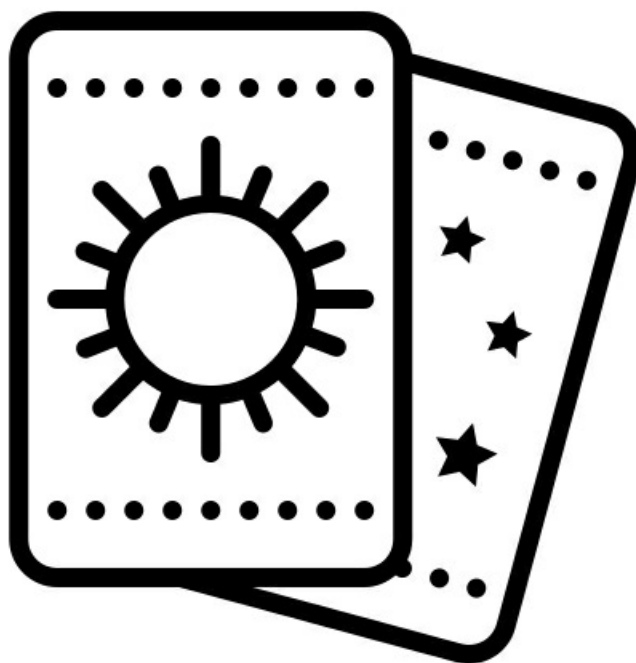
Ella me abraza mientras dice palabras cariñosas en mi oído de tanto en tanto. Debido a su poder, Caridad sabe cosas que yo todavía no le he contado. Y no me importa, pues sé que mis secretos están a salvo con ella.

Al cabo de un rato y con el corazón un poco calmado, me siento a su lado en una mesa, donde una tirada de cartas del tarot se encuentra esperando a ser retomada. Sin embargo, la abuela de Yotuel solo tiene ojos para mí, dejando de lado aquello que se traía entre manos. Ahora es solo la matriarca dispuesta a ayudar con uñas y dientes a un miembro de su familia, porque eso es lo que soy para ella, otra pieza importante de su clan.

—Jesús, no te quiero forzar —dice ella en un susurro que me envuelve, como si estuviera arrullando al niño que llevo dentro—. Sin embargo, creo que deberías hablar con alguien de lo que te oprime. Puedo ser yo o las dos bestias que tienes como amigos. Porque, con todos mis respetos, no pienso que ahora hablar con Dios te sirva de mucho.

Una pequeña risa acude a mí sin esperarla debido a su comentario. Por todos es sabido que Caridad tiene más fe en un ratón que en el ser supremo de los católicos. Algo por completo respetable, al igual que el resto de las creencias esparcidas por el mundo. Cada uno se aferra a la vida de la manera que mejor le parece.

En un principio no tenía pensado contarle nada, pero no sé si se debe a la flojera de la que soy preso o de lo hastiado que me encuentro tras años de estar encorsetado, tanto da, pues sea por lo que sea el resultado es el mismo. Termino por romper las tiras opresoras del corsé y me lanzó a contarle todo a esta mujer que aprieta mi mano, mientras me transmite el amor más puro que existe.



CAPÍTULO 24

CARIDAD

Las personas por naturaleza solemos ser impacientes, queremos las cosas cuanto antes y no nos molestamos en disfrutar de ese breve espacio de tiempo en que tardan en cumplirse nuestros deseos, metas o sueños. No valoramos el esfuerzo o sacrificio, la entrega o dedicación, solo nos interesa el resultado y, por supuesto, que este sea beneficioso para nosotros. Nos equivocamos por completo y nunca aprendemos, por algo somos el único animal capaz de tropezar dos, veinte y mil veces en la misma piedra y da igual si esta tiene un cartel luminoso avisándonos, nosotros como burros a por ella que vamos.

Cuando se es joven esta situación es mucho peor porque a nuestra torpeza natural hay que añadirle la impulsividad, las hormonas y esa superioridad que creemos tener y tan malos resultados termina dándonos. Con esa edad, pensamos en comernos el mundo, en que alcanzar nuestros objetivos es nuestra razón de ser y que nada es imposible, esas ideas son maravillosas y perfectas en la televisión, pero el día a día te hace darte cuenta de que todo es más sencillo. No hay que comerse el mundo, solo hay que disfrutarlo, los objetivos no te definen, más bien te limitan, pues mientras intentas cumplirlos te pierdes lo que de verdad es importante y la mejor lección es que terminas aceptando que hay cosas imposibles o inalcanzables, y eso no te hace un perdedor si primero aprendes la lección.

Todos estamos de paso y nadie es eterno, por eso mismo debemos aprovechar cada situación, emocionarnos con la sonrisa de un ser amado, ayudar a quien lo necesita, pues mañana puedes ser tú quien reclame esa ayuda y para recibir, antes tienes que dar y, sobre todo, vivir libre, sin perjuicios, obligaciones e imposiciones. La libertad es el mejor regalo que tenemos y debemos

aprovecharla. No es fácil y más en esta sociedad en la que nos ha tocado vivir, gritamos inclusión, derechos y cero discriminación, sin embargo, a la mínima señalamos con el dedo, juzgamos y condenamos al que es diferente o no piensa como el resto.

Nicolás, Ava y yo hemos hablado mucho sobre este tema y no solo porque las canas nos hagan ver la vida de otra manera, más bien es porque la experiencia y los muchos errores cometidos nos dan un punto de vista distinto. En mi caso también debo agradecer la ayuda que mi don y las cartas que hace tantos años me regaló mi *pura*, me ofrecen y, aunque no pueda intervenir, sí mover un poquito los hilos para ayudar a los que me rodean, sobre todo, cuando estos *seborucos* son incapaces de ver lo que tienen justo delante.

Con Jesús no ha sido distinto, incluso antes de que pusiera un pie en esta isla tan mágica, sabía que llegaría para cambiar nuestras vidas, en especial la de cierta personita. Sin embargo, son demasiado tercos y sus complicados pasados no les ayudan a abrir sus mentes para luchar por su verdadera felicidad. Él por crecer rodeado de oscuridad, ya que la única luz que podía ayudarlo desapareció demasiado pronto, ella porque los miedos dictan su camino y prefiere esconderse a pelear. He hablado con Maritza para pedirle una ayudita, pero mi fiñe es cuadrículada y religiosa hasta el extremo y no solo no quiere colaborar, sino que me ha prohibido hacerlo a mí, como si eso fuera posible. ¡Antes voy al Cielo con san Pedro que estarme quieta!

Ayer ante mí no se encontraba el sacerdote responsable, el cura al que todos adoran ni el siervo del Señor, ayer en mis brazos tuve al hombre hecho girones, perdido y asustado, el que necesitaba consuelo, apoyo o una simple palabra a la que agarrarse para no dejarse caer en la desesperación. Su dolor era palpable y su pesimismo por no saber cómo afrontar este problema lo era todavía más, en su mente batallaban su fe ante sus sentimientos, su responsabilidad contra su deseo y sus obligaciones frente a un amor que no puede controlar. Escuché todo lo que quiso contarme, compartí parte de su carga y limpié sus lágrimas, lo hice porque quise, al igual que ahora voy a darle un buen empujón o *avión* a Mila.

Entiendo el enfado de mi negrita, Jesús puede ser muy bueno en sus sermones, pero está claro que con las mujeres y en especial con ella es todo un *guacarnaco*, por algo es tan *compay* de mi chama y Kalevi, los polos opuestos se atraen y los zoquetes, más. Y esos tres son tal para cual, buen *corasón*, buenos sentimientos, mejor percha y cero tacto con las palabras, menos mal que luego lo arreglan con otras virtudes, o al menos eso espero, aunque en el caso del páter lo veo complicado, no creo que un Ave María, salmo o rosario calme a mi chica. Además, el tiempo se acaba, el mal se acerca, o mejor dicho, ya está aquí y debo acelerar las cosas entre ellos.

Mila se encuentra en el pasillo de la limpieza, meneando sus caderas a la vez que tararea la canción que suena en la radio. Me enfada ver tanto talento desperdiciado, este no es su lugar, mi negrita nació para estar subida en un escenario emocionando al público con su voz y no en un súper reponiendo Viakal, aunque ese es otro tema que ya trataré con ella, lo primero es arreglar las cosas con mi fiñe.

—Si te pones así de contenta con los detergentes, no quiero imaginar cuando tengas delante un buen pastel de guayaba.

—¡Caridad! —grita sobresaltada, con una mano en el pecho y la otra agarrada al antical como si fuese un arma.

No puedo evitar sonreír, me encanta seguir siendo tan sigilosa, así he pillado a mi niña y chamás cometiendo alguna de sus travesuras, al innombrable de mi ex con sus titis o algún listillo con la mano larga y ganas de aprovecharse.

—No le veo la gracia, jefa, por poco me matas del susto.

—Deberías reírte más y abrir los ojos, quizá así fueras feliz, negrita, aunque reconozco que

hoy tienes un brillo especial en la mirada, ¿por fin has limpiado las telarañas?

Esto último lo digo con toda la intención, Jesús me contó su marcha con Víctor y no hay que ser muy lista, ni tampoco tener poderes, para saber que haciendo ganchillo no ocuparon la noche, o al menos yo no lo hubiera hecho.

—No sé de qué me hablas, Caridad. —Agacha la cabeza algo avergonzada y ahora sí río a carcajadas.

Hablar de sexo sigue siendo un tema tabú y si es con una persona de mi edad, más. Como si fuera a asustarme o descubrir algo nuevo, que cuando ella iba en pañales, yo arrasaba a mi paso y todavía sigo haciéndolo, puede preguntarle a Eva por la cantidad de juguetitos que tengo en mi armario.

—Sigue engañándote, fiñe, es algo que se te da de maravilla, pero como conmigo no lo haces te hablaré claro: esconderse no funciona cuando los problemas te acechan. Quitarse las telarañas es fantástico, pero hacerlo sin los grilletes que cubren tu *corasón* lo es mucho más y cerrar los ojos es necesario para no quedarse ciego, aunque inútil cuando con ellos cerrados sigues viéndolo a él.

Su cara de desconcierto me desespera, no puedo decirle nada más, no puedo intervenir por mucho que lo desee, mis dones me limitan y las consecuencias que sufrirían Maritza o las niñas me impiden hablar con claridad.

—Mila, tu destino está justo delante, él es tu felicidad. No será fácil, demasiadas cosas os separan, la oscuridad anda cerca y el mal está dispuesto a atacar, sin embargo, sois la mitad de un todo, la unión de dos almas y el verdadero amor. No permitas que el orgullo herido decida por ti, tampoco dejes que él se aparte, te necesita más de lo que crees y solo tú podrás salvarlo, como solo él podrá salvarte a ti. Ve en su búsqueda, escúchalo y deja que vuestros *corasones* hablen. Déjate llevar, no pienses, abre la mente y si se da la oportunidad, las piernas.

No me quedo a escuchar su respuesta, la conozco y tardará un ratito en digerir mis palabras y otro más en dar el paso, aunque sé que al final hará lo correcto. No solo porque lo he visto en mis queridas cartas, sino porque entre ellos hay más de lo que quieren reconocer y a una sabrosa viejita como yo, no la pueden engañar.



CAPÍTULO 25

MILA

¡La madre que la parió, que a gusto se quedó! No puedo dejar de observar a Caridad mientras recorre el pasillo, después de soltarme uno de sus acertijos que ni Nostradamus, Baba Vanga y, si me apuras, ni todo el equipo de «Cuarto Milenio» con Iker Jiménez al frente son capaces de descifrar. ¿Mi destino? ¿El mal? ¿La oscuridad? ¿Mi verdadero amor? Pero ¿por qué todos los tarados vienen a por mí? Si lo único malo que he hecho en toda mi vida ha sido robarle unos caramelos de fresa a la tendera de mi barrio y al día siguiente fui corriendo a confesar el delito.

Con lo bien que apuntaba el día y ya me lo han torcido; aunque siendo sincera la mosca ya rondaba mi oreja, bueno, más que mosca, moscardón, o lo que es lo mismo, mi cura torturador, que desde que me llamó ayer no he podido dejar de pensar en él. Ni siquiera Víctor y sus dotes amorosas lo han conseguido. Es más, al llegar al orgasmo no veía al cuerpo nacional, sino a Jesús y su maldito alzacuellos. Si al final no solo termino cazando gamusinos, sino que los voy a coleccionar.

Sé qué debo hablar con él para aclarar las cosas, no soporto esta situación entre nosotros ni la distancia que me he empeñado en poner. También tengo que marcar los límites de nuestra amistad —que después de ese beso, hace aguas y naufragios por todas partes— y dejar de soñar con lo imposible. Quizá así me pueda centrar por completo en Víctor y todo lo que está por llegar entre nosotros. Puede incluso que él sea el destino que Caridad mencionaba y con mi obcecación religiosa termine perdiéndolo. Sea como sea, tengo que terminar con esto y es justo lo que haré cuando acabe de trabajar, aunque para eso todavía me faltan varias horas de suplicio

y algún que otro pirado.

Con mi misión clara vuelvo a la caja y el universo de nuevo me toca la moral, haciendo que las horas pasen con extrema lentitud, ni las quejas de Artem, la locura de Blanca o la paranoia contra un nuevo virus de Hanna consiguen distraerme. Tampoco lo hacen los numerosos turistas con ganas de bromas, fiesta y alcohol que comienzan a llegar a la isla. Apenas quedan veinte minutos para terminar mi turno y, de seguir así, salgo haciendo volteretas, piruetas o el salto de la leona por la puerta.

Mi última cliente es una chica de pelo castaño, de bonita sonrisa, nariz chata y una timidez que me despierta ternura al instante, su acompañante no está nada mal, es uno de esos tíos que ves por la calle y te dejas el cuello siguiendo sus pasos, pero por la forma en que mira a su chica, solo conseguirás una tortícolis importante y treinta euros menos que se llevará tu fisio.

—No sois de aquí, ¿verdad? —No puedo evitar preguntar.

Mi abuelo siempre decía que la curiosidad mató al gato, la duda al misterio y las ganas al bocazas. Puede que no fuera el hombre más sabio de la historia, pero lo es de mi vida y sus consejos nunca me han fallado, como tampoco sus abrazos en los momentos oportunos.

—No, acabamos de llegar a la isla y andamos un poco perdidos —me responde con sinceridad, cayéndome bien con esas simples palabras.

—Os encantará, este trocito de cielo en la tierra es especial, hay magia en cada rincón, playas que nada tienen que envidiar a las del Caribe y si buscáis un sitio único, con buena gente y donde comer es toda una experiencia, no dudéis en ir al Viva Cuba.

—Lo tendremos en cuenta, por cierto, soy Gala y él, Adrián.

Me presento y les recomiendo mis lugares favoritos, que los turistas no suelen visitar y son la verdadera esencia de Ibiza. Cuando nos despedimos, me quedo mirando cómo se marchan cogidos de la mano y una punzada de envidia me recorre. Es bonito ver cómo dos personas forman un todo, su conexión, complicidad y esas miradas que dicen tanto sin necesidad de pronunciar palabras. Siempre he visto y sentido eso entre mis madres y es justo lo que deseo poder sentir algún día.

—Si tanto amor le tienes a la caja, me marchó a mi casa —interrumpe mi compañera mi momento pastel.

La alegría del súper, Macarena —¡Hey, Macarena, ay! Perdón no puedo evitarlo, es verla o escuchar su nombre y Los del Río se apoderan de mí con su canción más internacional—, llega con su habitual cara de vinagre y mala hostia incorporada, dispuesta a realizar el cambio de turno. Con rapidez, ella no es de chácharas tontas y yo estoy hasta el moño de ellas, cuadramos la caja, le explico las reposiciones que faltan y sin más tiempo que perder, voy a cambiarme.

Montada en mi vespa como si estuviera rodando una escena de la mítica película «La dulce vida», eso sí, sin Fontana de fondo o baño a medianoche, me dirijo a la iglesia donde espero encontrar a Jesús. La misión la tengo clara, mis palabras más o menos hiladas y mi determinación la he debido de dejar entre el champú anticaspas y el protector solar, ya que tengo un tembleque que no me permite caminar con normalidad, unos sudores que ni a cincuenta grados a la sombra y un estado de nervios que cualquiera podría confundir con el inicio de un ataque de ansiedad. No encuentro una explicación lógica a mi estado, pues solo vamos a hablar y, con un poquito de suerte, solucionar lo que parece estar dispuesto a terminar con nuestra amistad. Pero mi prodigiosa mente va por libre y solo repite en bucle ese beso que puso mi mundo del revés.

Sebas, en su función de don santurrón, hombre de la limpieza y cotilla número uno, me observa de forma descarada y con una sonrisa de torcidos dientes que reclaman una limpieza

urgente. El escalofrío que me recorre es justo lo que necesito para ponerme en marcha y escapar de él.

—Buenas tardes, Mila, nuestro padre se encuentra preparando la próxima homilía.

Estoy a puntito de soltarle que será su padre, ya que al mío ni se le conoce ni mucho menos se le espera, pero las ganas de perderlo de vista detienen mi lengua y solo asiento con la cabeza, antes de seguir mi camino como si me persiguiera el Can Cerbero de Hades en la misma entrada del Infierno. Como podéis comprobar, mi fascinación por la mitología griega, junto a la pasión eclesiástica, que parece haberme poseído en el último año permanecen intactas. A este ritmo me convierto en monja de clausura o maestra de Historia, en una escuela de élite llena de pijos con mucho dinero en sus bolsillos, ganas de fiesta y cerebro escaso.

Aparcando mi desvarío mental, que no es pequeño, continúo mi camino, y en su despacho concentrado en unos papeles, con unas gafas de pasta negra que le dan un toque *sexy* a la vez que intelectual y que alteran toditas mis hormonas, me encuentro a Ojazos. Su cara de cansancio y sus marcadas ojeras no le restan ni un ápice de atractivo y cuando muerde su labio inferior con fuerza para, a continuación, pasar su lengua sobre este, me tengo que agarrar al marco de la puerta y respirar varias veces o la conversación se irá a la mierda y la experiencia religiosa que pienso cumplir será mucho mejor que la de Enrique Iglesias.

Es increíble lo mucho que me atrae, a su lado me convierto en una niña pequeña ansiosa por probar un nuevo dulce, en una yonqui desesperada por su próxima dosis o en una enferma terminal suplicando por su descanso eterno. Él es todo con lo que siempre soñé, mi particular príncipe azul, mi sueño hecho realidad, la estrella favorita que contemplar en el firmamento y mi tormento en la tierra. Es tanto lo que me hace sentir, que por verlo feliz haría todo lo que me pidiera, incluso esconder mis sentimientos y seguir siendo solo su mejor amiga. Una putada para mí, que me destroza a cada segundo, sin embargo, es algo que estoy dispuesta a hacer por seguir manteniéndolo a mi lado.

—O esa lectura es muy entretenida o yo soy el colmo de la invisibilidad, Ojazos.

Su cara de sorpresa al verme provoca que mi trastornado corazón se salte un par de latidos y, de forma inexplicable, eso me hace feliz. ¿Puedo ser más idiota? No lo creo, ¿me importa? En absoluto.

—Mila.

Mi nombre en su perfecta boca suena como la mejor banda sonora de la historia y me encantaría oírsele decir en otra situación, donde hubiera mucha menos ropa y más carne, aunque debo ser realista y aceptar que eso solo sucederá en sueños o con Matt entre mis piernas mientras mi imaginación vuela libre.

—No, soy Madonna buscando iglesia para grabar su famosa canción «Like a prayer». —Que si lo piensas solo me falta que el páter esté un poquito más tostado y yo un poco más blanca y, ya que me pongo, con dos o tres tallas menos, pero por lo demás, no noto la diferencia.

—Me encanta tu humor, Ricitos.

Mi móvil decide aprovechar ese instante para hacer acto de presencia, con esa llamada inoportuna que cada día me recuerda mi pasado y que mi tiempo se acaba, estropeando este momento. Lo ignoro y sigo mirando a Jesús, que ahora mismo es lo único que me importa.

—¿Me dirás alguna vez quién te llama? —pregunta con interés.

Me encantaría contárselo, compartir mi carga y saber que no estoy sola en esta locura, sin embargo, no lo haré porque el miedo a que algo le pase o termine sufriendo a manos de Judas me lo impiden. Por no mencionar que nuestra amistad no se encuentra en el mejor momento y hay otros temas más importantes que solucionar. Mi pasado puede esperar, al igual que las dichosas

llamadas.

—¿Me dirás alguna vez por qué esa tristeza no te abandona? —replico en un tono tranquilo que ni yo me creo.

Mantenemos un duelo de miradas a la vez que nuestra propia batalla interior, los dos sabemos que no soltaremos palabra, los dos tenemos claro que nuestro pasado está más presente que nunca y, sobre todo, aceptamos que callar es más fácil que admitir que los errores que otros cometieron pesan más que los nuestros propios.

—Lo siento —decimos los dos a la vez, rompiendo un silencio que comenzaba a ser asfixiante.

Las sonrisas se instalan en nuestras caras y, sin poder evitarlo, recorremos la pequeña distancia que nos separa y nos unimos en un abrazo que me hace ver el Cielo y olvidarme de todo. Una paz absoluta se apodera de mí, dejándome claro que es él lo que busco, es él mi destino y el único hombre que me hará feliz.

—Se puede saber, ¿qué significa esto? —Una voz resuena con fuerza a mi espalda, rompiendo el momento y separándonos en el acto.

—Ti... tío, no... no te esperaba —tartamudea Jesús, despertando un instinto de protección y mala fe desconocido hasta ahora para mí.

Al girarme me encuentro con Monseñor Bermejo y me sorprende lo mucho que se parece a Jesús, tiene su físico, planta y altura, puede que compartan incluso algún gesto, pero su color de ojos los diferencia, como también lo hace el aura negra que rodea al tito moscón y que da bastante repelús.

—Es inaudito, Jesús, yo no te eduqué para que permitieras que cualquier descarriada mujer te ofreciera sus servicios.

Bueno, bueno y bueno, vamos para bingo y yo sin comprar cartón. Decido ignorar las palabras de este desagradable e intentar ser cordial, no porque lo merezca, que no es el caso, solo lo hago por Ojazos; aunque como me busque Monseñor palo metido por el culo me va a encontrar y terminaré quitándole el palo, las almorranas y hasta la estampa.

—Soy Mila, un placer conocerle, padre, he oído hablar mucho de usted.

Ni yo me creo mi voz angelical y buenas maneras, mis amigas se sorprenderían de mi brillante actuación y de verme Christopher Nolan me daba un papel en su próximo proyecto.

—No soy padre, soy Obispo de la Santa Iglesia Católica y, como tal, merezco un respeto.

Ale, ya ha terminado con mi paciencia y buenas intenciones. Odio la soberbia, la prepotencia y a todos los gilipollas que por ostentar un cargo con cierto poder se creen superiores al resto. Puedes ser Obispo, Papa, barrendero o presidente, pero eso no te da derecho a menospreciar al resto.

—Perdone mi equivocación, padre —repito con la única intención de molestarlo—, tenía entendido que los siervos del Señor somos todos iguales y que el respeto no va con el cargo o posición que uno ocupe.

El rictus de su cara puede parecer cómico, pero su mirada cargada de desprecio deja claro el tipo de persona que es, antes de conocerlo no me caía bien, sin embargo, ahora que lo hago me da un asquito tan grande que no me creo capaz de controlarme. Bueno, ni capaz ni con ganas, la verdad.

—El respeto y saber estar es algo primordial en la vida, como lo es la educación que recibimos desde pequeños y que, en tu caso, tus padres debieron pasar por alto.

—Se equivoca en una cosita, no fueron mis padres quienes me educaron, sino mis madres, dos excelentes mujeres que se pusieron el mundo y las normas por montera.

Si me busca me va a encontrar y si no, también, ya es hora de que alguien le baje los humos a la fumata blanca que escapa de su pomposo trasero.

—Eres una desvergonzada, descarada y una...

—¿Es el juego de los gallifantes o le tiene especial amor a la letra d? No creo que me conozca para realizar ese tipo de afirmaciones.

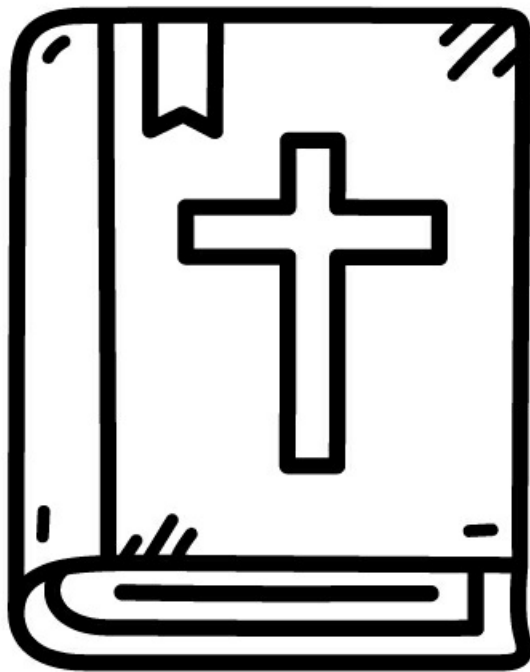
—No necesito conocerla para saber el tipo de mujer que es. —Si habla con más desprecio se ahoga el estirado. Voy a decirle lo más grande en arameo cuando es Ojazos quien habla:

—Tío, detén tus palabras y el gran error que cometerás con ellas, esta maravillosa mujer es Mila, mi mejor amiga y la persona encargada de cantar en la iglesia. Lo que has visto ha sido una demostración de afecto y no voy a permitir, ni mucho menos consentir, que la insultes, pues ni lo merece ni tampoco me educaron para consentir ese tipo de cosas.

¡Arriba mi Jesús! Que vengan todos los nazarenos, capiruchos y capirotos de la península para sacarlo por la puerta grande en procesión. Con unas simples palabras y sin perder las formas — algo que yo estaba a puntito de hacer—, ha puesto en su sitio a su tío y a mí de un burro que miedito me da. La situación es cuanto menos curiosa, pues algo me dice que si respiro la lío; hablar queda descartado o esto se convierte en el escenario de «En tierra hostil», aunque en vez de bombas aquí repartirán hostias y confesiones, por lo tanto solo puedo observar y esperar que no saltemos por los aires.

—Ya hablaremos, Jesús, de tu comportamiento cuando estemos a solas, ahora tengo asuntos más importantes que tratar. —Esas son las últimas palabras del Obispo si me muerdo me enveneno, antes de marcharse y dejarnos solos.

Busco la mirada de Ojazos y al encontrarla rompemos a reír como dos niños pequeños olvidándonos de su tío, nuestros problemas y de ese maravilloso beso que tanto complicó las cosas y sigue tan presente, al menos para mí.



CAPÍTULO 26

JESÚS

Sé que el encuentro entre Mila y mi tío traerá cola, que un día no muy lejano lo sacará a la palestra y tendré que lidiar con las consecuencias. Mi contestación ha sido la gota que ha colmado el vaso para él, su mirada fría me ha dejado claro que me estaba adentrando en arenas movedizas. Sin embargo, me da igual. Ha sido ofensivo y desagradable, nadie se merece que le hablen de ese modo y mucho menos ella. ¿Y todo por qué? ¿Porque es una mujer? Cada vez entiendo menos esa animadversión suya hacia el género femenino. No obstante, esa es una batalla que lucharía cuando la tuviera a las puertas de mi casa. Tenía que dejar de lado el mal sabor de boca y centrarme en lo que importaba de verdad: Ricitos.

—¿Estás bien? —pregunto mirando sus ojos, donde se ven reflejadas todas sus emociones.

—Sí, tranquilo. Por desgracia, he conocido muchos hombres como tu tío a lo largo de mi vida, personas que me veían cantando con la orquesta y se pensaban que después me dedicaba a hacer favores. Y no me refiero a ir a comprarles el pan, precisamente. Supongo que era el efecto de los vestidos cortos de lentejuelas.

—Eso es horrible, Mila. Nadie tiene derecho a pensar eso de ninguna mujer, vista como vista. La libertad de decidir cómo os queréis ver frente al espejo cada día es vuestra y las personas no deberían miraros diferente dependiendo de la carne que dejáis expuesta.

—Somos libres, eso es cierto. Yo puedo salir de mi casa vestida con un saco si me da la real gana y ni tú ni nadie va a exigirme que no me lo ponga. En un mundo ideal, me pasearía por la

calle en bikini, exponiendo mi cuerpo ante cientos de hombres y ellos no pensarían que ando pidiendo guerra, pero no vivimos en un idilio —contesta con una sonrisa cargada de tristeza—. Cuando era pequeña saltó la noticia de un caso de violación en Italia que se me quedó grabado a fuego. Una chica de dieciocho años fue violada por su profesor de la autoescuela y el hombre fue absuelto. ¿Por qué? Pues porque llevaba vaqueros. El tribunal decidió que ese tipo de pantalones no se podían quitar sin la colaboración de quien los lleva puestos. Además, la crítica popular terminó de lapidar a la chica diciendo que lo estaba pidiendo a gritos, pues la prenda marcaba todas sus curvas y, claro, él no era de piedra.

»Por aquel entonces yo no entendía algunas cosas, pero con la curiosidad propia de una niña les pregunté a mis madres. Ellas nunca me han ocultado nada, me lo han explicado todo, con tiento y con las palabras adecuadas a la edad que tuviera, para que fuera creando las herramientas necesarias para enfrentarme al mundo que me esperaba fuera del nido. Entonces, conseguí conectar algunos puntos y el resultado no me gustó nada.

»De esto hace más de veinte años y, a pesar de que la sociedad ha avanzado un poco desde entonces, todavía se siguen haciendo juicios contra la víctima y, sobre todo, contra la mujer.

Me quedo un rato callado, pensando en todo lo que acaba de exponer Ricitos. Recuerdo haber visto en las noticias aquel caso y, si no hubiera sido por mi madre, que me explicó todo a puerta cerrada, yo hubiera sacado la misma conclusión que la sociedad. ¿Por qué? Por mi padre. Él formaba parte de aquella masa de personas que cuestionaban las acciones y elecciones de la chica. Y no solo con aquel caso, sino con todos los que, por desgracia, salían casi a diario en los noticieros.

Eso me llevaba a pensar en muchas cosas. No solo se trata de una reforma en la legislación para adecuarla a los tiempos actuales, también del adoctrinamiento a cada individuo desde las casas. La mala educación es una lacra existente en esta sociedad. Se siguen arrastrando conductas del pasado y los niños crecen con estas pululando a su alrededor. Con una buena base desde los hogares, puede que poco a poco fueran advirtiendo los cambios que hicieran a las personas convertirse en seres más empáticos y conscientes de lo que está bien y lo que no. O quizá yo soy demasiado idealista y mis gafas solo me dejan ver una utopía.

—Es una pena que no podamos arreglar el mundo en cinco minutos —expongo a media voz, como uno de esos pensamientos que no tienes intención de verbalizar.

—Pues sí, Ojazos, aunque podemos aportar nuestro granito de arena —indica Mila más pletórica—. Igual parece una tontería, pero desde que estoy cantando en la iglesia siento que le estoy dando algo positivo a la gente que viene, cierta alegría que los hace desconectar de sus problemas durante unos minutos. Y tú, aunque no te lo creas, también estás haciendo tu parte.

—Yo solo proclamo evangelios como un loro bien enseñado, Ricitos.

—No es verdad y lo sabes —contesta ella con la dulzura impregnando su voz—. Te he oído infinidad de veces y en tus discursos das buenos consejos. Incluso fuera del horario de misa ayudas a la gente haciendo que miren los problemas desde distintas perspectivas. Los feligreses no te respetan porque lleves un alzacuellos, lo hacen porque te preocupas por ellos. Así que deja de verte como un vende humos con sotana, tú no eres de los de «a Dios rogando y con el mazo dando».

—Gracias, amiga —susurro remarcando la palabra que nos devuelve a la casilla de salida y echándole un vistazo al reloj de pared que tengo en la sacristía, para no ver, entre otras cosas, su mirada de decepción—. Eso que has dicho me recuerda que dentro de quince minutos debo dar otro de mis brillantes soliloquios y tú dar júbilo con tu canto. Así que, ¡a prepararse!

Parezco un animador de pacotilla, seguro que la exclamación ha desentonado con mi estado de

ánimo, pero necesito poner cierta distancia entre nosotros o no saldré vivo de esta.

Con una sonrisa forzada, Mila se limita a asentir y se marcha hacia el espacio que tiene destinado para ella en el lateral del altar. No me hace falta ser un genio para saber que mi comentario le ha hecho daño, si no la conociera tan bien, su postura encorvada al caminar me daría la pista definitiva. Sin embargo, es mejor así, era lo que quería desde antes de mi conversación con Caridad, nada ni nadie debía apartarme de la senda que me quedaba por recorrer.

Cuando salgo de la sacristía soy testigo de lo vacía que está la parroquia, solo hay una decena de feligreses, aquellos que no faltarían ni en caso de inundación. Esto es algo inaudito porque desde que llegué a la isla para sustituir a don Bartolomé había conseguido que mucha gente viniera a misa. Después, con el añadido de Ricitos, la asistencia se había multiplicado por dos. A pesar del impacto que me causa ver el espacio tan vacío, no me lo tomo como algo personal, tengo claro que la causa es el hombre poco amable que ha llevado la homilía en mi ausencia. Aunque resulte chocante, no es algo que me preocupe, pues sé que los que hay aquí harán su trabajo corriendo la voz por el pueblo. Seguro que en un par de días todo volverá a ser como antes.

Aprovechando la coyuntura de mi conversación anterior con Ricitos, hablo sobre la bondad, apoyándome en lo relatado en Efesios 4:32 «Sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo». No voy a salvar a la sociedad de su falta de ética, tampoco lo pretendo, tengo claro que soy como David contra Goliath. Aunque según los «Libros de Samuel», el primero tuviera su suerte en la Biblia, sé que yo no estoy tocado de esa manera por la mano de Dios. No obstante, si con mi palabra genero reflexión, aunque sea en una parte pequeña de la población, estaré satisfecho.

Cuarenta y cinco minutos después, recibimos los saludos del poco personal que ha acudido hoy y, en cuanto se marchan, me meto en la sacristía para quitarme las vestiduras eclesíásticas, mientras Mila enfunda de nuevo su guitarra y recoge sus pertenencias.

Una vez terminado el ritual, le envío un mensaje a Juan para quedar con él dentro de dos días. Antes de guardar el teléfono de nuevo, me doy cuenta de que tengo dos mensajes sin leer. Uno es del grupo en el que estamos todos los amigos, que nos anuncian que han quedado, a modo de plan improvisado, en casa de Valentina y Yotuel para cenar todos juntos. Contesto, indicando que me apunto, a la par que entra la respuesta de Ricitos en el chat aceptando también la invitación.

El segundo es de mi tío. No me apetece abrirlo, pero estas cosas es mejor hacerlas cuanto antes y arrancarlas de golpe como si de una tirita se tratara.

Tío:

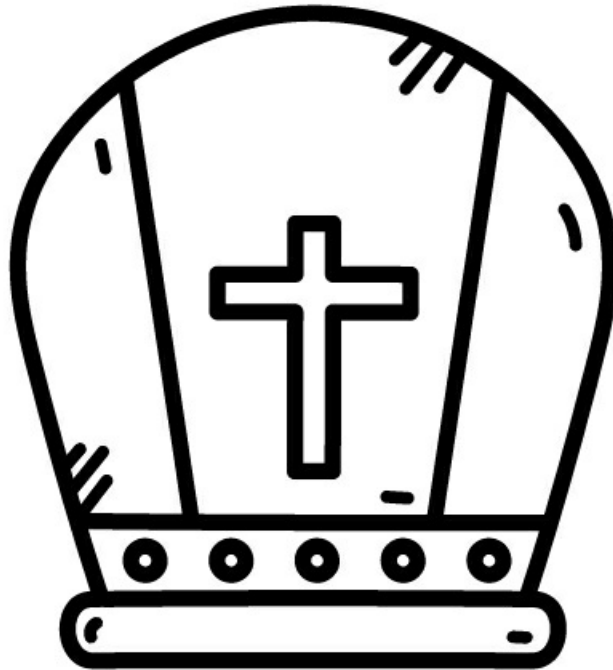
He tenido que marcharme por un asunto que requiere mi máxima atención. Pronto hablaremos.

En su línea, escueto y frío. En verdad, no siento pena por su partida, más bien alivio. El tenerlo en la isla me mantenía en un estado de nervios constante y estoy seguro de que a mi salud no le venían nada bien esos altibajos. Además, su presencia causaba una opresión en el ambiente difícil de explicar con palabras. Con su marcha, las cadenas se rompían y la sensación de cierta libertad se instalaba de nuevo en mí. Por fin volvía a sentir que mi versión más auténtica tomaba el control.

Junto a Mila salgo de la parroquia y nos encaminamos en silencio hacia el piso de nuestros amigos, dispuestos a olvidarnos de todo por unas horas, o al menos intentarlo. Sé que nuestra relación no atraviesa uno de sus mejores momentos, que la llegada de mi tío rompió la serenidad

a la que estábamos acostumbrados, que mi beso lo empeoró todo y que he sido yo el que ha puesto un cerrojo en la puerta de un posible «nosotros». Sin embargo, tengo fe en que, con un poco de trabajo, podremos volver a ser lo que éramos antes de todo este despropósito.

Soy consciente de que no la voy a borrar de mi mente, que si todo fuera diferente ella sería el gran amor de mi vida. No obstante, mi compromiso me impide ceder y mi moral me niega seguir dando falsas esperanzas a una persona. Ahora su felicidad está por encima de cualquier cosa, aunque otro, como Víctor, sea la causa del brillo de sus ojos.



CAPÍTULO 27

CAÍN

Sabía que algo pasaba, que Jesús se había salido en cierta manera del redil, por algo se decía que «más sabe el diablo por viejo, que por diablo». Intuía que algo no estaba en el lugar correcto y la estampa de esa buscona abrazando a mi sobrino había terminado por confirmar mis sospechas. Y no solo era eso, también la expresión de dicha absoluta que ambos tenían en sus caras durante ese acto. Yo ya había pasado por eso, sabía lo que era y el daño que podía ocasionar a su imagen y mis objetivos. Por tanto, al igual que se hacía con las malas hierbas de un jardín, debía cortar de raíz todo eso.

Una idea comenzaba a gestarse en mi cabeza, pero para llevarla a cabo necesitaba cierta información. La susodicha se llamaba Mila y sabía, gracias a mi informante del Obispado de Ibiza, que trabajaba en un supermercado de la población. No obstante, había demasiados establecimientos de esas características en Santa Eulalia del Río. Eso suponía un problema, ya que si me ponía a preguntar uno por uno, mi actitud causaría sospechas. No sabía en qué grado era conocida esa mujerzuela, ni tampoco si era muy querida entre las gentes que habitaban aquí, así que lo mejor era no jugársela. Sin embargo, no estaba todo perdido, puesto que había otra cosa que podía hacer para dar con el lugar de forma más limpia y efectiva.

Aparte de ser viejo y diablo, también soy un miembro de la Iglesia. Los feligreses que habían acudido hoy a escuchar misa eran los mismos que, durante días, me habían visto sustituyendo a mi sobrino. Sabían quién era yo y me habían cogido cierto respeto, aunque uno de ellos se llevaba la palma y ese era un tal Sebas, un tipo que desprendía olor a alcanfor y exudaba

admiración hacia mi persona o lo que yo representaba. El típico cincuentón de verborrea incesante que necesitaba de la atención de los demás para sentirse útil. Un ser maleable que me venía como anillo al dedo.

En la cafetería que se encuentra frente a la parroquia espero con impaciencia a que termine la homilía. Cuando quieres que el tiempo pase deprisa, el minuterero se dedica a desplazar la aguja de una forma pausada que resulta desquiciante. Un café y una frígola después, veo asomar el cuerpo del hombrecillo por el arco de salida. Sin perder más tiempo, dejo diez euros sobre la mesa y voy tras él, siguiéndolo a una distancia prudencial. Al cabo de unos metros, gira hacia una calle un poco estrecha y es ahí donde veo mi oportunidad de asaltarlo.

Tras un toque en su huesudo brazo, cubierto por una chaqueta de lana barata que ha visto tiempos mejores, voltea el cuerpo en mi dirección con el sobresalto impregnando sus facciones de pómulos marcados y labios demasiado grandes. Al principio no me reconoce, el alcohol, que se nota que ha ingerido por el tufo que desprende, debe de haber nublado su raciocinio. Cuando estoy a punto de llegar al límite de mis nervios y darle un guantazo para que se esfume la niebla de su cerebro, Sebas abre la boca:

—¿Es usted, señor Obispo? —pronuncia haciendo evidente su falta de piezas dentales e higiene bucal.

¡Por Dios! Espero que esta tortura sensorial al lado de este memo sirva de algo.

—Sí, Sebastián —respondo con el tono más amable que consigo encontrar en mi repertorio, aunque me cuesta horrores—. Disculpa que te aborde de esta manera, pero necesito que me ayudes.

—¿Yo? ¿En serio?

Un brillo que denota ilusión en su mirada hace acto de presencia, con este me hace saber que no me equivocaba con él y que voy por buen camino.

—Claro, de hecho, has sido en la única persona que he pensado.

—¡Oh, su Excelencia! ¡No sabe cuánto me alegran sus palabras!

Por si no tenía suficiente con ese olor desagradable que lo envuelve y la vista de sus dientes, ahora me regala el tacto de sus labios de lamprea en mi anillo. Las babas que deja en mi mano me dan arcadas, me da la sensación de que de un momento a otro me va a succionar por entero. Sin embargo, me guardo mucho de decirle nada desagradable, a pesar de las ganas que tengo.

—Ya está, Sebastián, no es necesaria tanta ceremonia —intervengo antes de que mis tripas acaben esparcidas por el suelo—. Conmigo no tienes por qué comportarte como si fueras un siervo. Tú y yo nos hemos hecho bastante cercanos estos días en la parroquia, podría decirse que somos casi amigos. Es más, pienso que deberías tutearme.

—¡Es usted tan magnánimo! Bueno, tú. Disculpa, es que no estoy acostumbrado.

Por favor, qué básico es este tipo. Dos elogios y ya lo tengo comiendo de mi mano. Esto va a ser incluso más fácil de lo que pensaba.

—Entonces, ¿crees que podrás ayudarme?

—¡Por supuesto! Sea lo que sea que necesites, estaré encantado.

—En realidad, es algo sencillo —digo, dejando pasar unos segundos para crear algo de expectación y bajando mi voz a un susurro—. Verás, necesito saber dónde trabaja Mila, la... corista que acompaña en las misas a Jesús. Quiero dejarle un presente de mi parte, pero no se lo quería dar a ella en persona, prefiero que sea una sorpresa. Lo comprendes, ¿verdad?

—¡Cómo no, se..., Caín! Oh, perdóname, estoy algo nervioso.

—Tranquilo, Sebastián, no soy más que un hombre, al igual que tú.

Si tengo que seguir rebajando mi nivel a ojos de esta escoria, creo que me atragantaré con mi

propia saliva.

—Pues, verás, trabaja en un supermercado que se llama Mercatot. Si quieres, puedo acompañarte.

—Te lo agradezco, pero prefiero ir solo. —Su cara de desencanto me produce una increíble satisfacción que, por supuesto, no dejo notar, pero que fluye por mi organismo reconfortando mis entrañas—. No lo tomes a mal, me encantaría que vinieras conmigo. Sin embargo, si quiero sorprenderla, pienso que es mejor que vaya solo.

—Es verdad, no había caído en eso.

—No te inquietes, Sebas —concluyo con una mano apaciguadora en su hombro, una mano que lavaré con lejía en cuanto pueda—. De todas formas, en señal de agradecimiento hacia ti, te invito mañana a desayunar. ¿Qué te parece?

—¡Nada me gustaría más! Así podemos hablar de todo lo que se nos ha quedado pendiente.

—Me parece una gran idea.

Con el deseo de terminar con esta conversación cuanto antes, le indico que le espero en la puerta de la parroquia a las nueve y él se va casi flotando. Por supuesto, no acudiré a la cita, mañana a esas horas ya estaré muy lejos de aquí.

Sin tiempo que perder, pues queda solo media hora para que cierre el establecimiento, me dirijo hacia la dirección que marca el callejero del móvil. Por fortuna, no tardo ni cinco minutos en llegar. Algo positivo de esta población es que todo está a corta distancia.

Al entrar, veo a una chica que está cobrando en la caja con una cara a caballo entre el aburrimiento por la cháchara de la señora a la que está embolsando los productos y la necesidad de quemar el supermercado hasta los cimientos. Es perfecta.

—Buenas tardes —saludo en cuanto la mujer coge sus bolsas y se marcha.

—Dígame.

La expresión de la chica no cambia en cuanto me ve, no se dulcifica ni intenta aparentar algo que no siente. Guardo ese dato en mi memoria porque nunca se sabe cuándo vas a necesitar esbirros. También que en la chapa que luce en la camisa del uniforme pone Macarena.

—Verá, necesito cierta información.

—Pues aquí tiene un catálogo bien completo para salir de dudas —indica jocosa plantando ante mí un folleto con fotos de productos y sus precios.

—No es eso lo que quiero —digo con una sonrisa cansina dibujada en mi rostro y sacando cincuenta euros del bolsillo.

—Ah, ya entiendo —afirma mientras se mete el dinero en el escote—. Y, ¿qué es lo que desea saber?

—Preciso los datos de una trabajadora de este local.

—Los datos están protegidos por una ley —contesta a la par que sale de la caja y me encara sin ningún pudor con una pose chulesca. Conozco esa mirada, es la que tiene la gente que ha vivido en la calle.

—Y, ¿no podrías obviar esa ley por mí?

—Podría... por un hermanito gemelo para mi amigo de color marrón.

Me encantan este tipo de personas que están dispuestas a todo por dinero, son la sal de la vida, almas tocadas por la corrupción de su propia avaricia. Podría amenazarla cogiendo ese fino cuello suyo, pero en este caso sé que ella respondería sin miramientos. Como he dicho, está claro que la calle la ha marcado. Así que, en vez de hacer un alarde de rabia, saco otro billete igual al primero y lo pongo en su mano abierta.

—Primero, necesito saber los apellidos de Mila, o Milagros, no sé cómo la llamáis aquí.

—Esa es fácil, García Serrano. ¿Qué más?

—¿Sabes de dónde vino o a qué se dedicaba antes de llegar a la isla?

—A mí no me lo ha contado, pero un día escuché una conversación que tenía con su amiga la rubia, no recuerdo su nombre. Esta le decía que no sabía por qué se empeñaba en seguir con este trabajo, que debería volver a cantar. Y, con respecto a la primera pregunta, supongo que es de Altea porque todas sus amigas vinieron de allí.

Desde luego, es más de lo que tenía en un principio. Con estos pequeños datos que me ha dado la chica puedo hablar con el detective al que recurro cuando lo necesito, tengo que saberlo todo de esa tal Mila y ver si puedo aprovecharme de ello. Sé que no me decepcionará, es un hombre metódico y capaz de encontrar una aguja en un pajar.

—Gracias, Macarena. Igual te vuelvo a necesitar en un futuro.

—Mientras llenes mi cartera de colores, estaré encantada de ayudarte —contesta levantando un hombro con indiferencia.

Soltando una carcajada por su desfachatez, salgo dando largas zancadas del lugar. Con premura, me acerco al hotel donde he dormido los días que he estado en Santa Eulalia y recojo las pocas posesiones que traje conmigo. Cuando tengo hecha la pequeña maleta, llamo a un taxi para que venga a recogerme y me lleve al aeropuerto. Tengo que salir cuanto antes de Ibiza y ponerme a trabajar en mi plan.



CAPÍTULO 28

JUDAS

Cuando quieres que las cosas salgan bien, debes ser tú quien realice el trabajo, es algo que el Ruso me enseñó y que con el paso de los años he podido confirmar. Para cerrar un buen trato, solo tu palabra servirá, a la hora de amenazar nada como tu presencia para asustar y para ser el mejor en el negocio, en nadie podrás confiar. La lealtad es efímera cuando hay dinero de por medio, pues, aunque nadie tenga el valor de admitirlo, en el fondo todos quieren capturar al pez gordo y quedarse con los sustanciosos beneficios.

Por ese motivo, nunca he encomendado a ninguno de mis esbirros la labor de investigar el paradero de Mila, hubiera sido fácil para ellos acceder a su móvil, cuentas o tarjetas, hoy en día con un solo clic puedes obtener todo tipo de información sobre cualquier ser del planeta. Pero no quería inmiscuir a nadie, primero, porque más tarde podrían usar esa información en mi contra; y segundo, y razón principal, es que mi obsesión es solo mía y yo decidiré qué hacer con ella.

Soy frío y calculador, ajeno a las emociones o sentimientos, algo imprescindible en el mundo en el que me muevo, pero de forma inexplicable Mila ha conseguido meterse de lleno en mi mente e incluso, aunque me joda reconocerlo, puede que en mí, hasta que ella llegó, inexistente corazón. Su inocencia me desarmaba, su dulzura era un afrodisíaco para mis sentidos, su sugerente cuerpo todo un tormento y cada una de sus negativas un aliciente para mí. Nadie había tenido los huevos suficientes para decirme no y seguir caminando; sin embargo, ella lo hacía a diario provocando tal deseo en mí que se terminó convirtiendo en mi obsesión.

Quería ponerle el mundo a sus pies, obsequiarle con todo lo que alguna vez soñó, verla subida

en los mejores escenarios y que todos disfrutaran de su gran talento, que fantasearan con ella y en la intimidad ser el único que pudiera follársela, ya que no dejaría que nadie más lo hiciera. Sería mía, solo mía. Pero esa noche todo se torció y ni el tiempo que le había regalado había sido capaz de aprovechar, por lo que si ella no volvía por las buenas lo haría por las malas.

La información lo es todo en la vida y si no sabes dónde buscar, como es mi caso, debes aprender a quién escuchar, y es de secreto nacional que no hay nada como una madre bocazas, orgullosa de los logros de sus retoños y con ganas de fanfarronear. Así es como María Magdalena, madre de Nati, me ha comunicado de forma inocente y gratuita que su niña, junto a sus tres mejores amigas, se encontraba en Ibiza persiguiendo sus sueños. Eso, y la llegada inminente de las señoras García. Menos mal que no he insistido un poco más, o la idiota me habría confesado su número de cuenta, grupo sanguíneo y últimas voluntades. Las personas así me repatean, son peores que cualquier red social o programa del corazón, nunca aprenderán que la discreción nos hace poderosos y que los secretos deben llevarse a la tumba.

Ahora solo tengo que mover mis hilos y dar con el paradero exacto de mi pequeña tentación, aunque primero voy a disfrutar desvalijando y destrozando el que ha sido su hogar. Eso la pondrá en alerta, ya que mis numerosas llamadas y mensajes de poco han servido y empiezo a perder la escasa paciencia que tengo. No solo quiero tenerla controlada, sumisa y en mi cama, además quiero evitar que alguno de mis socios la encuentre antes, no dudarían en usarla en mi contra o, lo que sería peor, hacerla guardar silencio para siempre.

La sencilla alarma y las dos cerraduras no han sido inconveniente para que pudiera entrar, aunque siendo sincero tampoco lo habría sido ni toda la seguridad del Vaticano, es lo bueno de tener bajo tus órdenes a uno de los mejores hackers del mundo y haberme formado con la élite de los ladrones y butroneros de Europa. Nada es infranqueable, y menos una casita en Altea.

Nada más entrar, me sorprende el orden y limpieza de la casa, nada que ver con la chabola donde yo crecí, aquí se nota el buen gusto, cariño y dedicación que han invertido para conseguir crear un hogar repleto de fotos, que recuerdan buenos momentos en familia. En casi todas Mila es la protagonista y no puedo evitar mirarlas como el puto acosador en el que ella me ha transformado. Con ganas de saber más, subo a la planta de arriba, allí se encuentra el despacho de Sonia, el pequeño taller de Fenna, su dormitorio y la joya de la corona: el cuarto de mi princesita.

Abro su armario y acaricio algunas de sus prendas, embriagándome de su exquisito aroma, un año sin ella y todavía puedo notar su esencia. Mi mente se nubla y da paso a la ira, a la rabia y la desesperación por su ausencia, todo se torna negro, oscuro, dando paso a mi verdadero yo, y no lo detengo, dejo que salga y arrase con todo a su paso. Rompo fotos, figuras, partituras e incluso las cortinas, pago con estos objetos su desprecio e indiferencia. Sigo el mismo proceso con todas las estancias y solo cuando reina el caos más absoluto me doy por satisfecho. Me tomo unos segundos para contemplar mi obra, como si fuera el mismísimo Leonardo ante la Capilla Sixtina, y llevándome un pequeño recuerdo, salgo de la casa. Los negocios nunca se detienen y los míos mucho menos.

En el club compruebo la nueva mercancía que acaba de llegar, no me gusta tratar con los holandeses, tienen demasiado ego y soberbia, pero debo abrir el negocio y ellos son imprescindibles en mis nuevos planes por hacerme con Europa. También debo hablar con los rusos y en especial con el clan Románov, sus envíos no están llegando como deberían y es algo que no voy a tolerar, por mucho que mi infiltrado lo achaque a los problemas familiares derivados por la desaparición de la hija del jefe, me es indiferente, la verdad. Tenemos un trato que debe cumplir, unas normas y fechas inamovibles, si él no cumple como es debido, no dudaré

en destruirlo como tan bien me enseñó hacer la única persona a la que he admirado, el verdadero jefe: el Ruso.

La noche da paso al día y este a la llamada de Jonás, el pobre infeliz encargado de vigilar la vuelta de Sonia y Fenna, a cambio de unas dosis gratis. Han sido puntuales y mi regalito, algo que no esperaban. Según mi chivato, los gritos han dado paso al llanto, la rabia y el miedo. La Policía ya está por allí, haciendo lo que se supone que es su deber, una mentira más que solo los idiotas creen. No digo que no haya buenos y honorables policías dispuestos a hacer el bien, solo digo que en toda mi vida he conocido a uno, y son muchos los que tengo en nómina.

Vestido con mis mejores galas de empresario serio y respetuoso, aparco cerca de su casa, Jonás, nada más verme y siguiendo las órdenes que le di, desaparece como la rata que es, más tarde me ocuparé de él, no puedo dejar ningún cabo suelto y menos uno que se vendería por una papelina que aplaque su adicción. Aunque eso puede esperar, pues primero me toca interpretar mi papel de amigo de la familia, ofreciéndoles mi ayuda desinteresada en este momento tan delicado para ellas. Las veo hablando con unos agentes y, sin dudarlo, voy a su encuentro.

—Fenna, Sonia, ¿qué ha sucedido? ¿Estáis bien? —pregunto con una inquietud que estoy muy lejos de sentir.

—No lo sabemos, Judas —responde Sonia, dejándome claro que no soy bienvenido.

No me sorprende, siempre he sido consciente del desprecio que le provocho, tampoco es que ella se haya esforzado en disimularlo, las pocas veces que hemos coincidido solo me dirigía la palabra si Mila estaba delante y cuando esta desaparecía, su mirada acusatoria, junto a su indiferencia, volvía creando un ambiente incómodo. Con Fenna es diferente, ella es todo amor y alegría, no se entera de nada y si lo hace, prefiere seguir en su ignorancia. Las dos forman un buen equipo y se nota lo mucho que se quieren, aunque yo no crea en ese tipo de relaciones.

—No seas borde, Sonia, él no es responsable de nada. Perdónala, Judas, está muy afectada, han entrado en casa y destrozado todo a su paso.

¿Veis? Esta mujer es incapaz de reconocer el mal ni teniéndolo frente a ella, algo que su hija ha heredado, porque hasta que descubrió la verdad, jamás imaginó quién era yo en realidad.

—Por suerte no estabais en casa ni tampoco Mila, eso sí hubiera sido una verdadera desgracia, Fenna.

—Tienes toda la razón, nuestra niña sigue en...

—Donde tiene que estar y, ahora, déjate la cháchara y escuchemos a los agentes, seguro que Judas tiene cosas más importantes a las que dedicarse.

Sonia interrumpe a su esposa e impide que pueda decirme en dónde se encuentra su hija, no esperaba descubrir la ubicación exacta, eso hubiera sido demasiado fácil, pero sí alguna información más concreta que me ayudara con mi búsqueda. Tengo claro que no obtendré nada más y el agotamiento comienza a hacer mella, es hora de volver a casa y empezar a planear mi próximo movimiento.

A punto de montarme en el coche, una figura llama mi atención, observa la casa y a sus dueñas con interés y eso despierta el mío. Conozco a todos los vecinos de Altea y este tipo no es de aquí, por no mencionar que su alzacuellos, su traje negro y su maletín no lo hacen pasar desapercibido. Siguiendo a mi instinto, porque este nunca me ha fallado, y no creo que empiece a hacerlo ahora, desvío mi camino y voy hacia él.

—Buenos días, padre, ¿puedo ayudarlo?

Su mirada me revela la oscuridad que guarda dentro, puede que ejerza como hombre de Dios ante los incautos, sin embargo, algo me dice que está más cerca del demonio y, sobre todo, que disfruta de ello.

—Venía a visitar a la familia de la señorita Milagros, pero parece que no es el mejor momento, volveré otro día.

Sus palabras encienden todas mis alarmas, ya que Mila no es muy fan de la Iglesia y ya de paso de los curas, es atea con todas las letras, al igual que toda su familia, y esta visita no tiene ningún sentido. Aunque, por supuesto, pienso aprovecharla, quizá él me diga lo que tanto deseo, quizá él sea el portador de todas mis respuestas.

—Ha tenido suerte, soy una de las personas que mejor conoce a Mila y estaré encantado de ayudarle, si es lo que desea, padre.

—Me encantaría, hijo.



CAPÍTULO 29

MILA

Amigos, una palabra, seis letras, para algunos representa un gran sentimiento; para otros, les produce envidia por no poder tener uno; y a mí en los últimos meses me provoca una tirria que apenas soy capaz de digerir. Sé que tener amigos es lo mejor del mundo, es la familia que uno elige, tu lugar seguro al que acudir tanto en los buenos como en los malos momentos, las únicas personas que no te juzgarán y que, cuando sea necesario, te pondrán en tu lugar. Pero cuando te dice esa palabrita la persona de la que estás enamorada y con la que no te importaría vivir una escena a lo Christian Grey, te toca las palmas, el acordeón y hasta el Orfeón Donostiarra.

Después de nuestra reconciliación y encuentro con el padre moscón, más conocido como Obispo Bermejo, nos marchamos a casa de Valentina y Yotuel. Nuestros amigos habían organizado una de sus quedadas tranquilas, aunque todos sabíamos que esa tranquilidad duraba hasta que te acababas la primera cerveza. Las risas fueron numerosas, sobre todo a mi costa, ya que Jordina se pasó toda la noche tirándome pullitas y pedruscos sobre mi noche loca con Víctor. No me corté porque tampoco tenía nada que ocultar o de lo que avergonzarme y les relaté con puntos, comas e incluso acentos mi noche repleta de ejercicio con el cuerpo nacional.

Era una conversación de chicas, pero sospechaba que los cotillas masculinos que nos acompañaban, y en especial Jesús, no se perdieron ni un ápice de mi explicación. ¿Entendía su comportamiento? Ni estudiando un máster. Se suponía, bueno, de suponer nada, que él había dejado muy claro que solo éramos y seríamos amigos, por eso no entendía su cara de estreñido o sus continuos bufidos. Para que luego digan que las complicadas somos las mujeres, eso lo dicen

porque no conocen a mi cura torturador.

Todas, y en especial Nati —que mi amiga es muy de dar consejos, pero que cuando es ella la que los necesita y tú se los das, se los pasa por el forro—, me animaron a que siguiera practicando ejercicio y, si no era mucho pedir, que me dejara llevar antes de sacar a la palestra mi lado analizador. Un buen consejo de no ser porque soy capaz de hacer tres listas de la compra —una de lo que necesito, otra de lo que me gustaría y otra por si acaso se acaba el mundo— y luego termino dejándolas en casa al no ser capaz de decidirme por ninguna. Sin embargo, esta vez creo que tienen razón y voy a arriesgarme con Víctor, él se merece una oportunidad y yo olvidarme de una puñetera vez de lo que no puede ser.

En algún momento, mientras mi prodigiosa mente desvariaba —tengo que aprender a hacerlo cuando me encuentre sola en casa—, ya que todos teníamos el día siguiente libre, organizaron un paseo en barco. Sería fantástico de no ser porque soy persona de seco, tierra firme y el agüita solo la quiero para mojarme los pies. No exagero, me mareo encima de una colchoneta; en todas las excursiones que hemos realizado he terminado con una tajada encima que ni a chupitos de Jägermeister, que hay que ver lo bien que entra el *jodío* y lo mal que sale.

Intenté negarme inventando mil excusas, aunque de poco me sirvió, y después de que la jodida niña del exorcista convertida en Jordina me robara el móvil e invitara a Víctor a acompañarnos —haciéndose pasar por mí, es así de cabrona la muchacha—, no me quedó más remedio que aceptar lo que yo ya sabía que sería un desastre en mayúsculas. Y aquí me encuentro, en la puerta de mi casa, con dos biodraminas en el cuerpo, cuatro tazas de café, atacada de los nervios y esperando a que llegue Jesús para ir al puerto juntos, donde nos esperan Víctor y el resto de la chupipandi. ¿Puede ser más rocambolesca la situación? Ni en una peli de Álex de la Iglesia.

Un mensaje de mamá me avisa de que acaban de pisar suelo español y que en unas horas podremos hablar con calma. Sonríe como una idiota, pues conociéndolas pasarán varias horas contándome todo lo que han visto, comido y visitado, haciéndome un extenso resumen a lo «Viajeros Cuatro». Ellas son intensidad en estado puro y solo espero ser capaz de convencerlas para que vengan a hacerme una visita, nunca hemos estado tanto tiempo separadas y necesito una dosis extra de mimos, abrazos y cariño maternal.

—Tierra llamando a Ricitos, por favor, responde.

—Ricitos al habla y lista para seguir sus órdenes —sigo la broma de Jesús y ambos rompemos a reír a carcajadas.

Todo es tan fácil entre nosotros que a veces me asusta. Jamás había sentido esa complicidad con nadie, solo necesitamos una palabra, una mirada o un gesto y la conexión hace el resto, transformando un simple instante en algo mágico. Jodido karma que solo me pone la miel en los labios y la hostia en la cara.

Nos montamos en mi moto y, sintiendo su cuerpo pegado al mío, sus manos rodeando mi cintura y sus caderas acopladas a la perfección en mi trasero, pongo rumbo al puerto de Santa Eulalia. Voy a dejar de pedirle ayuda al de arriba, porque está claro que este disfruta de mi sufrimiento y cada vez me lo pone más difícil.

En la entrada nos esperan nuestros amigos junto a Víctor, que habla de forma animada con Nicolás. Lo de este hombre es digno de estudio, es una de las personas con la mente más abierta que conozco, sus innumerables consejos nunca fallan ni defraudan, la forma en la que entiende la vida es admirable y su humor, que ya podría haber heredado su nieto, todo un regalo para el resto.

—Tu chico parece que se integra a la perfección con todo el mundo. —El tonito que usa Jesús no me gusta y no dudo en responderle de la misma forma.

—Hay gente que arriesga y gana mientras otros se quejan y gruñen, creo que no es necesario decir a qué grupo pertenece Víctor.

¡Ale, mucho estaba tardando el niño en joder el momento! Si es que es peor que una almorra con ganas de fiesta, un grano el día que vas de boda o doña menstruación, que vayas donde vayas, siempre te acompaña. No lo entiendo, y mira que lo intento, pero es que yo creo que no lo hace ni él mismo. Empiezo a sospechar que tanto menear el botafumeiro en misa lo ha dejado tonto.

—Perfecto —gruñe cual Shrek, antes de emprender el camino.

Lo ignoro por completo o al final volveremos a discutir, y ya empiezo a cansarme de sus cambios de humor, bipolaridad y ganas de tocarme la moral a la mínima oportunidad, por lo que con la cabeza bien alta, tanto que crezco dos palmos, voy con los demás meneando las caderas como si fuese Naomi Campbell en su mejor desfile. Las primeras en recibirme son Las Supremes, con Valentina a la cabeza.

—Mila, Mila, Chokolatina. Alegra esa cara morena, que altamar nos espera.

La pobre no tiene gracia ni queriendo, aunque reconozco que esta vez le ha quedado un pareado decente. Le sigue en su falta de gracia Nati y pone el broche de oro a su brillante actuación Jordina, si no fuera porque las quiero mogollón, las despellejaba sin ningún pudor. ¡Maldita sea, ya me han pegado el maldito soniquete!

—Luego te quejas, pero tienes una suerte que no valoras, porque mientras el policía quiere hacerte de todo, el cura se pone malo, malito, malo de imaginar. Desde luego, una novela turca a tu lado es un anuncio.

—Hermanita, solo nos falta que los dos se arranquen y nos hagan un duelo al son de «Dos hombres y un destino».

—Espero que por lo menos tengan consideración hacia nosotras y se quiten las camisetas, tienen pinta de ser amigos de Leónidas y sus trescientos cachas. —Y siguen a lo suyo, ya lo decía mi abuela: hija, no hay nada en esta vida como un tonto motivado, pues yo que tengo tres, voy servida.

Paso de sus disparates y voy derechita a Víctor, que me recibe con un beso de esos que mojan lencería, sin importar si son Dolce & Gabbana o Dulce Camino, y no lo neguéis, todo el mundo tiene ropa interior del mercadillo, con nombre imposible y cómoda a rabiar. Nicolás a nuestro lado rompe a reír a carcajadas y no puedo evitar morirme de la vergüenza, que una cosa es que sea muy moderno y otra que vea cómo me examinan las amígdalas.

—Os dejo, chicos, pasarlo bien en altamar y no olvidéis darle las gracias a Luontoäiti por el regalo de dejaros disfrutar de sus aguas.

—¿No nos acompañas? Esto sí que es una novedad.

Y no lo digo en broma, hay pocas cosas que le gusten más a Nicolás que navegar, bueno, quizá hacer nudismo, pero eso es otro tema.

—No, hermosa, tengo una cita ineludible con tres preciosas princesitas y no puedo faltar, sobre todo, porque, de hacerlo, Caridad sería capaz de arrancarme la piel y hacerse un bolso —se despide sin perder la sonrisa, dejándome a solas con Víctor.

—Estás preciosa y muy apetecible —susurra sin soltar mi cintura.

—Dentro de una hora, cuando me convierta en Casper, veremos si piensas lo mismo. —Lo de pensar antes de hablar, tampoco estaría mal que empezara a practicarlo.

—Lo haré y, si me dejas, te lo demostraré. —Muerde de forma juguetona mi cuello y me olvido del barco, mis amigos y toda la faz de la tierra—. Por cierto, ¿ese tío no es el mismo que el otro día no conocías?

A ver cómo le explicas al muchacho que no solo lo conoces, sino que te pone de todos los colores, bueno, y ya que estás, que es cura, que compartís iglesia, amigos y un beso que todavía no olvidas. La voz de mi conciencia aprovecha la mínima para hundirme, aunque reconozco que se lo pongo en bandeja.

—Es una larga historia que te contaré en otro momento, ahora reunámonos con el resto o son capaces de irse sin nosotros. —Víctor no dice nada más y lo agradezco.

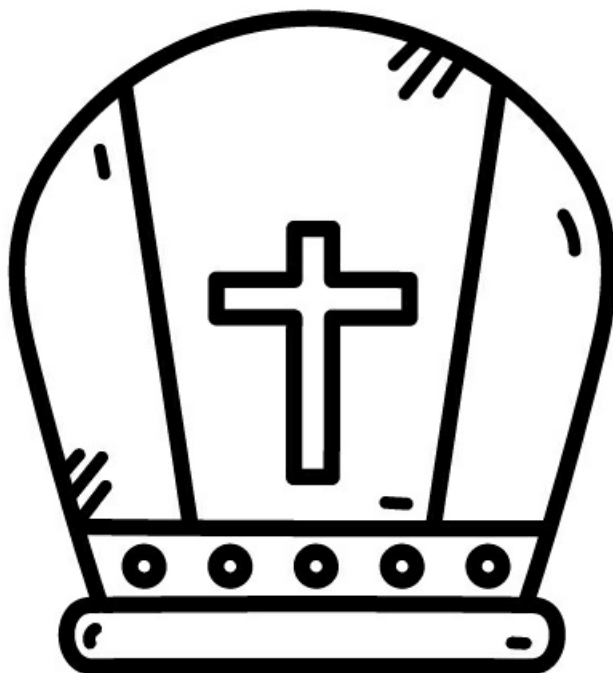
No estoy preparada para mantener esta conversación, no hasta que consiga olvidarme de él o, por lo menos, sacarlo de mi mente; y todavía estoy menos preparada para hacerlo con público a nuestro alrededor. Que mis amigas son de oído fino y radar constante. Cogidos de la mano como si fuésemos una pareja y con la mirada de Jesús fija en mí, nos acercamos a los demás, que ya disfrutaban de unas cervezas y su mutua compañía.

El día es ameno, divertido, disfrutón e irrepetible, el mar enseña su plenitud, miles de pececitos se acercan e incluso un par de delfines en el horizonte hacen alarde de sus saltos. La temperatura es envidiable y la mar se encuentra perfecta, eso es lo que ellos dirán, porque como lo haga yo solo diré que me mareé desde antes de salir del puerto, eché la primera, segunda y tercera papilla que mis madres me dieron y creí ver a mi ángel de la guarda descojonado por mi lamentable estado. Víctor estuvo muy atento y preocupado, pero tanto esmero cuando solo quería morirme me agobiaba y lo mandé a bucear con el resto. En un principio se negó a dejarme sola, aunque con Valentina no pudo y terminó cediendo. Con el que no tuve tanta suerte fue con Jesús, que cabezón como él solo, se quedó a mi vera, verita, vera para, según él, evitar que me cayera por la borda.

Sus cuidados son mano de santo, se nota el enchufe que tiene con el Todopoderoso y por eso lo tiene en nómina, o puede que solo sea por su presencia y compañía, que logra siempre darme paz y calma con la misma facilidad que palpitaciones y calores, muchos calores. Sea el motivo que sea, que no estoy para mucho pensar, a su lado he conseguido bajarme de la ola en la que andaba subida y puedo mantenerme sentada sin ser un peligro para mí misma. No hablamos sobre Víctor y mucho menos lo hacemos sobre nosotros, preferimos seguir en estado de ignorancia, haciendo el idiota y equivocándonos en cada paso que damos, se supone que estamos en la etapa adulta, pero yo más bien nos veo en la de jardín de infancia.

Al llegar al puerto, no beso tierra firme para evitar que las cabronas de mis amigas se rían, aunque ganas no me faltan, y todos juntos nos marchamos al Viva Cuba. La excusa es recoger a las niñas, sin embargo, nadie se la cree, pues todos desean tomar algo y seguir con la fiesta, aunque yo prefiero unas hierbas de Caridad, una ducha bien larga y, ya que me pongo, un par de orgasmos. Cuando pido lo hago a lo grande, pero de poco me sirve. Víctor parece integrarse bien con los chicos, sobre todo con Yotuel y por eso decido seguir con la reunión de pastores.

En la puerta del local mi teléfono suena, avisándome de la llamada que tantas ganas tenía de recibir, descuelgo con una gran sonrisa y muchas ansias de saber de ellas, sin embargo, esa felicidad dura poco y con la segunda frase de mamá todo mi mundo comienza a tambalearse. No puedo respirar, apenas soy capaz de mantenerme en pie y un miedo atroz llega a por mí, volviéndolo todo negro a mi alrededor.



CAPÍTULO 30

CAÍN

—Bueno, Judas, pienso que deberíamos dejar el teatro y empezar a hablar con claridad —digo en cuanto su coche se pone en marcha.

Él no hace ningún gesto, no se asombra de que sepa su nombre, ni de que sea tan directo. Está claro que durante su vida le han aleccionado bien, aunque, al margen de ese hecho, sé que hay algo más. Lo he percibido en su fría mirada cuando me ha interceptado en la calle. Todavía no sabe quién soy, ni qué hago aquí, pero estoy seguro de que ha percibido la oscuridad que hay en mí. Cuando caminas por la senda incorrecta y estás rodeado de tantos tiburones esperando el momento perfecto para atacarte, la perspicacia es tu mejor baza.

—Veo que viene con los deberes hechos, reverendo —contesta él mientras aparca el coche frente a una nave industrial.

—Espero que eso no le decepcione.

—Al contrario, no esperaba menos de usted. Sin embargo, siento que me encuentro en desventaja en este juego.

—Ah, ya veo —indico pensativo. Ha llegado el momento de revelar mis cartas—. Supongo que le interesaría saber mi nombre y cuál es mi cometido.

—Para empezar, esa información estaría bien, pero mejor hablamos en mi oficina. A pesar de estar alejados de la población, aquí también hay miradas indiscretas. Alguien podría sospechar al ver a dos hombres hablando dentro de un coche —concluye echando una mirada en derredor

para cerciorarse de que no hay nadie—. Si me permite un consejo, quítese el alzacuellos. Imagino que se lo puso para dar una imagen respetable frente a las gentes del pueblo, pero aquí puede levantar sospechas y supongo que es lo que menos desea.

Por supuesto, tiene razón, así que no replico y me quito la lengüeta blanca, a la par que suelto los pequeños botones del cuello de mi camisa, convirtiendo mi atuendo en un estilo más casual, a pesar de su seriedad.

Acto seguido nos apeamos del vehículo y Judas abre una puerta de metal que está justo enfrente de donde hemos estacionado. Reconozco que estoy un poco nervioso, me estoy adentrando en la boca del lobo, en un terreno que me es ajeno por completo. Estoy entrando en el territorio de alguien peligroso, voy solo y desarmado. Si me ocurriera algo, nadie se enteraría. No obstante, no me queda otra que confiar en que todo saldrá conforme al plan trazado. Además, no me conviene mostrar debilidad ante un hombre como este, debo mantener mi inquietud apresada o me convertiré en un nombre más de la lista infinita de víctimas de este demonio.

Tras desconectar la alarma desde su móvil, introduciendo un código que, por desgracia, no puedo ver con claridad, Judas me dirige hacia una puerta de madera que se encuentra al fondo de la nave. Por el camino puedo ver colocadas con bastante orden las estructuras que se utilizan para montar un escenario, así como torres de focos, amplificadores cubiertos por fundas transparentes y una hilera de armarios, donde presumo que guarda la ropa del espectáculo.

Soy consciente de que nos encontramos en el lugar que utiliza como tapadera, pues si bien la orquesta forma parte de una empresa dedicada al espectáculo que da sustanciosos beneficios, no es el negocio principal de Judas. Tampoco el que les aporta más ceros a sus cuentas, todas abiertas en paraísos fiscales bien elegidos.

En cuanto cruzamos la puerta me llevo una grata sorpresa. No me esperaba un despacho así, pensaba que sería como la típica oficina destartalada, algo sucia y con montañas de papeles esparcidos por todas partes. Sin embargo, me encuentro en una habitación decorada con gusto, en la que hasta el aparato de aire acondicionado es de diseño. Unos sillones de cuero negro se encuentran enfrentados y separados por una mesa de roble. Algunos cuadros impresionistas están colgados en las paredes blancas, manteniendo una distancia adecuada entre ellos para no recargar demasiado el ambiente. No soy un experto en arte, pero algo me dice que los frescos expuestos son originales, creando con el resto del conjunto una sensación de poder. Sin duda, este tipo sabe lo que se hace.

Tras una señal, tomo asiento en el sillón que me ha indicado mientras él va hacia un carrito dispuesto con diversos licores. Judas se coloca de manera que lo pueda observar sin problema y después llena hasta la mitad dos vasos, que parecen de cristal de Bohemia, con una bebida del color de las bellotas. De nuevo la ostentación hace su aparición estelar.

En cuanto termina, coge nuestras copas y camina hacia mí con un andar cargado de prepotencia. No solo es un hombre seguro de sí mismo, también es alguien que sabe que ahora mismo tiene la sartén por el mango.

—Un Courvoisier XO, una delicia para los amantes del coñac —aclara mientras me tiende mi bebida para, a continuación, dar un generoso sorbo a la suya.

Con este gesto, junto a su posición anterior al servir los tragos, me deja claro que no ha introducido nada raro en los vasos. Por otro lado, sería un tanto contraproducente si lo hiciera, ya que todavía necesita la información que solo yo puedo brindarle.

—Bueno, ahora que ya estamos acomodados y servidos, me gustaría que me hablara de usted y del motivo de su visita, reverendo.

—Por supuesto, hijo —contesto, pegando después un trago al exquisito licor para calmar mis

nervios antes de empezar con la narración—: Mi nombre es Caín Bermejo y soy Obispo de León.

—Vaya, me deja usted sin palabras. No esperaba que fuera a decirme su apellido y su profesión.

—Es lo justo, pues yo tengo bastante información sobre usted, digamos que sé hasta su número de la Seguridad Social. Además, soy consciente de que si no se lo digo yo, buscará los medios para enterarse.

—En eso lleva razón, señor Bermejo —afirma con una sonrisa lobuna que lo hace parecer más peligroso si cabe—. Lo que todavía no comprendo, por más vueltas que le doy a la cabeza, es qué hace un miembro respetable de la Iglesia pagando a otra persona para que indague sobre alguien como yo.

—En realidad, no pedí que lo investigaran a usted, su nombre salió como consecuencia de tirar del hilo de la vida de otra persona, alguien de quien estoy seguro le complacerá saber dónde se encuentra.

—Por favor, dígame que se refiere a Mila.

—Exacto.

Soltando el aire de manera exagerada, relaja su cuerpo en el sillón, incluso sus facciones pierden parte de la rigidez que tenían. No estaba seguro del todo, para ser sincero no sabía a ciencia cierta que le importara tanto esa mujerzuela. No obstante, mi instinto me dijo que sí, pues alguien que sale corriendo y desaparece de la noche a la mañana sin dar explicaciones, es una persona que tiene algo que ocultar. Igual Milagros fue testigo de un asunto turbio, igual su camino se cruzó con el de algún indeseable. Sea lo que sea, tanto da, lo único que quiero es quitarme de encima a esa cualquiera que tiene demasiado poder sobre mi sobrino.

—Disculpe mi atrevimiento, Judas —indico, rebajando mi tono para que no se sienta atacado—, pero ¿puedo saber por qué no la ha encontrado todavía?

—¿A qué se refiere? —dice con sequedad.

—Lo último que deseo es ofenderlo, pero se escapa a mi entendimiento cómo un hombre con tanta fuerza y autoridad como usted no ha conseguido dar con ella después de un año.

Si las miradas matasen, yo habría caído hacía rato en una montaña de cenizas. Por descontado, no le ha gustado mi insinuación de que es un incompetente diluida en frases azucaradas de respeto postizo. Corro el riesgo de que le ponga mi nombre a una bala, a pesar de esto, no puedo dejar pasar la oportunidad de enseñarle que, aunque no tengo ni su efectivo ni sus contactos, yo también puedo jugar en su liga. El dinero importa, eso es indudable, pero a veces el ingenio gana la partida. Quiero que sepa que no soy un cualquiera, que no me amilano ni ante Lucifer, aunque este sea un narcotraficante con amigos en la mafia rusa.

—Ay, Caín, Caín. ¿Nunca te han dicho que, en ocasiones, es mejor mantener la boca cerrada?

—No, la verdad, debí de perderme esa lección en la escuela, hijo. Supongo que estaba demasiado centrado en cómo salir de una vida al lado de unos campesinos muertos de hambre.

Durante unos segundos nos retamos con la mirada, el penetrante verde de sus ojos le hace parecerse a una serpiente, sin duda podría ser aquella que tentó a Eva en el paraíso. Sé que me está midiendo, esperando el momento en que ceda y desvíe la vista, sucumbiendo así al terror. Reconozco sus esfuerzos y hasta siento cierto orgullo por él, pero debo actuar en consecuencia de mi pensamiento anterior: no mostraré debilidad ante él.

—Me gustas, Caín, tienes unos huevos bien puestos. Este mundo sería mejor si existiera más gente como tú —interviene al fin, rompiendo la quietud del ambiente—. Con respecto a tu comentario, no tendría por qué responder, pero me has pillado en un día bondadoso. —Otra vez esa sonrisa llena de maldad, otra vez esa sensación de que podría engullir mi cuerpo de un solo

bocado—. Digamos que fue un cúmulo de desgracias, yo estaba enfrascado en una operación muy importante, así que dejé que mis hombres la buscaran. Sin embargo, la pista se enfrió pronto, pues no había ningún pago con tarjeta a nombre de ella. Es más, antes de marcharse, dio de baja su cuenta bancaria y se llevó todo el dinero. Al final, Mila fue tan lista como yo esperaba que fuera.

—Supongo que sabía a quién se enfrentaba.

—Supones bien, reverendo, supones bien —indica con cierta satisfacción, dando el último trago a su copa—. Desde entonces, la he estado llamando y no me coge el teléfono. Por un momento pensé que sería fácil encontrarla por el móvil, así que hablé con la pareja de policías que tengo en nómina. Mi sorpresa fue mayúscula cuando se negaron a ayudarme, se ve que tenían rollos con Asuntos Internos y estaban en el punto de mira. Por supuesto, lo pagaron —afirma con el semblante teñido por la rabia—. Así que me vi en un callejón sin salida, pues pronto me di cuenta de que yo no podía buscarla por el GPS ni la triangulación de las llamadas, por lo visto es más complicado de lo que parece.

—Me temo que los de tu generación habéis visto demasiadas películas de espías, Judas.

—Eso no te lo negaré, aunque estaba tan desesperado que hubiera probado todas las payasadas que aparecen en «Misión Imposible» —contesta poniendo los ojos en blanco—. Podría haberle pedido a alguno de mis *hackers* que la encontrara, haciendo lo mismo que hace la Policía, sin embargo, tengo demasiados enemigos y ninguna persona en la que confíe de verdad. Después, tuve algo de suerte. Un día, me encontré a la pesada de Magdalena, la madre de Natividad, una mujer que siempre va con la estampita por delante y a la que le gusta demasiado darle a la sin hueso. Ella me habló de la feliz vida de su hija y sus amigas en Ibiza. No me dijo el punto exacto en el que se encontraban, pero la isla no es muy grande, así que pensaba mandar a un par de mis hombres para que la buscaran.

—Es cierto que no tiene una gran extensión, aun así, tardarían días en encontrarla.

—Lo sé, pero ¿qué otra cosa podía hacer? Sus madres no me iban a dar la información que necesitaba y no quedaba nadie más de su círculo en Altea. Hasta hoy, ir allí o secuestrar a sus queridas mamás eran mis únicas bazas disponibles.

—Menos mal que nos hemos encontrado, hijo.

—Sí, menos mal, aunque aún está por ver si es verdad que la has encontrado.

—Lo comprendo —digo mientras saco el móvil del bolsillo interior de mi chaqueta y abro la galería de imágenes—. Dime, ¿es esta tu Mila?

Judas coge el dispositivo y mira la instantánea con detenimiento, fijándose en cada detalle. Su respiración acelerada, sus ojos abiertos como platos y su dedo resiguiendo las facciones de la mujer me hacen ver que mi detective no ha errado en sus pesquisas.

—Es ella —continúa, inmerso en una ensoñación producida por la aparición de aquella que perdió hace un año—. ¿Qué quieres a cambio de decirme su paradero exacto, Caín? Puedo conseguirte cualquier cosa que desees, tú solo pídelo y te lo daré.

—Vaya, parece que sí es importante para ti.

—No te haces una idea, reverendo.

—Bueno, lo que quiero son dos cosas muy sencillas. La primera, que la hagas desaparecer de aquel lugar sin dejar rastro. Me da igual lo que hagas con ella, no me importa si la matas o te la quedas para divertirme, solo quiero alejarla de la isla.

—Dalo por hecho.

—¿No vas a preguntarme por qué la quiero lejos de Ibiza?

—Al igual que a ti no te afecta lo que haga con ella, a mí no me interesan tus motivos. De

todos modos, pensaba traerla conmigo.

—Perfecto —contesto con una media sonrisa, pensando en cómo abordar el siguiente punto. Sin embargo, Judas me sorprende con una pregunta que me da libertad para contestar.

—¿Qué es lo segundo que deseas?

—Cuando la traigas, necesito que me des una hora con ella.

Se cruza de brazos y me dirige una expresión seria. Está claro que no le ha hecho gracia mi petición.

—¿Puedo saber el motivo?

—¿Esta vez sí te interesa?

—Sí, porque no me gustaría enterarme de que te he dado mi confianza para que tú te metas entre sus piernas.

—¡Soy Obispo, por Dios!

—Venga, Caín, a otro perro con ese hueso. Sé que tienes lo mismo de célibe que yo de hombre respetable de negocios. Y oye, no me malinterpretes, me parece genial, puedes follarte a quien quieras mientras las beatas se siguen creyendo tu fachada de personaje intachable. Sin embargo, Mila no es una opción.

Permanezco callado unos instantes, no porque me haya ofendido, sino porque estoy asimilando el hecho de que me conoce mejor de lo que yo esperaba, cuando solo hemos cruzado unas pocas palabras. Eso me lleva a pensar en Macarena, la chica del supermercado. Se nota que ambos están cortados por el mismo patrón, uno en el que la calle y la penuria son los artífices de las personas que son hoy en día.

—Ella intentó quitarme algo que me pertenece. Además, cuando nos conocimos me trató como a un miserable. Solo quiero hacerle ver que se equivocó conmigo.

Contra todo pronóstico, Judas estalla en una sonora carcajada. No estoy seguro de si mi comentario le ha divertido o es su manera de decirme que ni en sueños.

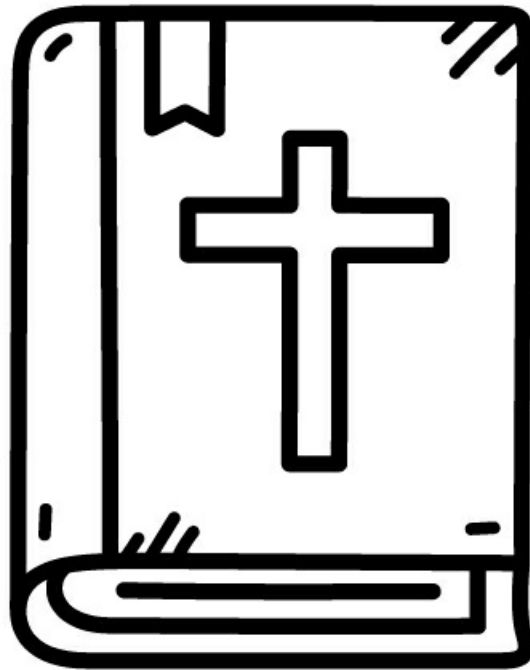
—Trato hecho —conviene al fin—. Supongo que puedo cederte una parte de mi tiempo de adoctrinamiento. Así yo no me cansaré tanto.

Levantándose, coge los dos vasos y los vuelve a llenar con el delicioso coñac. Con las bebidas preparadas de nuevo, retorna al sillón y me pasa la mía, sellando nuestro futuro con un brindis.

—Y bien, ¿dónde está la mujer que me ha robado la cordura?

—En Santa Eulalia del Río —concluyo bebiendo otro trago.

El líquido que pasa por mi garganta y esófago se va llevando la angustia y la va reemplazando por el sabor dulce de la victoria. Pronto esa niñata se habrá esfumado para siempre.



CAPÍTULO 31

JESÚS

Ando pendiente de Víctor, ese individuo que parece insuperable y que, incluso después de un remojón en el mar, parece sacado de un anuncio de perfume para hombres que exudan *sex appeal* por cada poro de su inmaculada piel. Quizá lo que más desconcertado me tiene es que su semblante no se corresponde con el cliché de personaje masculino llevado al límite. Con toda esa testosterona pululando a su alrededor y siendo miembro del cuerpo de Policía, me esperaba que sacara en algún momento su lado dominante, uno que le hiciera parecer el típico tío mandón del que la mayoría de las mujeres huyen.

Sin embargo, no ha habido tanta suerte, resulta que este espécimen es perfecto hasta en eso. Es amable, sociable, chistoso, atento, cariñoso y valiente. Y con esto no me refiero a que sea capaz de entrar en un edificio en llamas para salvar al gatito de la chica del tercero, que estoy seguro de que también, sino que se enfrenta a las novedades y desafíos sin importar las dificultades que puedan presentarse. Vamos, todo lo contrario a mí.

En cuestión de minutos ha logrado ganarse los corazones de los presentes, incluidos los de Kalevi y Valentina, que de normal son los huesos más duros de roer. Su predisposición e instinto innato han hecho que conectara con el grupo en un santiamén. En cuanto Nicolás ha dado su bendición silenciosa, una expresada de forma abierta a través de la relajación en su postura al hablar con él, el resto ha sabido que Víctor era un buen tipo, alguien en quien se podía confiar a ciegas. Y es que, aunque no lo sé a ciencia cierta, me parece que el viejo bonachón tiene algo en común con Caridad, como si fuera capaz de leer a las personas solo con un primer contacto.

Y ahora me encuentro siguiendo los pasos del policía mientras nos adentramos en el Viva Cuba, obsesionado por encontrar el punto débil de este, aun sabiendo que me estoy metiendo en una empresa difícil. No paro de contradecirme, pienso que lo voy a dejar estar, que Mila se merece la felicidad al lado de un buen hombre, para al segundo siguiente ir detrás de este como un perro bien adiestrado, olfateando el rastro que deja para encontrar ese defecto que lo haga ver grotesco y despreciable.

Por favor, deja ya de husmear el cercado del poli buenorro, Jesusito. Víctor es un tipo legal y la mejor opción para Mila, sobre todo teniendo en cuenta que tú no vas a colgar los hábitos para abrirle los brazos al amor. Así que, ¡deja ya la tontería que me estás poniendo de los nervios! Y recuerda lo del perro del hortelano, por Dios, que ya cansas. Igual debería aprender un poco de mi conciencia, a la que visualizo diciendo todo esto mientras pone los ojos en blanco.

En esas estoy, batallando entre lo que sé que es correcto y lo que mis instintos primitivos me incitan a hacer, cuando escucho un ruido seco a mi espalda. A la par que me giro para ver qué ha ocurrido, Víctor pasa como una exhalación por mi lado derecho. En cuanto hago contacto visual con el cuerpo de Mila tirado en el suelo, me doy cuenta de que él ya está a su lado examinando cada parte de su figura para cerciorarse de que no tiene ningún rasguño.

Un caos de voces se alza a mi alrededor, entre las que puedo distinguir la de Caridad pidiendo que traigan una botella de agua y también diciendo a las personas que dejen un poco de espacio para que Ricitos pueda respirar.

Salgo de mi estado letárgico encaminando mis pasos hacia la puerta del restaurante. Entre tanto Nati le da aire a Mila con un abanico prestado, el policía se encuentra cogiendo sus piernas en alto.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunto sin mirar a nadie en concreto.

—Parece un desmayo, intuyo que fruto del calor y de lo mal que lo ha pasado en el barco —contesta Víctor con ese aplomo tan característico de alguien que ha visto muchas cosas.

No obstante, yo no estoy tan seguro. Sí que es verdad que Mila no ha tenido el mejor momento de su vida en el barco, nunca le ha gustado navegar, además de que el mar no es su medio para nada. Me recuerda un poco a mí cuando llegué a la isla y salí un rato con Yotuel y Kalevi. Ese primer contacto con el bamboleo de una embarcación supone todo un desafío. Con el tiempo me había acostumbrado, al contrario que Ricitos. Si hoy se había echado a la mar era solo porque quería pasar el rato con nosotros y puede que también para no dejar al policía en un entorno todavía desconocido para él.

Después de eso, ya en tierra firme, el color había retornado a sus mejillas. Estaba feliz, sonriendo a todo el mundo y formando parte de la conversación. No soy médico, pero algo me dice que el desmayo no se debe a un golpe de calor repentino o a un bajón de adrenalina.

Mientras doy vueltas a mi cabeza buscando una explicación plausible y manteniendo las manos en las caderas para no ir directo hacia Ricitos y comprobar por mí mismo que está intacta, mi vista se dirige al suelo. En la acera, cerca del brazo extendido de mi amiga, descansa su teléfono móvil con la pantalla iluminada. Entonces me doy cuenta de que hay una llamada entrante que todavía se encuentra activa. Conforme voy acercando el dispositivo a mi cara, puedo escuchar con mayor claridad los gritos que salen del otro lado de la línea.

—¡Mila! ¡Mila, tesoro! —exclama una voz femenina que por momentos suena más desgarrada.

—¿Hola? —pregunto en cuanto puedo hacerme un hueco entre respiración y respiración.

—¿Y tú quién eres? ¡¿Dónde está mi niña, desgraciado?!

—Disculpe, soy Jesús, un amigo de su hija.

—¿Jesús?! ¿Qué Jesús?!

—Sonia, cálmate, por favor, y deja hablar al chico —interrumpe otra voz con el ánimo más calmado que la primera—. Además, sabes quién es, nuestra niña nos habló de él. Es el cura de la iglesia donde canta Mila y también es uno de sus amigos. Ya sabes, de su grupo de Ibiza.

—Ah, es cierto. Pero ¿por qué tienes tú el teléfono de nuestra hija? ¡Exijo que me digas ahora mismo qué le ha ocurrido a mi niña!

—De acuerdo, pero tranquilícese, por favor —aconsejo con un tono sosegado, dándome cuenta al instante de mi error. Nunca debes decir esas palabras a una mamá leona. Jamás.

—¿Con qué derecho te crees para decirme lo que tengo que hacer!

—Vale, ¡ya está bien, Sonia! ¡Se acabó! Dame el teléfono ahora mismo.

Durante unos instantes la línea se queda en silencio, lo único que se escucha es el sonido de dos personas que parecen estar forcejeando. No pasa ni un minuto cuando vuelvo a escuchar una voz que me habla:

—Disculpa a mi mujer, Jesús, se pone muy nerviosa cuando piensa que le ha podido pasar algo a nuestra hija. Por cierto, soy Fenna.

—Encantado, y no se preocupe. Es normal que esté intranquila —concluyo con la calma habitual que me caracteriza—. Verá, Mila está bien, solo ha sufrido un vahído. De hecho, ya está recuperando la conciencia, no hay por qué alarmarse.

—Si es que te lo tengo dicho, Sonia, a veces hay que decir las cosas con tiento. ¿Cómo se te ocurre soltarle a la niña de sopetón que nos han entrado a robar en casa?

—¿Cómo?

Me quedo en *shock* por la confesión de Fenna, pero ahora puedo entender mejor la reacción de Ricitos. El hogar de sus madres ha sido atacado y ella no está a su lado para ayudarlas.

—Sí, Jesús. Hemos vuelto hoy de las vacaciones y nos hemos encontrado la casa patas arriba. Lo más raro es que no se han llevado nada, solo lo han dejado todo revuelto.

—Vaya, sí que es extraño. Lo siento mucho. ¿Hay algo que podamos hacer?

—No, tranquilo. Ahora tenemos trabajo por delante, necesitamos cambiar la alarma y las cerraduras, y luego limpiar el desastre, aunque poco podréis hacer aquí.

—¿Mamá? —susurra Mila desde el suelo.

—No te preocupes, Ricitos, están bien —digo antes de devolverle el teléfono para que pueda hablar con ellas.

Intento darle toda la intimidad que precisa, pero mis oídos se conectan como una antena. Es así como escucho algunas palabras sueltas como «peligro», o frases que me ponen en alerta como: hacedme caso, no estáis seguras. Y es que, ¿cómo puede saber Mila eso? Es decir, está claro que el hecho de que entren a robar o revuelvan tu casa con total impunidad y sin problemas te da por pensar que tu seguridad puede estar en juego. Pero no es eso, es más bien la forma en la que lo dice, como si supiera de antemano que hay alguien que desea hacerles daño.

Es entonces cuando se me enciende el chip, recordando los instantes en los que he percibido a Ricitos agobiada y también aquellos en los que ha pegado un bote al recibir una llamada. Momentos en los que cualquier ruido hacía que su cuerpo se pusiera en tensión. Nunca pensé que podía ser algo demasiado grave, siempre lo achacaba a una mala experiencia en Altea, una cuestión que se resolvería con el paso del tiempo. Sin embargo, ahora siento que hay algo más.

Eso me hace mirar a Víctor, quien es menos discreto que yo y está siguiendo con el ceño fruncido la conversación de Mila. Sin perder un segundo más, me acerco a él y le indico con ademán decidido que me acompañe. Por fortuna, él no rechista y me sigue hacia un rincón donde podemos conversar lejos de los oídos indiscretos.

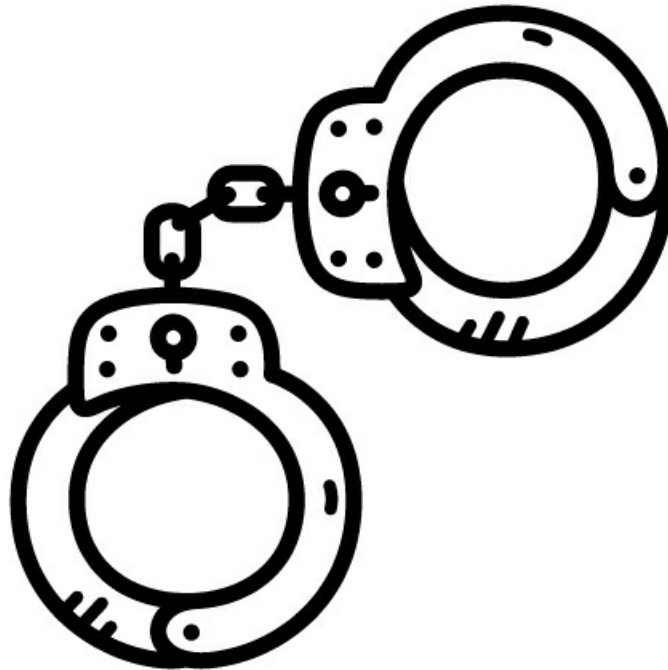
—Tenemos que hablar —digo con voz susurrada pero firme.

—¿Acaso sabes algo?

—No sé lo que ocurre con exactitud, aunque hay algunas cosas que he observado con el paso de los meses y que ahora me parecen importantes.

—Cuéntame.

Así comienzo mi relato, sin saltarme una coma, poniendo al policía en antecedentes. Ha llegado la hora de dejar a un lado mis demonios, la seguridad de Mila es más importante que cualquier estupidez que ronde mi cabeza. Y para conseguir mi objetivo, necesito a Víctor de mi lado.



CAPÍTULO 32

VÍCTOR

Por mi trabajo, conozco el miedo que pueden experimentar las personas que sufren un robo, esa sensación de vulnerabilidad, de impotencia por no poder hacer nada y, quizá lo peor de todo, el terror a que las personas que violaron tu intimidad conozcan tus gustos, secretos o aficiones, que sepan quiénes son tus familiares por las diferentes fotos que han podido ver y la posibilidad de que puedan volver. Esos pensamientos consiguen crear un pánico que impide pensar con claridad y en ese momento de tensión decir cosas sin sentido; sin embargo, el terror que desprende la mirada de Mila es más que una simple paranoia causada por el estrés.

Está asustada, la reacción al hablar con sus madres levanta todas mis sospechas y las palabras de Jesús, al que se suponía que no conocía y ha terminado siendo uno de sus mejores amigos y cura, no me ayudan a mantener la calma. Debo descubrir si las sospechas del padre son ciertas, y la mejor forma para hacerlo es preguntar al resto de sus amigos. Dejo a las chicas, ya que después del desvanecimiento de Mila no se separan de ella ni un milímetro y las entiendo, pues a mí me encantaría tenerla entre mis brazos, darle el consuelo que tanto parece necesitar y hacerle olvidar esa llamada y todo lo que ha despertado, pero no es mi momento, ella necesita a sus amigas y yo recabar toda la información posible.

Me acerco a los chicos que hablan con Nicolás y una mujer, que es todo un torbellino de energía y resulta ser la abuela de Yotuel. Noto su mirada fija en mí y no puedo evitar ponerme nervioso, es como si pudiera leer mis pensamientos, como si pudiera ver dentro de mí, sé que es imposible, aun así no puedo evitar pensar que ella sabe mucho más de lo que intenta aparentar.

En un momento de la conversación se acerca y, entre susurros, comienza a hablarme, dejándome descolocado y un poquito acojonado.

—Las respuestas que buscas están más cerca de lo que crees, fiñe, aunque deberás abrir mucho los ojos para verlas. Pronto llegará el mal y todos debemos ayudar a Mila, pero no te dejes engañar, mi negrita es más fuerte de lo que todos creéis y será ella quien destapará toda la verdad.

No me da opción a preguntar a qué se refiere, pues Caridad desaparece dejándome más perdido de lo que estaba antes de sus misteriosas palabras. Cada vez tengo más claro que ese robo no ha sido casualidad, que la llegada de Mila a Ibiza fue más bien una huida y que ese miedo que intenta ocultar es más real de lo que ninguno imaginamos. También empiezo a sospechar que ninguno de los presentes me dará las respuestas que necesito para empezar a investigar, no porque no quieran hacerlo, sino porque son ajenos a la verdad.

Una idea cruza mi mente y puede que sea la solución que necesito. Siendo sincero, no quiero recurrir a él, nunca he querido hacerlo, pero si eso me ayuda a mantener a Mila a salvo lo haré, aunque después tenga que aguantar sus múltiples reproches. Dejo de pensar en él, ya que cada vez que lo hago los malos recuerdos me inundan y no voy a permitir que el pasado y los errores que los dos cometimos en su momento me impidan centrarme en lo que es importante.

Las conversaciones se suceden y el ambiente se relaja, aunque la tensión no abandona los hombros de Mila en ningún momento. Solo parece encontrar paz cuando Jesús está cerca; no debería molestarme, primero, porque ella es libre de hacer y relacionarse con quien quiera; segundo, porque son amigos y tienen una relación estrecha, y tercero, porque entre nosotros no hay nada de momento, aunque espero que eso cambie. Pero no puedo evitar sentirme incómodo, pues desearía que me mirara como a él.

Nunca he sido un tío celoso o posesivo, es más, odio a ese tipo de personas que piensan que su pareja es de su propiedad y que solo ellos pueden decidir. Por desgracia, he visto a demasiadas mujeres anuladas, golpeadas e incluso asesinadas a manos de las personas que se suponía que eran las que más las querían, sin que nadie pudiera hacer nada para impedirlo. La sociedad está cambiando, aunque todavía falta mucho por hacer e innumerables desgraciados por detener.

—¿Estás ensayando la mirada de Cíclope con el páter? —La llegada de Jordina despeja mi mente y me hace ver lo idiota que puedo ser.

Mis compañeros aseguran que soy único escondiendo mis emociones, algo fundamental en nuestro trabajo, ya que somos testigos silenciosos de situaciones que alteran por completo nuestra estabilidad. Sin embargo, o Jordina es muy buena leyendo el lenguaje no verbal o no soy tan infalible como todos creen.

—Siento defraudarte, pero no molo tanto como los X-men.

—No te preocupes, Chocolatina es más de adorar a Wicket de «Star Wars», que a potentorros mutantes de nivel alfa —me explica con esa sonrisa sincera que siempre parece acompañarla.

Reconozco que son un grupo bastante particular, no parecen tener nada en común, sin embargo, cuando están juntos forman un verdadero equipo, una familia que está dispuesta a cuidarse, protegerse y quererse sobre todas las cosas. No es algo que conozca en exceso, por mi profesión tengo los amigos justos y a mi verdadera familia nunca le ha importado el cariño, ellos son más de apariencias, trabajo duro y admiración del resto. A su manera me quieren, no dudo lo contrario, aunque muchas veces he necesitado y deseado un abrazo, unas palabras de ánimo o un pequeño empujón para continuar, cosas que nunca han sabido darme.

—Víctor, ¿estás bien? —Su pregunta me devuelve a la realidad.

—Sí, solo estoy algo distraído pensando en lo que les ha sucedido a las madres de Mila, ya

sabes, deformación profesional.

—No me estás diciendo toda la verdad, no te creas que porque sea rubia soy tonta, pero lo dejaré pasar de momento. Lo importante ahora es Mila, la conozco y sé que algo le preocupa, lleva haciéndolo desde que nos marchamos de Altea, y esas llamadas constantes que recibe no me dan buena espina. El problema es que nuestra chica es terca como una mula, además de cuadrículada como ella sola, nunca pedirá ayuda por mucho que la necesite.

—¿Qué hizo que os vinierais a Ibiza?

Jordina me explica lo cansada que estaba Mila de intentar conseguir su sueño, de cómo a cada instante que pasaba sin conseguirlo se apagaba un poco más, hasta que, harta de todo y en un arranque de locura desconocido en ella, le propuso venirse a la isla para estar cerca de Nati y Valentina. Según la rubia, nada extraño había ocurrido, pero según mi instinto, en esos últimos días en Altea algo había conseguido asustarla, provocando su marcha. Ahora solo necesito descubrir qué fue lo que sucedió y qué significaban esas llamadas que a todos parecían preocupar. Sé que ahí está la clave y no descansaré hasta descubrirla. Seguimos conversando y me asegura que hablará con las chicas e incluso con Sonia y Fenna, por si ellas recuerdan cualquier pequeño detalle que pueda ayudarnos. También que estará más atenta a las reacciones de Mila y me avisará si nota algo extraño.

La tarde continúa y con todo mi pesar debo marcharme, me toca currar y, aunque es lo último que deseo, el deber me llama. Mila parece notar mi estado y se acerca, regalándome un abrazo que pone todo mi vello de punta. Es increíble todo lo que provoca en mí, y eso que apenas nos conocemos, pero en solo unas horas se ha metido por completo en mi mente, pensamientos y creo que hasta en mi corazón. Ha conseguido despertar algo que creía muerto y voy a luchar por mantenerla segura y, si ella quiere, a mi lado.

—Debo irme, preciosa —susurro perdiéndome en su mirada chocolate.

—¿Nos vemos mañana? —Su pregunta me hace sonreír e ilusionarme, pues parece tener las mismas ganas que yo de pasar tiempo juntos.

—Nos veremos todas las veces que desees, Mila.

Acorto la pequeña distancia que nos separa y uno nuestros labios en un beso dulce en el que intento demostrarle lo importante que es para mí.

—Me gustan estas despedidas, agente. —Sonríe de forma pícara y no puedo evitar hacerlo con ella.

Sin tiempo que perder, me despido de todos y salgo del Viva Cuba con una misión en mente, descubrir toda la verdad y conquistar a la chica más especial que he conocido en toda mi vida.



CAPÍTULO 33

MILA

El reloj parece ir en mi contra, moviendo sus manecillas con una lentitud desquiciante. Agradezco la preocupación y buenas intenciones de mis amigos, ellos solo quieren ayudarme de la mejor forma que saben, el problema es que nada de lo que hagan conseguirá quitarme el miedo, ese que recorre mi cuerpo desde que hablé con mis madres.

Todos intentan rebajarle importancia asegurando que los robos están a la orden del día y cualquiera puede sufrirlos; tienen su parte de razón, pero yo sé que ese robo tiene lo mismo de casualidad que yo de monja, es decir, ni una pizca.

Cuando me fui de Altea, tuve pavor a que ellas terminaran pagando por mi error, sabía que Judas nunca dejaría un cabo suelto que pudiera perjudicarlo, sobre todo, después de lo que vi esa noche en su despacho. Él siempre había sido amable conmigo, quizá demasiado, aunque pensaba que era por la amistad y los años que hacía que nos conocíamos, dejándome muy claro que no sabía nada del mundo donde me movía, ni de las personas con las que lo hacía. Sin embargo, con el paso de los meses me fui relajando, olvidándome de esa posibilidad, y ahora son ellas las que están en peligro, ya que sé que esto no ha terminado, y puede que no lo haga jamás.

Mi intento de investigación ha sido un desastre, no he conseguido avanzar mucho, solo cuento con algún nombre, varias fotos y poco más, mi palabra contra la de ellos sería una pérdida de tiempo y una amenaza para todos los que me rodean. Podría hablar con Víctor y explicarle la situación, por su trabajo y contactos lo tendría más fácil, aunque de momento prefiero mantenerlo al margen. Se supone que nos estamos conociendo, puede que incluso empezando

algo, y lo último que deseo es causarle problemas, esa gente es peligrosa y cuanto más lejos, mejor.

Tampoco me ayuda el escrutinio constante de Jesús, su sola presencia de serie ya me altera, pero si además le añades que parece mi sombra y controla cada uno de mis movimientos o expresiones, consigue que esté a punto de entrar en ebullición. Quiero irme a casa, encerrarme en mi pequeña burbuja y trazar un plan que ponga fin a esta locura. Aunque primero tendré que deshacerme de esta panda de pirados que se reparten mi custodia sin importarles mi opinión.

—Se viene con nosotros, hace tiempo que no disfruta de la pequeña Noora —explica muy dispuesta Nati.

—De eso nada, bonita, Chocolatina se viene a mi casa con Yadira —afirma Valentina con el dedo en alto. Es su técnica para acojonar al personal, como si su cara de mala leche no fuera suficiente.

—No discutáis, puede quedarse con Faith, mi pelirroja disfruta haciendo de tenor todas las noches, y nadie mejor que Mila para potenciar su arte —apunta Dayana mientras achucha a su pequeña cantautora.

—Vosotras no estáis bien, lo que necesita Mila es venirse conmigo y mi amigo Matusalén Solera 23. —Jordina se une a la discusión, que todo lo arregla con un copazo o dos, según se tercie.

Las cuatro, como posesas, empiezan a gritarse, alegando la que ellas consideran la mejor opción. Busco la ayuda de Kalevi y Yotuel con la mirada, pero los muy cobardes me ignoran y prefieren no intervenir. Conocen la locura que las posee, sus fuertes caracteres y las posibles consecuencias, por eso guardan silencio y ¡que sea lo que Dios quiera! El único que parece apiadarse de mí es Jesús que, con una calma que ya podría regalarles a las colgadas de mis amigas, intenta hacerlas entrar en razón.

—Chicas, todas tenéis unas buenas ideas y sabemos que lo hacéis con las mejores intenciones, sin embargo, Mila necesita descansar y lo mejor es que lo haga en su casa.

—Nos iremos contigo, no te dejaremos sola —sentencia Jordina, que, conociéndola, ya nos ve en una fiesta de pijamas hasta arriba de ron.

—La idea es tentadora, chamas, hasta yo me apuntaría a una noche loca de chicas, pero creo que nuestra negrita necesita tranquilidad, y quizá lo mejor sea que Jesús se marche con ella, ya sabéis que nadie transmite más paz y calma que un hombre de Dios.

¡La madre que la parió! Esta mujer no quiere que descanse, quiere que me vuelva loca. ¿Cómo se le ocurre que me marche con el páter? Si a su lado me sube algo más que la tensión, además de que estoy segura de que haría muchas preguntas para las que no estoy preparada.

—Me parece buena idea —dice de nuevo Jordina.

—No creo que sea buena idea —respondemos los dos a la vez, provocando las risas de nuestros amigos.

Lo miro entre sorprendida y enfadada, esperando que rectifique sus palabras, aunque de nada me sirve y los tarados que nos rodean aplauden encantados. Me molesta esta situación, parece que nadie entiende que no quiero ni necesito un puñetero canguro, solo deseo irme a casa, pensar y, sobre todo, hacerlo en soledad.

Nos despedimos y cada uno emprende su camino, por lo tanto, vuelvo a coger mi vespa, llevando de paquete a Jesús, aunque esta vez su cercanía no despierta mis hormonas, más bien lo hace con mi mala hostia.

Ya en mi puerta me deshago del casco y subo las escaleras sin molestarme en mirarlo, esperando que pille la indirecta y me dé el espacio que tanto necesito, pero nada, sigue pegado a

mi espalda en plan fantasma. ¡Si al final me convierto en Melinda Gordon y termino con la casa llena de espíritus! Enfadada y con el filtro apagado, me giro para encararlo y deshacerme de su presencia.

—Bueno, Ojazos, como has podido comprobar, no hay nadie en casa, estoy en perfecto estado y necesito dormir, así que, como decía mi abuela: hasta luego, Maricarmen.

—Más espacio, Ricitos, he prometido que pasaría la noche contigo y es justo lo que voy a hacer —responde ignorando mi cara de asesina en serie.

—Y yo prometo no comer chocolate y me pongo morada todos los días. —No pillas la ironía de mis palabras o prefieres pasar de mí, por lo que sigo hablando—: A ver, Jesús, no es necesario que hagas de guardaespaldas, estoy bien y quiero estar sola.

—No me voy a marchar, Mila.

Hay que joderse con mi suerte, meses deseando que pasara más tiempo conmigo y no había forma de conseguirlo, y para un día que lo quiero lejos, parece mi puñetera sombra. En un arranque de no sé qué —porque a estas alturas, ya no estoy para analizar nada— me encierro en el cuarto de baño con la intención de darme una ducha larga que me ayude a calmarme, despejar mi mente y evitar que me desmorone, sin embargo, consigo todo lo contrario y termino rompiéndome y llorando sin consuelo.

Las imágenes de esa noche se repiten una y otra vez, al igual que lo hacen las mil opciones —a cada cual peor— que crea mi mente, consiguiendo que entre en un bucle del que me es imposible salir. Soy incapaz de notar el agua que golpea mi cuerpo, de detener las lágrimas que caen sin control y de dominar el miedo que me sacude por dentro. Las emociones me consumen, y cuando creo que no puedo más, veo a Jesús entrar en el baño dispuesto a salvarme incluso de mí misma.

Observo cómo apaga el grifo y cubre mi cuerpo con una toalla, sus manos apartan con dulzura los mechones empapados de mi cara mientras susurra palabras de consuelo que no llego a entender. No quiero que me vea así, no quiero sentir su compasión ni pena, por eso intento apartarme, pero él me lo impide abrazándome.

—Háblame, Mila, cuéntame la verdad, por favor. Sé que tienes miedo, que algo te preocupa, y yo solo quiero ayudarte.

—No puedes ayudarme, nadie puede. Es mejor que te mantengas al margen.

—¿Por qué me apartas? Somos amigos y...

—¡Deja de engañarte, Jesús! Hace tiempo que somos mucho más que amigos, hace meses que lo que sentimos va más allá de una relación fraternal. Todo lo que tenemos es una mentira y sigues sin querer verlo.

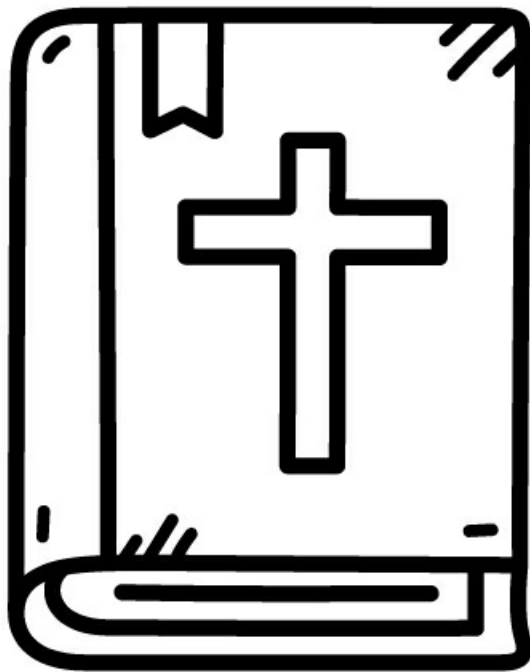
Estallo dejando salir fuera todo lo que durante tanto tiempo se lleva fraguando en mi interior. Sé que no estoy siendo justa, él no es el culpable de mis sentimientos, pero sí lo es de no darme el espacio que necesito.

—Mila, yo...

—Lo mejor será que no nos veamos durante unos días, necesito pensar y aclarar mis ideas.

—No me pidas eso, Mila, por favor, no me alejes cuando lo único que deseo es estar a tu lado. —Nuestras miradas se unen, expresando todo lo que somos incapaces de decir.

Pasamos varios segundos en silencio, hasta que Jesús, con una determinación que nunca le había visto, acorta la distancia que nos separa y une nuestros labios en un beso lleno de demasiadas cosas que hace estallar mi mundo.



CAPÍTULO 34

JESÚS

¿Qué se supone que estás haciendo?, pregunta mi voz interior, que acaba de adquirir los rasgos de Valentina. Me mira con intensidad y adoptando esa pose chulesca tan característica en ella cuando se enfada. No puedo evitar sentir un aguijonazo de culpa por mis actos y también un poco de miedo ante la perspectiva de que sea Valentina de verdad. Ambas sensaciones, nada bienvenidas, me hacen separar mis labios de la decadente caricia.

—¿Ocurre algo? —pregunta Ricitos un tanto confusa.

—No, es solo que... —Dejo la frase en el aire porque no sé cómo continuar. ¿Por qué es tan difícil todo esto?

—Vale, ya sé, no hace falta que vuelvas a ponerme otra excusa.

—¿Como? No, no es eso —respondo atorado por las miles de emociones que están vagando por mi pecho—. Es solo que hay muchas cosas que no sabes. Existe un motivo por el cual me resulta complicado dejarlo todo atrás.

—Entonces, cuéntamelo. Puede que entre los dos encontremos una solución.

—Mila, no es tan fácil.

—Igual sí o igual no, pero si no me dices nada, ambos seguiremos como hasta ahora, cada uno en su parte de la habitación conteniendo algo que hace tiempo dejó de ser una amistad —indica con la razón por bandera, con su porte de reina mezclado con la dulzura más exquisita que existe—. A veces somos nosotros los que hacemos más complejas las situaciones, cuando el remedio lo tenemos al alcance de las manos. Solo hay que querer.

En la punta de la lengua se me queda una réplica a sus palabras, sin embargo, la contengo, ya que no quiero crear mayor distancia entre nosotros. Lo de «consejos vendo, que para mí no tengo» es una verdad universal. Ella no habla por miedo o cabezonería, cuando podría hacernos partícipes a todos de su problema y, por lo menos, la carga sería menor. No sé si encontraríamos la clave para la resolución de forma inmediata, pero con esa información sabríamos a qué atenernos. No obstante, sigue callando, al igual que yo, que todavía no sé el motivo por el cual no le he contado nada de mi situación.

Hace un tiempo decidí empezar a hablarle de mi vida antes de convertirme en un siervo del Señor. Le narré los hechos acontecidos con mi madre hasta que ella decidió marcharse sin mirar atrás. Pensé que abriendo mi corazón lograría una respuesta por parte de Ricitos en forma de historia sobre aquello que la angustiaba; sin embargo, no dijo nada, ella siguió en sus trece con el mutismo. Es cierto que habían ocurrido demasiadas cosas desde entonces, un torbellino de acontecimientos que nos había mantenido dando vueltas en su espiral infinita. Es hora de retomar mi plan, no solo porque esperaba que Mila se abriera, también porque siento la necesidad de contarle todo, de que ya no haya más barreras entre nosotros. Aunque la haré esperar un poco más, porque ahora solo tengo una cosa en mente.

Quizá me estoy equivocando, pero ya no puedo negar lo que hay entre nosotros. Mila estaba en lo cierto, hacía tiempo que nuestra amistad había pasado a un plano superior. He intentado separarme de ella, dejarle su espacio para que goce de una vida plena al lado de alguien que la pueda hacer feliz; sin embargo, cada una de las veces he fracasado en mi intento. No puedo seguir mintiéndome ni tampoco engañarla a ella. Puede que sea un egoísta, pero la quiero para mí, aunque solo sea por un instante. La necesidad de dejarme llevar palpita con fuerza y estoy rompiendo el último muro en pie.

—De acuerdo, te hablaré de todo —concluyo tras lo que parecen horas sin mediar palabra.

—Me alegra oírlo, Ojazos —indica ella con una sonrisa deslumbrante—. Vamos al comedor, allí estaremos más cómodos.

—No —digo con la seguridad que me da mi nueva determinación. Ricitos se queda mirándome como si me hubieran salido tres cabezas—. Te relataré todo después.

—¿Después de qué? —interroga ella con el ahogo prendido en su melódica voz.

Dejo de pensar y actúo, creo que continuar con la conversación ya no tiene sentido, es mejor pasar a los hechos.

Con delicadeza, aparto la toalla que yo mismo había puesto sobre su cuerpo minutos antes. El sonido casi imperceptible de la pieza al caer al suelo nos hace contener el aliento, a la vez que asusta a Mimitos, que se había metido en el baño a curiosear y sale corriendo en pos de un escondite.

El pecho de Mila comienza un vaivén cada vez más acelerado, delator junto al brillo de sus ojos de una pasión contenida durante meses. Se mantiene quieta mientras yo observo aquello que me ha mantenido oculto hasta este instante.

Al ponerle la toalla desde atrás, solo había podido ver con angustiosa claridad la curva de su trasero lleno y redondo. Ahora podía vislumbrar también unos pechos generosos, una pequeña barriguita, que me resulta de lo más tentadora, y unos muslos fuertes, que me muero por tener alrededor de mis caderas. Mi miembro, atrapado entre fuertes telas, da la bienvenida a esa posibilidad.

Despacio, acaricio su fino cuello y pongo la mano en la nuca femenina para acercarla de nuevo a mi cuerpo. Nuestros labios, suaves y llenos de promesas contenidas, se unen para devorarse con lentitud. Las lenguas bailan al son de una decadente lascivia, aumentando nuestras ganas,

elevando el momento a la gloria. Mila, que hasta entonces se mantenía un tanto contenida, se desata, cogiendo mi trasero con ambas manos y apretando mis caderas contra las suyas. Debido a la diferencia de altura, mi sexo presiona algo lejos del suyo, en concreto en su estómago. Una presión placentera para mí, aunque inútil para ella.

—Parece que estás impaciente —digo cogiendo su pelo en un puño y tirando su cabeza hacia atrás.

Su garganta queda expuesta ante mis ojos, lista para ser degustada como se merece. Mi lengua barre su longitud, provocando un gemido femenino que suena a cántico ancestral. Ese sonido lleno de lujuria desarma mis últimas defensas y causa un efecto dominó en mi organismo. Por un lado, siento impaciencia, necesito tocar cada parte de su cuerpo, no quiero dejar un solo centímetro sin venerar como es debido. Por otro, siento miedo, un terror irracional pero corriente, debido a mi falta de experiencia. Sí, tuve sexo en mi juventud, sin embargo, hacía una eternidad desde la última vez que estuve con una mujer. Además, Mila es demasiado especial, una obra de arte para los sentidos, la persona más importante de mi existencia. No quiero fallarle, necesito que esta vivencia sea gratificante para ella, que se le quede marcada en un recuerdo recurrente.

Un leve mordisco en la parte de su yugular, otro gemido de mi amada y las dudas se derrumban en cascada. Puede que sea la única vez que estemos tan unidos o puede que sea el inicio de algo que nos consuma en cada instante que pasemos juntos, tanto da. El futuro debe quedar en un estado de incertidumbre, lo importante es el ahora y aquello que las caricias nos transmiten.

Sin soltar su melena, utilizo la otra mano para coger uno de sus pechos, que desborda indomable entre mis dedos. Ese roce me hace pensar en cómo sería tenerlo entre mis labios, así que me abalanzo sobre su pezón, notando la dureza con mi lengua para resbalar después mis dientes en un contacto liviano. Al echar la vista hacia arriba, veo que Mila me observa con los ojos entrecerrados y la satisfacción impresa en cada rincón de sus facciones. Eso me hace llegar a la conclusión de que voy por buen camino, así que alzo mi cuerpo para ponerme de nuevo a su altura.

Beso otra vez sus labios, que saben a amaneceres envueltos en poesía y a canciones tocadas a media luz. Mientras aprendo hasta el último ángulo de su deliciosa boca, mis manos se dirigen a su trasero para alzar su cuerpo y dejarla sentada sobre el mármol del lavabo. Quiero hacer algo que me llama desde el inicio de nuestro tórrido encuentro, sin embargo, nunca he llevado a cabo ese acto y no sé muy bien cómo funciona. Me siento estúpido, como un crío imberbe que coge por primera vez la mano de la chica que le gusta, sin saber si anudar sus dedos o no. Aun así, voy a lanzarme al vacío, no tengo nada que perder e igual sí algo que ganar.

Sin demora, porque si a mi cabeza le da por pensar no saldré del bucle con facilidad, arrastro su culo hacia el borde y me agacho sin dejar de mirar esos luceros oscuros. Quiero que sepa lo que va a pasar, crear una burbuja que nos mantenga a los dos expectantes de cada movimiento. Sé que he conseguido mi objetivo en cuanto escucho como su respiración se acelera por momentos y sus pupilas se dilatan ante el pensamiento de lo que está por venir. Con las fuerzas renovadas y el ego por las nubes, poso sus pies sobre mis hombros para que esté más cómoda y me lanzo a por su sexo, que ya me espera abierto y succulento.

Por instinto, mi lengua sale para mimarlo como se merece, arrastrando los fluidos que yo mismo he provocado con mis atenciones. Ese hecho, sumado a la mano de Mila agarrando mi pelo para que no me separe de ella, incentiva mi propio placer y mis ganas por seguir explorando su suavidad. Los gemidos de mi compañera suben en intensidad conforme mi boca recorre sus pliegues y se cortan sin aviso previo al sentir mi lengua invasora en su entrada. Noto sus paredes

rugosas contrayéndose con cada roce, con cada movimiento, y pienso que ha llegado el instante de alterar por completo el ritmo de sus pulsaciones.

Una de mis manos, que estaba posada en la parte baja de su espalda, se desplaza hacia ese lugar del sexo femenino que promete placeres inconfesables. Su botón me recibe rígido y anhelante de atención. Poso uno de mis dedos sobre este, haciendo círculos con cierta presión, acción que me regala los gritos de absoluta dicha por parte de mi compañera. Sé que está a punto de sucumbir, sin embargo, no quiero que lo haga. No se trata de alargar su agonía hasta llevarla al culmen, más bien es una cuestión, digamos, logística, pues no estoy muy seguro de dejar el listón alto en un siguiente asalto. Al menos, no por ahora.

Así que dejo mi posición y la alzo con los brazos. De manera automática, Ricitos rodea mi cintura con sus piernas y mi cuello con sus brazos. Nos desplazo a ambos hacia el dormitorio, donde acuesto a Mila sobre el colchón mientras yo me dedico raudo a desnudar mi cuerpo. En lo que dura un parpadeo, ella ya tiene listo un preservativo, con el que enfunda mi miembro con una lentitud calculada. Su lengua, barriendo con lascivia sus labios mientras realiza su tarea, me vuelve loco por completo. A partir de ahí, ya no hay vuelta atrás.

Juro que quería ir despacio, llevarla hasta el cielo con parsimonia, adorando su sexo con envites controlados, besos lánguidos y caricias con textura de pluma, sin embargo, el chip de mi cerebro desconecta y me encuentro haciendo todo lo contrario.

Me introduzco en ella de un solo empujón, desplazando nuestros cuerpos por la cama debido a la fuerza del envite. Ambos gemimos, presos del placer que sentimos al estar, al fin, unidos de la mejor manera posible. Al mismo tiempo que la beso, volcando toda mi pasión en su boca de satén, alojo una mano entre los dos. Mientras mis embestidas se aceleran y mis labios poseen los suyos, acaricio su clítoris con enérgicos movimientos. Mordemos y chupamos ansiosos, nuestras caderas chocan sin control ni medida, mi miembro tiembla por la fricción contra su estrechez, sus muslos me aprietan tal y como había deseado.

Noto un tirón que no me resulta ajeno, ese que me anuncia que pronto acabará todo, así que redoblo mis esfuerzos en un intento porque mi chica llegue junto a mí a la cúspide. Sí, he dicho mi chica, y no, no voy a pensar en ello.

—¡Ay, Dios! —grita Mila al borde del abismo.

—Si no te importa, te agradecería que no lo invocaras —replico con guasa.

—Perdón, Ojazos, pero es que... es que... ¡me voy!

Sus palabras son la iniciativa que mi cuerpo necesitaba para dejarse ir. Con un par de embestidas más, ambos llegamos al orgasmo, en una caída a los infiernos que se quedará por siempre impregnada en mi piel.

En ese momento de empoderado gozo, viene a mi mente un versículo del Génesis 2:18, que dicta: «Entonces el Señor dijo: No es bueno que el hombre esté solo, le haré una ayuda adecuada». Y sí, sé que no debería mentar al Supremo en estas circunstancias, pero no podía dejar a un lado esta cita tan apropiada, porque Mila es esa persona que quiero a mi lado, la que me complementa, la que me hace ansiar un cambio. Esa mujer que llevo clavada tan adentro, que parece que la hayan esculpido para mí. Supongo que sacar a la palestra este extracto del Antiguo Testamento no son más que gajes del oficio.

Ah, ¿todavía tienes oficio? Hasta donde yo sé, no eres protestante, páter. Cada cosa a su tiempo, querida conciencia, no puedo librar todas las batallas a la vez.

Con ese pensamiento final, me quedo dormido acariciando las sensuales curvas de la reina que ocupa mi trono.



CAPÍTULO 35

MILA

Desde niña, la frase «estar en el cielo» despertaba mi curiosidad, no comprendía cómo alguien quería estar en un lugar donde todo era paz, tranquilidad y tonos blancos por todas partes. Comparado con la Tierra, que está repleta de oportunidades, o ya de mayor y siendo un poco más retorcida, con el Infierno lleno de malotes *sexys* por cada rincón, me parecía la cosa más absurda del mundo. Pero claro, eso lo pensaba hasta que he tenido la oportunidad de tocar las nubes, surcar el firmamento y hasta de saludar a san Pedro.

He tenido varios compañeros de cama con los que he disfrutado muchísimo, con otros no tanto, todo hay que decirlo, porque hay tíos que solo buscan sus cinco minutos de gloria —siendo generosa—, y te dejan con un calentón en toda la cúspide, una mala leche que no hay quien la pare y una frustración que solo puede calmar tu mejor consolador. Sin embargo, por muy bien que lo haya pasado con anterioridad, no puede compararse con la conexión, intensidad y placer que he sentido con Jesús.

Ha sido como explotar en mil colores, cada caricia despertaba algo en mí que no sabría explicar, cada beso me hacía desear más y, el orgasmo final, la catarsis que no me cansaría de repetir.

Solo espero que no se arrepienta de lo que acabamos de compartir, ya que como se le ocurra hacerlo o suelte la famosa palabrita «amigos» —que en las últimas semanas, le ha cogido un cariño que es preocupante—, no respondo. Por eso, permanezco en modo perezoso, aunque, en vez de agarrada a un árbol, lo hago a su espalda; claro que, pensándolo bien, tampoco necesito

nada más para ser feliz. Se ha quedado dormido y decido dejarlo descansar, ya que con el subidón de endorfinas, serotonina, dopamina y todas las -inas que hay en mi cuerpo me resulta imposible.

Me visto con una camiseta vieja que tengo para estar por casa, no porque me moleste o me avergüence de mi cuerpo, que no es el caso, mis lornas son más, mis michelines, celulitis y kilos de más también, y al que no le guste que no mire. No hay nada como quererse a uno mismo; si te valoras, te valoran; si te respetas, te respetan; y si te ves como un pibonazo único e irrepetible, el resto lo hará igual. Y si no, a tomar viento su opinión. Con todo el pavo subido, voy a la cocina a prepararme un chocolate caliente que me ayude a tranquilizarme.

No le he dado ni el primer sorbo, cuando lo veo entrar en la cocina vestido solo con los pantalones, regalándome la mejor portada de «Men's Health» de la historia. Lo de este hombre no es ni medio normal, tiene más cuadraditos que una tabla de Excel, por no mencionar que hasta que lo conocí jamás imaginé que un cura pudiera estar tan bueno, que el de mi pueblo repartía de todo menos *sex appeal*, y ya de sus oblicuos ni hablamos. Es perfecto, y no solo por su físico que es innegable, además es dulce, simpático, divertido, cariñoso, atento, comprensivo... Joder, si es que es mi hombre ideal en mayúsculas.

—No sé si quiero saber qué pasa por tu cabecita. —La sonrisa pícaro que luce hubiera empapado mis bragas, si las llevara puestas.

—Creo que te asustarías, Ojazos, no olvides que tengo una mente prodigiosa.

Fíjate que mientras te escuchaba, por un segundo he llegado a pensar que eras el mismísimo Sócrates, pero no, solo eras tú siendo tú. Chica, dale al chocolate, porque la oratoria no es lo tuyo. Mi vocecita interior como siempre apoyándose, ¿quién quiere enemigos teniendo a ella?

—Tu mente no es lo único prodigioso que tienes, Ricitos, y no creo que nada que puedas decirme me asuste, sobre todo, después de lo que acabamos de compartir. Aunque, de todas maneras, tu confesión puede esperar, primero debemos hablar de algo más importante.

Qué manía tiene todo el mundo con hablar, si yo soy muy feliz guardando silencio y no contando nada. No se trata de falta de confianza o miedo a la opinión del resto, más bien es que siempre he creído que mis problemas son cosa mía al igual que lo son mis decisiones. Mis madres y amigas lo han intentado de mil formas, sin obtener resultados, aunque en el fondo ellas actúan igual que yo, al menor dilema se cierran como una ostra o ponen tierra de por medio. Respeto sus decisiones, sin embargo, a ellas les cuesta un poquito más hacerlo con las mías. Con Jesús sospecho que será muy difícil no hablar, pues parece tener el don de desnudarme por dentro y ver en mí lo que ni yo misma soy capaz de ver.

—Yo...

Yo no sé si reír, llorar, salir corriendo o saltar dentro de la taza, con la esperanza de que el chocolate me haga desaparecer. *Claro, porque hacerlo dentro de una ensalada... no funcionaría.* ¡Jodida vocecita que no puede salir a dar una vuelta y dejarme tranquila! Ojazos parece notar mi cacao mental y, colocándose a mi lado a la vez que unimos las miradas, habla con esa voz que me calma en el acto.

—Mila, no necesito que hables, solo deseo serte sincero y contarte toda la verdad, no quiero más secretos entre nosotros que puedan hacerte dudar.

—Está bien, pero vayamos al salón, sospecho que vamos para rato y estas sillas son de todo menos cómodas.

Nos sentamos en el sofá y sigo sujetando mi taza, a la que soy incapaz de darle un sorbo, mi garganta está cerrada por completo, mi pulso desbordado y mis nervios comienzan a bailar bulerías. Jesús no se encuentra en mejor estado que yo, el temblor de sus manos lo delata.

—Cuando mi madre me abandonó, todos los planes que tenía se fueron con ella, no había nada que me motivara ni ninguna razón para escapar del yugo opresor de mi padre y mi tío. Mis sueños o metas dejaron de importarme, las malas decisiones se convirtieron en mi día a día, y lo peor de todo fue que arrastré a José conmigo. Salíamos cada noche donde el alcohol era nuestra mejor compañía, no bebía para divertirme o pasar un buen rato, lo hacía para olvidar, para escapar de la tortura que vivía en mi casa y del daño que su marcha me causaba. No podía dejar de culparme, ella me había dejado solo a mi suerte, no le preocupaba qué me sucediera e incluso sentía que ese amor que siempre decía tenerme era solo una gran mentira, porque si era verdad... ¿cómo pudo dejarme con ellos?

»El alcohol dejó de ayudarme y las diferentes drogas se convirtieron en la mejor opción, los porros me sumergían en una calma instantánea, logrando que mi mente dejara de pensar, y cuando el bajón me superaba, la cocaína me daba fuerzas para continuar. Los días, noches y semanas se mezclaban como lo hacían las diferentes sustancias que consumía, no tengo unos recuerdos claros de esa época, solo vagas imágenes que durante años me han atormentado, porque no solo yo caí en la oscuridad, sino que José, mi mejor amigo y lo único constante y bueno de mi vida, lo hizo a mi lado.

Su voz se quiebra, impidiéndole continuar. Sus preciosos ojos se humedecen, dejando escapar varias lágrimas que oprimen mi corazón. Por lo que me contó, sabía que su vida no fue fácil, su madre era su mundo y su marcha lo marcó, dejándolo a merced de dos hombres a los que no les importaba. Sin embargo, jamás había llegado a imaginar cuánto había sufrido y cómo sus actos seguían atormentándolo. Dejo la taza en la mesita y me coloco a su lado, sujetando sus manos entre las mías, en un intento de darle consuelo. Me encantaría abrazarlo y aplacar su dolor, pero me contengo, él necesita sacar fuera todo su sufrimiento y es algo que respeto, aunque me destroce verlo tan abatido.

—Una noche en la que el alcohol y las drogas nublaban nuestras mentes, pensé que era buena idea ir al pueblo más cercano para continuar la fiesta. Robamos el coche de un vecino, bueno, yo lo hice mientras José intentaba convencerme de lo contrario, aseguraba tener un mal presentimiento, pero yo no lo escuché, es más, me reí de él y llegué a acusarle de cobarde. Había conducido varias veces por esa carretera, conocía cada curva, cada recta o bache, aunque con lo que no contaba era con que un animal se cruzara en nuestro camino.

»No me dio tiempo a frenar, recuerdo girar el volante, chocar con la mediana, los gritos de José, las vueltas de campana y la oscuridad más absoluta. Desperté varias semanas después en la cama de un hospital lleno de cables, lo primero que hice fue preguntar por José, necesitaba saber que estaba bien, sin embargo, nadie era capaz de decirme nada. Fue mi padre en su primera y única visita, quien me contó la verdad. Yo... yo maté a mi amigo, Mila, lo maté, ¡maté a José!

Se rompe ante mí, llorando sin consuelo, reviviendo esa noche que tanto lo marcó, culpándose por sus actos y, sobre todo, por las consecuencias que tuvieron. No me contengo más, verlo así me supera, y rodeo su cuerpo con el mío, abrazándolo con fuerza, intentando hacer mío su dolor.

—Fue un accidente, Jesús, ¡un maldito accidente! —susurro uniéndome a su llanto.

—No lo fue, él no quería venir y yo insistí, no debería haber robado ese coche y menos conducirlo; no tendría que haber ahogado mis penas en el alcohol y las drogas, tenía cientos de opciones y siempre elegí las erróneas. Soy el único responsable, el único culpable, maté a José, cuando tendría que haber sido yo quien muriera esa noche, y viviré con esa carga el resto de mi vida.

—No digas eso, Jesús, ni siquiera lo pienses. Cometiste un error, eras un crío y no sabías manejar ni las emociones ni el dolor, tomaste el camino equivocado, eso es cierto, y por

desgracia no se puede cambiar, pero recapacitaste e hiciste algo bueno con tu vida.

—De nuevo te equivocas, Mila, al salir del hospital continué con mi vida de desfases y autodestrucción, bebía y me drogaba a todas horas, la culpa me abrumaba y, sobre todo, saber que la influencia de mi padre, ese hombre al que tanto despreciaba, me había librado de ir a la cárcel era algo que no podía soportar. Necesitaba escapar, o eso es al menos lo que me decía, aunque con el tiempo me he dado cuenta de que no lo hacía por eso, más bien era porque quería terminar con mi vida, pero era demasiado cobarde para hacerlo. Mi tío, cansado de mi comportamiento, habló con mi padre y ambos decidieron que lo mejor era que me fuera a vivir con él y empezara una nueva vida. Ayudándole en su parroquia encontré un poco de paz, no me había perdonado, nunca lo haré, aun así, la carga era más soportable.

»El tiempo pasó y fue inevitable seguir su camino, tampoco es que tuviera más opciones, acepté mi castigo e incluso creía ser feliz, pero cuando te conocí, me di cuenta de lo errado que estaba. A tu lado me siento vivo, me haces desear cosas que no debo y, aunque he intentado resistirme, no he podido evitar enamorarme de ti, Ricitos. Eres el milagro que pedía en mis peores momentos, la luz que calma mis pecados y la dueña absoluta de mi alma y corazón. Te quiero, Mila, y no quiero que dudes ni por un segundo de mis sentimientos, son lo único verdadero que tengo, aunque sí necesito que entiendas que no soy libre y puede que nunca lo sea.

El dolor que baña sus palabras me abruma, por un lado soy feliz al saber que no le soy indiferente, que mis sentimientos son correspondidos y no una paranoia que haya creado mi mente. Me quiere, y eso tendría que ser suficiente, sin embargo, no es así. No es libre para vivir como desee, no porque sea cura, sino porque los remordimientos le hacen pensar que no puede elegir ni tampoco ser feliz. No tendremos un futuro hasta que se perdone por sus errores, ni un quizá si no corta los hilos que lo unen a su pasado. Todo está en nuestra contra, sin embargo, no soy una persona que se rinda con facilidad y pienso luchar por nosotros y ese presente que tanto merecemos. Me subo en sus piernas y levanto su cabeza para unir nuestras miradas antes de abrirme en canal:

—Jesús, te quiero con tus luces y sombras, con tus fallos y aciertos, te quiero tanto que duele, y aunque he intentado ser solo tu amiga, me ha sido imposible. No te pido un cuento de hadas, un fueron felices para siempre ni un comieron perdices, no necesito nada de eso. Déjame estar a tu lado sin escuchar las dudas, reparos o las supuestas obligaciones que nos rodean. Permíteme quererte, cuidarte y ayudarte, comparte tus cargas y miedos conmigo. Sujeta mi mano y no la sueltes, porque yo no lo haré, estoy y estaré siempre a tu lado.

No le doy oportunidad de contestar, ya ha hablado suficiente, y ahora necesito que sienta lo que yo siento, que crea en nuestro amor y deje de lado todos los problemas que amenazan con separarnos. Uno nuestras bocas para que sean ellas quienes hablen, y ¡vaya si lo hacen!, al igual que nuestros cuerpos, que durante horas se regalan caricias que sanan el alma, reparan y unen pequeñas piezas que estaban destinadas a estar juntas y me hacen soñar con un quizá por el que pienso luchar. La noche da paso al día y agotados nos quedamos dormidos y más unidos que nunca, aunque mis secretos sigan siendo solo míos.



CAPÍTULO 36

JORDINA

Mucha gente me mira escandalizada en cuanto digo que me gustan más los animales que las personas, pero, si vieran todo lo que yo he visto a mi corta edad, seguro que llegarían a la misma conclusión.

Ellos no se dedican a asesinar por placer, lo hacen para poder comer o defender su territorio. No se dedican a extorsionar, manipular o defraudar solo para constatar el hecho de que son más fuertes que tú. No cometen genocidios en nombre de Dios o para posicionarse como la raza suprema que gobierna la Tierra, cuando todos sabemos que esas personas lo único que tienen en sus manos es el manual de la erótica del poder. No incurren en delitos injustificados, ni dañan la vida de inocentes, ni juegan con los sentimientos de las personas.

Se encuentran bien clasificados en una pirámide trófica y, a partir de ahí, se dedican a actuar según las leyes de la naturaleza, sin ambages, sin dobles caras. Todo lo que hacen, al contrario de los humanos, es para sobrevivir, ni más ni menos.

Luego están los animales domesticados por el hombre, que han tenido que adaptarse a nuestros ritmos, carencias y caprichos, a unos seres humanos inestables que hoy quieren una mascota y mañana les estorba. Cuando la ensoñación eufórica pasa, destrozan a esas pobres e indefensas criaturas, las desechan como si fueran basura, las matan de hambre, las maltratan, las utilizan para obtener beneficios y un largo etcétera. En fin, que la lista es larga y tampoco es cuestión de enumerar todos los puntos. Sin embargo, en días como este me sale sola, sacando mis peores instintos a relucir, unos en los que una pira haría una gran función quemando la

maldad con una llama intensa.

Esta mañana la protectora de la zona me ha traído a un perro abandonado a su suerte. Sus costillas marcadas eran visibles desde Cuenca, tenía síntomas de deshidratación y una incisión en la cruz por la que, con seguridad, habían extraído el chip. Por el estado de la herida puedo deducir que no llevaba mucho tiempo en la calle, por lo que también pienso que lo han tenido en casa sin darle prácticamente de comer. El que lo ha hecho no quería tener la responsabilidad de cuidar a un peludito y da la sensación de que quería despojarlo de su derecho a vivir, para después dejarlo tirado en un descampado sin pruebas que pudieran incriminarlo.

No era lo peor que había visto ni de lejos, la mano del hombre puede ser infinitamente más cruel y despiadada, pero no por ello su situación es menos importante. Por suerte, todavía está con vida, aferrándose de forma salvaje a la existencia.

Ahora está descansando, conectado a antibióticos y suero, soplando plácido sobre el colchón de su jaula, complacido por estar lejos de la tortura. Es un luchador, si sale de esta, cosa que por mis santos ovarios hará, lo llamaré Champion, Champi para los amigos, porque eso significará que habrá ganado su batalla contra el ejército de la muerte.

Quiero permanecer a su lado, seguir acariciando su pelaje negro para que sienta que no está solo, que se encuentra en buenas manos. Siento la necesidad de transmitirle todo mi amor para que sepa que no todos somos iguales, que todavía queda un resquicio de humanidad en algunos rincones del globo terráqueo y que le espera un futuro lleno de caricias junto a mí. Porque sí, a este lo adoptaré yo, no consentiré que ninguna otra persona rellene los formularios y se lo lleve a su casa.

Pero Marcela tiene alergia al pelo de los animales... Pues, ¿qué quieres que te diga? Hasta luego, Mari Carmen, y tal día hizo un año. *¿Acaso estás poniendo la adopción de un perro como excusa para dejarla?* No, para nada. Si algo tengo claro es que mi Champi jamás será una excusa o un juguete, creo que ya ha tenido suficiente de eso. Sin embargo, también sé que yo no voy a cambiar por nadie, llámese Marcela, Antonia o Mayelin. Pasé demasiado cuando era niña, estuve en el filo de la navaja y le vi las orejas al lobo. A veces parece que, en vez de estar en la veintena, tenga cincuenta años, pero mi experiencia con la leucemia me marcó para siempre. Ya no estoy para tonterías o para dejar mis instintos, emociones y creencias de lado por otra persona, aunque esta sea un ser maravilloso.

No voy a negar que lo he pasado bien a su lado, el sexo es increíble y ella es todo dulzura, pero, siendo realista, lo nuestro hace aguas por todas partes desde los inicios. Fue un error mío darle coba a algo que sabía que no iba a funcionar, pero fui egoísta porque necesitaba desengancharme de Mayelin. Había utilizado a la médica para probar si era verdad lo del clavo que saca otro clavo, y no me sentía orgullosa de ello, aunque no me servía de nada quedarme anclada en mis acciones un tanto reprochables. Lo hecho, hecho está. Llevaba demasiado tiempo postergando la ruptura bajo el pretexto del volumen de trabajo y lo agotada que me encontraba. Ha llegado el momento de actuar en consecuencia y seguir a mi corazón, ese que me dice que, sintiéndolo mucho, ella no es para mí.

Con cierto alivio por la decisión tomada, me levanto del suelo y me separo un poco a regañadientes del peluchín, aunque por una razón justificada. He quedado con Nati y Valentina para ir al apartamento de Mila, pues cuando ayer se marchó nos dejó muy preocupadas. Sabemos que Jesús la acompañó y ahí se acaba la información que tenemos sobre ella desde entonces. Bueno, de ella y del páter, porque ninguno ha dado señales de vida. Así que, antes de alertar a todos los cuerpos de seguridad del estado, acudiremos al piso de Chocolatina para ver si sigue en el mundo de los vivos. Espero que no le haya ocurrido nada malo y que esté durmiendo la mona

tras una cogerza de campeonato, tal y como le aconsejé.

Me acerco a los pequeños vestuarios que tenemos en la clínica y me cambio de ropa antes de irme. No estaré mucho tiempo fuera, tengo pacientes a los que atender, pero no me gusta pasear el uniforme por la calle. Hay suciedad y bacterias en cada esquina, que podría llevarme al interior y provocar algún daño a los pequeñines que están a mi cuidado.

Cuando ya estoy lista, me encamino hacia la consulta de Julia, la veterinaria que he contratado y con quien estoy pensando en asociarme.

En cuanto asomo la cabeza por la puerta, la espectacular morenaza, que me saca una cabeza, me mira con una sonrisa. Es un pibón, la primera vez que la vi me dieron ganas de meterla en mi cama y pasar la noche lamiendo sus curvas de escándalo. Lástima que Julia no juegue en mi liga y que esté casada con un hombre diez que la lleva en bandeja de oro, tanto a ella como a su hija Mara.

Otro obstáculo es que trabaje para mí, si no lo hubiera intentado. Sin embargo, era una fiel seguidora de «donde metas la cabeza, no comas almeja» —por razones evidentes lo de la olla y la polla no va conmigo—. Menuda fuente de ideas se ha perdido ese refranero español que es tan poco lucidor con mi género y gustos. Quién sabe, igual en un futuro se me ocurre sacar un libro con refranes renovados por mi puño y letra. No sé si tendría muchas ventas, pero unas buenas risas nos íbamos a echar.

—¿Ya te vas? —pregunta mientras se acerca a la puerta.

—Sí, no tardaré mucho, en una hora tengo una cita anotada.

—De todas formas, no vayas con prisa. Si llegas tarde, no te preocupes, ya atiendo yo a Milky.

—Eres un sol, ¿qué haría yo sin ti?

—Volverte loca. Bueno, rectifico, más loca —indica poniendo los ojos bizcos, lo que hace que me dé la risa—. ¿Cómo va el negrito?

—Bien, está descansando. Esta noche me quedaré a dormir a su lado para ver cómo evoluciona.

—Nos quedaremos —afirma Julia con convicción.

—Te lo agradezco, pero tú tienes que ir con tu niña.

—Mi niña tiene un padre, que se lo pasó de vicio fabricándola —contesta con los brazos en jarra y una ceja levantada, haciendo evidente esa garra que tanto la caracteriza—. Pepe tiene dos manos, además de la misma responsabilidad que yo. Entenderá a la perfección que me quede de guardia y Mara también, ya sabes lo que le gusta que su mami salve la vida de los animalitos.

—Es verdad, eres su heroína.

—Lo soy —dice con orgullo—. Ahora mismo lo llamo para decírselo.

—Gracias, preciosa.

Me despido de Julia con un beso en la mejilla y la garganta atorada por la emoción. Tuve una gran suerte al encontrarla, es una profesional dedicada y cariñosa, además de una excelente compañera.

De camino al apartamento de mi amiga, me pongo los auriculares para escuchar a todo volumen la sensual voz de Kylie Minogue. «Padam Padam» aporrea mis sentidos y me lleva a un lugar donde me imagino bailando pegada a Mayelin, rozando nuestros cuerpos, desenfrenadas, alimentando ese brillo de atracción que creí ver una vez en sus ojos, aunque, por lo visto, estaba equivocada. No debería hacerme esto a mí misma, es la situación exacta que le ocurre a Mila con Jesús, y duele cuando los pensamos sin descanso, sabiendo que no los tendremos nunca. Creo que somos unas kamikazes sentimentales, pero las cosas del querer no se pueden controlar.

Al llegar al portal, veo que mi hermana y Nati ya están esperando, con una pose que las hace

parecer dos integrantes de los Power Rangers en misión especial. No tengo muy claro quién es quién, aunque yo, sin duda, me pido el rosa.

Las saludo con un achuchón bien fuerte y cogemos el ascensor para subir hasta la planta donde vive Chokolatina. Sus voces de gallinas descontroladas podrían romper tímpanos ahora mismo, así que las hago callar antes de salir, pues puede que Mila esté durmiendo y se lleve un susto de mil demonios al escuchar el cacareo. Parece mentira que la joven del grupo deba ser su voz de la conciencia.

Introduzco la llave en la puerta, esa que mi amiga me dio para las emergencias, al igual que yo le di una de mi casa, y abro despacio por si se quedó dormida en el sofá, encontrando una estampa que me deja con los ojos como platos. Digamos que Mila está envuelta en unos brazos, aunque no son los de Morfeo, ni tampoco los del poli cañón, sino los de Jesús, la última persona que esperaba haciendo la posición del misionero con ella. Aunque si lo pienso bien, le va como anillo al dedo al sacerdote.

Están tan enfrascados el uno en el otro, diría que haciendo un reconocimiento exhaustivo de los empastes del compañero, que no se dan cuenta de que estamos en la puerta. Hasta que Valentina, que no se caracteriza precisamente por su discreción y paciencia, cierra de un portazo de esos que hacen rebotar las paredes de tu cerebro. En cuanto escuchan el ruido, los amantes se separan al instante, con una cara de susto que parece hasta cómica.

—¡Ay, Señor, Señor! —grita Nati santiguándose con guasa y tapando su boca con una mano para que no vean que se está riendo lo más grande.

Creo que ha estado a un tris de sacar la colección de estampitas de su monedero y tirárselas por encima como si fueran billetes, por lo menos tendría un motivo para usarlas. La entiendo, a mí me ha faltado poco para aplaudirlos y cantar alabanzas a la lujuria.

—¿Se puede saber qué coño es esto?! —Sí, lo has adivinado, el azúcar de Valentina ha salido a borbotones.

—A ver, Pecosita, creo que está bastante claro. Al menos tú deberías saberlo, sobre todo después de tener a Yadira. Porque, sabes que los niños no vienen de París, ¿verdad? ¿Y que no los envuelven en telas de la Fashion Week para que los transporten las cigüeñas?

—Jordina, no es el momento de ponerse en modo «Club de la comedia», ¿no te parece?

—Es para quitarle hierro al asunto, Valentina, que te escandalizas por nada.

—¿En serio esto te parece nada? —cuestiona señalando a Jesús y Mila, que seguro que están pidiendo con la mente a Satanás que abra un agujero en el suelo, porque lo de clamar al Cielo me parece fuera de lugar en esta tesitura.

—Pues sí, la verdad. Los pobres solo nos estaban regalando una versión moderna del «Pájaro espino». Y menudo pájaro, todo hay que decirlo.

En cuanto señalo el bulto que se marca en el bóxer que luce Jesús, este se pone un cojín encima para taparse, a la vez que sus mejillas se encienden por la vergüenza que siente. Sin embargo, debía decirlo, que no me gusten los hombres no quiere decir que no sepa admirar su anatomía, y el cura, además de estar como un tren, está dotado con un monumento. Si yo fuera tío, y tuviera eso entre las piernas, le haría su propio pasaporte y puede que hasta una fiesta de cumpleaños aparte de la mía.

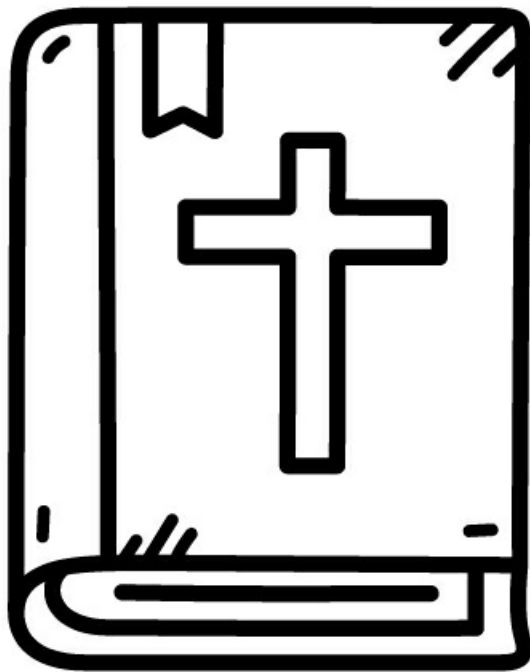
—¿Qué hacéis vosotras aquí?! ¿Por qué entráis sin llamar?! —brama Mila con el ceño fruncido, exhibiendo sin pudor su bonito cuerpo enfundado en lencería de encaje.

—Pues mira, estamos haciendo una recolección de dinero para Cáritas diocesana, ¿no te jode!

Nati y yo comenzamos a reírnos a carcajadas por la ocurrencia de mi hermana, algo que nos vale una mirada asesina con promesa de desmembramiento incluida, aunque no le hacemos ni

caso. Valentina dirá que no es momento para bromas, pero cuando se pone chula le salen los mejores chascarrillos.

Llegados a este punto, creo que tenemos dos opciones: o nos largamos por donde hemos venido, dejamos que la pareja folle tranquila y aquí paz y después gloria, o nos sentamos para mantener con ellos una absurda conversación sobre los pros y los contras de tener sexo con un clérigo. Y, por la cara que está poniendo Valentina, creo que va a ser la segunda.



CAPÍTULO 37

JESÚS

Tierra, trágame. Eso es lo primero que he pensado en cuanto he visto a nuestras amigas paradas en la puerta. Nati y Jordina parecían divertidas, mientras Valentina daba la sensación de estar creando una estrategia con sus otros tres colegas del apocalipsis. Sin duda, ella es Guerra. Hasta Mimitos, que estaba tumbado en su sillón favorito, mirándonos con esa intensidad gatuna que no sabes si significa «paso de ti, humano» o «voy a aniquilar el mundo», ha huido con el rabo erizado al escuchar el portazo.

Además, no he podido evitar que a mi memoria acudiera la imagen de mi amiga como voz de mi conciencia, tampoco la casi coincidencia entre la frase que me dijo y la que ha expresado la Valentina de carne y hueso nada más vernos. A ver si ahora va a resultar que tengo premoniciones, si esto continúa tendré una charla con Maritza, puesto que ella es una institución en el tema. ¡Quién sabe!, igual hasta me tiene que dar su apellido.

Lo sé, estoy teniendo pensamientos vagos, disparatados, pero es que esta situación me ha pillado con el pie cambiado. Estábamos tan concentrados en nosotros, las sensaciones producidas por nuestros encuentros, las charlas mantenidas para emprender una comunicación activa y que ya no hubiera casi muros que escalar, que nos olvidamos por completo del mundo exterior. Ni teléfonos, ni ruido de fondo, ni correos, tampoco televisión. Un vacío absoluto dentro de una burbuja que actuaba como aislante.

Al tener ayer y hoy libres, porque había programadas unas misas en inglés que corrían a cargo de otro sacerdote, perdí por completo la noción del espacio y el tiempo. De hecho, estoy

recordando que quedé con Juan a primera hora de esta mañana y que no he acudido a mi cita. Seguro que tengo un millón de mensajes de él preguntando dónde estoy y una serie de lindezas que no sé si tengo el cuajo suficiente como para leer en estos instantes. Lo llamaré más tarde para pedirle perdón, puede que me toque arrastrarme, porque el niño tiene ese punto entre cabezón y orgulloso, pero me perdonará. Igual tengo que trabajar bien ese perdón con, por ejemplo, el pago de un viaje, aunque no me importa, haré lo que sea necesario.

Ahora, muy a mi pesar, debo quedarme aquí y aguantar el chaparrón que me espera. Me encantaría irme, para qué me voy a engañar, sin embargo, no sería muy honroso por mi parte dejar sola a Ricitos. A fin de cuentas, esto que hemos experimentado lo hemos llevado a cabo entre los dos.

—Sé que tenemos que hablar, pero ¿me permitís al menos vestirme? —pregunto a las tres, que ya están acomodando unas sillas frente al sofá para sentarse.

—¿Ahora vas a andar con remilgos? Hace unos minutos no parecías tan angustiado con tu desnudez.

—¡Valentina! —objeta Mila con los puños apretados a cada lado de su cuerpo.

—Gente, ¡haya paz! —interviene Jordina, que parece la voz de la razón en este contexto—. Id a poneros algo de ropa, nosotras os esperamos aquí, aunque, bajo mi punto de vista, me parece una pena tapar esos cuerpos —continúa jocosa.

Como el pistoletazo de salida en una carrera, Ricitos y yo nos dirigimos raudos al dormitorio, donde nuestras prendas descansan en el suelo, guardianas del secreto de nuestras caricias. En cuanto estamos arreglados, nos paramos un segundo para conectar nuestras miradas. Agarrados de las manos, nos damos, sin mediar palabra, la fuerza que necesitamos para afrontar lo que está por venir. Ambos sabemos que no es solo aquello que nos espera en el salón, pues el escándalo será sonado cuando se sepa que el cura ha dejado los hábitos por amor. No obstante, no me importa, afrontaremos las consecuencias juntos.

Veo que lo tienes muy claro. Sí, vieja amiga, lo tengo cristalino. Sé que le prometí a mi tío meterme en la carrera de fondo para alcanzar el Vaticano, no obstante, no puedo seguir anteponiendo la razón a mi corazón, ni tampoco dejar que el dolor ocasionado por el pasado me corte las alas. No voy a negar que hay una parte de ser sacerdote que me ha gustado, en concreto esa en la que te acercas a la gente e intentas aliviar su dolor o ayudar a los que más lo necesitan.

Aunque, siendo sincero, nunca creí mucho en Dios, pues es una figura abstracta que la razón no puede comprender, y no sé si a día de hoy, con todo lo que he estudiado, lo hago. Es decir, creo en mi interpretación de muchas de las cosas que están escritas en las sagradas escrituras, pues son como un reflejo de mis propias convicciones, pero hay otras a las que todavía me cuesta darles crédito. Al fin y al cabo, yo no me metí al seminario porque quisiera tener un cometido relacionado con el clero, lo hice por una carambola del cruel destino. Menos mal que me dio por estudiar otra cosa y me saqué la licenciatura en Derecho. Al menos ahora tenía un plan b al que poder aferrarme, dedicarme a una profesión que me gusta y seguir ayudando a la gente.

—Siento lo de ahí fuera —dice Mila con la tristeza tiñendo su encantadora voz—. No se me ocurrió que Jordina podría usar la llave justo hoy.

—La culpa no es tuya ni de nadie, Ricitos. Tarde o temprano se sabría. —Aprieto sus manos y sonrío con la intención de calmarla—. Además, es normal que hayan venido a comprobar si su amiga está bien después de lo que ocurrió ayer.

—Son unas alcahuetas.

—Yo no pienso eso, más bien se preocupan de verdad por tu bienestar y felicidad. No son solo unas amigas, son tu familia, una que has elegido y que hará lo que esté en sus manos para

apoyarte y acompañarte.

—Sí, vale, pero ya podrían haberse preocupado otro día.

Me entra la risa por la cara de indignada que pone, parece una niña a la que otro niño le ha quitado su juguete favorito. Supongo que a ella le ha fastidiado tanto como a mí la explosión repentina de la pompa que nos cubría; sin embargo, no es momento de lamentarse, sino de encarar con determinación los siguientes pasos.

—Venga, Ricitos, respira hondo y quita esa cara de fastidio.

—¡Ahora me vas a decir que me hace parecer fea!

—Tú no serías fea ni queriendo.

Ahí está, la sonrisa deslumbrante que esperaba. Creo que he conseguido que se tranquilice un poco.

Cogidos de la mano atravesamos el corto pasillo que hay desde la habitación hasta el salón, que se encuentra demasiado silencioso. Ante nosotros, aparecen nuestras amigas con la misma tónica que al principio: Nati y Jordina sonriendo, Valentina con el ceño fruncido. No sé si mi conexión con Dios se ha roto por mis actos impuros, pero voy a rezar para que no me arranque el corazón con las manos. En verdad, tiene pinta de poder hacerlo, como una versión de la reina malvada en Ibiza.

Sin soltarnos, nos sentamos en el sofá frente a las juezas que impartirán justicia, y pienso que tenemos suerte de que dos de ellas estén, en apariencia, de nuestro lado. Así evitaremos la pena capital.

—¿En qué estabas pensando, Jesús? —comienza Valentina en un tono que no admite opción a réplica—. Ah, no me lo digas, no pensaste, ¿verdad?

—Lo cierto es que no he parado de darle vueltas en el último mes.

—Ah, ¿sí? ¡¿Acaso has meditado sobre tu maldito voto de castidad?!

—Veo que, por tu pregunta, asumes que todos los componentes de la institución eclesiástica cumplen los votos a rajatabla.

—Mira por dónde, parece que el cura tiene ganas de bromear. ¡No me refiero a eso y lo sabes! —exclama con una voz que va subiendo por momentos—. Me da igual a quien te folles, por mí como si te dedicas a salir todas las noches a ligar con mujeres, pero no con mi Chokolatina.

—¿Por qué conmigo no, Pecosa?

—Las consecuencias, Mila. Nosotras no diremos nada, somos una tumba, lo que ha ocurrido aquí se quedará entre estas cuatro paredes, sin embargo, hay ocasiones en las que los rumores corren como la pólvora. Si esto se llega a saber, él, como el sacerdote respetado que es, recibirá un tirón de orejas y quedará impune. No obstante, a ti te harán la vida imposible, serás la buscona, la tigresa que ha seducido a un pobre hombre de Dios. Te convertirás en Lilith.

—Valentina, escúchame —apunto para que centre toda su atención en mí—. No voy a negar que será más duro para Mila que para mí. Por desgracia, esta sociedad continúa siendo machista, sigue existiendo cierto pensamiento de que las mujeres son el detonante de todos los males, además de bastante hipocresía. Pero esto no ha sido un encuentro de una noche para saciar mis ganas y después si te he visto, no me acuerdo.

—¡Venga ya, Jesús! ¡Eres cura, coño! ¿Qué otra cosa podría ser? —interroga Valentina, aunque una vez más no me deja meter baza—. Una cosa te voy a decir y espero que se te quede bien grabada en ese cerebro privilegiado que tienes. ¡A mi Chokolatina no la vuelves a tocar!

—Madre mía, Pecosa, pareces un padre del siglo XVIII pidiendo una compensación por el ultraje a una de sus hijas —interviene Jordina, que se está riendo sin restricción.

A ella parece no importarle que su hermana la esté mirando como si le quisiera mandar las

diez plagas de Egipto de una sola tongada.

—¿Acaso yo no tengo nada que decir? —declara Mila, que se ha levantado dispuesta a presentar batalla—. De verdad que no te entiendo, Valentina. En vez de estar contenta porque tu amiga haya encontrado el amor, te comportas como si hubiéramos cometido el mayor de los pecados. Justo tú, que no habías dejado a tu novio y ya estabas roneando con otro. Y en ese momento, todas te dimos nuestro apoyo y nos alegramos por ti. Todas te animamos a darle una oportunidad a Yotuel, a darte una oportunidad a ti misma.

—Pero no es lo mismo, Chokolatina.

—¿Y por qué?, si puede saberse.

—Porque Jesús no va a dejar la Iglesia —contesta nuestra amiga como si fuera un secreto a voces.

—¿Quién ha dicho que no?

En cuanto lanzo la pregunta, un silencio se apodera de la estancia. Las chicas se han quedado estupefactas, incluida Mila, con la que no he tenido la oportunidad de hablar aún para expresarle lo que haría a continuación, entre otras cosas, porque yo mismo lo he sabido hace tan solo unos minutos.

—¿Vas a dejar el sacerdocio por Chokolatina? —pregunta Nati, en cuyo rostro comienzan a apreciarse unas pequeñas lágrimas. Yo me limito a asentir, creo que ya hemos hablado suficiente—. ¡Oh, eso es muy bonito!

—Sí que lo es, joder. —Vaya, Jordina también ha caído en el llanto. El salón se ha convertido, de repente, en el escenario de una telenovela de los noventa.

—¿Es verdad que lo vas a hacer? —interroga Valentina todavía con dudas.

—Por supuesto —aclaro para que no quede un resquicio de sospechar lo contrario—. Tú dices que no lo he pensado, casi como si fuera un depredador que salta sobre su presa sin valorar el desenlace, cuando lo cierto es que no he parado de darle vueltas. —Giro mi cuerpo para quedar de frente a Ricitos, pues deseo expresar los sentimientos que ella remueve en mi interior—. Mila ha sido la única testigo de mis idas y venidas, la persona que ha aguantado con estoicismo mis recelos y mis faltas. Pero ya no puedo continuar con la farsa de vida que llevo, no quiero negar por más tiempo lo que siento por ella. Mila es el faro que ilumina mi camino hacia el puerto, un lugar seguro donde el mar está calmo y el horizonte me arroja con la ayuda del fulgor de una luna pletórica.

—Por favor, ¡déjalo ya, no puedo más! —susurra Nati con las compuertas en pleno funcionamiento—. Estaremos a vuestro lado, no os preocupéis por nada, juntos resolveremos todo esto y saldremos victoriosos —concluye entre hipidos y una sonrisa que le ilumina la cara.

Abrazo a Mila, que también está emocionada, y doy un gracias silencioso a nuestras amigas. Me siento feliz porque ellas formen parte de mi vida, por algo se dice que «quien tiene un amigo, tiene un tesoro».

—Valentina, ¿estás llorando? —cuestiona Jordina en un tono entre la burla y la sorpresa.

—Se me ha metido algo en el ojo, solo es eso.

Arrancamos a reír, aligerando el ambiente cargado que nos envolvía hasta hace unos minutos. Ella es así, genio y figura. Jamás admitirá que está conmovida y, a veces, tiene un carácter de mil demonios, pero la quiero igual, con sus defectos y virtudes. Además, nunca olvidaré que fue la primera persona que me recibió con los brazos abiertos al llegar a Ibiza.

Sin saber muy bien cómo dar los siguientes pasos, aunque más aliviados, terminamos la charla y nos dirigimos a comer al Viva Cuba, un lugar lleno de magia que calienta nuestros estómagos a la par que nuestros corazones.



CAPÍTULO 38

MILA

Tengo asumido que si soy más desgraciada no nazco, es algo que asimilé hace años cuando si algo podía ir mal, en mi caso lo hacía a peor; cuando por mucho que me esforzaba por encajar, jamás lo conseguía o cuando todos mis sueños caían en saco roto. Como me decía mi abuela: *Hay gente que nace con estrella y tú, lo hiciste estrellada*. Quizá por eso me cuesta tanto creer que pueda tener una posibilidad con Jesús, no porque no crea sus palabras al afirmar que luchará por nosotros, más bien es que no creo en mi suerte y yo solita ya me preparo con antelación para cuando venga la hostia que termine dándome la razón.

Reconozco que soy una ceniza llena de dudas y ni el apoyo de mis amigas, sobre todo por parte de Valentina, que cuando nos ha pillado en plena faena por poco desata el Infierno en la Tierra sin despeinarse y que tras escuchar a Jesús, ha terminado dándonos su bendición, consiguen quitarme el mal presentimiento que me rodea. Lo sé, no tengo remedio, pero cada uno tiene sus propias taras y esta es la mía. *Bueno, no seas modesta que tienes una lista infinita a tus espaldas*. Mucho estaba tardando la niña en dar la puntilla que nadie le ha pedido, es que ni con tres orgasmos de película se calla, aunque de poco le sirve, porque la ignorancia es una de mis virtudes y con ella lo bordo.

Tampoco me ayuda no tener ninguna noticia ni llamada desde que entraron en casa de mis madres, podría pensar que todo ha terminado y que al no encontrar lo que buscaban, ya que no tengo nada, solo lo que vi esa maldita noche, se han cansado de mí. Pero no soy idiota y tengo claro que algo traman y, antes o después, vendrán en mi búsqueda. ¿Por qué estoy tan segura de

eso? Pues porque conozco demasiado a Judas y no me dejará marchar sin obtener lo que desea, aunque no tenga ni idea de lo que es.

Por no comentar que debo hablar con Víctor y explicarle lo sucedido en estas horas, bueno, mejor dicho, desde que nos conocimos. Él ha sido sincero desde el principio, un cielo y muy generoso conmigo; no obstante, yo no he actuado bien y no se lo merece. Sé que no tenemos nada serio, tampoco nos ha dado tiempo, aun así, no tendría que haberle ocultado mis verdaderos sentimientos, ni hacerle tener unas esperanzas que sabía que no podría cumplir. Por todo esto, me siento como una olla a punto de explotar, pero una vez más, me guardo mi agobio e intento disimular luciendo mi mejor sonrisa.

En el Viva Cuba nos espera el resto de nuestra particular familia y, como siempre, la diversión está asegurada. Las hermanas de Yotuel no dudan en meterle caña a los chicos mientras estos aguantan con paciencia infinita el chaparrón, y aunque Maritza intenta interceder, cuando las Cruz se unen no hay quien las pare, por eso decide centrarse en Jasper y en las muestras de cariño que le regala.

Mis loquitas van a lo suyo, lo mismo las ves hablando como lerdas para hacer reír a las princesitas, como se ponen a bailar o discutir entre ellas. Jesús y Nicolás hablan de forma tranquila, demostrando de nuevo que son los más centrados del grupo, y eso que el abuelo del año de normal tiene poco. No conozco a nadie con más facilidad para enseñar sus atributos al resto del mundo, aunque hay que admitir que con su edad —esa que nadie sabe y él se niega a confesar— está de muy buen ver.

Los observo a todos y vuelvo a sentirme muy afortunada de tenerlos a mi lado, ojalá mis madres estuvieran aquí para que mi felicidad fuera completa. *Iba a callarme, pero, chica, me lo pones en bandeja, esa felicidad que buscas y deseas solo la encontrarás cuando seas sincera y enfrentes las cosas. ¡Que no aprendes ni a base de polvos, Milagritos!* Y que no se calla, ¡qué cruz! y no la que llevaba Jesús a cuestras, el de la Biblia, no Ojazos, que mi chico lleva otras cosas muy bien puestas.

—Ese brillo en tu mirada solo puede significar una cosa, aunque tu cara de seta dice todo lo contrario —interrumpe mis disparates mentales Caridad, que sigue analizando mi expresión.

Ella no es la típica abuela que todo el mundo espera, no solo porque tiene más marcha que un grupo de quinceañeras juntas y una mentalidad que muchos quisieran, es que tiene algo que la hace especial. No digo que tenga poderes ni nada parecido, que no es la nueva bruja Lola y a la menor oportunidad te pone dos velas negras. Pero sí creo que puede ver o sentir lo que otros somos incapaces, por eso su intensa mirada siempre consigue ponerme de los nervios.

—No sé de qué me hablas, Caridad —intento poner mi mejor cara de póquer, aunque por su sonrisa presiento que solo estoy perdiendo el tiempo.

—Ya te lo explico yo, negrita. Tu mirada cuenta que has visto todas las estrellas del firmamento y eso solo lo consigue un orgasmo en condiciones; sin embargo, tu cara refleja preocupación y podría decir que incluso miedo. Por lo tanto, o ese hombre empezó bien y terminó siendo un fraude, que por desgracia todas hemos conocido uno así, o todo lo que atormenta tu mente y que nada tiene que ver con él lo está haciendo con tu felicidad, y de ahí tu estado.

¡Minipunto y punto para la bruja! Ni yo lo habría explicado tan bien y eso que la buena mujer no lo sabe todo, que de ser así te da un repaso que ni el cura. Pero ¿por qué no se calla? Necesito encontrar el botón para desconectarla o terminará por volverme loca, y para mejorar el momento, tengo a Caridad psicoanalizándome.

—Solo estoy cansada y...

—Y no intentes mentirme, soy muy lista para caer en esos juegos. Mira, fiñe, todos sostenemos una pesada mochila a nuestras espaldas y creemos ser capaces de poder con ella. Está bien como pensamiento, aunque la realidad es muy distinta, tienes a tus amigos como ejemplo. En su día Kalevi optó por no hablar y permitió que su pasado estropeará todo lo que tenía con Nati, la pelirroja no lo hizo mejor y, cuando debería haber hablado con mi chama para juntos luchar contra esos desgraciados, decidió huir y hacerlo sola. Ellos tuvieron suerte y arreglaron las cosas que su cabezonería y miedo habían malogrado, pero no siempre es así, negrita. Tienes a muchas personas a tu lado, no las apartes, los necesitas para detener el mal, ese que no solo viene de tu pasado.

Sus palabras me hacen pensar, nunca he querido que nadie de mi entorno sufra por mi culpa, tampoco dejar que otros luchen mis batallas, no porque me crea superior, más bien es por evitar daños colaterales. Aunque escuchándola me doy cuenta de que con mi silencio les puedo hacer más daño e incluso perderlos, algo que jamás me podría perdonar. Además, ese mal del que habla, y que no entiendo, consigue asustarme más de lo que ya estoy.

—Tengo miedo —admito por primera vez desde esa noche que cambió todo mi mundo.

—Es normal, cariño, aunque ahora debes decidir si enfrentarlo sola o rodeada de todos los que te quieren. —Acaricia mi mejilla con cariño y me deja sola para que pueda poner en orden mis ideas.

Llevo meses intentando encontrar información sobre esas personas, elaborando un plan que hace aguas por todas partes y estrellándome una y mil veces con la misma pared. Sola no conseguiré nada y la advertencia de Caridad no hace más que confirmarlo, ya va siendo hora de contarles la verdad a todos y dejarme ayudar. *¡Aleluya! Un año has tardado en entender las cosas, aunque más vale tarde que nunca, bonita.* Mi querida voz de la conciencia —entiéndase con mucha, muchísima ironía— vuelve a hacer acto de presencia, sin embargo, esta vez estoy de acuerdo con ella, espero que no se acostumbre, me gusta demasiado llevarle la contraria.

Mi teléfono suena y veo el nombre de Víctor en la pantalla, dando el pistoletazo de salida a mis remordimientos.

—Hola, preciosa, siento no haberte llamado esta mañana, la noche se complicó demasiado.

—No te preocupes, tu trabajo es lo primero y ya sabemos que los malos nunca descansan. Estamos en el Viva Cuba, ¿puedes venir?

He decidido hablar y él es quien más puede ayudarme, además, cuanto antes aclarar las cosas entre nosotros, mejor, me gustaría que siguiéramos siendo amigos y para eso debo ser sincera.

—En veinte minutos estoy allí, por cierto, me muero de ganas por besarte. —No me da opción a responder y cuelga.

Mejorando las cosas, claro que sí, ¿por qué mi vida parece un jodido culebrón? Que solo quiero ser cantante, estar con mi hombre ideal, ese que lleva sotana y alzacuellos, tener la casa recogida, que Mimitos deje de bufar cada vez que me ve y comer chocolate a todas horas. No pido tanto, entonces, ¿por qué me toca tanto las palmas el puñetero karma? Otro misterio más sin resolver en mi entretenida y caótica vida.

Para calmar mi estado de nervios, que tiemblo más que un chihuahua sin jersey en pleno Polo Norte, acepto el mojito que Mayelin me ofrece. No es la mejor idea del mundo, lo tengo claro, tampoco es que sea famosa por tener ideas brillantes, pero o pillo un puntillo que me dé el valor para soltar la bomba o me voy nadando a Escocia y hago que Nessie me adopte, lo mismo terminamos siendo inseparables.

—¿Estás bien, Ricitos? Desde que salimos de tu casa estás ausente y demasiado pensativa.

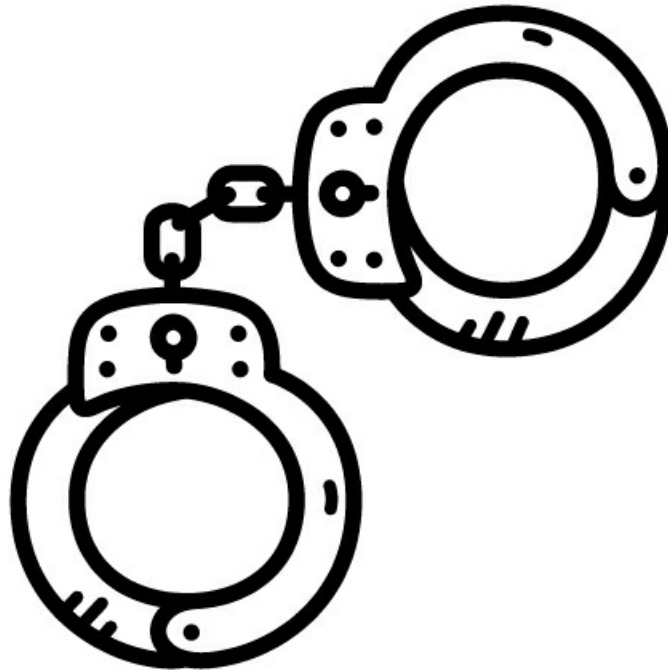
Podría engañarle y contarle una de las muchas películas que me monto yo sola en mi cabecita,

aunque no lo engañaría, me conoce demasiado bien.

—No, no estoy bien, Jesús, tengo que contaros algo y, la verdad, no sé cómo hacerlo. —Me acurruco entre sus brazos para sentir su fortaleza y evitar que vea cómo mis ojos se humedecen.

Su abrazo me llena de paz, me calma y da fuerzas, es con él con quien quiero compartir mi carga, quien anhelo que sujete mi mano a cada instante y me haga feliz hasta mi último suspiro. Es todo lo que siempre deseé, mi sueño hecho realidad, y no voy a permitir que nada ni nadie lo destruya, ni siquiera yo y mis miedos.

Así es como nos encuentra Víctor y puedo notar el segundo exacto en que su corazón se parte. Sale del local y, apartándome de Jesús, que no se ha percatado de nada, salgo en su búsqueda, es hora de aclararlo todo.



CAPÍTULO 39

VÍCTOR

La noche había sido una pesadilla, no solo porque no podía dejar de pensar en Mila y las palabras de Jesús, sino que, además, parecía que todos los maleantes de la ciudad estaban decididos a desplegar sus encantos en mi turno. Tres intentos de robo, cinco agresiones y dos accidentes causados por la nefasta combinación de las drogas y el alcohol eran los responsables de que las horas se alargaran más de la cuenta. Ya tendría que haber salido, pero el papeleo y la preparación de un nuevo operativo me mantenían todavía en la comisaría.

Adoro mi trabajo, siempre ha sido mi prioridad, no me importa hacer horas extras, doblar turnos o realizar guardias al resto de mis compañeros, sobre todo, después de Patricia, aunque, siendo sincero, cuando estaba con ella, tampoco era muy diferente. Sin embargo, hoy no dejo de mirar el reloj, deseando marcharme para disfrutar de unas horas al lado de Mila. Necesito besar esos labios carnosos que son una delicia, acariciar ese cuerpo creado para el pecado, escuchar su risa y disparates, perderme en su locura y, si ella quiere, que nuestro deseo nos lleve al paraíso.

Una hora más tarde, mi superior por fin nos deja marcharnos a casa, van a llegar semanas complicadas y debemos estar preparados, por eso nos obsequia con unos días libres que pienso aprovechar, ya que no sé cuándo volveré a disfrutar de un descanso en condiciones. Después de despedirme de mis compañeros y soportar sus bromas por mi extraño comportamiento y, según ellos, cara de bobalición llamo a Mila, que se encuentra en el Viva Cuba, y no dudo en acudir a su encuentro. La he notado rara, su voz no desprendía esa chispa tan característica en ella, aunque

supongo que serán paranoias mías debido a las largas horas de trabajo.

En una de las calles me encuentro con Gian cargado con sus flores, lo conozco desde que llegó a la isla con sus padres, escapando de su India natal. Es un buen chico que no se mete con nadie e intenta ganarse la vida lo mejor que puede, trabajando en todo lo que encuentra y ayudando a todos los que lo necesitan. Decido comprar unas rosas para las chicas, en agradecimiento por lo bien que me han tratado, y un ramo para Mila, que espero que la haga sonreír. Aunque nada más despedirme de Gian, las dudas me carcomen, apenas nos conocemos y puede que este detalle no le guste, que sea alérgica o que odie las flores y termine metiendo la pata hasta la ingle. Nunca he sido detallista, ni mucho menos indeciso, pero ahora mismo me siento como un niño pequeño incapaz de elegir entre dos opciones.

Así, entre dudas y bastante nervioso, llego al Viva Cuba, me tomo unos segundos en la puerta para calmarme y recuperar al tío seguro y capaz que se supone soy, pero no lo consigo, y, antes de que termine deshojando las rosas o tragándomelas una a una, entro al local con la cabeza bien alta y los latidos de mi corazón retumbando con fuerza en mi interior. Ese mismo que se rompe en mil cachitos cuando veo a Mila en los brazos de Jesús y cómo sus caras y, sobre todo, sus miradas reflejan el amor que jamás podrán sentir por nadie más. No sé el tiempo que paso observándolos, ni cuándo las flores han desaparecido de mis manos o el mundo ha decidido abrirse bajo mis pies, solo puedo ser consciente de lo idiota que he sido y de lo mucho que ambos deben de haberse reído a mi costa.

Pensaba que ella era diferente, sincera, auténtica y especial, que podíamos tener una oportunidad, ¡joder! Que he llegado a imaginarme con casa adosada, monovolumen, niños, perro e incluso un gato. Soy un gilipollas con todas las letras, me creo un tío listo y solo soy un tonto con placa al que usan para pasar un buen rato. Antes de perder los papeles y montar un escándalo que tendría nefastas consecuencias, salgo del restaurante tragándome la rabia y las lágrimas, las cuales ya inundan mis ojos. Necesito llegar a mi casa, esconderme y lamer mis heridas, después me colocaré una coraza de titanio que impida a alguien volver a dañarme.

—Víctor, espera.

La voz de Mila suena a mi espalda, pero no me detengo, no puedo hacerlo o terminaré rompiéndome delante de ella y es algo que no puedo permitir.

—Víctor, por favor, para, ¡déjame que te explique!

Se coloca frente a mí impidiéndome continuar, sus ojos están tan humedecidos como lo estarán los míos y la culpa que baña su rostro me rompe un poquito más.

—Las explicaciones sobran después de lo que he visto, Mila. Estás enamorada de Jesús, al igual que él de ti, lo único que no entiendo es ¿qué pinto yo en esta historia?

—Quería que esta conversación fuera diferente y...

—Ya ves, hay veces que las cosas no son como deseamos, no hace falta que me lo digas, lo he comprobado hace unos segundos.

Noto como mis palabras le duelen, aunque no me importa, más me ha dolido a mí su engaño. Sé que habla mi parte herida, mi orgullo e incluso los celos, pero no puedo evitarlo. Mila asiente con la cabeza y, con sus ojos clavados en los míos, comienza a hablar:

—Llegué a Ibiza con una mochila muy pesada a cuestas, pensaba que marcharme de Altea solucionaría mis problemas y podría comenzar una nueva vida junto a mis amigas —aparta la mirada guardando silencio durante unos segundos, callando más de lo que parece y despertando mi vena protectora—. El primer día que puse un pie en la isla conocí a Jesús, te podría decir que fue un flechazo, que mil mariposas revoloteaban en mi estómago o que Cupido atinó con sus flechas, pero todo eso no fue nada comparado con lo que sentí. Aunque, para mi desgracia, todos

mis sentimientos eran algo imposible, un sueño que jamás se cumpliría, puesto que el hombre del que estaba prendada era cura. Los días pasaron, al igual que las semanas y los meses, nos hicimos amigos, prácticamente inseparables, y con cada instante que compartíamos mis sentimientos aumentaban; sin embargo, debía mantenerlos en silencio, porque pensaba que él no sentía lo mismo por mí y eso me destrozaba.

Una lágrima escapa bañando su mejilla, no debería afectarme, pero no soy de piedra y Mila despierta mi lado más humano, por lo que, con toda la dulzura de la que soy capaz, acerco mi mano para limpiarla. Ella me mira agradecida y me regala una tímida sonrisa en sus labios que me hace entender que, pase lo que pase entre nosotros, nunca podré odiarla.

—El día que te conocí me había prometido olvidarlo como hombre y dejar ese amor platónico que sentía para las películas ñoñas. Fuiste mi salvavidas y de forma egoísta me aferré a ti. Te juro que esa noche que compartimos fue nuestra, era contigo con quien quería estar y ojalá me hubiera enamorado de ti, ojalá tuviéramos una oportunidad, porque eres un hombre que merece la pena, con el que cualquier mujer lo tendría todo y su corazón estaría seguro, cuidado y protegido. Pero mi corazón tiene dueño y contra eso no puedo luchar, Víctor, te juro que lo he intentado y de nada ha servido. Amo a Jesús de una forma que no entiendo, de una forma que duele y que no puedo evitar. Siento no haber sido sincera contigo, siento todo el daño que he podido causarte, aunque quiero que tengas claro que en ningún momento he jugado contigo ni he querido usarte, yo solo... —No puede continuar hablando, ya que rompe a llorar sin consuelo.

Me destroza verla tan abatida cuando en nuestros encuentros ha sido pura energía, cómo la oscuridad la envuelve cuando ella es toda luz, me jode, y nadie sabe cuánto, sobre todo, ser una parte responsable de su dolor. Siendo sincero y analizando las cosas, Mila nunca me dio esperanzas o falsas ilusiones, solo compartimos unas horas en las que su sola presencia me dio ganas de vivir, disfrutar y de volver a querer enamorarme. He sido yo quien vio en ella todo lo que siempre he deseado, fui yo quien se ilusionó y creyó ver más de lo que había en realidad. No puedo culparla por no sentir, no puedo reprocharle nada.

—¡Ven aquí, preciosa! —Acorto la pequeña distancia que nos separa y rodeo su cuerpo con el mío.

No puedo evitar aspirar su aroma, ni besar sus alborotados rizos en un intento por calmar su sufrimiento, tampoco puedo controlar a mi corazón que late desbocado, ni sentir envidia de Jesús, porque es un jodido afortunado, pues tiene el amor sincero y sin reservas de esta maravillosa mujer. Solo espero que no le haga daño o, de lo contrario, su vida será un maldito infierno y de eso pienso encargarme yo.

Pasamos unos minutos abrazados, que me saben a gloria y que disfruto, por mucho que sepa que no está bien.

—¿Serás capaz de perdonarme algún día? —me pregunta mirándome con esos ojos color chocolate que reparten bondad a raudales.

—No podría enfadarme contigo ni queriendo, Mila, eres demasiado especial.

—Pero antes tú...

—Antes no pensaba con claridad ni estaba siendo justo contigo, entre nosotros no había nada serio o estable, nos estábamos conociendo y no voy a negarte que me encantaría tener un todo a tu lado, sin embargo, sé ver una derrota a tiempo. Tu corazón tiene dueño, aunque no pienso rendirme.

Una cosa es que no vaya a meterme en medio y otra muy distinta es que me retire sin pelear. Que puedo ser bueno como un cacho de pan y también cabrón como el que más.

—Solo puedo ofrecerte mi amistad, Víctor.

—Es todo lo que necesito —miento, porque decirle la verdad le haría daño, y decido cambiar de tema—. Bueno, amiga, ¿vas a contarme qué ha cambiado entre Jesús y tú?

Como esperaba, es oír el nombre del jodido cura y su mirada se ilumina, su sonrisa se hace sincera y yo me muero de celos. Emocionada, me relata todo lo acontecido en estas horas. Tengo claro que se salta algunas partes y es algo que agradezco, no estoy preparado ni creo que nunca lo esté para oír cómo la ha llevado al orgasmo, vamos, ¡ni de coña! Hay líneas que es mejor no cruzar, ni conversaciones escuchar.

—Espero que sea verdad y luche por ti, Mila, de lo contrario siempre puedo romperle las piernas.

—Jamás harías algo así, eres de los buenos, ¿recuerdas?

Si supiera todo lo que pasa por mi cabeza en estos momentos no estaría tan segura de su afirmación, aunque, una vez más, y ya van unas cuantas en esta conversación, no digo nada. De seguir así hago voto de silencio y termino con el de castidad.

—Será mejor que me marche, necesito dormir.

Vuelvo a mentir, lo que necesito es alejarme de ella para pensar con claridad, analizar los pros y los contras de esta situación y trazar un plan que evite que pierda la poca cordura que todavía conservo.

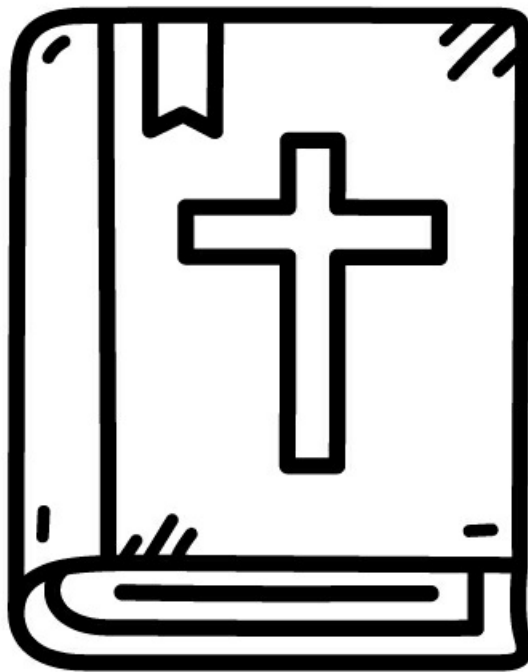
—Quisiera que vinieras adentro, tengo algo importante que me gustaría que escucharas. —Retuerce sus dedos y cambia el gesto alegre que lucía por otro de preocupación que despierta todas mis alarmas.

—Si vas a decirme que estás embarazada, me pido ser el padrino —suelto el primer disparate que cruza mi mente con la sola idea de volver a ver el brillo en su mirada y, por suerte, lo consigo, aunque también me gano un inofensivo puñetazo.

—Eres un idiota —replica sonriendo.

—No lo sabes bien, preciosa. Anda, vamos dentro, ya has despertado mi curiosidad con eso tan importante que quieres contarnos, eso sí, primero necesito una cerveza o puede que un *whisky*.

Juntos, pero no como a mí me gustaría, entramos de nuevo en el Viva Cuba.



CAPÍTULO 40

JESÚS

Inspiro. Uno, dos, tres, cuatro, cinco. Después, espero dos segundos y suelto el aire que he retenido en mis pulmones. Repito el proceso en varias ocasiones bajo la atenta mirada de Nicolás, que me observa con diversión.

¿*Acaso estás celoso, Jesusito?*, se burla mi voz interior, añadiendo más leña al fuego. Y es que ver tan juntos a Víctor y Mila me está produciendo algo entre la taquicardia y la úlcera de estómago.

Nunca he sido una persona celosa, creo de forma tajante en la individualidad e independencia de cada ser humano, sin importar si es hombre o mujer, o si le gustan los gatos o los perros, todos debemos tener en nuestras manos la capacidad de decidir sobre lo que es mejor para nuestras vidas. Siguiendo este mantra, intento serenarme con las respiraciones, en algún sitio leí que te pueden ayudar con el estrés, el dolor y la ansiedad, sin embargo, no noto mejora alguna. Cada segundo que pasa, con Ricitos lejos de mi lado y cerca del policía, mi corazón se empeña en galopar con mayor brío.

—Haz el favor de tranquilizarte, hijo —me indica Nicolás mientras coge una de mis manos y comienza a abrir uno a uno los dedos que tengo encogidos en un puño.

—Lo intento.

—Por supuesto, se nota a la legua —contesta poniendo sus ojos azules en blanco y dedicándome esa sonrisa socarrona que tan bien se le da—. No cometas los mismos errores que cometió en su día Kalevi con Nati. Los celos nunca son buenos consejeros, Jesús.

Asiento y agacho la mirada para evitar la intensidad de la suya, me siento como si me estuviera regañando mi propio abuelo. Bueno, en realidad, Nicolás, aunque no lleve mi sangre, es más familiar mío que cualquiera que comparta mi ADN, así que tal vez ese es el motivo por el cual me siento así con él.

De manera automática, me relajo sintiendo su palma sobre la mía. Una bola de energía comienza a fluir por mis venas apaciguando mis oscuros pensamientos. Nicolás tiene la capacidad de reconstruir mi alma quebrada con su toque o su sola presencia, no sé cómo lo hace y tampoco sé si quiero desvelar el misterio. A veces es mejor vivir en la ignorancia, apartar la lógica o esa necesidad humana de encontrar respuestas a todas las preguntas. En ocasiones, es preferible dejarse llevar y aceptar las sensaciones.

Sin embargo, mi momento introspectivo se rompe en cuanto veo entrar de nuevo a Ricitos y a Víctor unidos por una complicidad que se ha creado entre ambos en cuestión de días. Hay ocasiones en las que te cuesta toda la vida conectar con una persona y otras en las que esa chispa salta al momento. Intento evitar la comparación, pero me resulta imposible. La química existente entre Mila y yo no nació al instante, por lo menos para mí, sino que se fue cocinando a fuego lento, como los guisos que se hacían antaño en un caldero al calor de la leña prendida. No nos ha costado toda la existencia, pero tampoco ha surgido de la noche a la mañana. En cambio, parece que lo de ella con Víctor ha sido como una explosión de fuegos artificiales, un estallido repentino de colores y formas que ocurre tras dos segundos desde que se prende la mecha.

No puedo parar de darle vueltas a la cabeza y sé que este sentimiento surge a raíz de mis propias inseguridades, porque estoy muy lejos de sentirme como un pez en el agua con la nueva situación que se presenta en mi día a día.

—Se os ve muy bien a los dos juntos —suelto en cuanto Mila vuelve a tomar asiento a mi lado.

—Bueno, no sé si ahora mismo soy su persona favorita, pero me gustaría seguir siendo su amiga.

—Perfecto.

—¿En serio? Entonces, ¿por qué siento que antes preferirías tragarte un limón entero?

—Eso no es cierto, me parece maravilloso que queráis continuar con vuestra amistad.

—Ah, ¿sí? Pues, mirando tu postura, cualquiera lo diría —indica Ricitos girando su cuerpo hacia mí—. Aunque he de reconocer que el ceño fruncido, la rigidez en tus músculos y los brazos cruzados sobre el pecho casan por entero, tu actitud no me da buenas vibraciones.

—No sé a qué te refieres, Mila, solo es una manera de sentarse.

—Ya, y yo me chupo el dedo, Jesús.

—Mira, no tengo ni idea de a qué viene esto ni las intenciones que guardas con tus palabras.

—Que seas sincero conmigo y admitas que estás celoso.

—Para nada.

—¡Venga ya, Ojazos! Si pudieras, atravesarías a Víctor con un rayo láser.

—¡De acuerdo, me muero de celos! ¿Contenta?

—Pues no, la verdad.

Sin dar mayor información, se levanta arrastrando la silla con fuerza y se dirige hacia los baños del local. El ambiente enmudece a mi alrededor, la mesa entera se queda sumida en el silencio y varios pares de ojos se clavan en mí. Algunos me miran con compasión, otros con desaprobación y los de Valentina prometen una muerte con el sufrimiento como aderezo principal. Nati mueve su silla con intención de levantarse para ir tras su amiga, pero Kalevi la frena en el acto.

—Morena, debe ser él quien lo arregle —pronuncia el vikingo con voz dulce, amansando a la fiera que estaba por salir.

La afirmación de mi amigo actúa como la melodía de «El flautista de Hamelin» sobre mi cuerpo, me activa y me lleva hacia el refugio improvisado de Mila. Entro en el aseo de mujeres, donde una señora que se arregla el maquillaje frente al espejo me dedica un gesto de sorpresa. La saludo con toda la calma que me es posible y me pongo delante de la única puerta cerrada que hay. No se escucha ni un suspiro, pero sé que mi chica se encuentra tras esta.

—¿Ricitos? —susurro después de dar unos suaves golpes sobre la madera—. Me gustaría que habláramos acerca de lo que ha ocurrido.

—Anda, ¿ahora quieres hablar?

—Yo siempre quiero hacerlo contigo —apunto con convicción, hasta que me doy cuenta de un pequeño detalle—. Me refiero a hablar, es decir, no es que lo otro no quiera hacerlo, sobre todo contigo. —¡Ay, Dios, sácame de este entuerto! Y ya de paso, haz que se vaya la señora de una vez—. Quiero decir, solo contigo, con nadie más, no te vayas a pensar que me gusta ir de flor en flor, porque yo solo tengo ojos para ti. En fin, que hay mujeres muy guapas, eso no lo puedo negar, pero yo... yo... —Yo me quiero morir.

Menos mal que la mujer del tocador, a la que gracias al Cielo nunca he visto por la iglesia, ha decidido irse de forma más o menos sigilosa. Eso sí, tapándose la boca con una mano para no soltar una carcajada.

—Sabía a lo que te referías desde un principio —dice Mila abriendo la puerta del cubículo.

—Entonces, ¿por qué no me has frenado?

—Porque me ha encantado tu repentina humillación, ha sido muy refrescante.

—Eres mala.

—Es la dicotomía de los seres humanos, Ojazos. A veces soy ángel, otras demonio, pero siempre soy yo.

—Deberías hacerte una camiseta con ese lema.

—Ya la tengo, está junto a la que dice: «Si me tocas las palmas, sabrás lo que es ver arder Troya».

—Sin duda, las dos son perfectas para ti. —Ambos sonreímos mientras nuestras pupilas se conectan, creando de nuevo esa burbuja en la que nos solemos meter—. Y dime, ¿qué lema crees que me iría bien a mí?

—Ese lo tengo claro: «Soy gilipollas, aunque mi novia piensa que todavía tengo remedio».

—Me gusta eso —murmuro cogiendo su cintura y acercando su cuerpo al mío.

—Pues me ha resultado más fácil que escribir la primera frase de una canción. Lo cierto es que tu idiotez resulta muy inspiradora.

—Bueno, eso también, sin embargo, más bien me refería a lo de novia.

Su sonrisa ladeada me hace soñar en noches infinitas durmiendo a su lado. Sus ojos brillantes vaticinan el sueño de una vida juntos llevado a la realidad. Su cuello, largo y majestuoso, me hace querer besarlo en este momento y no separar mis labios jamás. Sin más dilación, dirijo mi boca hacia esa porción de piel suave y expuesta que me hace recordar los instantes que pasamos entre las sábanas. Estoy a punto de alcanzar mi objetivo cuando la mano de Mila coge mi pelo y tira mi cabeza hacia atrás.

—¿No querías hablar?

—Es que tu garganta me resultaba demasiado tentadora.

—Si crees que con cuatro palabras bonitas y tus dotes de seducción voy a olvidar lo que ha ocurrido ahí fuera, es que no me conoces en absoluto.

—¿De verdad piensas que soy un seductor? —pregunto con un hilo de voz debido a la postura y... a una ligera presión en mis pantalones, para qué negarlo.

—¡Jesús!

—¡Vale, vale, perdón!

Con las manos en alto en señal de rendición, y sin apartar la suya enredada en mi pelo, me preparo para escuchar lo que tiene que decir.

—¿Tengo toda tu atención? —Asiento con la cabeza, haciendo un movimiento casi espasmódico, y fijo mis ojos en su rostro—. Bien, porque necesito que me escuches alto y claro. Espero que no se repita otro episodio como el anterior. Soy una mujer libre e independiente desde hace muchos años. Sé tomar mis propias decisiones y aprender de mis errores. No necesito a ningún salvador ni a nadie que me multiplique los panes y los peces, pues soy lo suficientemente capaz de comprar mi comida. ¿Lo entiendes? —Vuelvo a asentir porque tampoco sabría qué decir más allá de una súplica de perdón—. Víctor es mi amigo, al igual que lo son Kalevi y Yotuel. Es cierto que hemos compartido más que palabras, pero te he elegido a ti y te elegiría siempre a ti. Así que, métete en esa cabezota tan brillante que posees, que vas a tener que compartir con el policía muchos momentos y, además, te vas a portar bien en todos y cada uno de ellos.

»No soporto los celos, Jesús, pues nacen de la desconfianza y se supone que una relación de pareja se basa en confiar. Creo que te he dado motivos suficientes para que entiendas que tú eres mi futuro. —Al fin me suelta el cabello, sin embargo, utiliza esa mano para coger mi barbilla y mantener mi cara frente a la suya—. Si no lo haces, si vuelves a saltar como antes, esto se acabó. Al igual que pasa con los cuernos, no soy mujer de segundas oportunidades. Te lo puedo decir más alto, pero no más claro, Ojazos.

Nos quedamos mirándonos durante lo que parece una eternidad, ella expectante y yo con una congoja repentina al imaginar ese supuesto en el que ella diga: «Hasta aquí hemos llegado». No quiero ni pensar en ello, ella es el motor que hace que mi vida no se paralice, que cada vez tenga más ganas de salir de mi apatía y emprender un nuevo camino sin miedo a los obstáculos que se puedan presentar.

Además, sé que he obrado mal, durante unos minutos me he convertido en una parte de la sociedad que aborrezco, en la peor versión de mí mismo. No deseo volver a sentirme así y, por descontado, no pienso dañar de nuevo a Ricitos, pues no se lo merece.

—Creo que cualquier cosa que te diga va a quedar vacía —intervengo tras unos segundos de silencio—. Solo puedo decir que lo siento, aunque suene manido. No obstante, no son palabras huecas y sin sentimiento, son de verdad, Mila. No volverá a ocurrir, te lo prometo.

—Eso espero, Jesús, porque lo último que deseo es dejarte.

Sin más que decir, nos fundimos en un beso suave y pausado con el que sellamos el pacto, ese en el que no vuelvo a comportarme como un completo idiota. No obstante, el contacto no dura mucho, pues se ve interrumpido de forma repentina por la risa de Mila.

—¿Qué ocurre, Ricitos?

—¿De verdad te has puesto cachondo, Ojazos?

—Bueno... —Sí, este podría ser un momento típico de «Tierra, trágame»—. Digamos que he descubierto que me gustan tus tirones de pelo —concluyo a la par que toco mis mofletes, de los que siento emanar oleadas de calor.

—Vaya, vaya, resulta que mi novio tiene la mente sucia.

—Yo no diría tanto.

—Ah, ¿no? —dice ella acercándose a mi oído—. Pues espera a verme con un ligero y

tacones de aguja.

Mordiéndose el dedo pulgar con sensualidad, y con una sonrisa de demonio dibujada en su rostro, sale del aseo dejándome plantado con un millón de pensamientos lujuriosos rondando mi cabeza y una erección que se ha vuelto hasta dolorosa. Necesito bajarla antes de ir tras ella, solo me falta encontrarme a la señora de antes mientras mantengo la bandera izada.

En cuanto lo consigo, voy en busca de mis amigos, con la cabeza gacha para no toparme con nadie. Nada más tomar asiento, le doy un largo trago a la jarra de cerveza que me han pedido. Desde luego, me sabe a gloria y me hace respirar con mayor tranquilidad.

—La próxima vez piensa en una montaña de estiércol. A mí me funciona, es el antimorbo instantáneo —susurra Nicolás para que solo yo lo oiga y con el semblante bien serio para que entienda que no es una broma. ¿Cómo es posible que sepa lo que me ha ocurrido?

—Bueno, mi negrita, has dicho que ibas a contarnos algo —comenta Caridad, quien me ha salvado de tener que contestar a su amigo—. Ya estamos todos, así que empieza a contar, que me sube la tensión por la incertidumbre y eso no es bueno a mi edad.

—Por favor, abuela, seguro que yo tengo más problemas de tensión que tú y soy más joven —contesta Yotuel impertinente.

—¡Cállate, fiñe, o me levanto y te doy un *avión*! —contesta la mujer con un dedo en alto para enfatizar sus palabras. Por el bien de mi amigo, espero que no se saque la zapatilla, porque tiene pinta de tener una puntería excelente—. En fin, mi niña, ya puedes hablar, te prometo que no te interrumpimos más.

—De acuerdo, allá voy —responde Ricitos expulsando el aire de golpe.

Ese gesto, junto al movimiento rítmico de su pierna, hace notar que está nerviosa, así que envuelvo su mano en la mía y le doy un pequeño apretón para que sienta que no está sola. Ella me corresponde con una tierna sonrisa que acelera los latidos de mi corazón. Tiene un aura muy bella, llena de luz, bondad y colores, una supernova de matices en medio de un mundo hostil. Me pasaría horas así, observando su majestuosidad y disfrutando la paz que me produce con solo mirarla.

—Supongo que todos en esta mesa sabéis que mi pasión es cantar. Desde pequeñita mostré un talento innato para el mundo del espectáculo, así que mis madres decidieron apuntarme a clases extraescolares de música, baile e interpretación —comenta Mila en un inicio para ponernos en antecedentes y con un tono dulce que evidencia lo bonito que es ese recuerdo para ella.

»Con esa formación, poco a poco fui ganando mayor confianza y habilidades, era el comienzo, los primeros pasos necesarios para, en un futuro, alcanzar la cima del éxito. Sin embargo, pronto me di cuenta de que no todo es cuestión de talento y que la senda, hasta entonces ligera y fácil de abordar, pronto se convirtió en una montaña de difícil escalada como el K2. —En este punto, Ricitos hace un parón para darle un trago a su copa de vino. Es como si quisiera pasar con la ayuda del líquido las malas sensaciones que le quedaron de aquella época.

»Me presenté a varios *castings* de concursos famosos de la televisión, hasta llegué a apuntarme a una agencia que me conseguía audiciones en musicales o en pequeños papeles como actriz. En el mundillo de los audiovisuales lo tenía complicado por mi color de piel, aun así, de vez en cuando salía algo a lo que podía optar. Sin embargo, el tiempo pasaba y nada ocurría, seguía siendo tan anónima como el primer día y viaje tras viaje iba perdiendo la ilusión.

—Seguro que fueron momentos amargos en tu vida —interviene Yotuel, casi como si quisiera darle un pequeño empujón para que continúe.

—Sí, lo fueron. A ver, creía estar concienciada, pues sabía que era un mundo complicado, pero supongo que no me esperaba tantas barreras. Cuando somos niños, vemos vídeos de

nuestros artistas favoritos sobre el escenario, con todo ese glamour a su alrededor y las luces brillando por doquier, y pensamos que algún día estaremos ahí. Es fácil decirlo, pero no tanto llevarlo a cabo. —Tuvo que ser una época dura para Mila, ver como todos sus sueños de niña se hacían añicos con cada paso que daba.

»Supongo que me di por vencida —continúa—, dejé de lado la idea de convertirme en una cantante relevante, aunque no quise huir de la música. Así es como empecé a trabajar en orquestas. Por otro lado, estos trabajos me ayudaron a conseguir mayor seguridad y destreza, así que no todo fue malo a fin de cuentas.

—Era un gustazo escucharte y verte en las tablas —indica Jordina con los ojos acuosos por la emoción.

—Gracias, amiga —contesta igual de emocionada que ella—. El caso es que mi primera orquesta, Ritmo vibrante, era muy pequeña y no hacía muchos bolos. El señor que la gestionaba estaba demasiado quemado y no la promocionaba lo suficiente, por eso decidí salir y buscar otra opción que me diera más actuaciones y, ya de paso, mayores beneficios. Así es como acabé en Voces mágicas.

El silencio de nuestra mesa contrasta con el ruido de ambiente que producen los demás comensales en el restaurante. Toda la familia, porque eso es lo que somos, está atenta a la historia de Mila, una que, intuitivo, se va acercando a su desenlace.

—Al principio todo era maravilloso. Se respiraba camaradería entre los compañeros, el repertorio variado de canciones hacía brillar las tonalidades de mi voz y la gente de los pueblos a los que acudimos nos pedían que volviéramos al año siguiente, que éramos lo mejor que habían visto en mucho tiempo. No obstante, en cuestión de meses comenzaron las malas caras y las envidias por parte de los otros dos cantantes, incluso hablaron con mi jefe para que me quitaran minutos de actuación para que dejara de hacerles sombra. Él se limitó a contármelo y a negarse a sus peticiones. Por un lado, había notado cierto interés por su parte hacia mí, un cariño que iba más allá de nuestra relación laboral, aunque nunca le di pie a ello ni tampoco lo animé a que prosiguiera —comenta mirándome con fijeza, como si quisiera justificarse, cosa que, por supuesto, no necesita—. Por otro lado, si algo tiene Judas es que sabe identificar lo que funciona y lo que no, como buen empresario que es, así que no permitiría que nada le quitase su gallina de los huevos de oro, la persona que, según él, había traído un soplo de aire fresco.

»En su momento le creí, pues nada me indicó que estaba mintiendo. Yo era testigo de cómo aumentaba el volumen de trabajo y de las cifras que él mismo me enseñaba sobre las ganancias. También, por qué no decirlo, mi ego entró en acción y se hinchó como un pavo. No me sentía a gusto trabajando con esos dos, pero, como buena artista, yo no me debía a nadie más que a mi público. ¡Madre mía, qué idiota! —exclama poniendo una cara de repulsión hacia sí misma y sus acciones—. Y, de la noche a la mañana, todo se desmoronó cuando me di cuenta de que la orquesta solo era una tapadera.

—¿A qué te refieres? —pregunta Víctor cambiando de postura con el modo policía activado.

—Pues a que un día vi algo que no debería haber visto. Omití la advertencia de «Prohibido el paso» que había en una puerta y entré por sorpresa en el despacho de mi jefe.

—Y ¿qué había dentro? —vuelve a la carga Víctor con todos sus sentidos alerta.

—Dentro había varias personas, además de Judas. Algunas muy conocidas, gente famosa y de las altas esferas, y otras a las que no reconocí, pero que gritaban «dinero» por cada palmo de su ropa de marca. Se encontraban sentados en dos sofás alrededor de una mesa baja. En esta había fardos de lo que parecía cocaína para parar un tren.

—¿Qué hiciste después?

—Me asusté tanto que salí corriendo. Mi jefe me vio y comenzó a correr detrás de mí, sin embargo, tenía otras cosas de las que ocuparse en ese instante, así que eso me dio la ventaja suficiente para preparar mi huida.

—Por eso me llamaste de repente —advierde Nati.

—Sí. A ver, tenía ganas de veros, eso no lo dudéis nunca, pero necesitaba un sitio al que huir, un lugar donde no hubiera estado jamás. Quizá no fue la mejor opción, ya que viniendo aquí os ponía a todos en peligro, aunque la idea de estar sola en un sitio desconocido me aterraba. Lo siento mucho, chicos.

Ricitos ya no puede continuar, un llanto desconsolado se apodera de ella y la hunde en la oscuridad de los recuerdos. Paso un brazo por su espalda y apoyo su cabeza en mi hombro para que descargue en mí todo su dolor. Sus amigas se levantan y se colocan a su alrededor, dándole el amor que necesita de los suyos.

Mis ojos se conectan entonces con los de Víctor. Ahora ya sabemos lo que ocurrió y podemos empezar a actuar. Y, lo más importante, mantener a Mila a salvo.



CAPÍTULO 41

MILA

No puedo evitar romperme al contarles toda la verdad, estos meses imitando a Charles Chaplin, es decir, sin soltar prenda por mucho que la situación me superara o el miedo me acojonara, han provocado tanta tensión en mí que ya no hay forma de controlarla. Ninguno ha cuestionado mi forma de actuar ni me ha reprochado lo idiota que he sido, porque ahora que he soltado la bomba soy consciente de lo mal que he actuado y todo el tiempo que he perdido al intentar hacer las cosas sola.

Mis chicas me rodean dándome un abrazo que intenta curar todos mis males. Jesús, cuya sola presencia me relaja, sujeta mi mano dándome la fuerza que necesito, Caridad y Nicolás me miran con un cariño infinito, al igual que lo hacen todas las chicas Cruz. Incluso Víctor que, aun en su papel de policía, pregunta con dulzura y me da el tiempo que necesito para aclarar mis pensamientos, eso sí, no me da tregua, no sea que me arrepienta y vuelva a quedarme muda.

—Preciosa, ¿qué sucedió cuando llegaste a la isla?

—Pensé que al poner distancia estaría a salvo, que se olvidarían de mí y todo quedaría en un mal sueño, pero me equivoqué, ya que unas semanas después comencé a recibir unas llamadas de un número que no conocía. Lo bloqueé y fue un nuevo error, pues fueron otros números los que comenzaron a llamarme. Agobiada por todo, decidí cambiar mi teléfono por uno sin conexión, ni *bluetooth* ni datos, sabía que de esa forma le sería más difícil localizarme.

—Chica lista, nuestra obsesión por las series de polis y perturbados han dado buenos resultados —afirma Jordina, con una sonrisa que no llega a sus ojos.

No creo que la palabra lista sea la que mejor me define, ya que por no ver las señales ni actuar como debía me encuentro en esta situación, y lo peor es que ahora todas las personas que me importan están en peligro.

—Deja de culparte, Chokolatina, o al final te suelto una colleja con la que te arreglo hasta la escoliosis que no tienes —gruñe Valentina, sacando a la palestra su don innato para saber lo que pienso.

—Pero...

—Ni pero ni cómo ni leches, somos una piña en lo bueno, en lo malo y en lo que está por suceder. Tus problemas son nuestros problemas, al igual que lo son las alegrías, las penas y los miedos. No estás sola y nunca, ¡óyeme bien!, lo vas a estar, así que métetelo de una puñetera vez en tu cabezota o seré yo quien lo haga.

Su enfado da el pistoletazo de salida para que Nati y Jordina den su opinión —que, por si hay alguna duda, es la misma que la de la pelirroja— y si con una no puedo, con las tres en mi contra es misión imposible. *Poco te dicen para lo mucho que te mereces, guapa. Ahora aguantas el chaparrón y a las supernenas en acción.* La que faltaba, ahora sí que ni lo intento, vamos, que prefiero leerme la Biblia en coreano, mientras me preparo para una maratón, antes que dialogar con ellas.

—Chicas, no os enfadéis, es inevitable que se sienta así y debemos entenderla, aunque sí tienes que comprender, Mila, que somos una familia y que juntos solucionaremos cualquier adversidad que se presente —intercede Nicolás con esa tranquilidad y saber estar que lo caracteriza, calmando la tensión en un instante.

Todos nos miramos y agachamos la cabeza, Nicolás no necesita enfadarse o levantar la voz para ponernos a cada uno en nuestro sitio. Puede que sea por el inmenso respeto que todos le tenemos, porque admiramos su forma de ser y pensar, o por esos dones místicos de los que sospecho desde que lo conocí, sea como sea, su palabra va a misa y todos, como buenos siervos, la seguimos. Sobre todo Caridad, que, como siga haciéndole ojitos y mirándolo con tanta adoración, se va a quedar bizca, pero eso no lo diré en voz alta o al final me llevo la colleja.

Jesús, que ha permanecido en un segundo plano desde que comenzó el interrogatorio, hace una pequeña señal a Víctor, que pasa inadvertida para todos menos para mí. Aunque no me da tiempo a analizarla ni mucho menos a preguntar, pues Jordina comienza a hablar, llamando la atención de nuestros amigos:

—Terminada la pausa de la publicidad, volvamos a lo importante, tú sabes quién realiza esas llamadas, ¿verdad?

Por una milésima de segundo me planteo no contarles mis sospechas, sin embargo, enseguida lo descarto, ya que deben estar prevenidos por lo que pueda suceder, no solo yo corro peligro, también lo hacen ellos por estar a mi lado.

—No puedo asegurarlo al cien por cien porque nunca me he atrevido a contestar, pero si alguien tiene motivos para realizarlas es Judas. Él es quien más perdería si decidiera contar lo que vi esa noche.

—Por no mencionar que su tapadera con los bolos se tambalea, según me contó mi madre hace unos días, desde que te fuiste las actuaciones han caído bastante —explica Nati para mi sorpresa, pues no me había dicho nada hasta ahora.

Tampoco puedo reprochárselo, ya que se suponía que yo me había marchado de Altea en busca de un cambio en mi estancada vida y no huyendo de un jefe mafioso. *La falta de comunicación es un problemilla que debéis trabajar todos, ya que sois capaces de contaros las pelotillas que tenéis entre los dedos de los pies o las pelusillas que inundan el pasillo, y lo que es*

importante de verdad, lo guardáis bajo llave. La ignoro, porque bastante tengo encima como para empezar con ella, aunque reconozco que algo de razón tiene.

—Y no olvidemos que lleva obsesionado contigo desde la primera vez que te vio, que siempre le dieras calabazas, descubrieras sus trapos sucios y te marcharas sin dejar rastro tuvo que ser la gota que colmó su orgullo cabrió —apuntilla Valentina.

Todos los presentes comienzan a hacer conjeturas explicando las diferentes teorías sobre el motivo de las llamadas, todos menos Víctor, que parece que empieza a encajar las piezas de este puzle.

—¿Puedes darme sus apellidos o dirección? —me pide mientras no deja de toquetear la pantalla de su teléfono.

—No sé sus apellidos, tampoco su dirección y ni siquiera si tiene familia o amigos, es una persona discreta y desconfiada, nunca hablaba sobre él. Pero sí puedo decirte dónde se encuentran las oficinas y el local donde ensayábamos.

—Todo lo que puedas decirme o recordar me ayudará a desenmascarar a ese desgraciado.

No creo que sea así, por desgracia, he visto cómo mi madre se desvivía por atrapar a los malos, cómo escarbaba en cualquier sitio para destapar sus trapos sucios y cómo, con mucho esfuerzo, sacaba a la luz todo el mal que hacían, para que en muchas ocasiones todo quedara en nada. Los malos tenían, tienen y tendrán a su alcance el poder, dinero y contactos suficientes para salir indemnes; y, conociendo a Judas, sé que tiene todo bien atado para que nadie le quite el imperio que ha conseguido a costa de sus trapicheos y de idiotas como yo que no veían la cruda realidad ni teniéndola a un palmo. Sin embargo, no lo dudo y comparto con Víctor la escasa información que he podido conseguir.

Con todos los datos en su poder se marcha del Viva Cuba sin apenas despedirse, aunque nos asegura que, en el momento en que sepa algo, se pondrá en contacto conmigo. Estoy a punto de dar por terminada la intensa tarde, pero para mi desgracia mis amigos tienen otros planes, como, por ejemplo, organizar mi vida para que en ningún momento esté sola. Agradezco sus ideas y buenas intenciones, sé que solo pretenden protegerme, el problema es que como les dé un poco de margen me volverán loca y terminaremos matándonos. ¡Por favor, que solo les falta decidir quién me pone la copa menstrual!

—Esto no es necesario, llevo un año viviendo en la isla y no ha sucedido nada, lo mejor es que sigamos como hasta ahora. Cada uno con su vida y, sobre todo, yo con la mía.

—Lo tienes claro, bonita. Eso era antes de que tu vida se convirtiera en una escena de «Sister Act» versión moderna, por lo tanto, desde ahora, querida Whoopi Goldberg, todos seremos tu sombra, puedes aceptarlo o enfadarte, pero, hagas lo que hagas, de nosotros no te libra ni Dios —sentencia Nati, que habla poco, eso sí, cuando lo hace lo borda.

A lo suyo, porque esta gente es del Ikea —de su república independiente y hago lo que me sale del moño—, comienzan a repartirse mi custodia sin importarles que esté presente y mucho menos mi opinión. Las noches son de Jesús, por lo menos han tenido un poquito de consideración, las mañanas que no trabajo son de Valentina, los mediodía de Jordina y las tardes de Nati, todas menos las de los jueves que las tiene ocupadas.

—Se puede venir conmigo a la tienda de Eva, seguro que entre juguetitos la tarde se le pasa más rápido —propone Caridad picarona.

Y esa es la gota que colma mi escasa paciencia, no porque sea una mojigata e ir a un *sex shop* me incomode, es que hacerlo con ella sería más de lo que podría soportar, que conociéndola termino haciéndome un cuarto de juegos más equipado que el del señor Grey. Antes de que pierda los papeles y suelte por mi boca lo más grande, salgo del Viva Cuba como lo hacen los

toros de Miura al pasar por la calle Estafeta, arrasando con todo y con la cabeza en alto.

Voy rumiando mi mala hostia, respirando con fuerza y apretando mis manos hasta clavarme las uñas, las miradas de los transeúntes con los que me cruzo me confirman el miedo que doy y, de forma inexplicable, eso me hace sonreír. Sin comentarios, tengo claro que estoy como una puñetera cabra en pleno apogeo de locura. Solo deseo llegar a casa, prepararme un copazo, o dos, llenar mi bañera y olvidarme del mundo por unas horas, quizá después recupere la cordura y la paz mental.

—¡Mila, espera! —grita Jesús a mi espalda, deteniendo mis pasos—. ¿Por qué te has marchado así?

Respira y piensa antes de hablar, que la vas a liar, intenta aconsejarme mi voz interior, pero a estas alturas ni escucho ni razono, menos voy a ponerme a pensar.

—¿En serio me lo preguntas? —guarda silencio y eso me enfurece, por lo que mirándolo con toda la mala leche que inunda mi cuerpo, le explico todos y cada uno de mis motivos—. Me he ido por no mataros a todos, me he marchado porque no os molestáis en escucharme ni sois capaces de respetar mis deseos. No quiero ningún jodido canguro, ni que se reparta mi tiempo libre como si fuera una puñetera tabla de Excel. Soy adulta, capaz y responsable, ¡puedo cuidarme sola!

¡Qué a gusto me he quedado!, si ya lo decía mi abuela, que es mejor pasar cinco minutos colorá que no toda la vida amarilla, pues toma, yo me quedo color canela y más ancha que larga.

Ambos mantenemos nuestras miradas, nos retamos y decimos mil cosas que somos incapaces de expresar con palabras, hasta que rompemos a reír como dos pirados, llamando la atención de las personas que nos rodean. Esta es la complicidad que siempre he deseado experimentar, la locura que quiero compartir cada día y las ganas de más que solo a su lado soy capaz de sentir. Una vez más vuelvo a confirmar que es él y solo él con quien quiero estar.

—Ven aquí, Ricitos. —Abre sus brazos y no dudo en lanzarme a ellos.

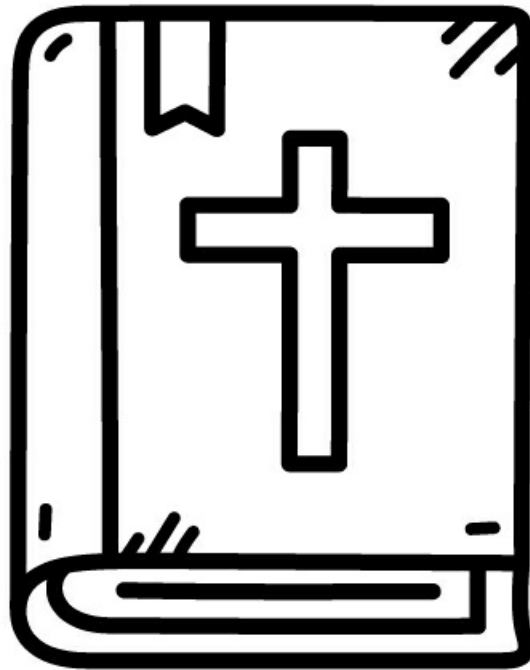
Me gustaría poder comérmelo enterito en este momento, demostrarle con caricias y besos todo lo que me hace sentir, pero todavía no somos libres y no tengo más remedio que conformarme con un abrazo. Ahora, que se prepare el mundo porque, cuando todo se aclare, no lo voy a soltar ni con agua caliente.

—Vamos a casa, necesitas descansar y yo llamar a mi tío, es hora de que conozca mi decisión de abandonar los hábitos.

—¿Estás seguro? —Tengo miedo a su respuesta, sin embargo, no quiero que tenga dudas y luego estas se puedan interponer entre nosotros.

—Te quiero y quiero compartir el resto de mi vida a tu lado, deseo besarte y que no sea a escondidas, ir de la mano sin agachar la cabeza y, sobre todo, quiero amarte como te mereces. Nunca he estado más seguro, Mila.

No necesito oír nada más o, al final, me pongo el mundo por montera y el alzacuellos de peineta y le planto un beso de esos que nadie olvida.



CAPÍTULO 42

JESÚS

Entramos en su apartamento, un lugar que sin pretenderlo se ha convertido en mi hogar. Y no se trata de las cosas materiales que hay dentro, la luz que entra por las ventanas o la ubicación, pues mi piso también reúne todas esas características, es más bien por la persona que habita aquí. Antes no entendía cuando la gente decía que daba igual el sitio donde viviera, siempre y cuando estuviera junto a la persona amada. Supongo que el abandono de mi madre hizo mella en mí hasta el punto de no encontrar mi lugar en el mundo; sin embargo, ahora recibo el mensaje alto y claro, entendiendo al fin aquellas palabras. No hay duda de que Mila es mi hogar, un ser humano tan especial como único para mí.

Dejamos nuestras cosas en el perchero de la entrada y Ricitos me hace un gesto para que la siga.

—Quiero enseñarte algo, una cosa que he ocultado durante demasiado tiempo.

El tono de su voz guarda mucha tristeza, aunque también está cargado de determinación. Se para frente a la puerta de una habitación que, ahora que lo pienso, siempre ha permanecido cerrada. Como no tengo una naturaleza cotilla, nunca pregunté por qué no dejaba la puerta abierta. Pensé que igual la tenía así porque la utilizaba para guardar los trastos y que no quería dejar a la vista el caos que había dentro. Sin embargo, en cuanto la abre todo cobra sentido.

Al cruzar el umbral veo lo que parece un despacho. Un escritorio sencillo sobre el que descansa un ordenador portátil, una silla de oficina que tiene pinta de ser muy cómoda, un atril repleto de partituras y la guitarra que Mila siempre lleva auestas cuando viene a cantar a la

iglesia. En realidad, podría pasar por un habitáculo muy normal si no fuera por el corcho gigante que ocupa prácticamente la totalidad de una pared, y que está lleno de fotocopias de recortes de prensa, a la par que una serie de fotografías de personas conocidas e influyentes. Solo hay una persona a la que no reconozco.

—¿Quién es él? —pregunto señalando el rostro de un hombre bastante atractivo que no parece mucho mayor a nosotros.

—Ese es Judas, mi exjefe. A los demás creo que ya los conoces de haberlos visto en la televisión.

—¿Estos son los tipos que viste aquel día?

—Bueno, no todos, me fui tan rápido que no me fijé en la gente que había al fondo del despacho.

—Vaya, esto es muy gordo, Mila.

—Lo es, aunque no tengo manera de demostrar que estaban allí, al igual que tampoco puedo sacar a relucir los negocios turbios de Judas. Todo lo que ves aquí solo es humo.

—Yo no lo veo así —indico con convicción y ella me regala una mirada incrédula—. Puede que ahora todo lo que has recopilado no sirva para nada, sin embargo, en algún momento saltará la liebre.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? ¿Acaso no has leído las noticias que tengo en el tablón? —me interroga mientras se acerca al corcho y le saca la chincheta a una—. Mira esta, por ejemplo, en ella la prensa local canta alabanzas sobre la labor social de Judas en algunos refugios, ya que ha destinado mucho dinero para ayudar a las personas sin hogar.

—Entiendo lo que quieres decir, Ricitos. Está claro que ese hombre se ha creado un personaje de cara a la sociedad y que se ha puesto una máscara que ha convencido a todo el mundo. Pero ahora no estás sola, tienes muchos amigos que serán capaces de cualquier cosa con tal de sacar a relucir la basura que esconde ese individuo. Y, sobre todo, tienes a Víctor, quien estoy seguro de que no descansará hasta que se sepa toda la verdad y ese hombre acabe en prisión. Solo debes tener confianza.

—Sé que tienes razón, pero no puedo evitar que me invada el miedo.

—Y es lo más normal del mundo, Ricitos, serías una necia si no tuvieras cierto temor hacia ese tipo. Es un hombre peligroso con mucha gente de su misma calaña a su alrededor. Tiene poder, contactos y dinero, tres armas que tienen mucho peso en esta sociedad. Por eso te imploro que, aunque no te haga ninguna gracia, hagas caso de nuestros consejos. Te lo pido de rodillas si hace falta, Mila. La única forma que tenemos para mantenerte a salvo es que te encuentres vigilada en todo momento hasta que esto se solucione.

—Pero, Jesús, puede llevar años o toda la vida —contesta con los brazos cruzados sobre el pecho en una actitud de niña enrabietada. Su obstinación me está poniendo de los nervios, solo le falta darle una patada al suelo—. ¿De verdad piensas que voy a pasarme toda mi existencia yendo de unas manos a otras como si tuvierais mi custodia compartida?

—¡Pues no lo sé, joder! ¡Ni siquiera sé qué coño comeré mañana! —grito al límite de mis fuerzas y mi paciencia, algo muy extraño en mí.

También lo es el uso de palabras malsonantes. Yo nunca digo tacos, pues pienso que se puede decir mucho sin necesidad de hablar mal, creo que es un rasgo que comparto con Nicolás. Desde luego, ella ha logrado sacarme de mis casillas con su obstinación. No obstante, no me siento orgulloso ni de ese grito ni de las formas, prueba de ello es el cosquilleo que siento por dentro, que no tiene nada que ver con las famosas mariposas en el estómago.

—Discúlpame, Ricitos. No debí hablarte así. Es solo que...

—Lo sé y soy yo quien debe disculparse contigo, no al revés —dice cogiendo mis manos y mirándome con esos ojos marrones que dicen más que las palabras—. Sé que estáis haciendo todo lo posible por mi seguridad y que yo no he hecho más que quejarme. En ocasiones puedo ser muy terca.

—¿Solo en ocasiones?

—Vale, la mayor parte del tiempo, ¿contento? —contesta bizqueando los ojos, gesto que me hace reír al instante—. Lo que pasa es que me fastidia que Judas me robe mi libertad.

—Te entiendo, Ricitos, pero ahora es necesario. Crucemos los dedos para que este embrollo se solucione pronto.

Ella asiente, claudicando al fin a mi petición, o eso quiero creer, y me abraza con fuerza. Permanecemos un buen rato unidos, Mila respirando tranquila con la cabeza contra mi pecho y yo acariciando su espalda. Me gustaría tenerla así para siempre y siento un terror indescriptible ante la posibilidad de que ese malnacido la arranque de mis brazos. Aunque ya no sé si Dios me escucha o no, rezaré de forma incansable para que eso no ocurra.

—¿Qué te parece si nos damos una ducha y nos metemos en la cama? —pregunto tras unos minutos.

—Mmm, eso suena muy bien, Ojazos —dice con la voz cargada de sensualidad.

—No me refería a eso.

—¿Acaso no quieres hacer cochinadas conmigo?

—Yo siempre quiero hacer cochinadas contigo, Ricitos, pero creo que esta noche necesitamos descansar.

—Aguafiestas.

Me saca la lengua en un gesto burlón y yo me deshago en carcajadas. Esta mujer va a conseguir que me vuelva loco por completo, si es que no lo ha hecho ya.

Nos dirigimos al baño y comienzo a quitar sus prendas. La visión de sus pechos enfundados en ese maravilloso sujetador de encaje rojo, que contrasta tan bien con su piel morena, me pone al borde de la taquicardia. Creo que la contención va a ser la misión más dura a la que me he enfrentado en los últimos tiempos. Sí, llevaba años siendo célibe, pero antes no tenía este incentivo ante mí.

Quitarle esa prenda, que grita lujuria por cada palmo de tela, no va a hacer que mi ánimo decaiga, pero es preciso que la despoje de esta para meterla en la ducha. Así que me armo de valor mientras ella posa sus brazos sobre mis hombros y me reta con una ceja enarcada. Sin embargo, el momento se rompe cuando, al pasar las manos por debajo de sus axilas, noto algo abultado en una de ellas que juraría que antes no estaba ahí. Al levantar su brazo para echar un vistazo, me encuentro con algo que no esperaba.

—¿Puedo saber por qué llevas el móvil ahí? —pregunto estupefacto con los ojos abiertos como platos.

—Ah, vaya, estoy tan acostumbrada que ya ni lo noto —contesta como si fuera la cosa más normal del mundo llevar cosas ocultas en la ropa interior—. Te vas a reír cuando te lo cuente.

—No lo creo. De todas formas, prueba, soy todo oídos.

—Verás, es que me acordé de mi abuela —indica mientras saca el teléfono de su escondite—. Ella solía llevar el dinero en el sujetador, decía que era la forma más segura para que no se lo robaran. Así que pensé en hacer lo mismo con el móvil por si algún día Judas me encontraba y me llevaba con él. No se puede rastrear, pero sí que puedo hacer llamadas.

—Suena bien, Ricitos.

—En realidad, es una tontería, porque si eso ocurre, supongo que alguien me registrará y mi

idea de bombero se irá al traste.

—Bueno, tenemos un plan para que eso no ocurra, pero no veo nada descabellado el que lo lleves ahí por precaución.

Cuando pensaba que esta mujer maravillosa ya no podía sorprenderme, vuelve a hacerlo. En verdad me he tenido que contener para no reírme ante la ocurrencia, pero si ella piensa que la sabiduría popular de su abuela puede sacarla de un aprieto, ¿quién soy yo para indicarle lo contrario?

Terminamos de desvestirnos y nos pegamos una ducha rápida en la que intento no fijarme mucho en su cuerpo para mantener mi promesa, aunque haya una parte de mí que no esté muy contenta con mi decisión.

Ya vestidos, dejo a Mila en la cama y voy hasta la cocina para preparar un par de infusiones calmantes que nos ayuden a conciliar el sueño. Ella no es muy amante de las hierbas, ni de aquellos alimentos que ella considera que, de tan sanos, son una aberración a la pirámide alimenticia. Sin embargo, suele tener en la despensa unos preparados de melisa y valeriana porque sabe que a mí me gustan.

—¿Qué te he hecho yo para que me tortures? —pregunta en cuanto le tiendo la taza humeante.

—Anda, deja de quejarte y tómatela. Te sentará bien y te ayudará a relajarte.

—Lo dudo, Ojazos, pero lo haré porque te quiero.

Tras guiñarme un ojo y poner una cara de niña buena que me hace sonreír, le da pequeños sorbos tapando su nariz como si estuviera ingiriendo el peor de los venenos. No obstante, se la termina sin articular palabra ni soltarme onomatopeyas dedicadas al asco, y después se tumba haciéndome un gesto para que me coloque a su lado. No me hago de rogar y la acompaño, la envuelvo en mis brazos y beso sus labios para desearle buenas noches. Mimitos elige ese momento para hacer su aparición estelar y, ronroneando, se tumba sobre el hombro que tengo libre. Pone una pata en mi cara, como si me quisiera prodigar una caricia, me mira con intensidad durante unos segundos y después cierra los ojos. ¡Para que luego digan que los animales no son inteligentes!, de hecho, hay momentos en los que este gato parece una persona.

Al amanecer el cielo está cubierto de nubes negras, tal y como presagió el noticiero. Al menos se esperan dos días de tormenta intensa, algo inusual en la isla, así que Ricitos se prepara a conciencia poniéndose hasta un par de botas de agua.

Salimos de su apartamento y nos dirigimos al mío, ya que necesito ponerme ropa limpia. Me cambio en un santiamén y vamos a desayunar a una cafetería que está al lado de la tienda de Valentina, pues Mila trabaja de tardes y las mañanas de esta semana las pasará con su amiga la Pecosa, como ellas la llaman.

No lleva buena cara, sé que en su interior sigue batallando con la idea de que, como ella dice, compartamos su custodia, aunque no lo verbaliza. Sabe a la perfección que esta contienda la tiene perdida y que hacemos lo mejor para ella. De todas formas, después de unas tostadas con tomate, un café con leche y un zumo de naranja, da la sensación de que se apacigua un poco, sin duda la comida amansa a la fiera.

—Buenos días —digo cuando entramos por la puerta de Duende, la *boutique* de nuestra amiga.

—Vaya, pero si es la pareja del año —indica socarrona.

—¡Valentina! —la increpa Mila—. Haz el favor de bajar la voz y de dejar tus comentarios sarcásticos para otro momento. María podría enterarse —dice refiriéndose a la ayudante de Valentina, quien supongo que estará en la trastienda haciendo los arreglos de alguna prenda.

—Y ¿de qué exactamente? Ni que tuvierais algo que ocultar —contesta nuestra amiga con una

sonrisa ladeada.

Cada vez que la veo en su máximo esplendor me viene a la mente que si Lucifer tuviera una hija en la Tierra, Valentina podría encajar en el papel. Por descontado, no digo nada, tengo en una estima demasiado alta mi vida y todos los miembros que componen mi cuerpo.

Ricitos, por el contrario, se enzarza con ella en una lucha de pullas, cada cual más imaginativa. Cuando las ves interactuar, sabes por qué son amigas desde la infancia. A la luz del día son como el perro y el gato, dos seres por completo antagónicos, pero en la intimidad son como los pingüinos, que se pasan toda la vida juntos.

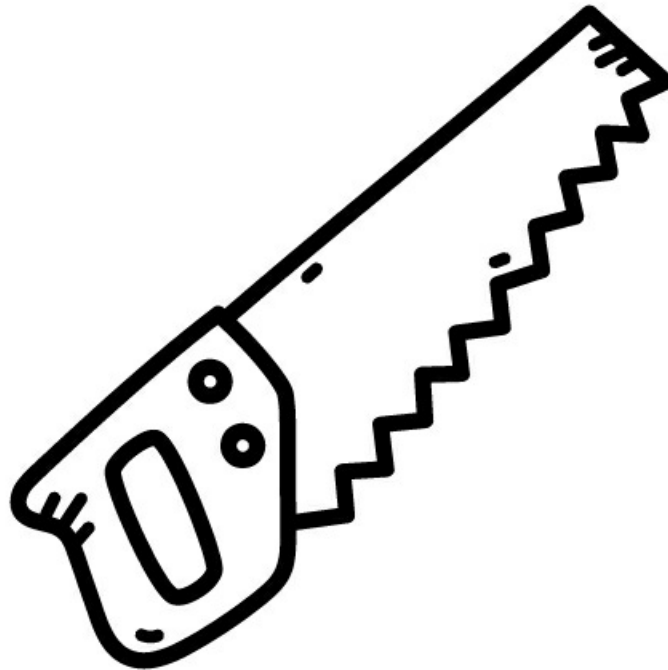
Yo me mantengo al margen esperando a que acaben con sus comentarios. Espero que sea pronto porque he quedado con Juan en la parroquia y como llegue tarde me va a mandar a que viva la «Divina comedia» de Dante al completo. En esas estoy cuando veo salir de la trastienda a alguien que desde luego no es María.

Es un hombre que sale con la cabeza gacha buscando algo en una especie de bolsa de herramientas. Cuando saca la mano de su interior lleva consigo una libreta de albaranes que se dispone a rellenar. Fija la vista un instante en el techo y frunce el ceño, como si estuviera pensando en algo. Y, en ese momento, el corazón comienza a latir con fuerza en mi pecho.

—No puede ser —digo con la voz ahogada y la mente a mil por hora intentando encontrar una respuesta coherente a lo que estoy viendo.

Mi susurro no ha debido de ser tan bajo como yo pensaba, pues tres pares de ojos se giran hacia mí, pero solo dos me miran como si estuvieran viendo un fantasma.

—¿José?



CAPÍTULO 43

JOSÉ

Nada más levantarme esta mañana he sentido un escalofrío que me atravesaba todo el cuerpo y un cosquilleo en la nuca, presagios de que algo iba a ocurrir en esta jornada. De todas formas, no he querido darle muchas vueltas, no soy una persona que se queda parada intentando buscar significado a todo lo que le ocurre. Sobre todo, porque estas sensaciones me vienen acompañando desde que era joven y, de momento, no ha pasado nada muy extraño a mi alrededor. Más bien soy de pensar que a veces las cosas pasan sin más, no porque te hayas levantado con el pie izquierdo o porque el karma te esté dando un aviso por algo que hiciste ya ni se sabe cuándo. Son acontecimientos que tienen lugar por el simple hecho de vivir, seguro que si nos quedáramos encerrados en casa no nos pasaría nada, ni bueno ni malo, pero ¿qué sentido tendría la vida entonces?

Así que, con mi pasotismo habitual, me dispuse a pasar otro día encerrado en mi taller de ebanistería después de hacer unos recados. Sí, me llamo José y soy carpintero, aunque coincidencias bíblicas aparte, todo tiene una explicación bastante terrenal. El nombre me lo puso mi madre para continuar con la tradición entre los varones de mi familia paterna. La carpintería vino cuando, tras sufrir un accidente que casi acaba con mis huesos en el cementerio y que se llevó por delante, en teoría, la vida de mi mejor amigo Jesús, mi padre me miró muy serio y me dijo:

—Espero que esta tragedia te haya servido para recapacitar.

La pregunta que quedaba implícita era como el título de la novela «¿Qué vas a hacer con tu

vida?» de Ian Lorens. Estaba claro que no podía volver a las andadas, las drogas y el alcohol no solo me habían llevado por el mal camino, sino que también habían acabado con mi mejor amigo criando malvas. Además, ya era hora de que asumiera cierta responsabilidad y, ya de paso, dejara de darles disgustos a mis padres, quienes habían sido testigos de cómo mi adicción a la noche y a las fiestas me consumía, y de cómo su propio hijo les robaba para continuar con su vida desenfundada.

Ahora miro atrás y no me reconozco en aquella persona que fui, sin embargo, era necesario que atravesara el Infierno y que descansara un tiempo en el purgatorio para encontrar un pedazo del Cielo.

Así que decidí irme con mi padre y mi abuelo a aprender el oficio en su taller, otra cosa que pasaba de generación en generación, como el nombre. Empecé con pequeñas cosas, siempre siguiendo los consejos de mis maestros, quienes eran brillantes en su trabajo y tenían un gusto impecable tanto para hacer muebles desde cero como para la restauración. Poco a poco fui haciendo faenas de mayor importancia, descubrí que me encantaba pasar horas dando forma a las piezas que al final serían parte del mobiliario de una casa. Me relajaba, me hacía sentir útil y me ayudaba a aparcir toda la mierda que había formado parte de mi vida durante demasiado tiempo.

Gracias a esos hombres y a mi santa madre que, a pesar de mis faltas, creyeron en mí y me apoyaron, hoy en día tengo un oficio que me apasiona y con el que me gano la vida bastante bien. Soy mi propio jefe y vivo en una isla donde el sol brilla con fuerza durante todo el año, ¿qué más se puede pedir?

Bueno, quizá una novia, aunque parece que mis esfuerzos por atraer al bellezón que trabaja con Valentina no están surtiendo el efecto deseado. María es una chica monísima y muy tímida que se pone colorada cada vez que me mira, como en la canción de Papá Levante. Me produce una ternura infinita, y ya ni os cuento lo que me provoca dentro de los pantalones porque, en el fondo, y aunque no lo parezca, soy un caballero hasta que se demuestre lo contrario. Y sí, ya sé que la cosa tiene su guasa, que solo nos faltaría el buey, la mula y un niño en un pesebre para formar el portal al completo, pero ¿qué culpa tenemos nosotros de los nombres que nos han asignado nuestros progenitores? Igual debido a esa coincidencia resulta que estamos hechos el uno para el otro, ¿no? En fin, a lo que iba, que se me va la cabeza.

Decidí venir a Ibiza porque siempre me han gustado la playa y el calorcito, cosas que en León son imposibles de encontrar. Veía factible lo de continuar el legado familiar aquí, así que monté La estrella de Belén. Ya, ya sé lo que vais a decir, otra coincidencia más, otro elemento para añadir al portal que crearé con María, sin embargo, es otra explicación de lo más normal. El nombre lo puse en honor a mi madre, que se llama Belén, y cuando yo era pequeño, y la veía sonreír, solía decirle que brillaba tanto como una estrella.

Dejando a un lado esta historia y volviendo al presente, hace un año conocí a Valentina en un mercadillo que se hace a las afueras de la población una vez al mes, donde suelo ir con algunas muestras de mis trabajos para que la gente me conozca. El caso es que ella estaba pensando en abrir una tienda de ropa y quería muebles sencillos a la vez que funcionales, pero todo lo que veía en los catálogos no le gustaba. Cuando vio lo que yo hacía se quedó prendada, así que me pidió que le montara toda la tienda. Desde entonces, de vez en cuando me llama para pedirme que le haga piezas tanto para los pisos de Yotuel como para ella misma.

Eso ha sido lo que esta mañana me ha llevado a su *boutique*, en este caso la entrega de una mesa grande para poner en la trastienda. Lo que jamás esperé fue encontrarme de cara a un fantasma en cuanto salí de la parte trasera para darle a Valentina el albarán de entrega y la factura.

Mi mejor amigo de la infancia, aquel que mis padres me dijeron que había muerto en el acto en el fatídico accidente que tuvimos, se encontraba delante de mí. Estaba más mayor, al igual que yo, pero seguía teniendo la misma cara, casi parecía como si el tiempo no hubiera hecho mella en él.

—¿Jesús? —pregunto con la misma incredulidad que él al decir mi nombre.

Sí, quizá debí hacer caso a las advertencias mañaneras de mi cuerpo, puede que hubiera estado más preparado a la hora de ver a un muerto fuera de su tumba. O igual no, ya que ¿cómo se prepara uno para una noticia así? Y, sobre todo, ¿cómo se afronta el hecho de que tus padres te han mentido toda la vida? Entiendo que estuvieron muy preocupados por mí y que casi perdieron al único hijo que tenían, ¿pero esto? Esto no me lo esperaba de ellos, y menos todavía cuando fueron testigos de cómo me deshacía en llantos todas las noches por su pérdida. Porque Jesús no era solo mi mejor amigo, era mi hermano, y ahora lo encontraba caminando entre los vivos cuando se suponía que su lugar era otro bien oscuro y menos oxigenado.

—¿Os conocéis? —interroga Valentina señalando alternativamente a uno y otro.

—Ay, mi madre, ¡José! —dice la otra chica mientras se tapa la boca con la mano y mira a mi amigo.

—Sí, es ese José, Ricitos, pero se supone que él está muerto.

—¡Qué cojones voy a estar muerto! El que está disecado desde hace años eres tú, colega. Hasta vi tu tumba.

—¿Mi qué?

—Tu tumba, tío, ya sabes, esos agujeros que se cavan en el suelo para meter dentro ataúdes y que después se rematan con una lápida con el nombre del difunto.

—Soy consciente de lo que es, José, pero como ves estoy en óptimas condiciones, así que es imposible que hayas visto mi nombre en un camposanto. De hecho, es más bien al revés, yo sí vi tu tumba.

—¿Cómo dices? A ver, si estuviera muerto, me habría dado cuenta, digo yo. Además, mis padres saben que estoy vivo, aunque haya semanas que los llame poco. Y, con respecto a ti, sé muy bien lo que vi, y si no me crees pregúntale a tu tío. Fue él quien nos llevó a mis padres y a mí a ver tu sepultura.

—¿Mi tío?

—Ya sabes, aquel tipo que era de la Iglesia y que paraba en tu casa de vez en cuando.

Al igual que yo, Jesús se queda pensativo durante unos instantes, supongo que dándole vueltas a lo que acabo de decirle. Yo por mi parte intento hacer memoria y recordar aquellos años. Es cierto que mis padres me dijeron que mi mejor amigo había muerto, pero cuando lo hicieron, a pesar de las circunstancias, se notaba cierta congoja en sus rostros. Así que no puedo creer que me engañaran, más bien me inclino a pensar en que fue ese hombre quien les mintió a ellos, bueno, y a mí también, la cuestión es por qué. ¿Y lo de mi tumba? Esto es una locura.

—¿Alguien puede decirme de qué va todo esto? —interroga Valentina con el semblante descolocado.

—Tranquila, Pecosa, ahora te lo explico —contesta la chica del pelo rizado, quien se acerca a Jesús como si estuviera tratando con un animal herido—. Escúchame, Ojazos, creo que deberías hablar con José y tomaros vuestro tiempo.

—Sí, tienes razón, Ricitos —afirma él con una expresión entre abatida por la situación que estamos viviendo y admirativa hacia esa chica—. Por favor, no te vayas de aquí sola, espera a que Jordina venga a por ti para ir a comer. ¿Harás eso por mí?

—Claro que sí, guapo, no te preocupes por mí, me portaré bien —le dice ella con una sonrisa,

a lo que él le responde pellizcando su nariz.

Siento un poco de envidia, pues él ha sido capaz de encontrar a esa persona especial que llena sus días de luz. Ojalá logre que mi historia con María tenga en algún momento su comienzo.

Jesús me hace una seña y no me hace falta más para seguirlo. Caminamos juntos, aunque sin hablar, creo que los dos estamos bastante nerviosos. Además, ya habrá tiempo de hacerlo en la intimidad que nos dé algún lugar. Nuestros pasos terminan en la entrada de una iglesia, donde un chico joven se encuentra apoyado en la pared de fuera.

—¡Hombre, páter! Dichosos los ojos. Ya pensaba que tendría que llamar a la policía.

¿Cómo que páter? ¿Acaso Jesús es cura o algo así? Entonces, ¿qué pasa con la chica de la tienda?

—Lo siento, Juan, se me ha hecho tarde. Y aun sabiendo que puedes rogarle a Dios que me fulmine con un rayo, te tengo que pedir que esperes un momento. Antes necesito arreglar algo con el hombre que me acompaña.

La mirada del adolescente se posa en mí y abre la boca para replicar al instante. Sin embargo, algo debe de ver en el semblante de Jesús que lo hace cerrar la boca y afirmar.

—Gracias, chaval. Enseguida estaré contigo.

—No te preocupes, tío, haré tiempo clasificando la ropa para la caridad.

Tras estas palabras, entramos en el edificio, un lugar con un decorado muy austero, por no decir inexistente. Sigo los pasos de Jesús, que me lleva hasta una habitación con un escritorio y cuatro muebles, creo que es la sacristía. Una vez allí los dos tomamos asiento y nos quedamos unos segundos en silencio. No quiero romper el momento, sé que necesita organizar sus ideas, así que hago tiempo dando un vistazo alrededor, fijando mis ojos en algo que llama mi atención al instante.

—¿Sabes que ese armario tiene carcinoma?

—Sí, lo sé, pero han pasado demasiadas cosas en mi vida últimamente y me había olvidado de que necesitaba una reparación.

—Yo podría hacerlo, soy carpintero y restaurador.

—Igual sí, si no te importa cobrar mal y tarde. No pienses que por ser un mueble de la Iglesia te van a pagar bien.

—Entonces, que se joda el armario.

Ambos nos reímos a mandíbula batiente, tal y como hacíamos cuando éramos unos chavales. Con razón dicen que la risa es terapéutica, ya que el ambiente se relaja en cuestión de segundos, aunque el paréntesis dura poco.

—Lo primero que quiero es pedirte disculpas, José, aunque sé que ni poniéndome de rodillas lograré enmendar todo el daño que te hice.

—Un momento, me he perdido, ¿a qué te refieres exactamente? —pregunto con el ceño fruncido.

Jesús suena abatido, tiene la mirada gacha y parece que traga con dificultad, sin embargo, no sé a qué vienen ni sus disculpas ni esa vergüenza repentina que le impide mirarme a la cara.

—Estoy hablando del accidente. —Y, ahora sí, enfrenta sus ojos con los míos. Los suyos están brillantes, como si estuviera conteniendo el llanto—. Esa noche, tú no querías montarte en ese coche, si lo hiciste fue porque yo te insistí. Tú me advertiste de que tenías un mal presentimiento y yo no te escuché, y después pasó lo que pasó. Aquel choque fue por mi culpa.

—¡Eh, para el carro, colega! —contesto moviendo las manos para dar más efecto a mis palabras—. Tienes razón cuando dices que pensaba que algo malo iba a ocurrir, algo normal cuando vas hasta arriba de coca y alcohol, pero tú no me obligaste a nada. No me pusiste una

pistola en la cabeza ni me amenazaste, si me subí en ese coche fue porque quise, Jesús. Yo también quería experimentar la adrenalina de hacer algo prohibido y me apetecía continuar con la fiesta. Ya sabes que en aquella época no teníamos límites.

—Lo sé, José, pero aun así...

—Ni pero ni nada. —Lo corto de forma abrupta, pues no quiero seguir escuchando sus excusas, esas con las que pretende hundirse en un agujero negro que no se merece—. Tú no tuviste la culpa de nada, ambos actuamos mal y creo que debemos dar gracias por seguir con vida y por no llevarnos a nadie por delante aquella noche. Éramos jóvenes e impulsivos, nos creíamos los dueños del mundo y nos pasamos tres pueblos y un país. Además, pienso que aquello tenía que ocurrir, llámalo destino, karma, casualidad o las cartas que nos repartieron al nacer, me da igual. La cuestión es que ese accidente fue el detonante que nos hizo darnos cuenta del mal camino que llevábamos y pudimos rectificar el rumbo, yo me hice carpintero y tú... bueno, te hiciste cura. Sinceramente, eso no me lo esperaba, si cualquiera me hubiera dicho que de mayor estarías dando misa, me hubiese reído en su cara.

—Ya, no me pega mucho, ¿verdad? —dice Jesús con una ligera sonrisa, al menos creo que he conseguido que la culpa no le pese tanto.

—No te pega nada, pero, oye, que si tú eres feliz, yo te apoyo. Ahora, que sepas que no me vas a ver el pelo por aquí, que las iglesias me dan repelús y yo de devoto tengo lo mismo que de cantaor de flamenco.

El sonido de una carcajada que sale de su pecho llena la habitación medio vacía en la que estamos. Sus facciones se relajan, su cuerpo olvida la tensión y yo me veo arrastrado por su alegría. Durante unos segundos, volvemos a ser dos hermanos disfrutando de su mutua compañía. Sé que han pasado muchos años, que nos tendremos que conocer de nuevo como las personas adultas que somos, pero quiero tenerlo otra vez en mi vida.

—Bueno, aclarado este punto, que espero que no se te olvide, vamos a hablar de lo que nos ha traído hasta aquí —digo en cuanto nos calmamos.

—Sí, vamos a ello —afirma Jesús tomando aire y soltándolo en una prolongada exhalación—. Antes me has comentado que mi tío te llevó a mi tumba.

—Exacto, a una sepultura con tu nombre completo y tu fotografía en el cementerio de León. Es más, sigue en el mismo sitio, pues cuando voy a visitar a mis padres siempre me paso a llevarte flores.

—Gracias..., supongo.

—De nada, aunque visitar aquel lugar me llenaba de tristeza porque no podía sentirte. Ahora entiendo el porqué.

—Porque no estaba allí —concluye él por mí—. La cuestión es ¿por qué mi tío nos engañó? Porque yo también vi tu tumba y eso es muy extraño.

—Sí que lo es y no tengo idea de por qué lo hizo, colega. Es cierto que ese hombre nunca me gustó, te lo dije en varias ocasiones, pero ¿qué sacaba con mentirnos?

Volvemos a quedarnos en silencio hasta que Jesús suelta una risa floja y cierra los ojos. Lo siguiente que viene es una mandíbula tan apretada que parece un cepo cerrado.

—¿Ya lo sabes? —susurro para no sacarlo del trance de forma abrupta.

—Y tanto que lo sé. Hazme un favor y mira a tu alrededor. ¿Qué ves?

—Un lugar muy deprimente al que le hace falta algo más que una mano de pintura.

—Cierto, sin embargo, no te centres en el entorno, céntrate en mí.

—Bueno, veo a mi amigo de la infancia un poco más mayor y que resulta que ahora es sacerdote.

—Exacto, pero eso no es todo, también estaba haciendo méritos para postular en algún momento de mi vida al puesto más alto de la Iglesia. Mi tío ansiaba que me dedicara a la carrera eclesiástica y me dijo que yo tenía las cualidades necesarias para, algún día, llegar al Vaticano y ser Papa, aunque yo siempre me negué. Hasta que...

—Hasta que muerto el perro, se acabó la rabia —termino por él—. Lo que no entiendo es por qué te eligió a ti. A ver, está claro que eres su único sobrino y siempre fuiste muy inteligente. Todavía recuerdo como sacabas sobresalientes sin tocar un libro, pero él también parecía un tipo culto y estudioso, ¿no podría él intentar ser Papa?

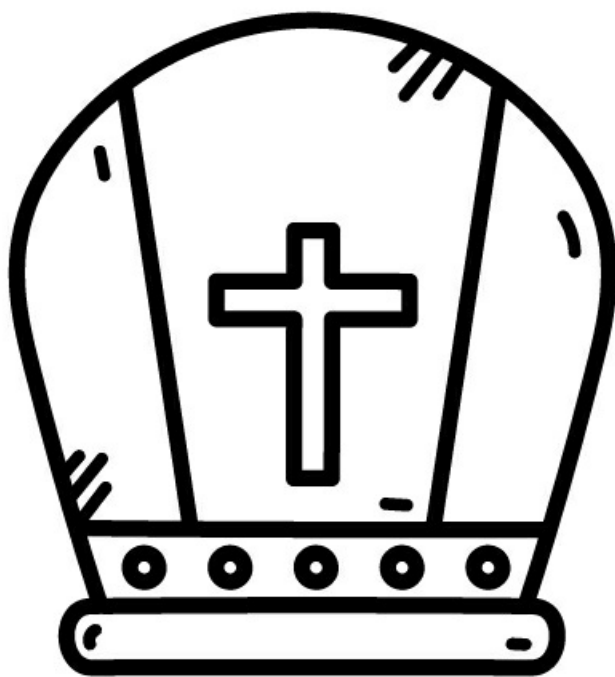
—Cada vez estoy más convencido de que no, ya que su carrera eclesiástica lleva estancada muchos años, algo extraño teniendo en cuenta que cada vez hay menos chicos que deciden entrar en el seminario y los altos cargos también envejecen.

—Así que tú eras su única esperanza para conseguir su sueño —digo recibiendo un asentimiento de cabeza por su parte.

—Exacto. De todas formas, voy a renunciar, iba a llamarle para decirle que colgaba los hábitos. A pesar de que mi tío no es mi persona favorita, esperaba mantener una relación cordial con él, pues es el hermano de mi madre. No obstante, después de saber que nos mintió y que nos ha arrebatado tanto, ya puede prepararse porque va a arder Troya. Te aseguro que esto ha sido la gota que ha colmado el vaso.

—Y yo estaré a tu lado para verlo —concluyo para que no le quepa duda de que le ayudaré en todo lo que necesite.

Con esta sentencia y una sonrisa, reclinamos nuestros cuerpos en los incómodos asientos, que además crujen que da gusto, y disfrutamos de la victoria que está por llegar como dos copias descafeinadas de Vito Corleone en «El padrino».



CAPÍTULO 44

CAÍN

Mirando desde mi ventana la fachada sur de la catedral de Santa María de Regla en León, pienso en el significado de la resiliencia. Este magnífico edificio, que sufrió el efecto devastador de las guerras, que tuvo problemas estructurales durante siglos y que ha sido sometido a incontables reformas, todavía sigue en pie. Dominando el espacio, sus torres se alzan orgullosas, recordando a los caminantes que no son más que simples hormigas y que, a pesar de las vicisitudes, su poder es infinito e inalcanzable.

Yo soy como esa catedral. Debido a un chivatazo, mis iguales me han vapuleado y me han condenado al ostracismo. La carrera de fondo en la que participaba, cuya meta era el papado, terminó para mí de forma abrupta. Mis sueños, mis ilusiones y todo mi trabajo se fueron a la basura por culpa de una buscona y un chismoso con demasiadas ínfulas. Curiosamente, gracias a mi desliz y su lengua floja, ese ser está ahora gozando de la posición de Arzobispo, un puesto que debió ser mío. Sin embargo, la venganza es un plato que siempre se debe servir frío y pronto llegará la mía.

Como si fuera el malhechor que acabó con la vida de su hermano Abel, he tenido que pasar las de Caín para conseguir parte de mi objetivo: que Jesús siguiera mis pasos y convirtiera mis anhelos en su realidad. Esa fulana que se ha cruzado en su camino no es más que otra prueba que el Señor me ha puesto para probar mi resistencia, pero lo que ella no entiende es que mis tentáculos llegan muy lejos y que no tiene nada que hacer ante mi dominio.

Se acerca el momento de su caída y estoy impaciente porque desaparezca para siempre de la

vida de mi sobrino, solo así él se centrará en su importante labor.

El tiempo de espera se me está haciendo cuesta arriba, sin embargo, comprendo que las prisas no son buenas consejeras y que Judas, aunque quiere poseer a toda costa a esa tal Mila, debe tener todos los cabos bien atados.

De repente, el móvil suena con estridencia, sometiendo a la mesa de caoba a los movimientos espasmódicos de su vibración y sacándome del momento de paz que estaba viviendo. Al fijarme en el nombre que sale en la pantalla me sorprende, pues él no suele llamarme con frecuencia, más bien es al contrario.

—Dichosos los oídos, sobrino.

—Tío —contesta con una voz fría que no había escuchado nunca en él. A saber la milonga que le habrá contado ahora la mujerzuela esa.

—¿Te ocurre algo, Jesús?

—Me ocurren muchas cosas, tío.

—Ya veo. ¿Y me llamas para hacerme partícipe de estas o prefieres que juguemos a las adivinanzas?

—Créeme, lo que menos me apetece ahora mismo es seguir jugando.

—Bien, porque en verdad el juego, sea cual sea, nunca ha sido de mi agrado.

—¿Estás seguro de eso?

—No sé a qué te refieres, Jesús, y tu tono me está empezando a resultar desagradable, pero para que te quedes tranquilo voy a responder que sí, estoy seguro.

—Vale, entonces, explícame otra vez qué le pasó a José.

—¿Qué José?

—Sabes a la perfección de quién te estoy hablando, pero para que te quedes tranquilo te voy a contestar que me refiero a mi amigo de la infancia —dice con sarcasmo repitiendo las mismas palabras que yo he dicho con anterioridad.

Exhalo todo el aire que tenía acumulado en mis pulmones en un intento por encontrar la calma necesaria y no soltar las cuatro frescas que tengo en la punta de la lengua especialmente preparadas para él.

—No entiendo lo que ocurre ni a qué viene ahora preguntar por una persona que lleva muerta ¿cuántos? ¿Unos dieciséis años? Sabes que murió en el accidente de coche que tuvisteis, además de que viste su sepultura en el cementerio de León.

—Ah, sí, es verdad. Gracias por refrescar mi memoria, tío. Y dime, aparte de nuestro señor Jesucristo o en las películas de zombis y vampiros, ¿has visto alguna vez a un muerto caminando entre los vivos?

—¿Qué tonterías estás diciendo, sobrino? Eso es imposible para cualquier mortal y lo sabes.

—Sí, ¿verdad? Entonces, explícame por qué hoy me he encontrado de frente con mi amigo de la infancia.

No debí soltar el aire antes, pues ahora lo necesito como agua de mayo. No me puedo creer que esté ocurriendo lo que nunca debió pasar. De entre todos los lugares del mundo, ¿ese desarrapado había ido a Ibiza? Tengo que pensar en algo rápido.

—¿Cómo es posible que esté vivo? —pregunto para ganar un poco de tiempo.

—Dímelo tú.

—¿Yo? Todo lo que sé fue lo que te dije, te trasladé las palabras exactas de sus padres. —Al otro lado de la línea se escucha un resoplido seguido de una risa ahogada que no me gusta un pelo—. Haciendo cábalas, entiendo que si dijeron que había muerto, fue para que dejarais de veros, porque sabes que ninguno estaba muy contento con vuestra relación.

—¡Deja de mentirme! —grita Jesús fuera de sí—. Y, por favor, te pido también que no subestimes mi inteligencia.

—Ni te estoy mintiendo ni me merezco este trato por tu parte, así que voy a colgar y cuando te calmes me vuelves a llamar.

—No se te ocurra dejarme con la palabra en la boca, tío, porque desde ya te aviso que esta será nuestra última conversación, así que quiero que me escuches alto y claro. —Su tono no admite réplica y, por primera vez, me quedo clavado sin hacer un solo movimiento—. ¿Sabes por qué sé que me has estado engañando durante todos estos años? Muy sencillo, porque te conozco y en el fondo siempre he sabido que tu ambición desmesurada estaba por encima de cualquier cosa, incluso de mis propias necesidades. Sin embargo, me he pasado muchos años con una venda en los ojos, sin querer admitir que solo era un objeto para ti, como una ficha de ajedrez que movías a tu antojo en la partida de tu vida. Hoy no solo me he encontrado con José, también me ha contado algo muy interesante sobre una lápida en el cementerio con mi nombre y mi foto, a la que tú le llevaste para que comprobara que decías la verdad. Y yo no puedo dejar de preguntarme cómo fuiste capaz de llegar tan lejos, porque no solo está mi sepultura, también está la suya. Dos personas vivas que tú enterraste para urdir tu gran plan, ¡es demencial!

—Hice lo que era necesario para salvar a mi sobrino de una vida llena de malos hábitos y de penurias —respondo sin más, ya que José ha aparecido para destapar mi argucia.

—¡Mientes otra vez! ¡No lo hiciste por mí, lo hiciste por ti! —chilla de nuevo y el sonido de sus gritos me pone la piel de gallina—. Pero ¿sabes qué, tío? ¡Se acabó! ¡Cuelgo los hábitos!

—No puedes hablar en serio, Jesús, no lo permitiré. ¡¿Me oyes?! ¡Nunca lo permitiré!

—Ah, ¿no? Pues menos mal que ya no tienes poder alguno sobre mí y que ya he enviado al Obispado mi renuncia. Espero recibir una respuesta en breve y, cuando eso ocurra, te la mandaré para que te la enmarques si te apetece. Ahí te quedas con tus sueños, tío, espero que ellos te den el calor de la familia que has perdido.

Tras sus últimas palabras, cuelga el teléfono sin dejar que le dé una contestación. Casi al instante, vuelvo a llamar y me salta el contestador. Está claro que o ha apagado el teléfono o ha bloqueado mi número.

Durante unos minutos, me dedico a gritar, a tirar todo lo que tengo encima de la mesa y a romper ese jarrón aberrante que tenía en el punto de mira desde hacía años. Mi espectáculo llama la atención del guardia de seguridad, que entra en el despacho sin llamar a la puerta y, al ver mi estado, se disculpa y se marcha. No es bienvenido, al igual que nadie que trabaje aquí, pero su irrupción me hace recapacitar y respirar, pues lo último que me conviene es parecer un energúmeno a ojos de los trabajadores.

Dejo todo como está, ya le pediré más tarde a alguna chacha que venga a limpiar mi estropicio, ahora no estoy para menesteres que no corresponden a mi cargo. Me siento de nuevo en el sillón y, cuando los latidos de mi corazón se calman, cojo el móvil para hacer la primera llamada de mi lista.

—Señor, ¿qué hace llamándome a estas horas? Sabe que contactar conmigo por las mañanas es muy arriesgado, alguien podría escuchar nuestra conversación —dice asustado mi contacto del Obispado de Ibiza.

—Entonces, ¡cállate y escucha!, no te robaré mucho tiempo —contesto severo para que capte bien el mensaje implícito—. Os llegará un escrito con la renuncia de mi sobrino. Quiero que lo retengas, nadie debe enterarse de que ese papel existe.

Como no espero ninguna respuesta por su parte, pues sabe muy bien de quién le hablo, cuelgo y busco el siguiente contacto. Después de cuatro tonos, que me ponen cada cual más ansioso,

tiene a bien descolgar.

—Hombre, el señor Obispo. ¿A qué debo este honor? —pregunta burlón mi interlocutor.

—Judas, no tengo el día para escuchar tonterías.

—Uy, uy, uy, Caín, te noto un poco estresado, ¿no? ¿Sabes lo que va bien en estos casos, mi querido clérigo? Un buen polvo —indica emitiendo una sonora carcajada después—. Hazme caso, Monseñor, una chica con un buen culo te quita todos los males. ¿O acaso prefieres un chicarrón? Bueno, en cualquier caso te puedo mandar lo que necesites, yo no juzgo, siempre y cuando pagues al contado.

—Déjate de historias, Judas, que esto es serio.

—Y yo que pensaba que torturar a toda la familia de un narco me iba a quitar el estrés... En fin, ya he comprobado que no. —Respira con aire teatral y yo me desespero por tanta sandez—. Dime, Caín, ¿qué ocurre? ¿Te ha llamado Dios y te ha dicho que han abierto las puertas del Infierno y la gente ha comenzado a entrar en masa?

—No, me ha contactado mi sobrino para decirme que cuelga los hábitos.

—Ah, ya veo, el corderito te ha salido rebelde.

—Por lo visto sí y, aunque no me lo ha dicho, estoy seguro de que la razón que me ha dado era solo una milonga.

—¿Crees que es por mi Mila?

—Sí, así que te agradecería que hagas lo que sea que tengas pensado hacer con ella a la mayor brevedad posible.

—Aunque tu tono no me agrada, mi querido Caín, hoy me siento exultante y benevolente —contesta con voz gélida, esa que demuestra que es un hombre peligroso—. Puedo postergar mi tortura a ese narco descarriado, igual hasta le vienen bien unos días encerrado pensando en que también me cargaré a su niñita de cinco años. Además, tengo ganas de que Mila vuelva a mi lado, la he echado mucho de menos y mi cama está demasiado fría. Así que, tu deseo será concedido, campeón. Pero, para la próxima, no vuelvas a olvidar con quién estás hablando.

Al segundo cuelga sin esperar más conversación por mi parte. Sus palabras me llenan de una mezcla entre alivio y terror, al mismo tiempo que me aportan un rayo de esperanza. Este tipo está como una regadera, pero sé que su palabra vale oro.

Al fin podré quitar de en medio a esa Jezabel que nos ha llevado a mí y a mi sobrino a la ruina. Ya estoy contando los minutos que quedan para tener delante su patético rostro y recordarle que conmigo no se juega.



CAPÍTULO 45

MILA

Me río yo de los guionistas de «Pasión de gavilanes», «Sin tetas no hay paraíso» y hasta de los de «Entre fantasmas», vamos, que si algún día se quedan sin ideas o inspiración, se pueden venir a la isla y juntarse con nosotros, que les daremos material para varias temporadas. Que a esta marcha solo nos falta descubrir que Mimitos, mi dulce y angelical gato —porque decir que es un cabrón con bigotes y muy mala hostia no quedaría bien— es en realidad la reencarnación del dios Amón-Ra. Me doy cuenta de que bebo poco para todo lo que me pasa, y como empiece a darle a la botella no habrá deidad, ser humano o extraterrestre capaz de quitármela.

Valentina sigue mirándome, esperando una explicación que soy incapaz de darle, pues cómo le digo a mi racional y cuadrículada amiga que José, su carpintero de confianza, es en realidad el mejor amigo de Jesús, al que creía muerto, pero que está vivo, coleando y de muy buen ver, y que casi dieciséis años después lo acaba de encontrar. Que conociéndola me suelta una *quantá* con la que me convierte en la nueva Black Panther, y a mí los trajes de neopreno me agobian.

—¿Quieres dejar el papel de Mudito de una santa vez y contarme de qué va todo esto? ¿O tengo que golpearte, que ganas no me faltan y paciencia no me sobra, Milagritos? —suelta con esa sutileza tan suya.

—José y Jesús se conocen —respondo sin mirarla, ya que sé que mi escueta explicación no será de su agrado.

—No me digas, ¿de verdad? Gracias por aclarármelo, no lo hubiera sospechado nunca, y mira que he estado atenta.

Si no la conociera podría creermelo este intento de contención, el problema es que hemos compartido chupete, llantos, risas y hasta el desodorante, y sé que va a explotar de un momento a otro, algo que me encanta, porque ver perder los papeles a la Pecosita es todo un espectáculo.

—¡Me cago en tus curvas latinas, Chocolatina! Que se conocen me ha quedado muy clarito, lo que no comprendo es todo lo demás y, sobre todo, por qué ambos pensaban que el otro estaba muerto.

—¡No estaban muertos, estaban de parranda!

Es una gilipollez lo que acabo de soltar, lo admito, lo que pasa es que cuando me pongo nerviosa o me apetece tocar las narices, no puedo evitar hacer chascarrillos con las letras de las canciones y «El muerto vivo» de Peret me venía como anillo al dedo. A Valentina no parece hacerle ninguna gracia mi broma musical y lo demuestra asesinándome con la mirada mientras me apunta con su dedo ejecutor.

—Tienes el mismo salero que un político hablando de impuestos, empiezo a pensar que los polvos del páter deben de ser celestiales, porque te están dejando más tonta de lo normal.

—¡Quieres bajar la voz, que al final se van a enterar hasta en Roma! —reprendo su actitud, aunque a mi amiga no le importa todo eso.

—Chica, ni que el Papa no tuviera más problemas en su curro que un cura enamorado de una cantante de orquesta reconvertida en cajera de supermercado y que huye de su jefe narco. Lo mismo os hacéis famosos y abríis todos los telediaris, ya veo los titulares: *Proyecto Vaticano, cuando ni Dios puede contra el amor*.

¡Y sigue la niña con sus desvaríos! Señor, dame paciencia o una botella de ron, lo que te venga mejor, pero no tardes mucho que ya no puedo más con tanto tarado a mi alrededor.

—Que bajes la voz, ¡coño! —A la mierda las buenas formas.

—No me sale del higo supremo, además, aquí la única que puede oírnos es María y te aseguro que ella jamás diría nada, ¿verdad, compi?

—Por supuesto, jefa, cada uno puede acostarse, revolcarse y levantarse con quien quiera, y si es con ese pedazo de moreno con cuerpo de infarto, mucho mejor —responde la costurera a mi espalda.

Seguimos sumando, no tengo bastante con una loca que llega otra, ¡lo mío es suerte y lo demás tonterías!

—¿Quieres hacer el favor de quitar esa cara de seta revenida, que tan poco te favorece, y contarnos de una puñetera vez qué relación tienen José y Jesús?

Las miro durante unos segundos y al final termino explicándoles lo poco que sé de su historia, ya que hay una parte importante que desconozco y que solo ellos podrán aclarar cuando estén listos. Escuchan sin perder detalle sus trastadas, planes, locuras y malas acciones, hasta que les cuento lo sucedido esa maldita noche que cambió sus vidas para siempre.

—¡La leche con el páter! Y eso que cuando lo conocí parecía un angelito caído del Cielo, claro que Joselito tampoco se queda atrás.

—Valentina, no seas injusta, todos tenemos un pasado en el que hemos cometido errores o tomado pésimas decisiones.

—Dímelo a mí —responde María con la mirada perdida—, tuve una época en la que creí que tintarme el pelo de color verde césped sería la solución a todos mis problemas y lo único que conseguí fue una bronca monumental de mi madre, ochenta euros menos en la cartera y unas calvas como la Catedral de la Almudena.

No puedo juzgarla, yo he pasado por eso, aunque en mi caso fue el rubio platino lo que casi me deja como una bola de billar. No entiendo la manía que tenemos las mujeres de ir a la

peluquería para darle una vuelta a nuestras vidas, con lo fácil que es pegarte una buena fiesta con las locas de tus amigas, reírte hasta que te duelan las costillas, criticar a todo ser viviente y beber hasta olvidarte de tu nombre. Al día siguiente todos los problemas son menos, bueno, todos no, la resaca monumental que te durará varios días no te la quita nadie, pero, por lo demás, son todo ventajas.

—Dejemos los desastres capilares aparte, lo importante es que tanto Jesús como José encontraron su camino y ahora son dos buenas personas que aprendieron de sus errores. Lo que sigo sin entender es por qué pensaban que estaban muertos —insiste de nuevo Valentina, que cuando algo no le queda claro entra en bucle con el tema y no hay forma de sacarla.

—Tendremos que esperar a que los chicos nos lo expliquen, pero algo me dice que Monseñor tocapelotas y sieso como él solo es el responsable.

Las dos me miran sin entender a quién me refiero y, antes de que empiecen con su batallón de preguntas, les explico todas mis conjeturas. Así pasamos varias horas hasta que Jordina, mi niñera de los mediodías, hace su entrada triunfal.

—¡Olé, olé y olé las cosas bonitas que alegran los días con su preciosa sonrisa! —chilla antes de abrazar a la pobre María, que no sabe dónde esconderse—. Y olé, olé y olé a la Pecosa *desaboría* que tengo por hermana y a la *superstar* morro largo y enamorada hasta las trancas del siervo del supremo que tengo por amiga. —Lo que yo diga, no hay nadie normal a mi alrededor, bueno, ni creo que en toda la isla, para qué vamos a engañarnos.

Las dos hermanas empiezan a chincharse, haciéndonos disfrutar a María y a mí, que permanecemos como simples espectadoras, ya que ninguna nos atrevemos a intervenir, pues conseguiríamos que el par de brujas se uniera y seríamos el objetivo de su ira y mala leche. Mientras ellas siguen a lo suyo, aprovecho para llamar a Ojazos y saber cómo está, pero su teléfono se encuentra apagado, debo tener paciencia y esperar a que sea él quien contacte conmigo. A esta marcha me hago un doctorado en Paciencia Infinita y Aguante Supremo.

Una vez Jordina se siente contenta por tocarle las palmas a su hermana, poniéndola de una mala hostia que el pobre Yotuel tendrá que soportar —ese hombre se va a ganar el Cielo, la Tierra y parte de la galaxia—, nos despedimos y vamos a mi piso, en poco más de una hora tengo que trabajar y primero debo alimentar este cuerpo serrano que tanto esfuerzo me cuesta.

Nada más llegar, la rubia se coloca el mandil y empieza a trastear en la cocina, dispuesta a crear un menú digno del mejor chef. La dejo a su aire y voy a cambiarme, sin embargo, al pasar por la puerta del despacho cambio mis planes y entro en él. Observo todas las fotos, recortes de periódicos y las anotaciones que he ido recopilando en estos meses, no es gran cosa, pero quizá a Víctor puedan servirle. No lo pienso y mientras recojo todos los documentos, que voy guardando en un gran sobre, marco su número.

—Hola, preciosa, con tu llamada acabas de alegrarme el día —responde nada más descolgar.

—Normal, soy la alegría de la huerta, agente.

Su carcajada es contagiosa y termino uniéndome a ella, Víctor nos ha demostrado a todos el gran tío que es en realidad y ojalá en un futuro, no muy lejano, encuentre a esa persona especial que lo haga feliz e ilumine de verdad sus días.

—¿Estás bien, Mila?

—Sí, tranquilo, el equipo de canguros está cumpliendo con su misión de volverme loca, pero no te llamo por eso, me gustaría que nos viéramos, hay algo que quiero enseñarte. —No duda en aceptar la invitación y quedamos en que me recogerá del trabajo.

Termino de amontonarlo todo y vuelvo a mirar el sobre, de pronto me acuerdo del titular absurdo de Valentina y, sin poder evitarlo, cojo un rotulador y escribo «PROYECTO

VATICANO» en mayúsculas. ¿El motivo de mi desvarío? Quien lo sepa que me lo explique, ya que yo no puedo. Contemplo mi obra maestra y la coloco en el centro de la mesa, salgo del despacho mientras una pequeña esperanza de acabar con esta locura se instala en mi interior.

Mimitos se encuentra en mitad del pasillo, espero su ataque, bufido o gruñido habitual, sin embargo, se acerca despacio y se restriega entre mis piernas. Su actitud me sorprende, desde que compartimos piso nunca había actuado así conmigo, es más, parecía que me odiaba con todos sus bigotes y solo era Jesús el afortunado de recibir su cariño, pero quizá este sea el comienzo de nuestra amistad y de una buena convivencia. Le regalo caricias e incluso me atrevo a besar su cabeza, algo que parece gustarle, pues ronronea encantado, me acompaña a cambiarme y no se separa de mi lado ni cuando nos sentamos a comer. Aunque claro, cuando llega la hora de irnos, vuelve su demonio habitual y se lanza como poseído a mis piernas, arañándome sin parar y bufando hasta quedarse ronco.

—¡Mimitos, para! —Jordina intenta calmarlo, sin embargo, no hay forma y sigue acribillando mis piernas con sus garras.

Desesperada, abro la puerta para salir corriendo y el jodido gato aprovecha y pone patas en polvorosa bajando los escalones con una agilidad que ni los integrantes del Circo del Sol. Jordina sale en su búsqueda, pero de poco sirve, pues el puñetero ya debe de estar cruzando el Mediterráneo. Debería curarme las heridas, sin embargo, no tengo tiempo y le aseguro a mi niñera que lo haré en el trabajo. Accede y me promete que buscará a mi gatito por toda la isla. Por mí no es necesario, desisto con ese animal, ni yo le gusto, ni él a mí tampoco, aunque eso no se lo digo a la veterinaria o terminaría más magullada que con el ataque de Mimitos.

En el curro la tarde es una tortura, apenas hay clientes y las horas pasan con una lentitud desesperante. Recorro los pasillos, repongo lo que falta, coloco etiquetas, limpio la caja, vuelvo a pasear, miro el teléfono por si Jesús me ha llamado, vuelvo a limpiar, observo a los transeúntes que pasan por la calle, me como dos bolsas de pan de pipas y vuelta a empezar. Así sobrevivo hasta que, poco antes de cerrar, mi compañera Macarena, con su habitual cara de alegría, hace acto de presencia.

—El jefe quiere que coloques unas cajas en el almacén, ya que solo estás perdiendo el tiempo.

¡Joder, qué simpática es la tía! Más que Macarena debería llamarse Angustias, Martirio, Soledad o el que mejor la describe: Infeliz. Entiendo que no todo el mundo tiene que vivir con una sonrisa perenne en la cara, pero es que esta no ha lucido una en toda su vida.

—Gracias por avisarme, Maca —le digo con todo el retintín, porque sé que lo odia, a la vez que cojo los papeles que lleva en la mano—. Enseguida dejaré de perder el tiempo e iré a colocar esas cajas.

Si las miradas matasen yo ya no estaría en este mundo, aunque me da igual, estoy cansada de intentar ser agradable con la gente y solo encontrarme cardos borriqueros. Me levanto y, meneando mis caderas como si fuera la misma Jennifer López, recorro el pasillo bajo la atenta mirada de doña sota y entro en el almacén deseando terminar cuanto antes.



CAPÍTULO 46

JUDAS

Hay pocos placeres en la vida con los que disfrute tanto como golpeando y machacando al idiota de turno que se cree más listo que yo e intenta engañarme. Puede que lo que más se le parezca sea follar, el problema es que desde que Mila desapareció, no he conseguido sentir ese deseo que te hace perder la razón, ese éxtasis que nubla tu mente o esa liberación con la que puedes tocar el cielo con los dedos. Lo único que he conseguido ha sido correrme invocando su imagen, ya que mirar a esas putas a la cara solo lograba bajar mi erección y aumentar la necesidad y deseo de tener a mi pequeña en mi cama para hacer con su cuerpo y su mente todo lo que llevo años imaginando.

Vuelvo a golpear la cara del narco y noto el momento exacto en que su nariz se hace añicos, no va a volver a usarla, tampoco dejaré que salga vivo de estas cuatro paredes, sin embargo, verlo llorar, suplicar, orinarse encima y desmayarse a causa del dolor es todo un regalo para mis sentidos. Eso y que me encanta hacerlo con público delante, en especial si es su familia más cercana quien disfruta del espectáculo, ya que consiguen con su presencia que me vuelva mucho más creativo a la hora de torturar.

Esta vez las afortunadas que nos acompañan son la mujer e hija pequeña de un imbécil con demasiado ego y escaso cerebro. La niña llora asustada, grita e intenta escapar del agarre de sus captores con cada golpe que recibe su adorado papaíto, mientras su perfecta y sofisticada mujer permanece impasible. Supongo que nacer en este mundo te hace inmune a ciertas cosas o que su matrimonio solo sea una farsa que une a dos familias con demasiadas ansias de poder y los

sentimientos no forman parte de la ecuación, siendo la muerte de este capullo toda una liberación para ella.

Mi teléfono suena y, aunque odio las interrupciones cuando estoy trabajando, sé que esta llamada es importante, Caín no perdería su tiempo ni me haría perder el mío por ninguna nimiedad. Me gusta su forma de actuar, sus pocos escrúpulos y determinación. Lástima que solo sea un peón en el juego, por muy rey que se crea y que su tiempo en la tierra sea menor al que espera. Como bien me enseñó el Ruso, los cabos sueltos dan problemas, y este es demasiado grande como para dejarlo olvidado, pero eso puede esperar unos días más, lo primero es traer de vuelta a Mila.

Salgo de la sala sin molestarme en mirar al despojo humano que sentado en la silla apenas puede respirar. Mis chicos se encargarán de curar sus heridas y mantenerlo en perfecto estado para mi vuelta, entonces terminaré con él y, sobre todo, disfrutaré en el proceso. En el pasillo, y como el buen soldado que es, me encuentro a mi sombra en este mundo.

—Caleb, prepáralo todo, salimos en una hora. —Asiente con la cabeza y se marcha para seguir mis órdenes.

En mi avión reviso la ubicación que Caín me ha enviado y el contacto de la persona que me ayudará a llevar a cabo mi plan por un módico precio. Una vez más, el ser humano demostrando que solo se mueve por dinero y ambición, aunque luego nos llenemos la boca asegurando tener buenas intenciones y mejor corazón. No soy quién para juzgar a nadie, sobre todo cuando sus actos puedo aprovecharlos en mi propio beneficio, eso y que si alguien es un mercenario de los sentimientos... ese soy yo.

Al llegar a la isla un coche nos espera y, sin tiempo que perder, nos dirigimos a nuestro destino. En la puerta trasera del almacén aviso a nuestro contacto, el cual solo tarda unos segundos en abrirnos. Me sorprende que se trate de una mujer, aunque viendo sus pintas desaliñadas y las fuertes ojeras que enmarcan sus ojos entiendo el motivo de su traición. Las adicciones hacen que seamos capaces de vender incluso nuestra alma, hacerlo con familiares, amigos o simples conocidos es una causa menor en estos casos, si no que se lo pregunten a mi madre. Le doy el sobre con el dinero y nos indica dónde debemos esperar, la muy estúpida intenta insinuarse ofreciéndome algo más que su colaboración, por suerte para ella, capta enseguida mi cara de asco y desaparece de mi vista antes de que la mate con mis propias manos por realizar tal ofensa.

Caleb se coloca en su puesto, no es la primera vez que hacemos algo parecido y sabe cuál es su lugar sin necesidad de palabras. Impaciente y bastante nervioso, espero la llegada de mi princesita en el centro del almacén, ya que, después de un año separados, Mila volverá a ser mía y esta vez lo será para siempre. La puerta se abre y veo cómo se dirige a mi encuentro, va distraída mirando unos papeles y puedo aprovechar para mirarla con deseo, ese que llevo todos estos jodidos años conteniendo, pero que desde este instante ya no volveré a ocultar.

Levanta la cabeza y, por fin, me ve. Noto la sorpresa e incredulidad instalarse en su oscura mirada mientras los papeles se desprenden de sus manos y caen lentamente al suelo. Su perfecto cuerpo se pone rígido, y su respiración se acelera de forma notable. Niega con la cabeza varias veces e intenta retroceder, pero Caleb se coloca a su espalda impidiendo una huida que jamás se producirá.

—Hola, pequeña.

—Tú... tú, ¿có... cómo me has... encontrado?

El pánico con el que habla cambia mi humor y provoca que todas mis buenas intenciones desaparezcan, no esperaba que se lanzara a mis brazos nada más verme, sin embargo, nunca

imaginé que sería terror lo que me iba a encontrar.

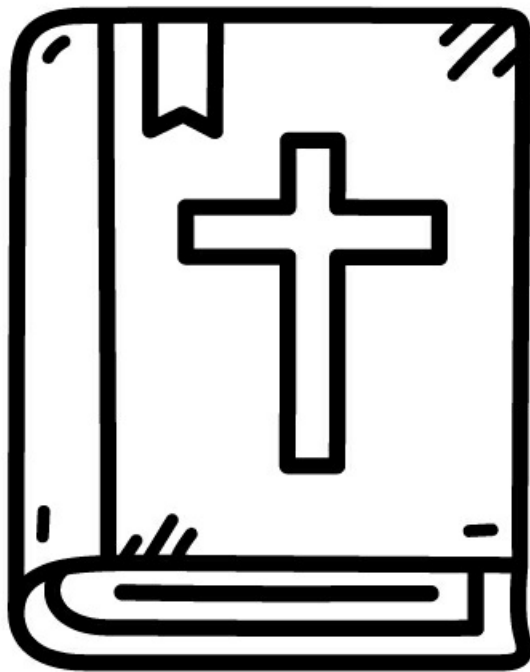
—Me decepcionas al realizar esa estúpida pregunta, me conoces demasiado bien después de compartir tanto tiempo juntos y sabes que siempre consigo lo que es mío y tú, mi preciosa Mila, lo eres desde el primer día que nos conocimos.

—Da igual lo que digas o hagas, pero ¡escúchame bien, Judas! Mientras viva, nunca, jamás te perteneceré, no seré tuya de ninguna de las maneras.

Pese al miedo que me tiene sigue luchando y sacando a la guerrera que lleva dentro, eso es algo que he admirado en ella desde nuestros primeros encuentros, su determinación y coraje son un afrodisíaco para mí; y buena muestra es cómo mi polla se ha puesto dura con solo oírla. No voy a perder más el tiempo, pues un avión y el comienzo de nuestra nueva vida juntos nos esperan.

—Eso ya lo veremos, pequeña.

Caleb sujeta su cuerpo con fuerza y le inyecta un narcótico que a los pocos segundos hace su efecto, calmando a mi pequeña salvaje. La suelto de su agarre y la rodeo con mis brazos, desde este momento, y hasta el final de sus días, nadie que no sea yo volverá a tocarla, mirarla o poseerla, porque ahora es mía.



CAPÍTULO 47

JESÚS

Después de dos horas hablando con José, poniéndonos al día de todo lo acontecido en nuestras vidas hasta la fecha, he llamado a mi tío. Y bueno, no he montado en cólera, pero creo que le he dejado bastante claro mi siguiente movimiento y que no quiero volver a verlo en lo que le quede de existencia.

Creo que no hay nadie en este mundo que me haya puesto de tan mal humor. Cuando ha pretendido hacerse el despistado con el tema de José ha sido la gota que ha colmado el vaso. Me he visualizado a mí mismo saliendo del otro lado del teléfono y estrangulándolo, hasta ese punto ha afectado a mis nervios. Todavía me pregunto cómo es posible que una persona llegue a tales extremos por ambición, no me cabe en la cabeza que fuera capaz de poner dos tumbas solo para cortar todos los lazos que me quedaban con mi vida anterior y así tenerme a su merced.

Siempre pensé que pasaba algo raro con mi tío, que no era normal que siguiera siendo solo Obispo, sin embargo, a pesar de que es una persona severa y estricta, nunca he visto maldad en él. Ahora me queda muy claro que no es como yo pensaba. ¿Quiero descubrir qué pasó? No, en verdad solo quiero seguir adelante con mi nuevo proyecto vital, uno en el que Mila y yo somos felices y comemos perdices, en el que me encuentro trabajando como abogado y defendiendo a las víctimas y, lo más importante, uno que no incluye a Caín. Sí, sé que lo he llamado por su nombre y no por el apelativo familiar, pero creo que hay que empezar a poner las cosas en su lugar y reconocer que, por mucha sangre que compartamos, ya no es nada para mí.

Con un peso menor y otro tema finiquitado, dejo el teléfono cargando en la sacristía, que hasta

él se ha quedado agotado después de la conversación con el señor Obispo, y me encamino a ayudar a Juan. Espero que siga en esa pequeña habitación de la parroquia que tenemos destinada para clasificar la ropa de la caridad.

—Pero ¡¿qué coño es esto?! —Vale, ya no queda duda de que no se ha marchado.

—Eh, chaval, haz el favor de dominar esa lengua.

—Perdona, páter, pero es que esto... esto es... ¡muy asqueroso, jo... pe! —termina en cuanto ve mi cara con una ceja alzada.

Está en el centro de la estancia con las manos en alto y enfundadas en unos guantes. Varias bolsas se encuentran abiertas a su alrededor y también hay algunas prendas esparcidas sin orden ni miramiento por el suelo.

—¿Qué ocurre, Juan? ¿Acaso el poliéster te ha atacado?

Suelta una risotada forzada y teatral y se queda mirándome con cara de pocos amigos. Yo contengo una carcajada a duras penas por mi propia broma y su expresión enfurruñada. Y es que a Juan le gusta la ropa deportiva y de marca, huye de los mercadillos y de las telas que no tienen cierta calidad. Muchas veces me río de él por eso, aunque en verdad no me importa, pues se paga los caprichos con parte del dinero que gana trabajando mientras el resto va a una cuenta bancaria donde ahorra para pagarse la matrícula de la universidad y así no ser una carga para su madre.

—Muy gracioso, tío, deberían darte un papel en la próxima peli que hagan de los ocho apellidos, ¿qué tal «Ocho apellidos santos»? —Ahora es él quien ríe como si hubiera hecho el mejor chascarrillo de la historia y yo lo miro con cara de haba—. En fin, pasado este maravilloso momento, te informo de que la gente es muy guarra, páter.

—¿Perdón? —pregunto descolocado por el cambio repentino de tema.

—Ya sabes, sucia, puerca, marrana, cochina, y me podría pasar todo el día soltando sinónimos hasta que me aburriese, que ya te digo que será pronto si tengo que seguir citando a la RAE.

—Vale, vale, creo que me ha quedado claro, no sigas, que me está entrando dolor de cabeza.

—Lo mismo me pasa a mí cuando pienso en esos señores. Y yo que creía que no teníamos nada en común, aparte de la etapa de darle demasiado a la nariz, claro. Ver para creer. Hasta me están entrando ganas de invitarte a cenar, páter ricura.

—Por favor, déjate de ligoteos baratos conmigo, esos resérvalos para Ana, aunque también te digo que, como estas sean tus dotes de seducción con ella, no me extraña que no te haga ni caso.

—¡Ay, esa ha dolido, tío! —exclama con una mano en el pecho y el rostro contraído por el dolor, casi parece que algo le haya hecho daño de verdad.

—Pues la próxima vez que te quieras meter con los mayores, te lo piensas mejor —contesto con el dedo en alto imitando a Valentina, aunque nos parezcamos lo mismo que un huevo a una castaña—. Aclarado todo esto, ¿me puedes decir de una vez qué pasa?

—Ya te lo he dicho, que la gente es asquerosa. Fíjate en este montón de ropa, no solo han metido prendas sin lavar, también la ropa interior usada. ¿Te lo puedes creer? Si no quieres hacer una buena acción, no la hagas, nadie te obliga, pero no traigas esto para aparentar que eres un buen samaritano delante de las personas que vienen a la parroquia. A nadie le hace falta quedarse con tus calzoncillos llenos de mugre y, desde luego, a mí tampoco me hace falta ni verlos ni tocarlos, gracias.

—Bueno, por desgracia siempre ha habido y habrá gente así, sin embargo, creo que la balanza siempre se inclina más hacia la bondad, hacia aquellas personas que hacen las cosas de corazón.

—Eres un idealista, tío, pero me gusta como piensas.

—Gracias —digo con una sonrisa de oreja a oreja. Puede que tenga razón y viva en un mundo utópico, pero nunca me ha gustado salir de casa pensando que todo el mundo es malo por

naturaleza—. Bueno, vamos a tirar la ropa interior a la basura y la otra la meteré en una bolsa y la lavaré en mi casa. Aunque esté sucia, todavía se puede aprovechar.

Nos ponemos manos a la obra clasificando las prendas por tallas para que luego sea más fácil a la hora de buscar. Por fortuna, no vuelven a aparecer calzoncillos con sorpresa y eso nos deja un poco más tranquilos. Un par de horas después, ya tenemos todo recogido y ordenado, así que es el momento de que Juan se vaya a casa y yo me prepare para dar una de mis últimas misas. Al pensar en eso, advierto un pequeño latigazo de nostalgia, pues he pasado muy buenos momentos siendo sacerdote. No obstante, no siento pena, sé que la etapa que me espera será mucho mejor.

—¿Me contarás algún día quién era ese hombre que ha venido contigo? —me pregunta Juan de repente, parando mi marcha. Me giro para poder mirarle a los ojos y él agacha la cabeza al instante—. Quiero decir... es que he notado que era importante, pero bueno, no hace falta que me lo cuentes, solo es curiosidad. Además, tú y yo... no somos nada, no es que tengas que darme explicaciones ni nada de eso... en fin, que no sé en qué estaba pensando al hacerte la pregunta. Mira, mejor olvídale, tío. Ya... ya me marcho.

Su vacilación al hablar me resulta encantadora, pero sé por qué le pasa, al igual que sé que no es curiosidad, como ha dicho él. Las heridas que deja una pérdida como la que sufrió el chico son grandes y nunca paran de sangrar, y no solo eso, además, te encuentras ante la tesitura de tener que pasar tu dolor a solas porque en esta sociedad parece que pasarlo mal y mostrarlo es una ofensa.

Frente a sus colegas se hizo el fuerte, porque ya se sabe, los chicos no lloran, tienen que pelear. Tampoco tenía amistades sinceras que le ofrecieran un hombro en el que descargar sus penas, las suyas eran más de polvos blancos y fiestas engalanadas con neón. Luego, una vez en casa, no quería cargar a su madre con sus problemas, pues ella había perdido a su marido, a su compañero de vida, a aquella persona que le dio amor y lo más importante, a su hijo. Las cicatrices se veían más en momentos como este, ya que Juan quería formar parte de algo, ser confidente, a la par que tener a una persona a la que contarle sus cosas sin sentirse criticado de antemano, pero siempre se sentía en tierra de nadie.

—¡Eh, chaval! —grito para que deje de andar hacia la salida. En cuanto para, me acerco hasta él y pongo una mano detrás de su cuello para que me mire y me preste toda su atención—. No quiero que vuelvas a decir nunca algo así. Tú eres importante para mí, Juan, eso no lo dudes jamás. No paras de cantar a los cuatro vientos todo lo que te he ayudado en este año, pero ¿sabes una cosa? —Él niega con la cabeza mientras unas pequeñas lágrimas empiezan a aparecer en sus ojos verdes—. Tú me has ayudado más a mí, has hecho que me reconcilie con parte de mi pasado, con aquel adolescente que algún día fui y que cometió los mismos errores que tú, aunque los míos fueron un poco más graves. Además, no sé si yo seré para ti un hermano mayor, pero para mí, Juan, tú sí que eres ese hermano pequeño que nunca tuve y que siempre quise.

—No hace falta que me regales los oídos, páter, puedo vivir con el hecho de ser un cero a la izquierda —dice con el llanto ya desbordado y la mandíbula apretada.

—Me están entrando unas ganas increíbles de matarte y eso no es bueno. Primero, porque es un pecado capital y segundo, porque tu madre acabaría conmigo en lo que dura un chasquido de dedos. —¡Bien! Con este comentario al menos he conseguido que me regale una pequeña sonrisa—. En ningún momento vuelvas a pensar eso, tu madre te quiere con locura y yo... bueno, aunque seas un puñetero, te he cogido cariño.

—¿Soy algo así como ese perrito que te muerde las zapatillas, pero que no puedes evitar querer? —pregunta con guasa, no esperaba otro comentario, cuando la cosa se pone demasiado intensa Juan lo arregla con una broma.

—¡Exacto! —digo con entusiasmo—. Hasta estoy pensando en comprarte una cunita para que duermas al lado de mi cama.

—¿Y escucharte roncar y tirarte pedos? Ni lo sueñes, tío.

—Pues tú te lo pierdes.

Ambos estallamos en carcajadas y, sin poder evitarlo, lo abrazo para transmitirle que todo lo que le he dicho es la pura verdad, aunque no sé si percibirá algo porque está más rígido que el palo de una escoba. En cuanto nos separamos, él se enjuga las lágrimas y coge aire con intensidad.

—Gracias, Jesús, por todo. Es que a veces...

—Tranquilo, lo sé, yo también pasé por eso. Y, contestando a tu pregunta de antes, ese hombre que ha venido se llama José y es mi mejor amigo de la infancia. Ahora no te puedo contar más porque tengo trabajo que hacer, pero te prometo que un día quedaremos y hablaremos de todo lo que ha pasado en mi vida últimamente, ¿de acuerdo?

—Cuando quieras, páter.

Nos damos otro abrazo, esta vez Juan me lo devuelve sin el cuerpo tenso por la demostración de afecto, y después se marcha. Espero que la pequeña charla le haya servido para darse cuenta de que hay mucha gente que lo quiere.

Respirando profundamente, doy media vuelta y me dirijo hacia la sacristía para ponerme las vestimentas litúrgicas, que se me antojan raras sobre mi cuerpo. Es extraño, pero siento que ya no pertenezco a este lugar, toda la escena es como un cuadro de arte abstracto que puede variar de perspectiva según los ojos que lo miren. En este caso, son los mismos ojos de siempre, los míos, pero estos han variado su forma de percibir el entorno.

Sin querer darle más vueltas, por el momento, pues cada puente se cruzará a su debido tiempo, salgo de la habitación y me dirijo hacia el altar para comenzar con el oficio. Como siempre, todo va como la seda. Cuando la homilía llega a su fin, los feligreses se acercan a saludarme y a decirme que tienen ganas de ver de nuevo a Mila cantando. Yo me limito a sonreír y dar las gracias, cualquiera les dice ahora que tanto a ella como a mí nos quedan dos telediaros en la iglesia.

Pensando en Mila precisamente, me despojo de los ropajes que me hacen ver como un respetado sacerdote y enciendo mi teléfono, que ya está cargado al máximo. Casi al instante, una serie de llamadas perdidas de Ricitos se agolpa en la pantalla principal. Miro el reloj y me doy cuenta de que todavía le faltan quince minutos para salir del trabajo, así que decido no llamarla, pues suele tener el móvil en silencio cuando está en el supermercado, y me pongo en marcha para recogerla al salir de su turno.

Mientras apago todas las luces, veo una sombra en el suelo que se acerca hacia mí con velocidad. Cuando llega a mi altura, gracias a las velas puedo ver de quién se trata.

—¿Mimitos? ¿Qué haces aquí?

El gato de Mila se limita a dar varios maullidos seguidos. Intento cogerlo, pero me esquivo, aun así, continúa maullando y mirándome con fijeza. Doy varios pasos y él también los da hacia la salida, así que decido seguirlo y ver adónde me quiere llevar.

Una vez fuera se pone a correr y yo le sigo de cerca, zigzaguea por las calles como si se conociera la isla como la almohadilla de su pata. De vez en cuando mira hacia atrás para ver si continúo con él. Cuando no han pasado ni cinco minutos, llegamos a nuestro destino, que no es otro que el trabajo de Mila, sin embargo, la escena que veo me pone los pelos de punta, a la par que Mimitos se eriza como si hubiera visto a un perro.

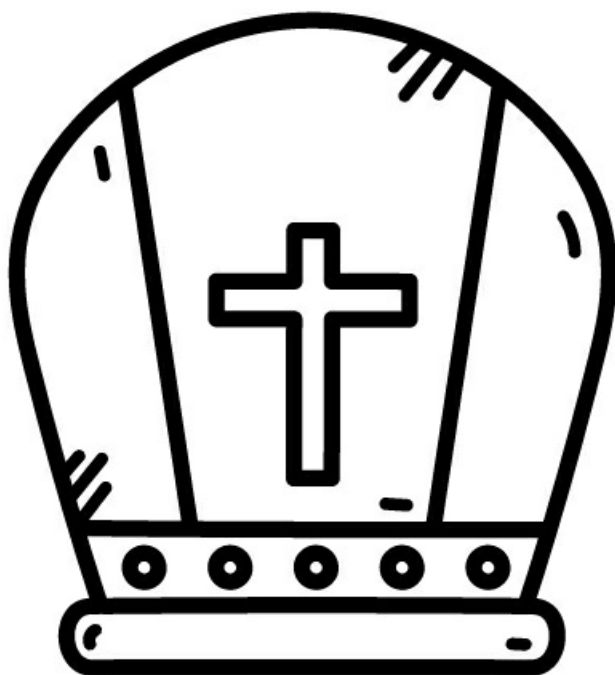
Varios coches de policía se encuentran en la puerta trasera del supermercado, la misma que da

al almacén, y una persona que no esperaba nunca ver en acción se acerca a mí con cautela y la preocupación impregnando su rostro.

—Víctor, ¿qué ha pasado? —pregunto reteniendo el aire en los pulmones mientras cojo a Mimitos en brazos.

—Mila ha desaparecido, Jesús, alguien se la ha llevado.

Y en ese momento, mi castillo de naipes se desmorona.



CAPÍTULO 48

CAÍN

—Hola, mi querido Caín.

—Judas —contesto con la tensión atenazando mi garganta—, ¿vas a darme buenas noticias?

—Sí, ya tengo a mi mujer conmigo. Lástima que no pueda saludarte, ahora mismo se encuentra un poco indispuesta. —Una carcajada tétrica hace eco al otro lado de la línea y me pone los pelos como escarpías—. En fin, te llamaba para decirte que, como soy un hombre de palabra, puedes venir cuando quieras a hablar con la bella durmiente.

—Gracias, Judas. En unas horas estaré allí.

Colgamos sin despedirnos con la cortesía que dicta la norma y al instante me pongo en marcha, no quiero perder más tiempo del necesario. Voy hasta mi habitación, cojo una muda limpia por si mi estancia allí se alarga más de lo esperado y le cuento a mi Obispo auxiliar una milonga sobre que estaré ausente por una visita a un párroco descarriado de nuestra diócesis. Él no pregunta más y yo no doy pie a que la conversación continúe, así que todos contentos.

Una vez en el garaje, cargo mis escasas pertenencias y me dispongo a conducir las más de siete horas que tengo por delante hasta Altea. Cualquier otro medio de transporte está descartado, pues no quiero delatar mis movimientos, por lo que pudiera pasar. Además, el coche que llevo, que le compré a mi cuñado hace unos años, todavía está a su nombre, una medida que tomé con todas las consecuencias, por lo que si alguna cámara detecta la matrícula, yo nunca he estado ahí. Y sí, puedo ser un paranoico, pero opino que toda precaución es poca cuando entras en contacto con un narcotraficante que encima está como un cencerro y es un tanto impredecible.

Las horas viajando de noche se me hacen eternas, aparte de los camiones, hay pocas almas surcando la carretera. Cuando llevo unas seis horas de camino, en las que solo he parado a poner gasolina y atender mis necesidades, el sopor me puede, así que decido meterme por un camino a las afueras de Almansa y estacionar en la cuneta para echar una pequeña cabezada.

Sin saber por qué, sueño con mi hermana Lola y con aquellos años en los que todo parecía más sencillo. Nos veo a ambos corriendo por los campos de cebada, riendo como los niños que éramos por los juegos que nos traíamos entre manos. También se interpone el recuerdo de nuestras escapadas para intentar evitar la zapatilla del tío Mateo, un señor cascarrabias y enjuto que perdía la fuerza por la boca. A pesar de las miradas de odio que me dirigía mi madre, aquellos tiempos fueron felices gracias a la presencia de mi hermana. Después, nos hicimos mayores y podríamos decir que la Iglesia nos separó.

Me despierto sobresaltado por el sonido estridente de un tractor que pasa al lado del coche. Al principio estoy un poco desorientado, por un momento he pensado que el sueño era real y que estaba en los años de mi niñez, sin embargo, pronto me ubico y recuerdo dónde acabé anoche. El sol parece estar en lo más alto y brilla en todo su esplendor. Echo un vistazo al reloj confirmando que, en efecto, son las doce del mediodía. He dormido más de la cuenta, no quería emprender de nuevo el camino tan tarde, pero estaba agotado por la tensión de las interminables horas esperando alguna noticia de Judas. La parte positiva es que me encuentro descansado y con el cuerpo a pleno rendimiento para afrontar mi encuentro con Milagros.

Sin más dilación, arranco el coche, pongo «El arte de la fuga» de Bach para amenizar mi camino y salgo de nuevo hacia la carretera, que durante unos buenos kilómetros recorre por el interior varios pueblos de las provincias de Albacete y Alicante. A pesar de ser una vía secundaria, la gracia de Dios está de mi lado cuando no encuentro apenas tránsito, con lo que mi recorrido se hace más corto de lo esperado.

Al fin, pasadas las dos de la tarde llego a la población de la costa alicantina. Vuelvo a llamar a Judas para indicarle que ya he llegado y aparco el coche para comer algo en un restaurante del paseo marítimo, pues el narcotraficante está ocupado en una comida de negocios y yo necesito meter algo en mi estómago antes de continuar.

A pesar del calor que ya hace en la Comunidad Valenciana en este mes de abril, la brisa marina me da un respiro y me reconforta, espabilando mis sentidos. También lo hace la mariscada que me meto entre pecho y espalda, aunque el Cielo se caiga, no hay que dejar apartados los pequeños placeres de la vida.

A las cinco de la tarde, con el buche lleno y la ansiedad en su máximo estado de ebullición, mi peligroso socio me hace una llamada para confirmar que ya está disponible. Menos mal, porque estaba a punto de comenzar con el indeseable hábito de comerme las uñas.

Acudo al punto en el que tienen encerrada a Milagros, que no es otro que la nave industrial donde guardan los equipos de la orquesta. En mi opinión, no es el mejor sitio, pues debe de ser el único negocio legal que tiene Judas y es bastante conocido; sin embargo, ¿quién soy yo para rebatir sus decisiones? Ni en un millón de años lo haría, sobre todo después de aquella amenaza que me hizo por teléfono. Además, si todo va como he previsto, en pocas horas estaré de vuelta en mi hogar y nadie podrá involucrar mi nombre con ningún negocio de dudosa reputación, ni tampoco con un secuestro.

—Caín, qué agradable encontrarte de nuevo —dice Judas en cuanto entro en la nave, mirándome con esos ojos cargados de maldad y con una expresión que evidencia que le apetecería más tirarse en paracaídas.

—Lo mismo digo, hijo. —En verdad, no es plato de buen gusto para mí volver a verlo, pero

hay que seguir con este circo hasta el final—. Bueno, ¿dónde está tu mujer?

—Ay, señor Obispo, usted siempre tan impaciente. —Su sonrisa socarrona se une a esa mirada intensa, creando un cuadro más perturbador que aquel pintado por Francisco de Goya, en el que Saturno se comía a su propio hijo.

—Es que llevo toda la noche conduciendo y estoy un poco cansado —contesto apaciguador, en un intento por calmar los ánimos, pues no me apetece encontrarme con el Judas creativo—. Además, no pretendo robarte mucho tiempo, como te dije, con una hora tengo más que suficiente.

—Tranquilo, hombre, que solo estaba bromeando. —*Ya, y yo soy Nehemías, que he vuelto a la Tierra para reconstruir otra ciudad en ruinas*, pienso mientras lo único que ve él es una pequeña sonrisa y un asentimiento de mi parte—. Te acompañaré a encontrarte con ella, está encerrada en un pequeño zulo que tengo instalado en mi oficina.

—¿No tienes miedo de que te cojan con las manos en la masa? —pregunto sin poder frenar mis palabras. No, si al final me voy a ganar el puñetazo a pulso, eso, si no es algo peor—. Disculpa por la pregunta tan directa, pero es que me preocupa un poco que la tengas aquí, en un lugar que es fácil de conectar contigo.

—Pues la verdad es que hace años que no le tengo miedo a nada, Caín —susurra con sequedad, muy seguro de sí mismo—. Además, la habitación donde está no tiene ventanas, su única entrada la controlo yo y el despacho está insonorizado por entero. De todas formas, no vamos a estar mucho tiempo en Altea, ya tengo otro destino pensado para que nadie nos encuentre jamás. ¿Ya te quedas más tranquilo, amigo? —Vuelvo a asentir y nos ponemos en marcha.

No me pasa desapercibido el tono de desprecio con el que dice esa palabra final. En verdad, no me importa, aunque la sabiduría de Vito Corleone dictara que mantuvieras cerca a tus amigos, pero aún más cerca a tus enemigos, con la mano en el corazón, quiero que esta sea la última vez que vea a Judas.

Cuando llegamos a su despacho nos ponemos frente a una puerta que parece acorazada. Mi acompañante saca una llave de su bolsillo y abre, haciéndome un gesto para que pase.

—Tienes una hora, Caín —indica mientras pone los sesenta segundos en el cronómetro del móvil y activa la cuenta atrás. Vaya, sí que es meticuloso—. Como te dije, no te está permitido meterte entre sus piernas, eso es solo para mí. Por lo demás, barra libre, eso sí, procura no dejarle muchas marcas visibles.

—Lo intentaré, Judas.

Antes de cerrar la puerta enciende una pequeña luz, que ilumina a duras penas la estancia, y después me sumerjo en el silencio absoluto. Por el rabillo del ojo observo un ligero movimiento y mi vista se dirige hacia ese punto. Ahí está la fulana que ha intentado acabar con todos mis sueños.

Con su papel bien estudiado de vendedora ambulante de su cuerpo, se arregla el escote delante de mí sin ningún pudor. Hay que reconocer que tiene un cuerpo que parece esculpido por el mejor artista griego. Jesús ha tenido buen ojo, por lo menos no se ha prendado de un cardo borriquero. Puedo comprender la fascinación que tiene hacia esta hembra porque a mí me pasó algo muy parecido, sin embargo, no puedo aceptar que eche a perder nuestro futuro, ni por ella ni por nadie.

—Vaya, pero si es el padre moscón en persona. Dígame, ¿a qué debo el honor, señor Caín Bermejo? —pregunta mirándome sin miedo, con postura altanera y, lo más curioso, sin impresionarse por verme aquí.

—Verás, Milagros, cuando nos conocimos, me marché de forma muy precipitada. Más tarde me di cuenta de que no tuvimos una conversación en condiciones.

—No sé de qué podríamos hablar, tú no me gustas, yo a ti tampoco, fin de la historia.

—Ya, eso está cristalino, sin embargo, se me olvidó comentarte algo de suma importancia, algo como darte una advertencia sobre la longitud que pueden alcanzar mis tentáculos.

—Así que has sido tú, ¿verdad? Gracias a ti, Judas me ha encontrado.

—Culpable —digo con sorna poniendo las manos en alto y acercando mis pasos hasta su posición—. Como comprenderás, no iba a dejar que te salieras con la tuya y apartaras a mi sobrino de la senda marcada.

—Entonces, para que me quede claro, ¿has incurrido en un delito porque no puedes soportar que tu sobrino me quiera? ¿Has participado en un secuestro porque no eres capaz de aceptar que Jesús ya no quiere esa vida que tú le impusiste?

—Primero, yo no he hecho nada, mi querida Milagros, solo le he dado tu ubicación a una persona que te estaba buscando.

—Claro, porque eres el perfecto samaritano.

—Exacto, niña insolente —respondo casi escupiendo las palabras. Esta mujer es una bomba de relojería, todo lo que le pase a partir de ahora me parecerá poco—. Y sí, necesito que Jesús vuelva al redil.

—Todavía no entiendo por qué lo necesitas. ¿Acaso es demasiado trabajo para ti intentarlo? ¿No puedes hacer tú esa carrera de fondo hasta el Vaticano?

—¡No, no puedo, maldita furcia!

Juro que no pensé acabar así, no obstante, he llegado al límite de mis nervios con esta adoradora de Lilith. Dejando el pensamiento frío a un lado, me aferro a la parte oscura e impulsiva de mi alma y le pego un puñetazo en la cara. Mi anillo episcopal se clava en su inmaculada mejilla, dejando un corte por el que sale un hilo de sangre que mancha la camisa de su uniforme.

Ella, cual digna descendiente de ese demonio de mujer, hace una ligera mueca de dolor, pero ni llora ni grita, se limita a volver a su posición inicial y a mirarme con una sonrisa impregnada de odio y repugnancia. No puedo negar que es dura, un inmenso oponente a abatir. Me encantaría quedarme y quebrarla poco a poco hasta despojarla de toda esa fuerza que la acompaña, sin embargo, el tiempo es oro para mí, por lo que me dispongo a despedirme y marcharme cuanto antes.

—¿Podrías contarme por qué? —interroga frenando mi próxima frase.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a por qué no puedes postular al puesto de Papa algún día.

Esa maldita me está apretando las tuercas hasta la saciedad y no quiero caer de nuevo en su embrujo. Aunque su rostro me indica que no parece tener una doble intención, no quiero fiarme de ella.

—Venga, Caín, sé piadoso conmigo, practica un poco la benevolencia de Jesucristo. Me estoy aburriendo como una ostra en este garito que ha montado Judas en su nave industrial, no tengo nada que hacer y llevo horas mirando el papel pintado de esta habitación, que por cierto, es horrible.

—¿Sabes dónde estás?

—Claro, yo vi construir este sitio. Según me dijo mi exjefe, lo quería destinar a ser una caja fuerte. Menuda mentira —resopla con cara de pocos amigos—. Bueno, ¿me cuentas qué sucedió, por favor?

La cara angelical que pone no me la creo por nada del mundo, sin embargo, ¿qué puedo perder? Ella no saldrá de aquí sin Judas a la zaga, y no nos volveremos a ver, por lo que mi confesión quedará en el más absoluto silencio. Además, no tendrá pruebas, solo su palabra contra la mía. Respirando profundamente, comienzo a relatar, a la última persona a la que esperé hacerlo, los hechos que me llevaron a la caída.



CAPÍTULO 49

MILA

Siento como si mi cabeza fuera a estallar de un momento a otro, no sé qué me habrá inyectado el perrito faldero de Judas, pero, sea lo que sea, ha terminado con varias de mis neuronas impidiendo que piense con normalidad. Tampoco ayuda que mi cuerpo no responda ni que mi lengua tenga tres veces su tamaño normal, aun así, no voy a quejarme, pedirles clemencia o rendirme; y mucho menos voy a perder la oportunidad de hacer hablar al padre moscón, debo unir todas las piezas que faltan, descubrir la verdad y, si no es mucho pedir, que Víctor lo escuche todo a través del teléfono. Sabía que seguir los consejos de mi abuela daría sus frutos; bueno, eso y que ninguno de mis captores se ha molestado en registrarme para descubrir lo que escondo en el sujetador.

Aún sin que mi cerebro funcione como debe, no puedo evitar pensar en cómo se sentirán mis madres, mis amigos, Jesús e incluso en Mimitos, no tuve la posibilidad de despedirme de ninguno, no saben qué sucedió, aunque imagino que a estas alturas ya habrán descubierto que he desaparecido.

Lo que más me atormenta de todo es saber que no volveré a verlos, pues, conociendo a Judas, nunca me dejará libre. Su obsesión ha traspasado todos los límites, lo ha llevado a confiar en Caín y sospecho que hasta en la puñetera Macarena, ya que ella fue la encargada de enviarme al almacén, donde me esperaba mi peor pesadilla. Desde que nos conocimos algo en ella me hacía desconfiar, sentía que no era trigo limpio ni buena persona, sin embargo, jamás imaginé que pudiera venderme por un módico precio, aunque no sé de qué me sorprende si vivimos en una

sociedad donde solo importan las apariencias y el dinero, dejando al margen todo lo demás.

Caín sigue mirándome con odio, a la vez que hace un gran esfuerzo para no golpearme de nuevo. Es admirable su capacidad de contención y su saber estar, porque cuando querría matarme con sus propias manos —y no hablo de forma literal ni exagero la situación, sino reflejando la realidad que desprenden sus ojos—, sigue manteniendo su fachada de hombre respetable, con su cargo eclesiástico y un currículum impoluto. Aunque eso solo se lo crea él, pues tiene más ropa sucia a sus espaldas que yo en mi cesto. Antes de que sus buenos modales desaparezcan y termine convirtiéndome en picadillo para los peces, insisto de nuevo para que me haga partícipe de su jugoso pasado, bueno, a mí y espero que a media comisaría de la Policía Nacional de Ibiza.

—Bueno, ¿me cuentas qué sucedió, por favor?

No se fía de mí ni de mi angelical cara de niña buena, pero se siente tan superior a todo y a todos que, después de unos segundos de reflexión, comienza a soltar lo que lleva años ocultando. Supongo que lo hace porque sabe que jamás podré escapar de Judas ni seré un impedimento para llevar a cabo su elaborado plan.

—Crecí en el seno de una familia sin apenas recursos, por mucho que mis padres se mataran trabajando en el campo, nunca teníamos dinero. Veía a compañeros de escuela o al señorito de turno estrenar ropa, juguetes o zapatos, mientras yo tenía que conformarme con los sucios y viejos harapos que mi madre cosía o recibía de otros vecinos con más poder adquisitivo.

»Era algo que no soportaba, no quería limosnas o caridad, quería los mismos privilegios de los que ellos disfrutaban, las mismas oportunidades y beneficios; sin embargo, solo era un niño cualquiera en una sociedad marcada por las clases sociales. Por suerte para mí, mi inteligencia sobresalía sobre la del resto de la clase, no había asignatura que se me resistiera, y eso llamó la atención de don Braulio, el cura de nuestro pueblo.

»Habló con mis padres para ofrecerles la oportunidad de que entrara en el seminario, en un principio se negaron, para ellos era mano de obra, pero, cuando entendieron que sería una boca menos que alimentar y que en un futuro podría convertirme en un ingreso sustancioso, terminaron con sus dudas y se deshicieron de mí.

—Quizá solo querían darte un futuro mejor, ese que ellos no podrían darte de otra forma. —No puedo evitar intervenir, aunque cuando su mirada cargada de desprecio cae en mí, me arrepiento de ser tan bocazas.

—¿Por ese motivo es por el que te abandonaron tus padres? No seas ingenua, te creía más lista después de ver cómo has manipulado al idiota de mi sobrino, las personas por naturaleza somos egoístas, ambiciosas y poco altruistas.

—¿Y eso lo dice un enviado del Señor? No me extraña que estéis en números rojos a la hora de captar adeptos, señor Obispo, si quien debe predicar es el peor de todos.

De nuevo me arrepiento por no ser capaz de morderme la lengua, pero me niego a creer que los seres humanos sean como él los dibuja. Está claro que hay gente mala, solo necesitas estar cinco minutos a su lado para confirmarlo. Aun así, en este mundo todavía existen personas de buen corazón y alma pura que ayudan sin esperar nada a cambio, que dan de corazón y se entregan por completo. He tenido la suerte de conocer a varias personas así y por ellos es por quienes sigo luchando y creyendo en una sociedad mejor.

Su mirada se torna oscura y aprieta sus manos para evitar golpearme de nuevo, no dejo que el miedo que me provoca me amedrente y, con la pose de una reina, es decir, más tiesa que un palo, sin dejar de sonreír y moviendo el pie con insolencia, espero a que continúe hablando. Eso sí, por dentro estoy pidiendo a gritos dos litros de tila y una caja de diazepam.

—Eso lo dice un hombre que ha conocido a mujerzuelas de tu calibre, alguien que ha llegado hasta lo más alto él solo y que no permitirá que ninguna fulana se interponga en su camino.

—Muy evangélico todo lo que me cuenta, pero continúe hablando, no sea que su preciado y valioso tiempo se acabe.

Estoy desatada y me voy a llevar el gordo de la Navidad en forma de hostia obispa, que este hombre no es paciente y le estoy tocando las narices con ganas, aunque no me importan las consecuencias, necesito que hable y que lo haga antes de que mi teléfono se apague, que solo me falta quedarme sin batería cuando llegue lo bueno.

—Me marché a estudiar y conseguí mi propósito, comencé a subir escalones con facilidad, no volví a saber lo que era pasar hambre o penurias; y los que antes me miraban con desprecio, terminaron haciéndolo con admiración y respeto. Tenía el mundo a mis pies y un futuro prometedor en la Iglesia, pero un error terminó con todas mis aspiraciones.

—Tuvo que ser un gran error para que ese brillante futuro quedara en tan poca cosa, ¿no?

Su mano vuelve a impactar en mi cara con fuerza, partiéndome el labio. Me limpio la sangre y con esfuerzo contengo las lágrimas que se amontonan en mis ojos, me trago el dolor, el orgullo y las ganas de devolverle el golpe. No le daré el gustazo de verme flaquear y ni mucho menos me doblegaré ante él.

—Me recuerdas tanto a ella, las dos fuisteis creadas para tentar a los hombres con vuestros cuerpos y ser golpeadas por ellos a causa de vuestra lengua viperina. La diferencia es que Sandra sí sabía cuál era su lugar y nunca intentó cambiarlo. La conocí una noche y la atracción fue inmediata, conseguía calmar mi sed y dominar mis impulsos, tanto dentro como fuera de la cama. Podríamos haber tenido una buena vida, sin embargo, una noche mi oscuridad nubló mi mente y, mientras la hacía mía, apreté su cuello entre mis manos más de lo que solía hacer. No fui consciente ni tampoco me arrepiento, ella no valía nada, no era nada, aunque por su culpa mis aspiraciones quedaron relegadas. La Iglesia tapó ese pequeño incidente con una única condición: jamás ostentaría ningún cargo de los que siempre ansié, ninguno por los que tanto había luchado. Me conformé y seguí mi camino, hasta que una nueva oportunidad se presentó ante mí.

—Jesús —afirmo con determinación.

Él no pudo conseguir su sueño de llegar al Vaticano y en su sobrino encontró la oportunidad perfecta, lo que no entiendo es la marcha de la madre de Ojazos, ella quería a su hijo, tenían planeado escaparse juntos, pero al hacerlo sola lo dejaba en manos del tirano de Caín, algo que, según Jesús, ella detestaba.

—Exacto, querida, mi sobrino era y es mi oportunidad de lograr lo que por derecho me pertenece.

—Pero él no quería esta vida, tenía sus propios sueños, iba a...

—Escaparse —me interrumpe de forma brusca—, lo sé, iba a tirar por tierra de nuevo todos mis planes y tuve que actuar. Intenté hablar con mi hermana muchas veces, convencerla por las buenas de que el camino de Jesús era al lado de Dios, pero siempre se negó a escucharme, quería que su hijo fuera libre como ella nunca lo había sido. ¡Maldita desgraciada! Conquistó al hijo de un acaudalado terrateniente que puso el mundo a sus pies, le dio todo y lo único que tenía que hacer era cumplir como esposa, y si eso conllevaba recibir algún que otro golpe, callar y aguantar, tampoco era para tanto.

»Sin embargo, la muy estúpida soñaba con algo mejor y ese fue su mayor error.

Por casualidad descubrí cuáles eran sus planes e intenté hacerla entrar en razón, ¿dónde pensaba ir sin oficio alguno ni dinero y con dos adolescentes a su cargo? Era una locura que no pensaba consentir, la discusión se nos fue de las manos, ambos dijimos cosas horribles y cuando

intentó golpearme, toda mi contención se esfumó y la empujé por las escaleras. No pude hacer nada para salvarla, falleció en el acto.

»Llamé a mi cuñado, él era el único en quien podía confiar, además, me debía varios favores por guardar silencio sobre sus escarceos con el género masculino y, más concretamente, con jovencitos. No le costó convencer al enterrador del camposanto, su dinero era ilimitado y sus pocos escrúpulos más, la enterramos en un nicho sin lápida y ahí sigue, pagando sus numerosos errores.

Guarda silencio unos segundos, supongo que recordando esa noche y todo lo que ha desencadenado después.

—Lo demás fue todo rodado, le hicimos creer a mi pobre sobrino que su adorada madre lo había abandonado, eso provocó que se descontrolara y comenzara una vida llena de excesos. Dejé que tocara fondo, que se ahogara en el alcohol y las drogas, hasta que sus actos hablaron por sí solos. Ese accidente era todo lo que necesitaba para que Jesús volviera al buen camino. Aprovechándonos de su dolor y culpabilidad, lo llevamos al cementerio, allí vio la tumba de su querido amigo, lo que no imaginaba era que en realidad la que contemplaba era la de su madre. Después de eso no me costó demasiado que aceptara su verdadero destino y consagrara su vida a mí.

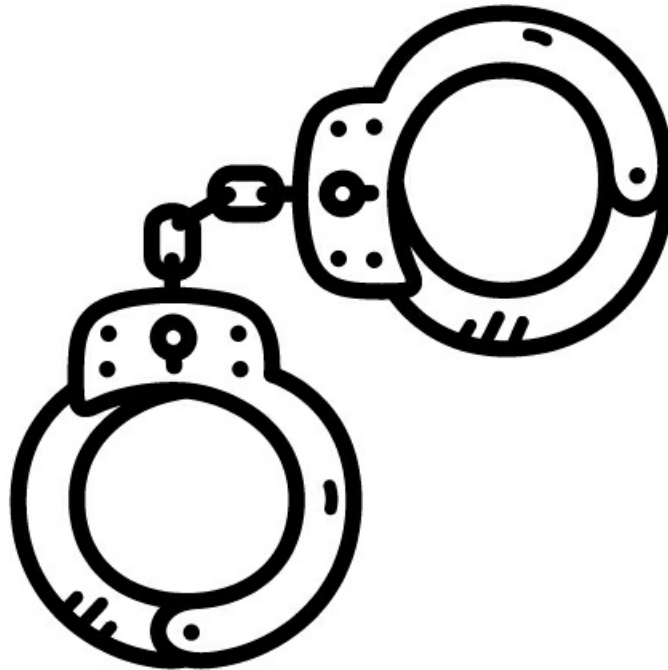
Todo es mucho más retorcido de lo que había llegado a imaginar, Caín es el diablo en persona, había sido capaz de matar a su única hermana y, por lo que parecía al hablar, poco se arrepentía, había mentido a todo el mundo haciéndose pasar por un hombre de bien, cuando en realidad era un ser malvado, frío y calculador. Había jugado con Jesús, sus sentimientos y emociones, utilizándolo para conseguir un trono que jamás sería suyo. Tenía su castillo de naipes muy bien colocado hasta que llegué yo, por eso no había dudado en pactar con Judas para quitarme de en medio. Reconozco que es un estratega magistral, muy cabrón y asqueroso, pero único en su especie.

—Como ves, llevo años planeando este momento y no dejaré que nadie lo estropee. Jesús, al igual que le sucedía a mi hermana, no sabe lo que quiere, pero ya estoy yo para guiarlo. Te olvidará, tal y como olvidó a su madre, volverá a centrarse en su trabajo, se esforzará y llegará a lo más alto, se convertirá en Papa y lo hará bajo mis órdenes. Solo serás un recuerdo, mientras que yo seré su futuro.

—No lo conseguirás, Jesús descubrirá la clase de ser que eres y todo el mal que has hecho, lo que llevas años tramando e ideando se quedará en nada y tú serás olvidado, odiado y despreciado. No eres nadie, Caín, un simple Obispo con aires de grandeza al que nadie recordará.

La poca contención que mostraba desaparece al oír mis palabras, el odio nubla su mirada y la oscuridad lo rodea, se abalanza sobre mí y terminamos los dos en el suelo. El golpe en la cabeza es fuerte, aunque no tanto como para evitar que me defienda, doy golpes en su pecho e incluso llego a arañar su cara, sin embargo, las fuerzas me fallan conforme va apretando mi cuello cada vez con más presión. Mi tiempo se acaba, seré una víctima más de este perturbado, solo ruego que no consiga salirse con la suya y deje libre a Jesús, él ya ha sufrido demasiado bajo su yugo.

Creo ver como la puerta que me mantiene encerrada se abre, como unos pasos se aproximan y un sonido atronador me lleva a un lugar oscuro del que me es imposible escapar.



CAPÍTULO 50

VÍCTOR

Llevo horas revisando los nombres que me dio Mila, buscando información sobre ellos en las diferentes bases de datos a las que, como policía, tengo acceso, e incluso he hablado con algún colega de la zona, que todavía conservo, todo para evitar acudir a él, pero de nada me ha servido. Los verdaderos delincuentes suelen tapar muy bien sus trapos sucios, se rodean de pardillos a los que les prometen la luna y que, para su desgracia, son siempre los que acaban cumpliendo condena mientras ellos siguen con sus trapicheos, sin que nadie pueda hacer nada para detenerlos. Es algo que he aprendido no solo gracias a mi oficio, sino al de mi familia, y que es el causante de nuestra inexistente relación.

No siempre fue así, de niño los admiraba tanto que seguir sus pasos era mi sueño, veía a mi padre y abuelo encerrarse durante horas en su despacho olvidándose de todo lo demás. Mi madre los escudaba afirmando que su trabajo era tan importante que les impedía compartir tiempo conmigo. Como el ser inocente que era me creía esa milonga, perdonaba sus ausencias, justificaba su indiferencia y me esforzaba por ser el mejor para que se sintieran orgullosos y así, quizá, recibir un poco de su cariño. Nada era suficiente para desviar su atención, ellos solo vivían para su trabajo, sus investigaciones, sus premios y los numerosos reconocimientos.

Su labor era importante, eso no puedo discutirlo ni tampoco cuestionarlo, el problema es que su falta de escrúpulos y obsesión por estar siempre al filo de la noticia transformaron mi admiración en desprecio y mis ganas de convertirme en su semejante para seguir sus pasos en aversión por todo lo que rodeaba su mundo. Tanto fue así que dejé la carrera de Periodismo y me

convertí en policía, algo que todavía no me han perdonado y de lo que me siento muy orgulloso. Ellos no entendieron mi decisión y menos que, en vez de trabajar juntos, ahora lo hicieran bajo mis órdenes. No aceptaban que guardara información, que no les diera la primicia o los llevara pegados al culo en cada investigación. Poco a poco la situación se volvió insostenible, las discusiones eran numerosas y cada vez más subidas de tono, pero lo que me hizo marcharme de mi Benidorm natal fue cuando intentaron desprestigiarme delante de mi superior, alegando saltarme el protocolo. Esa fue la gota que colmó mi paciencia, pedí un traslado, hice las maletas y, cinco años después, las cosas siguen tan enquistadas y rotas como ese día.

Acudir a mi padre, ya que mi abuelo se jubiló hace un par de años, sería reabrir viejas heridas, él se aprovecharía y no dudaría en alardear —porque eso se le da de fábula— de su privilegiada posición de periodista de sucesos, mientras a mí me tocaría morderme la lengua y recoger las migajas que quisiera compartir conmigo. Por no mencionar que mi madre permanecería impasible, con su sonrisa marca de anuncio de televisión y su Visa Oro en pleno funcionamiento.

Ella es otro tema, niña rica desde la cuna, acostumbrada a grandes lujos, excéntricas fiestas, amigos más falsos que un billete de trescientos, pero que, si le hacen la pelota y alaban su buen gusto, serán inseparables. Viajes, bolsos, bótox y viva la vida, que son dos días. Esa es mi maravillosa familia, una que vista desde fuera, y si no supieras la verdad, envidiarías, aunque cuando destapas un poquito el cajón de la basura, no te gustaría tenerla cerca.

Mi teléfono suena, sacándome de mis pensamientos, y al mirar la pantalla compruebo que es Santana, un compañero de la comisaría de Benidorm con el que conservo muy buena relación y al que no he dudado en pedir ayuda.

—¿Te has roto una uña o vuelves a necesitar consejos sobre cómo combinar los calcetines, Santana?

—Tienes la gracia en la verruga del culo, Mallenco. No me extraña que no te aguante ni tu padre, aunque claro, a él tampoco es que lo trague nadie.

—Eso ha dolido —replico de broma, pues ambos sabemos que todo lo que tenga que ver con mi progenitor hace años que dejó de molestarme.

—Como a mí lo de los calcetines, estamos en paz, y ahora deja tu lado capullo aparcado un momento, que tengo novedades sobre la información que me has pedido.

Todas las bromas entre nosotros quedan de lado y dejamos de ser dos amigos para convertirnos en dos agentes de policía con una misión.

—Te escucho, Santana.

—Esto es mucho más gordo de lo que sospechas, Mallenco. ¿Recuerdas al Ruso?

¡Cómo olvidarlo!, pasamos años detrás de él y siempre nos daba esquinazo, ese viejo era listo y retorcido como pocos. Su estructurada organización controlaba toda la droga que entraba en la costa y, aunque no pudimos demostrarlo, siempre sospechamos que las armas y trata de blancas también formaban parte de su negocio. Desapareció de la noche a la mañana, pero, por desgracia, no su organización, que sigue trayendo de cabeza a los cuerpos de seguridad.

—Lo recuerdo, pero ¿qué tiene que ver él con lo que hemos hablado?

—Más de lo que puedas imaginar, al pasarme la lista de nombres, que ya me dirás de dónde la has sacado, uno ha llamado mi atención, no había nada en la base de datos, ni siquiera una multa y eso, amigo, es extraño. Por casualidad he visto una noticia en el periódico y, con la ayuda de Laguna —otro compañero experto en investigación tecnológica—, las piezas han empezado a unirse. Resulta que tu Judas es en realidad el nuevo Ruso, el original falleció hace unos años y este se hizo dueño y señor del negocio.

—¿Estás seguro? —No puedo disimular el miedo que baña mi voz al ser consciente de lo que

significan sus palabras.

No estamos hablando de un narco de pacotilla con aires de grandeza, si lo que Santana dice es cierto, nos enfrentamos al capo de la droga de la Costa Blanca, alguien con mucho que perder y que no dudará en dañar a Mila, o a quien sea necesario, para seguir manteniendo su imperio.

—Lo estoy, he hablado con el comisario jefe, la operación está en marcha, Mallenco.

—Voy para allá.

—Tranquilo, chaval, sabes que no puedes intervenir, no es tu territorio. Solo te lo he contado por la amistad que mantenemos, debes dejarnos trabajar y no intervenir o tendrás problemas.

Tiene razón en todo, sin embargo, no voy a quedarme de brazos cruzados, Mila está en peligro y debo protegerla, por ese motivo le cuento toda la verdad a mi amigo, con la esperanza de que interceda en mi nombre y así pueda participar en la operación. Atrapar a ese maldito cabrón es una de mis prioridades, la otra es mantener con vida a la mujer que ocupa mi mente en todo momento.

—Entiendo tu preocupación, pero la respuesta sigue siendo no, Mallenco, menos aún después de saber lo involucrado que estás. Aunque quizá sí puedas estar presente de otra forma y, para eso, ya sabes lo que tienes que hacer. —Pone fin a la llamada sin dejarme opción a responder.

Claro que lo sé, no soy un principiante ni tampoco un idiota, sería fácil y rápido, aunque no agradable, y si puedo retrasar la hora de pedirle ayuda, lo haré. No es por orgullo o cabezonería, el verdadero motivo es que no quiero deberle ningún favor, que se cobrará cuando más le interese. Enfadado y bastante frustrado, salgo de mi piso para mi cita con Mila, tengo claro que no es una cita y que el romanticismo no entra en la ecuación, sobre todo ahora que conozco quién la busca, pero no hay que perder nunca la esperanza y la mía la tengo muy alta.

Me sorprende no encontrarla en la caja ni en los pasillos reponiendo o ayudando a algún cliente, tampoco me gusta la mirada esquiva de Macarena ni sus prisas por perderme de vista. Bueno, la verdad es que de esa mujer no me gusta nada y no entiendo el motivo, pues no he hablado con ella en mi vida. Recorro todo el supermercado sin resultado, es su hora de salida y no aparece, lo que empieza a preocuparme, por eso, decido preguntarle a alguno de sus compañeros.

Nadie sabe decirme dónde está y cuando me dirijo de nuevo a Macarena, esta comienza a correr en un intento absurdo de escapar de mí, aunque de poco le vale, pues la atrapo antes de que llegue a la salida.

—¿Dónde está Mila? —pregunto de forma brusca.

—Ni idea, agente.

Pido refuerzos a la comisaría y mis compañeros acuden enseguida, recorremos todo el local palmo a palmo en busca de una pista, mientras esperamos a que nos den acceso a las cámaras de seguridad. Jesús acaba de llegar y al enterarse de la desaparición de Mila se pone histérico, le pido calma y paciencia, aunque es una pérdida de tiempo y no se lo puedo reprochar, pues yo me encuentro igual que él. El tiempo parece detenerse, la sospechosa guarda silencio, nuestros nervios están a flor de piel y, cuando el ambiente es casi insoportable, por fin tenemos las imágenes.

Vemos a Mila en la caja, reponiendo productos en los pasillos, mirando el móvil y ¡bingo! Ahí está, hablando con Macarena y dirigiéndose hasta el almacén, donde, sin necesidad de que nadie me lo confirme, sé que el hombre que se mueve entre las sombras es Judas.

En apenas un par de minutos se la llevan del almacén y sospecho que hasta de la isla. Hablo con mis superiores para organizar un operativo, pero como las cosas de palacio van despacio, tendré que esperar unas horas, unas que no tengo y, desde luego, no voy a perder.

Jesús, desesperado, ha llamado a las chicas, y ahora tengo tantos pares de ojos sobre mí que llegan a intimidarme. Antes de que empiecen con sus preguntas infinitas o a chillarse unas a otras, les explico la situación y hacia dónde nos dirigimos, ya que tengo claro que vendrán conmigo quiera o no quiera. Aceptan mis condiciones —que conociéndolas, más tarde ignorarán— y nos ponemos en marcha, aunque primero debo hacer la llamada que llevo tanto tiempo postergando.

—Papá, necesito tu ayuda —hablo atropellado conforme descuelga, impidiendo que me suelte alguna de sus frasecitas.

Le cuento pequeñas pinceladas de lo que sucede para despertar su curiosidad y, como el sabueso de la información que es, no duda en caer y darme todo lo que necesite; como, por ejemplo, un avión privado de uno de sus poderosos contactos. Llegamos al aeropuerto donde ya nos esperan, es curioso cómo el dinero abre puertas y cierra bocas, nadie pregunta, no enseñamos documentos ni pasamos por ningún control y eso me pone furioso, porque vuelve a demostrar que con billetes mueves el mundo con gran facilidad.

El viaje es corto y al llegar a nuestro destino mi querido padre nos espera en su ostentoso Rolls-Royce Phantom, regalo de mi madre por su sesenta cumpleaños. No podía regalarle una corbata como hace todo el mundo, no, ella tiene que destacar sobre todos los demás hasta para un jodido regalo.

—¡El hijo pródigo que se marchó con la intención de nunca volver, regresa a su hogar, y lo hace pidiendo favores! —grita mi padre levantando los brazos para que todos lo oigan.

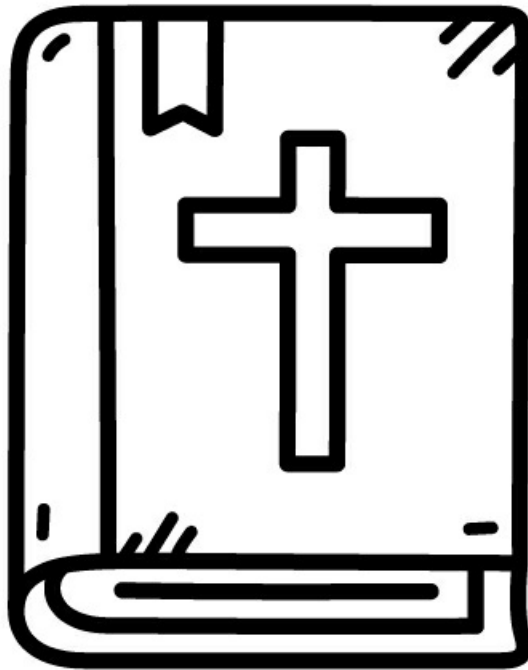
—¿Este gilipollas es tu padre? —asiento con la cabeza a la pregunta de Jordina—. Pues te confirmo que eres adoptado, agente. Es imposible que compartas algún cromosoma con ese tipejo y nos caigas bien.

No puedo evitar romper a reír al oír a la rubia y su contundente explicación, lo que me relaja en el acto. Estar cerca de mi padre siempre me provoca una tensión que me impide actuar con normalidad, sin embargo, tener a este grupo tan variopinto y que en tan poco tiempo a mi lado me han dado tanto, me dan el coraje y estabilidad necesarios para enfrentarlo.

—La alegría por el encuentro es mutuo, querido padre, y ahora pongámonos a trabajar, eso es lo que mejor sabes hacer.

Tras nuestro caluroso saludo y la perflejidad de quienes nos acompañan, nos montamos en los coches y nos dirigimos a su cuartel general, es decir, las oficinas centrales del periódico que dirige y del que, junto a mi madre, es dueño y señor. Sus súbditos nos reciben y regalan los oídos, están bien adiestrados, saben que cuanto más a gusto estemos, más colaboraremos, lo que no sospechan es que estos trucos conmigo dejaron de funcionar hace años.

Mi teléfono suena y el nombre que veo en la pantalla me paraliza, con manos temblorosas descuelgo la llamada y pongo el manos libres. El silencio en la sala pone mi piel de gallina y la conversación que escuchamos es la confesión de un psicópata que resulta ser el tío de Jesús. Admite sin vergüenza todos sus crímenes e intenciones de quitar a Mila de en medio, reconozco un forcejeo que me pone en alerta y, lo peor de todo, un disparo que detiene la respiración de los que nos encontramos presentes y que es lo último que oímos antes de que finalice la llamada.



CAPÍTULO 51

JESÚS

Nos quedamos todos helados, por un instante no se escuchan ni nuestras respiraciones, es como si el tiempo hubiera decidido que este momento merecía ser congelado. Poco a poco la gente a mi alrededor va reaccionando, una algarabía de gritos y llores va creciendo de forma constante hasta que llega a su cenit. Sin embargo, yo sigo quieto, creo que mi cerebro no es capaz de asimilar que acaba de escuchar un disparo.

Víctor intenta por activa y por pasiva volver a contactar con el móvil de Mila, pero es inútil, una voz enlatada nos anuncia que el teléfono está apagado o fuera de cobertura. Mi miedo crece, a la par que la ansiedad del policía hace tope y explota.

—¡Joder! —grita fuera de sí mientras pega una patada a una columna de la sala donde nos encontramos.

—¿Eso ha sido un disparo, Víctor? —pregunto con la voz estrangulada, esperando que su contestación sea negativa.

—Sí, lo ha sido.

—¿Estás seguro? —vuelvo a la carga con mi absurdo interrogatorio, lo que hace que me gane una mueca de disgusto por su parte.

—Por desgracia, sí, estoy seguro. He estado en decenas de operativos, Jesús, además de entrenar en un campo de tiro, y te puedo asegurar que sé diferenciar el sonido de la detonación de una pistola del resto de ruidos.

—Entonces...

No soy capaz de continuar la frase, las lágrimas salen a borbotones y mis cuerdas vocales se comprimen. No puede ser verdad, simplemente me niego a creerlo, pero mis neuronas se han quedado fritas y no encuentro otra explicación al sonido que todos hemos escuchado.

—Nada, Jesús, entonces nada —responde Víctor ya recuperado de su ataque de estrés—. Ahora no es el momento de desanimarse, aunque sé que es difícil no dejarse llevar por las emociones, debemos pensar en positivo. Sé que el escenario que se nos presenta pinta negro, pero lo mejor es alejar ese disparo de nuestras mentes y pensar que Mila no ha resultado herida.

—Por supuesto que no —interviene Valentina, que parece ser la única que no se ha venido abajo. Desde luego, la fortaleza de esta mujer es envidiable—. Chocatina es dura, además de una superviviente, me niego a pensar que se ha dejado matar. —Me dan ganas de decirle que no es que ella se haya dejado, es que está en manos de un maníaco, pero me contengo, no es necesario llevarle la contraria—. También debemos tener en cuenta que Judas está obsesionado con ella. ¿En serio creéis que se la va a cargar así de fácil? Yo no lo pienso.

—Yo tampoco —dice Jordina con la nariz taponada.

—Ni yo —secunda Nati en iguales circunstancias.

Lo que dice Valentina tiene mucho sentido, menos mal que ella mantiene la mente fría y piensa en las diversas posibilidades. Esto me lleva, sin que pueda evitarlo, a la Biblia, en concreto al Romanos 5:3-4: «Y no solo en esto, sino también en nuestros sufrimientos, porque sabemos que el sufrimiento produce perseverancia, la perseverancia, entereza de carácter y la entereza de carácter, esperanza». Tengo la cabeza hecha un lío, sin embargo, la esperanza es lo último que debemos perder y tenemos que pensar que Ricitos sigue viva para no venimos abajo. Por ella, es nuestra obligación mostrarnos enteros y fuertes.

Si ese delincuente está tan obsesionado con ella, no va a quitársela de encima así como así. Está claro que hemos escuchado una detonación, pero puede que fuera un tiro al aire, quizá intentaban disuadir a mi tío, porque, por lo que hemos oído antes del disparo, parecía que se estaba produciendo un forcejeo.

—Bien, así me gusta, equipo —indica Víctor sacándome de mis pensamientos—. Así es como trabaja la policía, si pensáramos antes de un operativo que no vamos a encontrar viva a la persona, nuestro trabajo sería un infierno. Debemos mantenernos unidos y tener confianza en que todo saldrá bien. —Todos asentimos ante las palabras del agente, más convencidos ahora de que hay luz al final del túnel—. Muy bien, pues ahora voy a ponerme en contacto con Santana, un antiguo compañero con el que he estado hablando de Judas y que pertenece a la Policía Nacional de Benidorm. Necesitamos entrar ya a ese sitio y buscar a Mila.

—¿Y no podemos ir sin más? —pregunto en un arranque de ansia, necesito ir a por Ricitos y comprobar con mis propios ojos que está bien—. Somos cinco, podemos hacerlo.

—¡Claro que sí! —grita Jordina apoyando la moción—. Además, no lo parezco, pero soy una máquina de matar.

—Por supuesto, doña cinturón negro en el primer día de rebajas —contesta Valentina poniendo los ojos en blanco.

—No lo necesito, Pecosa, para dar una patada en los huevos no hace falta ser Bruce Lee.

—¡Eh, ya basta! ¡Todo el mundo callado y centrado, por favor! —chilla Víctor para hacerse notar por encima de la algarabía que se ha montado en un segundo—. A ver, mis queridos ninjas, vamos a dejar claras unas cuantas cosas. Si os he traído conmigo ha sido porque sabía que, si no lo hacía, la ibais a montar más grande que *les fogueres de sant Joan*, pero hasta ahí llega vuestra participación.

—¿Como? No puedes dejarnos fuera, Víctor, ¡es nuestra amiga! Y también es la novia de

Jesús, así que comprendo por qué quiere formar parte, al igual que nosotras —dice Nati con las manos en las caderas, ganándose un asentimiento por parte de todos.

—Eso lo sé y os entiendo, sin embargo, sois civiles, no podéis formar parte de un operativo policial. Primero, porque podéis ser un estorbo; y segundo, porque es demasiado peligroso. Vosotros no estáis entrenados para este tipo de situaciones ni sois profesionales del sector, porque hasta donde yo sé, ni siquiera habéis pertenecido al Ejército, ¿me equivoco? —Negamos con la cabeza mientras nos miramos los unos a los otros con cara de frustración—. Bien, dicho esto, os mantendréis al margen, aunque os dejaré estar lo más cerca posible de la nave para cuando saquemos a Ricitos, pero esa es mi única oferta. ¿La tomáis o la dejáis?

La verdad es que el tío es duro negociando, en situaciones como esta es donde más se ve que ha nacido para ser policía. Volvemos a mirarnos y, al igual que en ocasiones anteriores, no hacen falta palabras. Víctor tiene razón en todo lo que ha dicho, por mucho que queramos ayudar a Ricitos, es mejor que dejemos actuar a la policía. Ellos tienen los medios, la táctica, el entrenamiento y los nervios de acero precisos para llevar a cabo la operación, nosotros seríamos un blanco fácil y una perturbación para ellos. No es el momento de hacernos los héroes, pues con nuestras acciones podemos empeorar la situación de Mila.

—Bien, veo que nos hemos entendido —continúa el agente al ver nuestras afirmaciones silenciosas—. Como ya lo tenemos todo claro, voy a llamar a mi compañero. Espero que lo tenga todo preparado en segundos, porque si no me cagaré en el día de su nacimiento.

Dicho esto, y con un resoplido, Víctor se pone un poco apartado para hablar con ese tal Santana. Casi sin decirle hola, comienza a ponerlo en antecedentes, comentando hasta el más mínimo detalle de lo que hemos escuchado. Además, hace hincapié en que tenemos toda la conversación grabada por obra y gracia de la cortesía del periódico, así que no solo hay indicios, más bien pruebas contundentes de que Judas tiene a nuestra Mila. Bueno, aparte de otras lindezas que tienen que ver con cierto Obispo.

—¿Tú cómo estás?

—Como todos, Valentina. —Estaba tan absorto que no la he visto acercarse a mí.

—Ya sé que estás preocupado por Mila, pero ¿qué hay de lo demás? Ha tenido que ser duro escuchar a tu tío mientras hablaba de tu madre.

Creo que ni se imagina el impacto que ha provocado en mi corazón la conversación de Caín con Ricitos, con eso me ha quedado cristalino de hasta dónde ha sido capaz de llegar por sus delirios de grandeza.

—¿Queda mal decir que, en gran parte, he sentido alivio? —pregunto a mi amiga, que se queda expectante de mis siguientes palabras—. Durante años, he pensado que me abandonó. Ya ves, creí a pies juntillas lo que ponía en la carta que él mismo me entregó, ni siquiera me planteé que no fuera de ella. Me pareció raro que me dejara, a mí, a su hijo del alma, sin embargo, con el paso de los años he llegado a la conclusión de que, aunque nos duela, a veces la gente no es lo que parece. Aun así, pensaba en ella a diario porque la quería con locura, era mi pilar y la única persona que valía la pena en esa casa, y seguía dándole vueltas a su partida. Ahora ya sé que no me abandonó, que no me dejó a mi suerte en un mar plagado de tiburones y que luchó hasta el final porque yo tuviera la vida que quería.

—Estaría muy orgullosa de ti, Jesús.

—Yo no las tengo todas conmigo, ella no era creyente y odiaba todo lo que tenía que ver con la Iglesia.

—Sí, puede que no le gustase mucho el camino que elegiste, pero estoy segura de que se complacería por el hombre en el que te has convertido. Eres empático, generoso, paciente,

bondadoso y amable; además, eres una persona que hace lo que haga falta por aquellos a los que quieres. Si pudiera verte ahora mismo, estaría con una sonrisa en los labios.

—Gracias, Valentina.

Debido a las palabras que me ha dedicado mi amiga, no puedo parar de llorar. Al verme tan abatido, ella me rodea con sus brazos e intenta consolarme, cosa que se le da de fábula desde que es madre. Yadira ha conseguido sacar su parte más cariñosa, aunque sus púas sigan tan afiladas como siempre, dispuestas a atacar cuando menos te lo esperas.

—Ahora solo quiero que pague por todo el daño que ha causado —continúo tras despegarme de ella y limpiarme las lágrimas.

—Lo hará, Jesús, que no te quepa duda de eso —dice Valentina con su intensa mirada azul clavada en la mía.

La fuerza y el calor que desprenden sus ojos logran convencerme de que así será. Espero que mi tío siga en la nave porque estoy deseando ver como lo sacan esposado y lo meten en un coche patrulla para llevarlo al principio de su encierro. Por lo demás, no creo que puedan tocar los cimientos de la Iglesia, tiene demasiado poder e influencia. Igual consiguen que ruede otra cabeza, la de aquella persona que ayudó a mi tío a esconder el asesinato de Sandra, pero poco más. En cuanto a mi padre, que según mi tío participó en la ocultación del cuerpo de mi madre, me alegro de que al fin se sepa el tipo de persona que es y de que vaya a vivir el resto de sus días tras las rejas.

Una mezcla de emociones mantiene una batalla campal en mi interior. Al miedo se le une la ira, el desconsuelo, el desánimo, el asco, la decepción y, ante todo, la culpa, esa vieja conocida que ha vuelto a mí para recordarme que destruyo todo lo que toco. Primero a mi madre, después a José y ahora a Mila, todos ellos tocados con un destino fatal o peligroso por el simple hecho de estar cerca de mí.

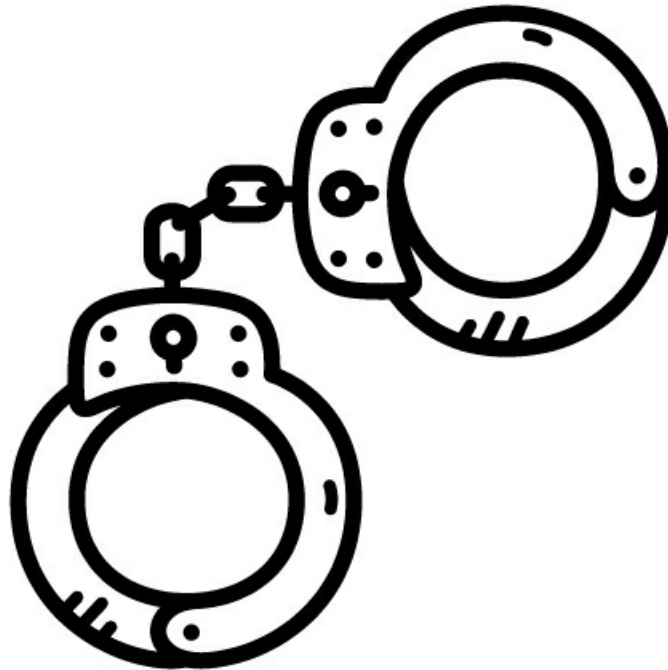
No es por hacerme la víctima, es la pura verdad. Mi madre encontró la muerte porque era un obstáculo en mi futuro eclesástico. José sobrevivió a duras penas a un accidente que yo provoqué debido a mis malas decisiones, aunque él intentó hacerme ver lo contrario. Y Mila está en las garras de Judas porque mi tío confabuló con ese delincuente para deshacerse de ella y que el camino siguiera libre para conseguir sus propósitos. Lo siento, pero ahora me es imposible ver el vaso medio lleno, ni siquiera creo que tenga una mísera gota de agua.

—Vale, equipo Ibiza, ya está todo listo —comenta Víctor, que ha vuelto a nuestro lado tras finalizar la conversación—. Nos marchamos ya, pero recordad lo que hemos hablado antes, ¿estamos?

—¡Señor, sí, señor! —grita Jordina y todos nos quedamos mirándola como si le faltara la caja entera de tornillos—. Perdón, siempre he querido decir eso.

—En fin, vámonos, antes de que me volváis más loco todavía.

Con el último comentario de Víctor, todos, incluido su padre, nos ponemos a su lado. Caminamos en silencio, cada uno sumido en sus propios pensamientos y con el deseo de que no sea demasiado tarde para Mila.



CAPÍTULO 52

VÍCTOR

He dejado a los cuatro fantásticos de Ibiza en el coche, parapetados tras furgones de policía y ambulancias. Me gustaría haberlos mandado más lejos todavía, a poder ser a Corea —la del Norte, no la del Sur, para tenerlos más amarrados todavía—, pero esa es una batalla que tenía perdida de antemano y ahora no tengo tiempo para lidiar con ellos. Espero que me hagan caso y no se muevan de ahí porque si no la mano no me temblará y los dejaré en un calabozo toda la noche por el delito que me salga de los cojones.

Obviando a esos cuatro, que me han dado más guerra que una abuelita a la que le acaban de robar el bolso, me dirijo hacia mi posición en la entrada principal, donde ya espera el equipo que hará entrada en el lugar con Santana al frente.

—Anda que no has dado la murga para estar aquí, Mallenco —dice mi excompañero mientras me saluda con un choque de manos.

—Ya me conoces, a cabezón no me gana nadie.

—Tienes suerte de que nuestro comisario te tenga en tan alta estima.

—Admito que jugaba con esa baza, pero no me iba a quedar de brazos cruzados, Santana, aunque eso me costara una sanción.

—Lo sé y yo en tu lugar, habría hecho lo mismo —contesta con una sonrisa. Se podrá quejar de mí, sin embargo, ambos somos muy parecidos—. En fin, espero que todavía nos quede algo del factor sorpresa, creo que hemos sido bastante silenciosos.

Yo también lo espero, aunque no lo verbalizo, me limito a asentir a sus palabras y a ponerme

detrás de él. En verdad, no hemos tenido mucho tiempo para preparar este operativo, aun así contamos con una buena cantidad de agentes, con dos francotiradores apostados en el edificio de enfrente que nos informan sobre el panorama que hay dentro de la nave, y con nuestra experiencia. Además, la parte positiva es que ya he trabajado con varias de las personas que están aquí dando el callo, por lo que pienso que, aunque no será fácil, tenemos una ventaja.

—Vale, los tiradores confirman que hay dos tipos armados en la puerta y otros dos en el piso superior al este de la nave —indica Santana marcando los puntos en un plano que hemos conseguido del edificio—. No hay otra entrada más que esta y debemos tener en cuenta que es un lugar diáfano, nuestras posibilidades de escondernos son prácticamente nulas. También que puede haber más gente custodiando lo que hay dentro.

—Vamos, que irrumpiremos como una manada de elefantes.

—Exacto, Mallenco. Los de la entrada serán abatidos por los francotiradores, al igual que los dos de arriba, sin embargo, el resto será cosa nuestra. ¿Todo el mundo tiene clara su función? — Los presentes confirmamos con un asentimiento y nos situamos en posición—. Entonces, ¡poneos los auriculares y vamos al lío!

Hacemos caso a nuestro jefe en esta operación y, con el mayor sigilo posible, nos apostamos en el portón de entrada. Casi al instante, escuchamos el sonido de cristales rotos y un «despejado» por el comunicador, señal de que los tiradores han hecho su función, así que es nuestro momento. Un compañero impacta un ariete contra la cerradura de la puerta pequeña, que cede por la presión, y nos da acceso al edificio.

Un caos absoluto se desata en un segundo, con hombres saliendo por todos los flancos, como si fueran avispas partiendo de un avispero recién azuzado. Abato a dos objetivos, ambos caen hacia atrás con un tiro en sus no tan vacías cabezas, a juzgar por el contenido que se esparce por el suelo. Mucha gente pensará, tras hacerse una maratón de las películas de John Wick, que esto es muy fácil de hacer con un poco de práctica, pero nada más lejos de la realidad, pues, aunque seas un tirador experto, debes tener en cuenta que estás en movimiento, así que podríamos decir que he tenido el factor suerte de mi lado.

El fuego cruzado provoca un sonido atronador, consigo dar a otro individuo en la pierna y me dispongo a avanzar por la nave. Poco a poco los atacantes van cayendo y el equipo policial va ganando terreno. No sé dónde tendrán a Mila, pero a juzgar por las cuatro personas que están subiendo al piso superior, donde hay una puerta de madera, llego a la conclusión de que detrás de esta hay algo importante. Han hecho el ascenso agazapados y no hemos escuchado ningún «objetivos abatidos» por los auriculares, así que supongo que seguirán todos con vida.

—Santana, ahí arriba puede haber algo —indico a través del comunicador.

—Yo también lo creo. Todo el mundo hacia las escaleras, menos López, Aguilera y Escudero, que se quedarán aquí abajo vigilando que ninguno se levante o que vengan refuerzos. ¡Estad bien atentos, puede ser una trampa!

La tarea de llegar hasta esa puerta no será sencilla, ya que la barandilla no es metálica, sino de obra, podríamos decir que es como el pequeño balcón de una vivienda. De esta manera, los tipos custodiando la entrada a esa habitación se encuentran escondidos en el sitio perfecto para evitar nuestras balas. No obstante, hay que ir hacia allí, sea cual sea el riesgo.

Los tres vigías se quedan abajo y el resto vamos subiendo con tiento, mirando en todo momento a ese muro protector. De repente, el más valiente del grupo sale pistola en mano y, aunque recibe varios tiros por nuestra parte, le da tiempo a disparar su arma. La buena suerte se transforma en mala cuando siento una quemazón repentina en el brazo izquierdo, una putada de las grandes cuando eres zurdo.

—¿Estás bien, Mallenco? —pregunta Santana tras escuchar un pequeño quejido salir de mi garganta, pero sin desviar la vista del objetivo.

—¡De puta madre!, solo ha sido un rasguño, no te preocupes —contesto para quitarle hierro al asunto, aunque la sangre ya empieza a manar de la herida empapando mi camiseta.

Volvemos a ponernos en movimiento, otros dos salen para hacerse los héroes, pero caen al instante gracias a la puntería de los francotiradores, así que, en principio, solo queda uno. Por lo visto, es el más inteligente del grupo, ya que se alza con las manos en alto suplicando que no lo disparen. Habrá llegado a la conclusión de que prefiere pasar una larga temporada entre rejas antes que perder su vida por Judas Montoya, por muy sustituto del Ruso que sea.

Con todos los obstáculos eliminados, nos ponemos ante la puerta. A la señal, el compañero vuelve a utilizar el ariete, porque no es cuestión de ir pegando patadas como Dereck Morgan en «Mentes criminales», y accedemos con cuidado al interior de la habitación.

—¡Quietos ahí o le vuelo la tapa de los sesos! —grita Judas con un arma apuntando a la cabeza de Mila, que se encuentra tirada en el suelo con los ojos cerrados—. ¿Qué tenemos aquí? —continúa el narcotraficante, que se pone en cuclillas para presionar el cañón entre las cejas de su víctima—. Pero si es Víctor Mallenco, el héroe de Benidorm e hijo de un reputado periodista.

—Vaya, veo que me conoce —contesto con voz tranquila y sin fijarme en el cuerpo inerte de Mila, pues debo mantener la cabeza fría.

—Mi gente me tiene bien informado —dice él con su mirada de psicópata clavada en mí—. Pensaba que te habías ido.

—Ya ve, de vez en cuando me gusta volver a mi tierra. —Me apetece añadir un «gilipollas», pero me contengo. Ahora no es el momento de salirse del guion porque esta clase de tíos son impredecibles—. En fin, señor Montoya, no es que no tenga ganas de conversar con usted, pero ¿qué le parece si lo hacemos en un sitio más apropiado?

—¿Como cuál? ¿Una sala de interrogatorios, quizá? Ni en tus sueños más húmedos verás eso, Mallenco.

—Parece que lo tiene muy claro, aunque yo en su lugar me lo pensaría. Está rodeado, Judas, no tiene escapatoria.

—Igual no, pero prefiero salir con los pies por delante antes que pasar toda mi vida encerrado en una cárcel. No soy hombre de sábanas baratas y comida mediocre. Además, esta ricura vendrá conmigo para divertirme en el más allá. ¿No te parece que mi plan es mejor?

Bien, pienso. Esas palabras me indican que Mila sigue con vida, un chute de esperanza que me da cierta paz.

Nos quedamos callados por unos minutos, midiéndonos, visualizando las flaquezas del oponente. De pronto, veo mi oportunidad cuando él separa por un instante el dedo del gatillo, un movimiento casi imperceptible, pero que veo tan claro como el agua. Es ese momento el que elijo para disparar dos tiros, que impactan en el brazo con el que sujetaba el arma. Mientras esta cae a un lado, mis compañeros se abalanzan sobre él. Lo inmovilizan contra el suelo y yo me pongo al lado de Mila para tomar su pulso. A duras penas lo encuentro, además de que veo un charco de sangre alrededor de su cabeza. Desde luego, no son buenas noticias.

—¡Necesito un médico, hay una mujer herida! —grito a través del comunicador—. Tranquila, ya te tengo, preciosa, estás a salvo —le digo a ella con la esperanza de que me oiga.

Los del SAMUR no tardan en llegar y se ponen a hacer el primer reconocimiento. Por lo que escucho, han encontrado una brecha en su cabeza y piensan que puede tener un traumatismo, así que no se demoran más y la cargan en la camilla para trasladarla al hospital de Villajoyosa. Entonces aprovecho para llamar a Jordina e informar al equipo Ibiza de las novedades, ella me da

las gracias y me indica que se ocuparán ellos de llamar a las madres de Mila.

—¿A dónde te crees que vas? —pregunta Santana cortándome el paso.

—Voy a ayudaros con la inspección del lugar, quiero entrar en la otra habitación, estoy seguro de que retenían ahí a la señorita García.

—Pues te informo de que, de momento, ahí lo que hay es un fiambre. Por el resto no te preocupes, ya nos encargamos nosotros.

—No me puedes sacar ahora, Santana.

—Vamos a ver, Víctor —dice él tras soltar una exhalación que da muestra de que la paciencia se le está agotando conmigo—, no pretendo sacarte de la operación, si lo que quieres es interrogar al detenido, te prometo que lo harás. Pero ahora él va camino del hospital para que le saquen las balas y tú deberías hacer lo mismo, porque sé que no ha sido solo un rasguño.

Soy un necio por pensar que lo había engañado, tenemos un largo historial de operaciones juntos, me conoce demasiado bien. No me queda otra que claudicar, primero, porque quiero tener la oportunidad de sacarle información al cabrón de Judas Montoya, el nuevo Ruso, y segundo, porque tampoco es cuestión de dejar que se infecte la herida, eso sería desfavorable para mis planes.

Antes de marcharme, me acerco al resto de agentes y les doy las gracias por la efectividad del operativo. Después, me dirijo a un coche policial que me llevará a mi nuevo destino, la sala aséptica de un centro sanitario. ¡Qué maravilla! Sin embargo, mi camino se ve de nuevo detenido, aunque esta vez por la última persona que me apetecía ver y de la que ya me había olvidado.

—Víctor, hijo, ¿qué tienes para mí?

—Papá, por si no te has dado cuenta, me han pegado un tiro. ¿No puedes esperar hasta que me saquen la bala?

—Sabes tan bien como yo que los hospitales son como las alcahuetas de un pueblo, siempre están al acecho para darle información jugosa a alguien. En cuanto sepan que una mujer, un detenido y un policía han entrado heridos en Urgencias, no tardarán en atar cabos y vender sus pesquisas al mejor postor. Ya sabes que tener la primicia lo es todo en el mundo del periodismo, así que no puedo esperar. Además, me lo prometiste, fue el pacto al que llegamos cuando accedí a ayudarte.

—¿Y qué ha sido de eso del altruismo?

—Eso es para los idiotas y los *hippies* —contesta él tan ancho.

Como sé que no lo disuadiré, y que para el señor Armando Mallenco daría igual que su hijo se estuviera desangrando con tal de conseguir una exclusiva para su periódico, me pongo a relatarle toda la operación con pelos y señales. Por desgracia, esta no será la única vez que nos veamos para darle información, pues cuando se lleve a cabo el interrogatorio tendré que hacer lo mismo. Menos mal que después será cosa suya seguir el hilo de las investigaciones, porque yo ya habré vuelto a Ibiza y no pienso regresar hasta que me llamen a declarar en el juicio.

En cuanto se siente satisfecho, me expresa sus mejores deseos para una pronta recuperación, me da la pequeña bolsa con mis cosas que estaba en el maletero de su coche y se larga de mi vista. Solo entonces puedo emprender de nuevo mi camino y, a pesar de odiar los hospitales con todas mis fuerzas, siento hasta alivio de pensar que me voy a pasar horas encerrado en uno.

Luego de veinte minutos de camino, llegamos al centro sanitario. Me despido del agente Gómez, que me ha traído hasta aquí, y, antes de apearme, me recuerda que le llame en cuanto esté listo para volver, que él vendrá a recogerme. Se lo agradezco y entro en Urgencias, en cuanto les cuento mi situación me pasan directamente sin hacer esperas. Me hacen un análisis de

sangre y otro de orina y comprueban mi fuerza con una serie de pruebas. Tras un examen minucioso se percatan de que hay orificio de salida, así que la bala salió por su propio empuje. La buena ventura sigue de mi lado cuando determinan que no ha dañado ningún músculo, nervio o vaso sanguíneo, desde luego, debo de tener una flor en el culo.

Tres horas más tarde ya estoy listo, con unos cuantos puntos, una carretilla de recetas y lo que será una futura cicatriz para añadir a mi larga lista. Antes de marcharme pregunto por Mila en el mostrador y me comunican que se encuentra en la UCI debido a un traumatismo craneoencefálico, aunque de momento no me pueden decir más.

Ahora no se puede hacer otra cosa que esperar para ver cómo evoluciona su estado, así que llamo a Gómez para que venga a por mí y lo espero en una cafetería cercana. El líquido negro que me sirven me da el chute de energía que necesito y despeja un poco mis neuronas embotadas por el cansancio, la pequeña pérdida de sangre y las drogas que me han suministrado.

Mi chófer improvisado no tarda en aparecer con una sonrisa radiante. Al ser uno de los novatos le toca hacer las tareas más engorrosas y las que menos riesgos conllevan, aunque parece que él se lo toma muy bien, casi parece que está alegre por hacer de niñera. También me informa del estado de Judas, al que han tenido que operar para sacarle los dos proyectiles, no obstante, mañana estará dispuesto para mí.

Esta vez el trayecto es más corto, ya que no volvemos a Altea, sino que vamos a Benidorm. Santana me invitó a quedarme en su casa, pero hace escasos tres meses se estrenó como papá, por lo que decliné el ofrecimiento. Prefiero dormir en un hotel para no molestar a mi excompañero y elijo uno que se encuentra pegado a la comisaría de la Policía Nacional, así luego no tendré que pedirle a nadie que me lleve o me traiga.

Gracias a los calmantes puedo pasar una noche tranquila; a pesar de que duermo poco, la excitación por mi reencuentro con el nuevo Ruso me mantiene alerta. Al fin amanece, de normal salgo a correr en cuanto me levanto, pero con el brazo en cabestrillo no puedo hacer nada y eso me pone un poco ansioso. Para no darle demasiadas vueltas a mi inactividad, me pego una ducha rápida y me visto para salir a desayunar.

Después de un buen café y unas tostadas, me planto en la comisaría a esperar. Voy al despacho de mi antiguo comisario, hablo un rato con él y con los que estuvieron en el operativo de ayer, reviso la documentación del caso y así se me pasa el tiempo volando. A la una del mediodía Santana aparece ante mí y me indica que lo acompañe a la sala que nos han asignado.

En cuanto entro, veo a un Judas que, a pesar de estar un poco demacrado, se mantiene impassible al lado de un abogado vestido para impresionar. Seguro que es de los que cobra más de dos mil euros por hora trabajada y se limpia el culo con los billetes de quinientos que todavía guarda debajo del colchón. No obstante, me es indiferente, he visto tantas cosas en esta vida que, por mucho pedigrí que tenga un picapleitos, no me va a acojonar.

Santana comienza con las aclaraciones de siempre, diciendo que la conversación será grabada y el nombre del sujeto que comparece ante nosotros. Empieza el espectáculo.

—Buenos días, señor Montoya —dice mi excompañero—. ¿Sabe por qué está aquí?

—Mi cliente se acoge al derecho de guardar silencio y no prestar declaración —suelta el abogado al instante mientras Judas sonríe de lado. Sabíamos de antemano que no sería sencillo.

—Se le imputan cargos de narcotráfico, tenencia ilegal de armas, extorsión, blanqueo de capitales, asesinato y secuestro, y eso es solo la punta del iceberg.

—Mi cliente se...

—¿Y cómo van a demostrar todo eso? —pregunta Judas cortando la repetición de su abogado, que le mira con cara de sorpresa, aunque se muerde la lengua. Sabe que está defendiendo a un

psicópata y probablemente tenga miedo a las posibles consecuencias de una salida de tono.

—Veamos —continúo yo cogiendo el testigo—. La brigada de estupefacientes lleva siguiéndole la pista durante meses y ha determinado que usted es el sustituto del Ruso.

—¿Yo? Perdón, pero solo soy un empresario de éxito, no el nuevo Pablo Escobar español, ni tampoco el reemplazo del peor criminal que ha tenido este país.

—¿Acaso un empresario de éxito se dedica a apuntar a la cabeza a mujeres desvalidas?

—Vamos, Mallenco, solo se cayó y se hizo un poco de daño. Además, intentaba proteger mi propiedad y a mi mujer de una intrusión sin permiso. Mila está conmigo porque quiere, no porque la haya obligado.

—Teníamos una orden judicial para entrar en sus dominios, señor Montoya, al igual que también tenemos la declaración de Macarena Alonso, que trabaja en Mercatot, en Ibiza, quien afirma que le pagó para facilitar que Milagros García fuera secuestrada.

—¿Van a creer antes a una yonqui que a mí?

—Es una persona tan válida como cualquiera, además de que aparece todo en las cámaras de seguridad del almacén de ese establecimiento. —Por la ligera mueca que hace con los labios, se nota que esto no se lo esperaba—. Por otro lado, durante su cautiverio recibimos la llamada de la citada víctima, llamada que, por supuesto, tenemos grabada. En esta mantiene una conversación con el señor Caín Bermejo, Obispo de León, y a quien encontramos muerto en su nave con un tiro en la cabeza. Ambos dan bastantes detalles sobre lo ocurrido, aparte de otra información que no concierne a su caso.

—Caín estaba ahí, eso no lo puedo negar, pero no por ello tuve que ser yo su asesino —contesta con indiferencia.

—Está claro que, hasta que no demos lo contrario, la presunción de inocencia todavía existe, sin embargo, balística ya está analizando la bala sustraída del cadáver y la cotejará con la pistola que portaba en la escena del crimen. Mi intuición me dice, señor Montoya, que no tardarán en afirmar que lo asesinó usted.

—Bueno, como tú bien has dicho, Mallenco, soy inocente hasta que se demuestre lo contrario.

Judas se reclina en el respaldo de la silla con cara de estar de vuelta de todo. No es la primera vez que escapa de la justicia, tiene demasiados contactos y personas que lo ayudan bajo amenaza. No obstante, en esta ocasión todo está en su contra, pues no solo son el secuestro y asesinato demostrables, también se encontraron, en un falso techo de la nave, varias carpetas con documentación referente al movimiento de la droga en la Costa Blanca y una lista de nombres de personalidades importantes que trabajan para él facilitando el acceso de las sustancias ilegales. Vamos, que lo tiene bastante crudo.

—Tenemos pruebas suficientes, tanto nosotros como los de estupefacientes, de los delitos que se le imputan. Así que hemos bloqueado sus cuentas y vamos a solicitar prisión preventiva sin posibilidad de fianza.

—¡No podéis hacer eso! ¡No tenéis ni idea de con quién os la estáis jugando! ¡Acabaré con todos vosotros! ¡¿Me oís?!

Bingo, ahí está. Ha tardado en salir, pero sabíamos que en algún momento lo haría, es un ser frío y calculador, pero también un narcisista de manual. Su vena de capo de la droga ha ganado la partida y lo ha dejado expuesto ante nosotros.

Con una sonrisa, Santana y yo salimos de la sala de interrogatorios y dejamos que un compañero lo espese para llevárselo. Todavía queda trabajo por delante, debemos dejar todos los cabos bien atados para que esta escoria no salga nunca de la cárcel, pero permitimos por un instante que el sabor dulce de la primera victoria se apodere de nosotros.



CAPÍTULO 53

MILA

Siento como si tuviera en mi cabeza a toda una clase de infantil coreando «Bartolito» al ritmo de Chimo Bayo, por no comentar que me duele cada centímetro de mi escultural cuerpo, vamos que hasta la jodida piel de naranja —esa que todo ser viviente tiene, por mucho que se empeñen en afirmar lo contrario— se resiente con cada mínimo movimiento que hago, ya que hasta respirar me agota. Oigo voces a mi alrededor, y no porque me haya convertido en el niño de «El sexto sentido», sino porque la habitación donde me encuentro está más concurrida que un bufet de dulces en hora punta. ¡Por favor, que hasta creo escuchar hablar a Nicolás y Caridad con mi mami Fenna sobre hierbas medicinales!

Intento hacerme la dormida o, mejor dicho, la inconsciente un ratito más, para ver si así logro calmar el barullo que inunda mi mente, sin embargo, como la suerte pasa de mí y nada sale como deseo, la jefa suprema, más conocida como Sonia, respetada abogada y madre mía, descubre mi triquiñuela. Nunca he podido engañarla, es más, de niña era experta en pillarme cualquier mentira incluso antes de que fuera capaz de elaborarla, algo que me ha frustrado toda mi vida; menos mal que mami era otra cosa y así compensábamos un poco la balanza.

—Deja de disimular, Mila, sé que estás despierta y con la antena puesta —susurra a un palmo de mi cara.

Seguir con la farsa es absurdo, de no hacerle caso sería capaz de darme un pellizco de esos que podrían traer de vuelta a un muerto y, la verdad, no tengo el cuerpo para mucho movimiento. *Chica, no estás para nada, he visto a zombis con mejor aspecto que el tuyo, pero ¡alégrate!, has*

vuelto al mundo de los vivos y sigo a tu lado alegrándote los días. Lo que decía, la suerte ni me mira. Dejando a mi adorada vocecita interior al margen, abro los ojos despacio y ahí está mamá, con su vidriosa mirada cargada de amor.

—Hola —hablo haciendo un gran esfuerzo, pues parece que en mi garganta se encuentra toda la arena y piedras de la playa de l'Olla, que, por si no sabéis de qué hablo, es la playa de Altea.

La jefa se da cuenta y enseguida me da un poco de agua con una pajita, agradezco su gesto, pero este llama la atención de todos los que están cerca y, en un segundo, una marabunta de cabezas se cierne sobre mí.

—¿Cómo estás, *mijn meisje*? —pregunta mami, llamándome «mi niña» en holandés, sin poder contener las lágrimas.

—Como vuelvas a darnos un susto así, juro que te despellejo viva —continúa Valentina con su dulzura habitual.

—La próxima vez que quieras descansar, contrata un spa, Chocolatina, diez años me has quitado de vida, ¡diez! —es el turno de Nati, que a exagerar no la gana nadie, bueno, su madre, aunque mejor no digo nada.

—Yo lo pago encantado, que la morena histérica es agotadora —explica Kalevi, ganándose las miradas asesinas de mis amigas.

—Ya te digo, *compay*, un día más y vuelvo a Cuba nadando —secunda Yotuel entre susurros, algo inútil, pues todos, y en especial la pelirroja, lo hemos oído.

—Negrita, sabía que eras fuerte y capaz, desde hoy todo será luz en tu vida. —Ya empieza Caridad con sus acertijos.

De verdad, en mi estado y con las escasas neuronas que me quedan, me habla esta mujer de luz. Pues por mi bien, y sobre todo el de mi cuenta bancaria, espero que no hable del recibo de Iberdrola, que ese pocas alegrías me da.

—Me debes desayunos ilimitados, bonita, prepárate, porque voy a ser tu sombra y no pienso dejarte ni un segundo sola —me amenaza Jordina; conociéndola, cumplirá su palabra a rajatabla.

—Creo que la estamos agobiando al hablarle todos a la vez —intercede Nicolás—, Mila necesita descansar y recuperarse, ya tendremos tiempo de explicarle lo preocupados que hemos estado —insiste, aunque por primera vez lo ignoran y siguen poniéndome la cabeza como un bombo.

Busco entre todos los que me rodean a Jesús, necesito comprobar que está bien y cuánto le ha afectado la confesión de su maldito tío. Sé que habrá sido un duro golpe para él y que habrá abierto infinidad de heridas, pero para mi desesperación no lo encuentro por ninguna parte y eso me preocupa.

—Cierra tus ojos de búho, que no lo vas a encontrar, el querido páter ha resultado ser un cobarde y ha desaparecido. —La rabia con la que Nati habla me hace ponerme en lo peor.

—No empieces que la tenemos, Jesús necesita tiempo y ordenar sus ideas, no podemos juzgarlo cuando todos en algún momento hemos hecho algo parecido.

—No lo defiendas, Valentina, porque no lo merece, debería estar al lado de Mila.

—No estás siendo justa, ponte en su lugar, acaba de enterarse de que toda su vida ha sido una maldita mentira, que las personas que se supone que más tenían que quererlo lo traicionaron y utilizaron a su antojo, además de descubrir que fueron los asesinos de su madre. Se siente perdido, engañado y muy culpable, solo quiere proteger a Mila, aunque se equivoque en las formas.

Me sorprende que sea Valentina quien lo defienda, pues mi amiga no fue tan generosa cuando Kalevi, en un arranque de ogro vikingo, echó a Nati de su vida. Aunque reconozco que con Jesús

siempre ha tenido una relación especial, eso, o que el amor le ha ablandado el corazón. Me da igual, lo que no entiendo, y no porque esté medio lela, es el motivo de su marcha, y mi mala leche comienza a tomar partido apoderándose de mis pensamientos.

—¿Cu... cuándo?

Todos me miran sin entender muy bien lo que digo, hasta que a Jordina se le enciende la bombilla y parece saber por dónde voy.

—¿Quieres saber cuándo se marchó? —asiento con la cabeza y ella continúa hablando—, dos días después de que Víctor te rescatara y, antes de que preguntes, el poli está currando, aunque viene a verte cada vez que puede; llevas en estado de bella durmiente cinco eternos días.

No puedo creerlo, ahora que nada se interpone en nuestro camino, ahora que conoce toda la verdad y puede ser libre, se marcha sin ninguna explicación, sin decir adiós y sin molestarse en saber si estoy viva o muerta. No me lo merezco y tampoco voy a dejar que me afecte, si es su decisión la respetaré, tampoco puedo hacer nada para evitarlo, ahora sí, ya puede olvidarse de Mila García para siempre, porque no permitiré que vuelva a jugar conmigo. Estoy cansada de dar y solo recibir migajas, de entregarme por completo y salir dañada; y lo más importante, estoy hasta el mismísimo higo de que él sea incapaz de luchar por mí, cuando yo me he dado de hostias sin pensarlo. Con su huida acaba de demostrarme que todas sus promesas eran mentiras, que jamás apostó por nosotros y mucho menos por mí, que solo fui un entretenimiento y que jugó conmigo todo lo que quiso.

Tragándome las lágrimas, porque me niego a llorar por él, miro a todas las personas que me rodean y a las que sí les importo, y me prometo a mí misma que Jesús se ha terminado para mí, no volveré a llorar, suplicar o esperar nada de él. Voy a ser feliz, voy a conseguir mis sueños y nunca permitiré que nadie entre en mi corazón. Todos esperan mi arranque, en especial las chicas y mis madres, me conocen y saben que soy de mecha corta y enfado apoteósico, sin embargo, y para su sorpresa, no reacciono, y colocándome una máscara de indiferencia —que me cuesta lo que no está escrito, todo hay que decirlo— me mantengo serena y escucho los disparates de Caridad, que se esfuerza por cambiar de tema y rebajar la tensión que nos rodea.

Los días han ido pasando y mi humor empeorando, tanto que las personas que me rodean apenas me hablan, ya que mi simpatía brilla por su ausencia. Es cierto que no he soltado ni una sola lágrima, tal y como me prometí, pero a cambio me he convertido en la reencarnación de Jezabel. Solo soy bufidos, palabras malsonantes, gruñidos, quejas y mala leche a espuestas; vamos, igualita a Mimitos pero sin bigote, o al menos eso espero. Sé que soy injusta, pues ellos no tienen la culpa de que sea una idiota enamoradiza que no da una con los hombres, aun así, no puedo evitarlo y pago con todos aquello que me reconcome por dentro.

Estoy esperando los papeles del alta junto a mamá y, aunque necesito salir de estas cuatro paredes o terminaré con una camisa de fuerza como *outfit*, es un quebradero de cabeza y una nueva discusión asegurada, pues mientras yo quiero volver a la isla, olvidarme de todo y buscar mi lugar en la industria musical, mis madres quieren que me quede en Altea con ellas y busque mi felicidad a su lado. Aceptarán mi decisión, siempre lo hacen, pero eso no implica que antes no intenten de todo para salirse con la suya. *Es normal que te quieran tener cerca, han estado a puntito de perderte, aunque no te preocupes, dos semanas más soportando tu buen humor y son ellas mismas las que te devuelven a Ibiza sin billete de vuelta*, apuntilla mi voz interior, que debe de ser la única a la que mis bufidos no le molestan.

El viaje en coche está siendo una tortura, me duele la cabeza, la espalda y hasta la curcusilla, el silencio en el coche me agobia y sus constantes miraditas me están poniendo de los nervios. La conozco y sé que algo trama su mente retorcida, eso sí, como a cabezonas no nos gana nadie,

ambas continuamos haciendo voto de silencio, aunque por encima de nuestras cabezas nos salgan subtítulos. Cuando solo faltan un par de kilómetros para llegar a Altea, se desvía y nos lleva a una escondida cala, a la que solían traerme cuando era pequeña. Se baja del vehículo sin soltar prenda y se encamina a ese pedacito de cielo que tan buenos recuerdos nos trae, al alcanzarla — que me cuesta lo mío, ya que los caracoles andan más rápido que yo—, la encuentro sentada en la orilla con la mirada perdida.

—Cuando conocí a Fenna supe lo que era ser feliz, ella, con su locura, espontaneidad, alegría y determinación me hacía querer ser mejor persona. Éramos, y a día de hoy seguimos siendo, dos polos opuestos que de forma inexplicable se complementan y forman la combinación perfecta, pero no fue fácil, al menos no para mí. Cuando decidió enfrentarse a su familia y renunciar a todo sin mirar atrás, me asusté tanto que salí huyendo. No quería que perdiera sus privilegios por mi culpa o que en un futuro pudiera arrepentirse, no deseaba que sufriera por la ausencia de sus seres queridos o lo que más me atormentaba, que un día se diera cuenta de que yo no valía todos sus sacrificios. Por eso, y con el corazón roto, porque la amaba con todas mis fuerzas, me marché de Altea sin darle una explicación.

Su voz se rompe y las lágrimas, que no puede contener, bañan sus mejillas. Ninguna de las dos me había contado nunca esta parte de su historia y me sorprende, pues pensaba que entre nosotras no existían los secretos, aunque viendo el dolor que siente al hablar, puedo entender por qué nunca me hicieron partícipe.

—Me fui a Madrid con unas compañeras de carrera, bebía a todas horas para olvidarla, salía cada noche con la idea de no pensar en ella y buscaba en otras mujeres lo que solo Fenna era capaz de hacerme sentir. No sirvió para nada, los remordimientos me consumían, su ausencia me destrozaba y saber el sufrimiento que yo había provocado me atormentaba. Me había equivocado, y con mis malos comportamientos seguía haciéndolo cada día. No podía volver, no merecía su perdón ni tampoco causarle más daño, todo era culpa mía y debía asumir mis errores.

—Mamá...

—Déjame continuar, pequeña —asiento con la cabeza, pues las palabras se niegan a salir y ella aprovecha para seguir con su confesión—: Un día, alguien tocó a la puerta, al abrir, allí estaba ella, tan bonita como siempre, mirándome como si nada hubiera sucedido entre nosotras. Fenna no solo disculpó y entendió mis errores, además, me ayudó a creer en mí y aceptar todo lo bueno que tenía. Nunca ha soltado mi mano ni me ha dejado caer, y durante estos años me he esforzado por hacerla la mujer más feliz del mundo, al igual que yo lo soy a su lado. El amor no es fácil, cariño, los humanos cometemos fallos y, con ellos, dañamos a quienes más queremos. Decidir dejar a alguien no es el camino fácil que todos creen, sin embargo, sí es la única solución que vemos cuando el miedo toma el control de nuestra mente.

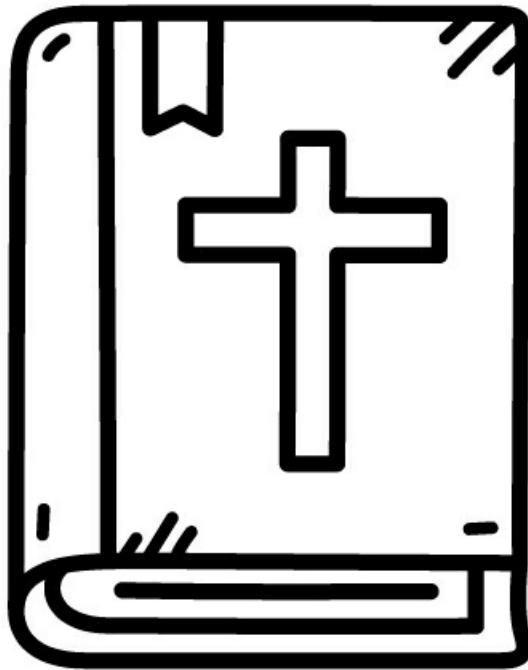
—¿Por qué me cuentas esto ahora, mamá?

—Porque sufres por amor, cariño. Aunque no hayas querido hablar de ello, te conozco y estás enamorada de Jesús, y su marcha te duele tanto como la mía le dolió a Fenna. No sé lo que el futuro os deparará, pero si el amor que sientes es verdadero y puro, espero que seas capaz de dejar el orgullo y el dolor a un lado para poder escucharlo antes de matarlo con tus propias manos, que las dos sabemos que cuando te ofuscas, primero actúas y al mes siguiente piensas.

Nos miramos y no hace falta que diga nada, pues las dos sabemos que por mucho que me fastidie reconocerlo tiene razón en todo, estoy enamorada de Jesús, su ausencia me rompe por dentro y pobrecito como se cruce en mi camino, porque la crucifixión será su menor problema. Enfadada y con la mala hostia subida, ¡Poncio Pilatos a mi lado es Pocoyó!

—Solo tengo una duda, ¿de verdad te ponen las sotanas?

Esa disparatada pregunta nos hace reír a carcajadas hasta que terminamos rebozadas en la arena, como si fuésemos un par de croquetas. Mi humor se ha suavizado, no he perdonado a Jesús, no soy tan buena persona, tampoco el dolor por su marcha ha desaparecido o las ganas de estrangularlo por capullo; sin embargo, puedo aceptar su decisión sin maldecirlo e incluso imaginar un futuro muy lejano en el que nos cruzamos y no termino en la cárcel o con una orden de alejamiento.



CAPÍTULO 54

JESÚS

Un techo liso, blanco y aséptico es lo que mis ojos ven durante horas cada día. La luz entra a raudales en la habitación, invitándome a salir de la cama, a disfrutar del buen tiempo que tenemos en la isla y a recibir al sol con la misma alegría e inocencia de un niño. Sin embargo, solo necesito mirar al lado izquierdo de mi cama, que se encuentra solitario y exánime, para entender que eso no va a ocurrir. Es curioso, llevo años durmiendo solo y nunca había notado la ausencia de nadie, no obstante, bastaron unas horas acostado al abrigo de los brazos de Mila para darme cuenta de lo que era una cama con alma.

Han pasado dos semanas desde que la vi por última vez, y cada uno de los segundos que he estado separado de ella han sido una agonía. Los recuerdos de los instantes transcurridos junto a ella se activan con cada cosa que veo mientras camino por Santa Eulalia del Río, o cuando me como un helado, o escucho una canción de cualquier diva del soul, como «I just want to make love to you» de Etta James.

Durante estas semanas he estado hablando con Valentina, quien me ha realizado un reporte diario sobre el estado de Ricitos y su evolución ante las heridas que le ocasionó el malnacido de Caín. Está claro que jamás la olvidaré y que no querré a otra mujer. Quizá suene muy tajante, pues nunca sabes lo que el destino te tiene preparado, pero sé que no hay nadie sobre la faz de la tierra tan especial como ella.

Aunque no se encuentra cerca, pues sigue en Altea arropada por sus seres queridos, la siento tan presente como si la llevara tatuada en mis huesos, así que no sé cómo soportaré su vuelta y el

tenerla frente a mí, porque nos tendremos que encontrar sí o sí. Y no se trata de la pequeña extensión de la población, más bien es por Mimitos, al que dejé en mi casa antes de marcharme hacia Alicante y quien ahora ronronea con placidez tumbado sobre mi pecho.

Siendo egoísta, no quiero borrar su recuerdo, Mila es y será lo más hermoso que he tenido a mi lado, ella es ese regalo que siempre deseé y del que finalmente pude disfrutar. Además de quedarse con mi corazón, ha conseguido que tome las riendas de mi vida y me aventure a hacer cosas nuevas, aunque estas supongan todo un reto para mí.

Me gustaría tenerla de nuevo entre mis brazos, acariciar su precioso rostro, besar su jugosa boca y bailar descalzos en la playa al compás que marcan las olas. Sin embargo, y a pesar de los esfuerzos de Nicolás, Caridad y Maritza, que intentaron hacerme entrar en razón, nuestra relación no puede seguir adelante. Debo aparcar la tentación, olvidar todo aquello que soñamos ser y continuar como sea, solo de ese modo la mantendré a salvo, fuera del alcance de los males que provoca mi mera presencia.

Froto mi cara con energía y suspiro por las pocas ganas que tengo de levantarme, aunque debo hacerlo. Primero, porque son pasadas las cuatro de la tarde y segundo, porque, para mi desgracia, no puedo pasarme todo el día metido en la cama. Además, me espera otra jornada ajetreada, ultimando los detalles de mi marcha definitiva de la Iglesia, que gracias a mi perspicacia ha traído menos cola de la que esperaba.

A la semana de volver de Altea me personé en el Obispado porque me resultaba raro el silencio en torno a mi petición de colgar los hábitos. Me reuní con el Obispo de Ibiza, quien me aseguró que no tenía noción alguna de ninguna carta certificada por mi parte; se notaba que decía la verdad, pues su cara de confusión hablaba por sí sola. Entonces llamó a Alfonso, su secretario, para que fuera a su despacho y, en cuanto miré a ese hombre a los ojos, supe que él había tenido algo que ver en el extravío de mi misiva.

Por supuesto, cuando su superior le preguntó, no hizo mención alguna a su fechoría, se limitó a explicar que había sido un despiste por su parte debido a la carga de trabajo que habían tenido. Yo me callé, no quise echar más leña al fuego, solo quería estar a buenas con el Obispo para que intercediera por mí.

Sabía que la gestión llevaría su tiempo, ya que primero tenía que rellenar un cuestionario, que servía para reafirmar mi decisión, y que mi diócesis comenzara una instrucción administrativa, enviando después las conclusiones al Vaticano, quien tendría la última palabra. Sin embargo, podría pasar meses o años esperando una respuesta, así que utilicé la baza que me llevaría directo a la casilla de salida en el tablero: la grabación de la confesión de Caín, que Víctor tuvo a bien mandarme. No quería que nadie volviera a manejar me como si fuera una marioneta, tampoco que la Iglesia tuviera el poder absoluto sobre mi persona o mis decisiones. ¿Era juego sucio? Puede, pero mi vida era solo mía y no pensaba quedarme de brazos cruzados, ya no. Así que mi osadía me valió la contestación más rápida de la historia, sintiéndome un poco mal por aquellos que habían tardado hasta treinta y siete años en conseguirla.

Lo único que me pidieron fue seguir al cargo de mis obligaciones sacerdotales una semana más hasta que llegara mi relevo, algo a lo que no me pude negar, pues en verdad no me costaba nada ni desbarataba mis planes inmediatos.

En el orden de esta tarde, aparte de dar la misa de siete, toca reunión con Juan, mi pupilo y al que ya considero mi hermano pequeño. Necesito contarle las novedades sobre mi futuro y también sobre el suyo, pues, si algo tengo claro es que quiero que siga a mi lado. Así que me desperezó con energía, notando lo frío que se encuentra el otro lado de mi cama al tocarlo con una mano, y me levanto como si tuviera un resorte, antes de que la soledad y la apatía me

engullan, ganándome una mirada reprobatoria de mi acompañante gatuno.

Una ducha rápida y una infusión después, ya estoy listo para salir a ese mundo que ahora veo en blanco y negro. El paseo hasta la parroquia se me hace eterno, la gente me saluda con aprecio y yo contesto con una sonrisa impostada. En verdad, no tengo ganas ni de mirarme, no obstante, tampoco es cuestión de convertirme en un ogro con aquellos que me dan su cariño de forma desinteresada.

Tras lo que parecen horas, aunque solo haya recorrido unos metros, arribo al lugar en el que he pasado buenos momentos, a pesar de mis crisis existenciales. Puntual como un reloj suizo, Juan ya se encuentra en la puerta, apoyado en el marco de la entrada mientras mira su móvil con interés.

—¿Estás hablando con alguna chica o estás cazando Pokémon? —pregunto en cuanto llego a su altura.

—Ni una cosa ni la otra, tío, estoy mirando el Instagram de Ana. Según me dijo, se iba de vacaciones con unas amigas y ahora veo que en dos días ha subido cinco publicaciones con el mismo tipo, que no es otro que Pablo, el típico chulito que se hace dibujos en el pelo y tiene la moto más molona del barrio. ¿Te lo puedes creer?

—Un momento, ¿estás acosando a Ana?

—¡Yo no estoy haciendo nada de eso! —contesta indignado—. Además, estás fuera de onda, tío, se llama *stalkear* —aclara poniendo los ojos en blanco.

—Ah, vale, qué descuido el mío. Y dime, pequeño pollito, ¿no significa lo mismo? Porque, a bote pronto, supongo que la palabreja viene de *stalker*, que en inglés significa, literalmente, acosador.

Me quedo mirándolo con una ceja levantada y él frunce el ceño en respuesta. Sé que mi comentario le ha hecho pensar y ahora los engranajes de su mente van a mil por hora. Resulta hasta cómico ver como abre y cierra la boca varias veces seguidas con la intención de contestar, aunque no sabe muy bien qué.

—Vale, tú ganas, la estoy acosando un poco —afirma al fin, y yo le obsequio con una sonrisa genuina—. Y sé que no está bien, no hace falta que me des un sermón de los tuyos, páter, pero es que no la entiendo.

—¿A qué te refieres?

—Pues que vino a decirme lo del viaje con sus amigas, que quería desconectar y que en unos días no hablaríamos, y ahora me encuentro con que está con Pablo. ¿Tan difícil es decir las cosas claras? A ver, pienso que es muy sencillo: «Juan, contigo no, bicho, ¿*capisci*?» —dice poniendo voz de pito en un intento por imitar el tono de una chica—. Como ves, no estamos hablando de hacer una disertación sobre la teoría de cuerdas, sino de una conversación bastante fácil. Así ella está contenta, yo me hundo cinco minutos en mi miseria, y después, a otra cosa, mariposa.

—¿En tu mente esa chica habla como una mafiosa italiana?

—Querido Jesús, no te gustaría entrar en mi mente y ser testigo de lo que hace Ana en ella, siempre con tacones de aguja y ligüero. Hasta hay ocasiones en las que la imagino con una fusta en la mano.

—De acuerdo, lo capto —indico con la mano en alto, no vaya a ser que le dé por relatar todas sus actividades imaginarias—. Bueno, llegados a este punto, creo que deberías ser tú quien hablara con ella a su vuelta.

—Desde luego que sí, tío, yo no soy el segundo plato de nadie, ni mucho menos una servilleta. La cogeré por banda y le diré que ahora soy yo el que quiere estar sin ella.

—¿La siguiente conversación va a girar en torno a tu reciente amor por Pimpinela? —

pregunto con guasa.

—Ni se te ocurra o le diré a todo el mundo que te gusta ir a la playa por las noches a adorar a la luna en pelotas.

Y sin más, coge las llaves de mi mano y abre la puerta de la parroquia para perderse en su interior. A duras penas contengo la risa, estar con Juan siempre me llena de júbilo y me ayuda a olvidar por unos instantes la porquería que me rodea.

Cuando ya estamos los dos aposentados en los incómodos asientos de la sacristía, me tomo un momento para ordenar mis ideas. Juan me mira expectante, pero no dice nada, me conoce demasiado bien y sabe que a veces necesito mi tiempo.

—Siento mucho hacerte venir de improviso, sé que estás estudiando mucho para sacar buenas notas en los exámenes finales y que pronto te espera la selectividad.

—No te preocupes, tío, lo tengo todo bajo control. Además, sé que no me harías venir por una tontería.

—Eso es cierto —afirmo, aunque no haga falta—. Verás, quería hacerte partícipe de la decisión que he tomado, la cual también te atañe a ti.

—¿Y cuál es? —indica confuso.

—Voy a colgar los hábitos, Juan, ya está todo preparado para mi salida de la Iglesia, solo me queda una semana ejerciendo mis funciones. Después, se acabó.

—Ah, vale —indica mientras agacha la cabeza, un gesto que siempre hace para que no pueda descifrar sus emociones—. Bueno, me gustaría decir que me sorprende, pero no es así. A ver, no me malinterpretes, eres un tío muy trabajador que ha llevado con broche de oro tanto la parroquia como la iglesia y que se ha ganado el cariño de la gente con sus buenas acciones. Sin embargo, no te acababa de ver como sacerdote, sentía...

—¿Qué?

—¿Te puedo hablar con franqueza?

—Ya sabes que sí, Juan.

—No quiero menospreciar a nadie, creo que hay buena gente entre el clero, personas que de verdad tienen vocación, pero se veía a la legua que tú no eras una de ellas. Sentía que estabas desperdiciando tu talento e inteligencia. Además, también está Mila, ¿o me equivoco? —inquire mirándome de nuevo.

—¿Tanto se nota?

—Tío, cuando estáis juntos, desde Galicia se puede ver un cartel en luces de neón encima de vuestras cabezas donde pone: «Aquí hay tomate».

—Y supongo que no has sido el único en darse cuenta. —Él niega con la cabeza y entonces me queda claro que las habladurías comenzaron hace tiempo. Tampoco es algo que me importe, quizá así la gente de Santa Eulalia se sorprenderá menos cuando deje mi puesto, aunque ya no vayan a verme con Mila.

—¿Te marcharás de aquí? —pregunta Juan tras unos segundos de silencio.

—No, me quedaré, y quiero hablarte de lo que haré a continuación porque también te atañe a ti, bueno, si tú quieres, claro está.

—¿A mí?

—Sí, a ti, hermanito —indico con una sonrisa mientras él hace todo lo posible por no imitarme, aunque al final le sale el tiro por la culata. Sé que le ha gustado el apelativo cariñoso, al igual que a mí me ha encantado decirlo—. Verás, he pensado en dedicarme a aquello para lo que estudié, quiero ser abogado. Llevo pagando la cuota al Colegio de Abogados desde que me licencié, por lo que estoy en condiciones de empezar a ejercer cuando quiera. De momento, no

me puedo permitir el coste de una planta baja, así que abriré un pequeño despacho en una de las habitaciones de mi piso.

—¡Eso está genial, tío! —dice Juan con entusiasmo, se nota que en verdad se alegra por mí—. Pero ¿qué tiene eso que ver conmigo?

—Quiero que estés a mi lado en este proyecto, de momento, como mi ayudante. —En cuanto le hablo de mis planes, sus ojos se ponen brillantes por la emoción y una expresión de absoluto gozo se instala en su rostro—. No tengo ninguna duda de que entrarás en la Facultad de Derecho y sé que empezarás la carrera en septiembre. Como he estado en tu lugar, soy consciente de la carga de trabajo que tendrás y de lo mucho que deberás estudiar. Así que, no te estoy pidiendo que vengas todos los días ni que te crees una responsabilidad que te quite horas de estudio. Es solo que he pensado que nos podemos ayudar mutuamente. Yo tendré a alguien trabajador y de confianza que me tienda su mano cuando la necesite, mientras que tú podrás aprender de primera mano los entresijos de un bufete de abogados y de los casos que nos entren.

—¿Lo estás diciendo en serio, Jesús?

—Sabes que jamás bromearía con algo así, hermanito —garantizo con mis ojos posados en los suyos para que vea que soy sincero—. Entonces, ¿qué me dices? ¿Te subes al barco del exsacerdote convertido en abogado penalista?

—¡Claro que sí, tío! —grita poniéndose en pie y viniendo hacia mí para darme un abrazo de oso, muestra clara de lo exaltado que está—. ¡¡Muchas gracias, hermano, no te defraudaré, te lo prometo!!

—Eso no hace falta ni que lo digas, te conozco demasiado.

—¡Ay, ya verás cuando se lo diga a la Eugenia, se va a poner loca de contenta! —dice con ímpetu refiriéndose a su madre, a la par que me levanta un palmo del suelo. En serio, no sé qué le dan de comer a este niño, pero está más fuerte que el vinagre—. Estoy seguro de que nos irá genial, tío.

—Yo también lo estoy, Juan —contesto y ambos soltamos una risita por la emoción.

—¿Me necesitas para algo más?

—Para nada, puedes irte a hablar con tu madre y celebrarlo con ella.

Me da un último abrazo y se encamina corriendo hacia la salida. De repente, sus pasos se cortan y oigo como grita un: «¡Hola, bombón!», seguido de un sonoro beso, y después sigue su camino. Parece irónico, pero rezo para que no le haya dicho eso a Sebas, aunque teniendo las endorfinas por las nubes, espero cualquier cosa de él. La incógnita se resuelve pronto cuando veo aparecer por la puerta a una persona que no esperaba encontrarme todavía.

—¿Mila?

—Hola, Jesús. Creo que me debes una conversación.

Y mientras ella me observa con esos ojazos que me atraviesan, alzada sobre su pedestal de reina, yo me hundo en mi asiento sin poder mirarla a la cara. El momento que creía tan lejano está en las puertas de mi casa.



CAPÍTULO 55

MILA

Aguanto su mirada, por mucho que esta me duela intento mantener la calma para no dejarme llevar por la rabia y hago un esfuerzo sobrehumano para que su sola presencia no me afecte, pero tenerlo frente a mí y verlo tan apagado hace tambalear mis fuerzas; y eso que llevo una semana, siete días, 168 horas, 10 080 minutos o 604 800 segundos —porque contar los milisegundos ya me parecía demasiado— preparándome para este momento. Concienciándome para la próxima conversación y, lo más importante, mentalizándome para no derrumbarme o evitar lo que más deseo hacer, estrangularlo con mis propias manos por huir sin molestarse en luchar por nosotros y ese amor que afirmaba sentir.

Estos días junto a mis madres he intentado ponerme en su lugar, entenderlo e incluso justificarlo. Ellas me han hecho comprender que todos en algún momento nos hemos dejado llevar por el miedo y la culpabilidad, provocando que tomáramos decisiones equivocadas; eso puedo aceptarlo, pues yo fui la primera que salí huyendo cuando descubrí la verdad que escondía Judas a sus espaldas. Sin embargo, su silencio e indiferencia es algo que no voy a tolerar, por mi bien, tengo que empezar a valorarme y no anteponer los deseos o problemas de los demás a los míos propios, impedir que todos me pisoteen y que nunca replique y, lo principal de todo, quererme, respetarme y cuidarme, ya que solo así podré actuar en consecuencia.

Siento que me merezco una explicación, quiero que me diga a la cara por qué me dejó al margen y, ya puestos, por qué me engañó prometiéndome un futuro por el que no se ha molestado en pelear. No pienso marcharme de esta iglesia hasta que obtenga mis respuestas,

aunque para ello tenga que hacerla arder. Total, con el largo historial de pecados que llevo auestas, no creo que el jefe supremo se enfade por esta nimiedad, y si lo hace me da igual, tengo muy asumido que Lucifer y todos sus colegas me esperan en el Infierno para pegarnos una gran fiesta.

Con la escasa paciencia que todavía conservo, le doy margen para que comience a hablar, incluso soy tan idiota que por unos segundos deseo que se levante de la silla, me tome en brazos y después de besarme como Dios manda me confiese lo equivocado y arrepentido que está por irse de mi lado. Pero no, Jesusito de mi vida y de mi corazón sigue en modo cine mudo mirando al suelo, lo que desata todo mi genio.

—Las personas adultas cuando quieren mantener una conversación suelen hablar y no mirarse la longitud de las uñas de los pies. Aunque, no sé de qué me sorprende, tú eres más de dar sermones que no cumples y de salir corriendo cuando más te necesitan.

—Ricitos...

—Mila —le interrumpo de forma brusca—, para ti soy Mila, los motes cariñosos solo se los permito a la gente que me quiere, y ya sabemos que no es tu caso, padre.

Chica, una cosa es hablar con rabia y otra lo tuyo, que no le has clavado un puñal, más bien todas las fábricas de cuchillos de Albacete. Ignoro a mi voz interior, porque soy muy consciente de que voy a matar y, si mis palabras le han dolido, puede ir preparándose porque solo es el principio.

—Eso no es cierto, Mila, yo...

—Tú me dejaste en la cama de un hospital inconsciente después del ataque de tu tío —vuelvo a interrumpirle.

Aunque he venido hasta aquí para que mantengamos una conversación, primero necesito soltarle todo el daño que me ha causado y me lleva reconcomiendo desde que me desperté en el hospital.

—Me dejaste y no miraste ni una puñetera vez atrás, tampoco te has molestado en llamarme o escribirme un maldito mensaje, y digo mensaje y no WhatsApp porque sabes que no tengo; eso sí, has vuelto a tu trabajo, ese que, por si lo has olvidado, prometiste dejar por nuestro amor. Has decidido por mí, sin molestarte en pensar cómo me afectaría o lo mal que lo pasaría, has sido un maldito cobarde y un gran mentiroso, Jesús.

¡Qué a gusto me he quedado! Bueno, los primeros cinco segundos, ya que ahora al ver el dolor que cubre sus ojos me siento la peor persona del universo.

—Solo pretendía y pretendo protegerte, Mila, eres...

—No te he pedido protección, el día que la necesite contrataré a un guardaespaldas buenorro.

Quizá, y esto es solo mi humilde opinión, si le dejas explicarse sin interrupciones podrás entender sus motivos, pero tú a lo tuyo que hoy vas en plan William Wallace en «Braveheart». No puede estar calladita la niña, necesito encontrar el botón de off y silenciarla una década o no respondo.

—Cuando te vi en el hospital me odié, por mi culpa estabas en ese estado, y solo pensar en que podrías terminar como mi madre, me destrozó por dentro. —Guarda silencio y varias lágrimas bañan sus mejillas.

Mi coraza se tambalea y tengo que contenerme para no acortar la distancia que nos separa y abrazarlo. Lo sé, estoy para que me encierren, tan pronto lo quiero matar como deseo consolarlo, aunque en mi defensa alegaré que estoy demasiado enamorada de este hombre y su dolor o sufrimiento me destrazan.

—Jesús...

—No, déjame continuar —me pide mientras se coloca a mi lado sujetando mis manos—, me había prometido hacerte feliz, cuidarte cada día, amarte como mereces y sí, protegerte sobre todas las cosas; sin embargo, no pude, te fallé y permití que mi tío llegara a ti. Su maldad te alcanzó y casi termina contigo, de no ser por Víctor no estarías frente a mí, y eso demuestra que no soy el hombre que necesitas a tu lado. Por ese motivo me alejé y seguiré haciéndolo, por eso renuncio a ti y a este amor que recorre cada célula de mi ser y del cual jamás debes dudar, porque te juro que te quiero sobre todas las cosas.

Sus palabras deberían calmarme, sin embargo, provocan el efecto contrario. Acaba de admitir que me quiere, algo que hace que mi trastocado corazón dance de emoción, pero el cabezón, por no llamarlo de otra forma más vulgar, en vez de luchar por nosotros, pretende alejarse.

—¡No quiero que renuncies! Ni que te alejes ni mucho menos que te culpes de algo de lo que no eres responsable. Quien me llevó hasta tu tío fue Judas, y si no hubiera sido con él, hubiera sido con otro, me quería a mí y no iba a descansar hasta tenerme. No me fallaste en eso, lo hiciste al marcharte, y ni siquiera eso me importa, porque te quiero tanto que prefiero mil equivocaciones si al final estamos juntos.

Me rompo como nunca antes lo había hecho, lloro por lo que sucedió, por Jesús, por su madre y nuestro amor, lloro porque siento que haga lo que haga es tarde y que de la forma más injusta he perdido al único hombre que he amado y amaré. Necesitándolo más que el respirar, ambos nos fundimos en un abrazo que sabe a poco o, mejor dicho, sabe a despedida y eso me hace derramar más lágrimas.

—La decisión está tomada, quiero que seas feliz, que cumplas tus sueños y cometas mil locuras. Quiero que vivas, Mila, y lo hagas sin mí.

No puede ser cierto, hemos pasado por tantas cosas juntos, sufrido y perdido para nada, pues él no quiere luchar y yo no puedo hacerlo por dos. Destrozada, me aparto de su abrazo y pongo distancia entre nosotros antes de hablar:

—Respeto tu decisión y no volveré a insistir, espero que seas feliz, tomes el camino que tomes, y que no te arrepientas de echarme de tu lado. —Limpio mis mejillas con rabia y continuo hablando—: Te prometo que seré feliz, te juro que voy a olvidarte para siempre y te garantizo que cumpliré todos y cada uno de mis sueños.

—Es lo que más deseo —responde dejándome claro que esto es el final para nosotros.

Una idea que lleva rondando mi mente varios días acude de nuevo y, aunque todas las veces la he descartado porque me parece una locura, esta vez creo que es la única solución, por lo menos hasta que se cure mi destrozado corazón. Estar aquí y poder coincidir con él sería más de lo que podría soportar, además, terminaría afectando al resto de nuestros amigos, los que tendrían que elegir un bando, por eso voy a marcharme de la isla y comenzar una nueva vida.

—Adiós, Jesús.

No espero su respuesta, total no será la que deseo, ya nos hemos dicho todo y no pienso rebajarme ni suplicar un cariño que no está dispuesto a darme. Con la cabeza en alto, las lágrimas en forma de cascada y mi corazón hecho girones salgo de la iglesia y de su vida para siempre. Antes de que pueda arrepentirme, que yo soy muy de tomar decisiones a lo loco y luego si eso pensarlas, marco el número de Jordina, que responde con su habitual alegría:

—Las nubes se levantan, los pájaros cantan, el cuerpo tiene ganas de marcha y Mila Milagrosa me llama, ¡hoy el día promete!

En otro momento su locura me haría feliz, sin embargo, ahora mismo, que soy un trapo andante, solo causa que vuelva a llorar sin consuelo.

—¿Qué pasa, Chokolatina? —Las bromas han desaparecido y la ansiedad envuelve su voz.

—Os... os ne... necesito. —Jordina no precisa más explicaciones y, como la mujer fuerte y capaz que es, se hace cargo de la situación.

Sin dejar de hablar conmigo, y mientras sale de su clínica como un vendaval, envía un mensaje a todas las chicas, citándolas en el Viva Cuba. Solo diez minutos después, todas las personas que quiero y me importan ya me están esperando con un mojito en las manos, una caja de pañuelos en la mesa y dispuestas a matar a quien me ha puesto en tal estado. No alargo su preocupación y, nada más plantarme delante, les suelto la bomba que sé que las volverá locas:

—Me marcho de la isla.

Sus caras son un poema, pues no entienden esta nueva decisión por mi parte, cuando hace tan solo unos días estaba encabezada con retomar mi vida aquí.

—¿Te has quedado tonta o es que has perdido las neuronas? —suelta Valentina, más cabreada de lo normal.

—No hablas en serio, ¿verdad? Porque como todo esto sea por culpa de uno que yo creo, ¡me lo cargo! —es el turno de Nati.

—Mila, vamos a tranquilizarnos y a pensar un poquito, que parece que vives montada en el Dragon Khan. —Jordina quiere poner paz, pero, tratándose de nosotras, es imposible.

Montamos tal algarabía que las hermanas Cruz, Caridad y Maritza, no tardan en unirse a nosotras y ahora sí, esto es el corral de la Pacheca, sábado de fiesta y, si te descuidas, el mejor programa de cotilleos de la historia. Todas hablan a la vez intentando hacerme entender lo equivocada que estoy con mi decisión y, cuando estoy a punto de salir corriendo del local, Maritza las manda callar y comienza a hablar:

—Mi chama, entiendo cómo te sientes e incluso el motivo por el que quieres marcharte de la isla, el amor cuando es puro duele, cuando es de verdad mueve montañas, aunque también puede destrozar corazones. Te hace feliz, y si se lo propone te hará la persona más desgraciada del mundo, ahora te sientes tan perdida que crees que escapando sanarás tus heridas, sin embargo, eso no sucederá. Mi chama te quiere, aunque el miedo le impide aceptar la felicidad que tanto merece, dale tiempo y, sobre todo, dátelo tú.

—Muy bonito tu discurso, Maritza, pero el responsable de que mi amiga esté planeando abandonarnos es ese hombre que solo mira por él.

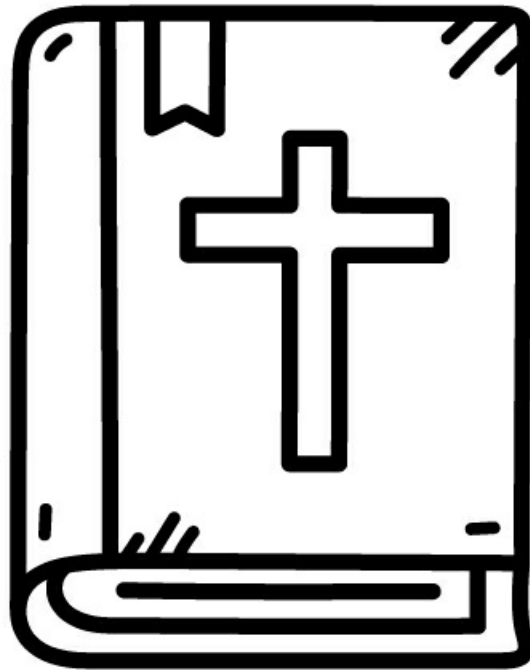
—Nati, sabes que Jesús no lo está pasando bien, deja de culparlo por todo —salta la pelirroja, que parece la abanderada de los curas perdidos.

Esto es justo lo que pretendía evitar, buscar responsables en esta situación es inútil, somos dos adultos con diferentes puntos de vista y nuestros amigos no deben sufrir por ello. Mi decisión es acertada, aunque me duela marcharme, alejarme de las personas que quiero y, ya puesta a admitir, no volver a ver a Jesús.

—Solo será una temporada hasta que aclare mis ideas, no voy a desaparecer para siempre.

—Negrita, tú eres la única que puede decidir tu camino, si crees que marcharte es la respuesta, no lo dudes y hazlo, puede que en el proceso alguien abra los ojos y se dé cuenta de que el destino no se puede ocultar con un dedo y que esconderse solo aumenta la pena.

Con su frase mística Caridad da por terminado el tema, aunque eso no afecta a las chicas, pues continúan hablando y discutiendo sobre mi futuro, pero ya todo me da igual, voy a irme y voy a curar mi destrozado corazón, aunque para eso tenga que dar la vuelta al mundo.



CAPÍTULO 56

JESÚS

Cuando Mila ha partido me he quedado una hora sentado en la sacristía mirando al infinito, con las capacidades de movimiento y pensamiento cortadas de raíz. Ese adiós, que ha supuesto el carpetazo definitivo para nuestra relación, estaba envuelto en dolor, tristeza y amargura, uno de los peores escenarios a los que se puede enfrentar el ser humano. En ese momento me he dado cuenta de que la había perdido en todos los sentidos, ya que no solo dejaría de ser mi amante, sino que también mi amiga y mayor confidente. Había desperdiciado ese tesoro supremo que la vida te regala solo una vez.

Al fin y al cabo, era lo que querías. No, mi querida voz interior, eso no era lo que yo ansiaba. Sin embargo, hay ocasiones en las que aquello que uno quiere está reñido con lo que es mejor, y esta, por desgracia, es una de ellas. Esta vez Mila ha salido victoriosa tras lo ocurrido con Caín y Judas, y si hay algo que no debemos hacer bajo ninguna circunstancia es tentar demasiado a la suerte, porque si lo hacemos, ¿qué podría ocurrir después? Aunque mi corazón sangre hasta el fin de mis días por no tener a esa magnífica mujer a mi lado, prefiero mantenerme en la ignorancia y dar un paso atrás, ahora que todavía hay tiempo y se le ha brindado una nueva oportunidad.

Tengo ganas de quebrarme en mil pedazos, de romper los estúpidos y poco funcionales muebles de este lugar insustancial en el que me encuentro, y también de beber hasta perder el control, como decía la canción de Los secretos. Hasta ahora me había mantenido con el piloto automático en marcha, haciendo las cosas de forma mecánica y por pura supervivencia, sintiendo

la angustia por no poder tener a la que ya consideraba mi mujer. La veía en todos lados, pero sabía que no estaba, y eso me dejaba un margen para refugiarme en un limbo aislado de las emociones. Sin embargo, la devastación se encontraba latente en mi organismo, esperando su turno para hacer acto de presencia en el instante oportuno, que ha llegado con la aparición de Mila en escena.

Es una lástima que no pueda pegarme cabezazos contra la primera pared que encuentre o vaciar cualquier botella de un licor indeterminado, al menos, de momento, pues estoy en la parroquia para dar mi última misa. Ya ves, parece que hoy la narrativa se compone de finales y siento de nuevo que la Iglesia se interpone a mis deseos, no obstante, hice una promesa y debo cumplirla.

Ten cuidado con las promesas, Jesusito, o mejor dicho, con las personas a las que concedes ciertos deseos, porque no te han traído nada bueno. Estás en lo cierto, querida conciencia, y en el futuro maduraré mejor mis decisiones e intentaré sondear a la gente con mayor acierto. Pero ahora tengo que cambiar el chip si no quiero que mi locura arrase con la poca cordura que me queda, así que me voy a poner las gafas del positivismo para dar el último espectáculo y salir por la puerta con la sensación de haber cerrado para siempre un capítulo de mi vida. Adiós, sotanas y evangelios; hola, nuevo destino.

Como un perro bien entrenado, doy el oficio sin mayores sobresaltos, hablando sobre más de lo mismo y, al finalizar, hago un pequeño discurso para hacer partícipes a los feligreses de la decisión que he tomado. Veo la tristeza tiñendo sus rostros, aunque no hay sorpresa, eso me confirma que Jesmila, los Brangelina de Ibiza, no han sido del todo discretos.

Contra todo pronóstico, en vez de ponernos de vuelta y media por pecar a lo grande, me transmiten su cariño y sus mejores deseos.

—Esa chica es encantadora —dice Yolanda, la dueña de una marisquería de Santa Eulalia, en cuyos ojos se pueden apreciar los corazones del famoso emoticono—. Solo espero que el próximo sacerdote sea más como usted y menos como don Bartolomé, porque si no vendrá a misa Rita la cantaora.

—Estoy feliz y triste a la vez, páter, digo... Jesús, perdón —interviene Mateo, un panadero que hace las mejores magdalenas payesas que he probado nunca—. ¿Se puede uno sentir alegre y apenado a la vez? Creo que eso no es pecado, ¿verdad?

Y así, sin prisa pero sin pausa, van pasando todos los asistentes para despedirse de mí con afecto. Eso demuestra mi teoría de que hay mucha gente buena de corazón en el mundo.

Sí, sí, eso está genial, pero ya veremos cuando se enteren de que Chocolatina y tú habéis terminado. Cuando las habladurías corran como la pólvora, cosa que te advertí, espero que tengas una cueva cómoda donde pasar los próximos cincuenta años. ¿Por qué, Valentina? ¿Por qué vuelves para atormentarme? Supongo que me merezco esa mirada fría y su característico dedo acusador, aunque solo sea en mi mente.

Me despojo de las que han sido mis vestimentas litúrgicas por varios años y las guardo en una bolsa. Me quedo un rato en el centro de la sala esperando a que llegue algún sentimiento nada bienvenido, sin embargo, no ocurre nada, es como si mi cuerpo llevara tiempo preparándose para el momento de la despedida. No echaré de menos ni la parroquia ni mi oficio hasta la fecha, y los recuerdos que se han generado aquí dentro no se quedarán encerrados entre estas paredes desconchadas, sino que me acompañarán por siempre.

Exhalando con fuerza la bocanada de aire que he cogido, apago las luces y le doy las llaves a Sebas, quien me espera en el arco de entrada y que me mira como si fuera el mayor criminal de la historia. Yo, impasible, le mantengo la mirada, pues, en este caso, no tengo nada por lo que

pedir perdón; además, algo me dice que su trigal está tan podrido como lo estaba el de Caín. Estoy seguro de que si hay alguien que debería expiar sus pecados, es él y no yo. Por suerte, este hombre de pelo grisiento y ropas de otra época ya no es mi problema.

Con paso lento, me dirijo hacia mi piso, donde todavía me espera Mimitos. Durante la conversación con Mila no he creído oportuno sacarlo a relucir, supongo que en el fondo nunca he deseado que él también se fuera de mi lado. Además, no sé muy bien el porqué, pero ese gato y yo tenemos una conexión especial, algo que va más allá de la compañía que te da una mascota o el amor incondicional que te brinda un animal.

Tras lo que ha parecido un camino más largo que aquel emprendido por Frodo y Sam hasta llegar a las llamas del Monte del Destino, llego a mi apartamento, cierro la puerta y me deslizo por su hoja hasta tocar el suelo. Entonces, dejo fluir las lágrimas, que se suceden en un torrente infinito, y me desmorono por completo, haciéndome un ovillo en el suelo. Siento como gran parte de mi fuerza me abandona, se queda la justa para que mi corazón siga funcionando, aunque solo sea para el papel para el que está destinado. Hoy he terminado mi primera novela vital, llena de pérdidas, añoranza, intrigas, soberbia y oscuridad, pero también repleta de un amor puro que nunca merecí, pero que me ha servido para cambiar un final que parecía inevitable. De momento no empezaré una nueva, ya habrá tiempo mañana, pues ahora solo deseo hundirme en el agujero más profundo y negro de la Tierra.

Mimitos, mi único confidente en esta escena, se acerca a mí con lentitud, pero con firmeza, taladrando mis ojos con una mirada cargada de amor y comprensión, o eso es lo que quiero creer. A veces siento como si una persona hubiera tomado su cuerpo, supongo que es lo mismo que piensan todos los dueños sobre sus mascotas. Sin emitir un solo maullido, se tumba a mi lado, estirando su cuello al máximo para posarlo sobre el mío, en una postura imposible que solo los gatos parecen poder adoptar, y luego posa su pata en mi mejilla. Al cabo de unos segundos comienza a ronronear, y ese soniquete constante penetra en mi interior, deshace mi angustia y me acompaña al mundo de los sueños, donde vuelvo a encontrarme con Lola, mi madre.

—Hola, mi niño —dice ella con la emoción surcando sus rasgos redondeados y sus ojos iguales a los míos.

—Mamá, ¿eres tú de verdad? —pregunto algo confundido.

—Sí, soy yo, solete mío —contesta, llamándome con el apelativo que solía utilizar cuando me hablaba.

—¿Dónde estamos? —interrogo de nuevo e intento no dejarme llevar por las emociones, que se agolpan traicioneras.

—En la casa en la que crecí junto a mis padres —indica con un toque de cariño en su voz—. Aquí pasé buenos momentos. A pesar de tener lo justo, entre estas paredes me sentí amada y arropada.

—¿Es real?

—No, tan solo es una proyección de mis recuerdos, sin embargo, he preferido que nos viéramos aquí, un lugar lleno de seguridad y muy distinto a aquel donde vivimos los dos juntos.

No se lo digo, aunque mirando mi cara ya sabe que me siento agradecido por el esfuerzo. Es el sexto sentido de una madre, ese que solo ellas desarrollan y que les indica lo que sentimos en cada momento sin necesidad de emitir un solo sonido.

—Todo ha terminado, mamá.

—Lo sé, cariño mío. Es una pena que no vaya a coincidir con Caín, pues me encantaría pasarme toda la eternidad dándole patadas a su culo de señorito. Supongo que me tendré que conformar con que esté en el plano donde el sufrimiento, los gritos y el fuego se suceden en un

bucle infinito —contesta con un gesto de fastidio que no emborrona para nada su dulzura natural. Eso me hace sonreír por primera vez desde el inicio de nuestro encuentro.

—Me apetece mucho darte un abrazo.

—¿Y por qué no lo haces, solete?

—¿Acaso puedo?

—Claro —dice con una sonrisa que hace resplandecer sus facciones—. Lo bueno que tiene estar aquí es que no me voy a desvanecer ante tu contacto.

Su contestación me activa y, como un vendaval, estrecho su pequeña figura entre mis brazos. Ella me envuelve con los suyos y deja salir un sollozo, ese que tenía contenido desde que nos hemos vuelto a ver. Ambos lloramos y reímos juntos, sin saber muy bien cómo gestionar la bola de sensaciones que nos acompaña. Su olor a lavanda me hace revivir los momentos felices que pasé a su lado, recordando incluso aquellos que mi mente bloqueó como mecanismo de defensa.

—Te he añorado mucho, mi niño.

—Yo también a ti, mamá.

—Ahora quiero que me escuches bien, porque no tenemos mucho tiempo —susurra ella, deshaciendo el abrazo, pero sin dejar de tocarme con sus manos—. Necesito que sepas que tú no tuviste la culpa de lo que me ocurrió, amor mío, que tú no fuiste el causante de mi muerte.

—Sí lo fui, mamá. Por mi causa tuviste un destino que no te correspondía vivir tan pronto.

—Eso no es verdad, Jesús, y lo sabes —indica con gesto severo, ese que tan bien se les da a las madres y cuya técnica perfeccionan con el paso de los años. Hacía tiempo que no lo veía y me encanta presenciarlo de nuevo—. No me mires con esa cara, te estoy hablando en serio.

—Perdona, mamá.

—Ni perdona, ni perdone, ¡céntrate, mi niño! Antes de irte vas a meter en esa dura mollera que tienes, y que no hay duda de que has heredado de tu abuelo, que todo esto fue causado por tu padre y mi hermano. Tú fuiste otro daño colateral en esta historia, cariño mío.

—Me cuesta creerlo.

—Te entiendo, solete, pero en verdad eres tú quien está haciendo todo más complicado de lo que es, y lo peor es que también sé por qué lo haces —dice con una mirada llena de pesar, enmarcada en un ceño fruncido—. ¡Óyeme bien!, no permitas que nadie te arrebate la felicidad que te mereces. Ese es tu derecho, tu regalo por la carga que has tenido que soportar. No consientas que tu pasado arrase con todo, ni tampoco que Caín se lleve tu futuro. Ahora que los hilos ya se han cortado, solo depende de ti y de nadie más. —Por un momento calla y aprovecha para posar sus manos en mis mejillas surcadas por las lágrimas—. No te preocupes por los muertos, cariño mío, pues nosotros ya no formamos parte del juego, preocúpate por los vivos, ellos son los que te levantarán cuando te caigas o los que te arroparán en las noches más frías. Lo que importa es lo que tienes aquí y ahora, no pienses más en lo que ocurrió o en lo que pudo haber sido, eso solo te traerá amargura y te hará desgraciado. —Me da un beso tierno, descargando en este su amor incondicional, y vuelve a conectar sus ojos brillantes con los míos—. Ya es hora de despedirnos, al menos, por el momento.

—Me quiero quedar aquí contigo.

—No, Jesús, este no es tu lugar. Además, yo siempre estaré a tu lado, solete —dice con la alegría tiñendo su delicada voz—. Solo una última cosa antes de que te vayas. Dile a Mila que lo siento.

—¿A Mila? No entiendo qué me quieres decir con eso.

—Todo a su tiempo, cariño mío, ya te lo explicará él.

—¿Quién?

Pero ya no recibo respuesta. Mi madre se difumina ante mis ojos, al igual que el entorno en el que nos encontrábamos, ahora solo queda una habitación oscura y vacía. Sin embargo, no paso mucho tiempo en esta, pues un sonido persistente y bastante molesto se cuela en mis tímpanos y me hace abrir los ojos de golpe.

Tardo un momento en reconocer el lugar que me rodea, parece que haya pasado una eternidad fuera de este plano, pero ahora entiendo que estoy en el suelo de la entrada de mi apartamento y que el ruido que me ha despertado no es otro que el timbre de mi puerta. Mimitos me observa con expresión serena y lanza un maullido en dirección a la puerta.

—¡Voy!

La persona al otro lado debe haberme escuchado, ya que deja de tocar la molesta campanita que retumba entre las paredes de mi cerebro. Me recompongo un poco la ropa, arrugada por la noche que he pasado en el suelo, y abro la puerta.

—Ya era hora, colega.

—¿José? ¿Qué haces aquí?

—He venido a buscarte.

—¿Había quedado contigo?

—No, pero ahora sí —indica con un encogimiento de hombros—. Por cierto, tienes un aspecto de mierda.

—Gracias, era justo lo que necesitaba escuchar.

—De nada —dice tan ancho, a la par que Mimitos se enrosca entre sus piernas mientras emite un ronroneo de satisfacción. José se agacha para prodigarle unas cuantas caricias, que el gato acepta con gusto—. Vale, me hago cargo —suelta mi amigo sin venir a cuento.

—¿A qué te refieres? —pregunto algo extrañado.

—Oh, a nada, solo hablaba con él.

—Vale... Y, ¿quieres que os dé intimidad o algo así?

—Lo que quiero es que te duches para quitarte el olor a cerrado que llevas encima. Después, vendrás conmigo.

—José, te agradezco que estés aquí, de verdad, pero no es un buen momento.

—¿Acaso te lo he preguntado? —apunta con ironía—. Anda, ve a echarte un agua, yo me quedaré aquí con tu... gato.

—En realidad es el gato de Mila.

—Sí, ya...

Con el ceño fruncido, y mirando a todos lados para cerciorarme de que no hay ninguna cámara oculta, me dirijo hacia el baño. Si hay algo que siempre ha caracterizado a José es su perseverancia, de modo que sé que no tengo escapatoria.

La ducha me sienta de maravilla, me ayuda a despejar mi embotada cabeza y a destensar los músculos agarrotados por no haber dormido en un colchón. Me visto de manera sencilla, con una camiseta azul, que resalta el color de mis ojos, unos pantalones cortos, pues en la isla la temperatura de mayo ya permite llevarlos, y las zapatillas de deporte. Cuando vuelvo al salón, me encuentro a José sentado en el sofá con Mimitos tumbado sobre su regazo. Si tenemos en cuenta cómo se suele comportar con los desconocidos, esto es todo un hito en la historia del felino.

—Veo que os habéis hecho buenos amigos.

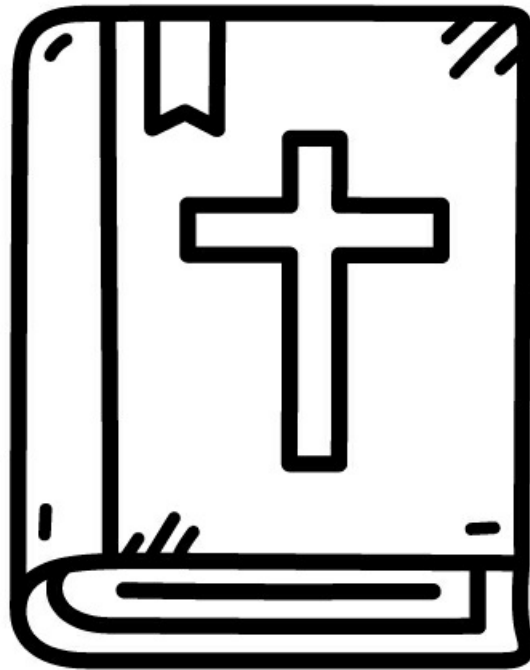
—Siempre nos hemos tenido mucho cariño.

—¿Ya lo conocías?

—Algo así —indica a media voz, dejando una estela de misterio en el eco de sus palabras,

mientras coge a Mimitos y lo traslada al sofá. Este se deja hacer sin soltar un mísero bufido, ¡ver para creer!—. Bueno, andando, que no tengo todo el día.

Y sin más, se pone en pie y se dirige hacia la salida. No sé a dónde me llevará ni tampoco me importa, me limito a seguirlo sin poner más objeciones, pues sé que esta batalla la tenía perdida desde antes de abrir la puerta.



CAPÍTULO 57

JESÚS

Nos subimos en su furgoneta de color negro, la misma que utiliza para transportar los muebles que fabrica con sus propias manos. A pesar del uso al que está destinada, se encuentra muy bien cuidada, se nota que José pone especial empeño en conservarla como es debido.

Comienza a conducir con destreza y un silencio cómodo se instala en el interior. Una de las cosas buenas que siempre ha tenido nuestra relación es que nunca hemos necesitado decir palabras vacías para romper la quietud del momento, a ambos nos vale con estar el uno cerca del otro.

Dejamos atrás Santa Eulalia y cruzamos Sant Rafel de Sa Creu y Sant Agustí des Verdrà, dos pueblos que todavía no he visitado, al igual que otros tantos. Me propongo que, en este nuevo camino que me dispongo a andar, veré todo aquello que no he podido, debido a las circunstancias. Cuarenta minutos después, tras conducir un rato por un camino de tierra, llegamos a nuestro destino; lo sé en cuanto José aparca la furgoneta en una zona despejada al lado de la senda.

—Sígueme —dice nada más apearnos del vehículo.

Pegados a la valla blanca de una casa, caminamos durante unos diez minutos y al fin aparecemos ante varios dólmenes, que se sitúan formando un círculo, como el famoso conjunto de Stonehenge.

—Bienvenido a cala Llentia —indica José con los brazos extendidos por encima de la cabeza—. Este es el lugar al que vengo cuando siento que hay algo que me supera o cuando necesito

encontrar inspiración.

—Es impresionante.

—Para mí es más que eso, aunque no puedo expresarlo con palabras, es como si algo me atrajera hasta aquí. No sé si es por su aire místico, ya que la columna central se encuentra alineada con la puesta de sol del solsticio de invierno, o solo se trata de la admiración que me provoca el artista y con el que me siento identificado, porque, al igual que yo, él también trabaja con las manos.

—Puede ser una mezcla de ambas, a fin de cuentas, el arte y el misticismo siempre han guardado una gran relación.

—Sí, es posible —dice él mientras admira el monumento—. En cualquier caso, te he traído aquí porque quiero contarte algo y es el lugar donde más cómodo me siento.

—De acuerdo.

—Ven, vamos a sentarnos, que las piernas me tiemblan un poco.

Nos dirigimos hacia un muro bajo que se encuentra en un lateral de la escultura y tomamos asiento. Volvemos a sumirnos en uno de nuestros silencios, momento que aprovecho para observar cómo brilla la placa de oro que corona el monolito central. Resulta hipnótico y reconfortante a la par.

—Verás, siempre digo que fue mi padre quien me hizo recapacitar sobre mi vida al despertar de aquel coma —comenta José al cabo de unos minutos—, sin embargo, esa es una verdad a medias, ya que en realidad mi abuela Anunciación se le adelantó.

—¿Esa abuela que murió cuando teníamos doce años?

—La misma —contesta con la cabeza gacha, intentando mirar a todas partes menos a mí—. La cuestión es que, mientras mi cuerpo estaba en esa cama de hospital, yo me encontraba en una habitación blanca por completo. Recuerdo estar sentado todo el tiempo, sin hacer nada, siempre en la misma posición, y mirando a un punto indeterminado. En aquel lugar yermo, ni sentía ni padecía, mi cuerpo y mi mente se encontraban en letargo.

—¿Nunca tuviste curiosidad por saber qué pasaba? —intervengo, sorprendiendo a mi amigo, cuya expresión me indica que no esperaba que aceptase sin tapujos lo que me está contando.

—Es un poco difícil de explicar, pero no, era como si ya supiese que aquel sitio formaba parte de la antesala de mi desenlace y que mi único papel era esperar. —Sus ojos conectan con los míos y yo asiento con la cabeza para señalar que comprendo lo que me dice y también para darle los ánimos que necesita para continuar—. Así pasé todo el tiempo que estuve en coma, aunque mi sensación es que solo habían pasado unos minutos. Sin embargo, antes de despertar, mi abuela me visitó.

—¿Y qué te dijo?

—Bueno, aparte de ponerme de vuelta y media por lo zoquete que había sido, vino a informarme de que me habían concedido una segunda oportunidad. No me dijo quién o quiénes, solo que habían visto un gran potencial en mí, además de algo especial que latía en mi interior. Así que, con uno de esos cachetes cariñosos que siempre me daba en la cara, me advirtió que no desaprovechara mi tiempo de nuevo, que era más fuerte e inteligente de lo que pensaba, y que había mucha gente que sufriría si yo me iba. Después, me dio la mano para ayudarme a volver con los míos.

—Me extraña que no añadiera nada más, con lo tremenda que era.

—Por supuesto que lo hizo, colega —asegura mi amigo y ambos sonreímos—. Añadió que como se me ocurriera palmarla antes de tiempo, se pasaría toda la eternidad probando conmigo la puntería de su zapatilla.

Los dos estallamos en unas carcajadas que hacen eco en el basalto, recordando a aquella mujer menuda de nervios de acero, que en todo momento tenía un plato de comida preparado para ti y que, a pesar de la época que le tocó vivir, siempre fue por delante de la sociedad.

—Te agradezco que hayas compartido esto conmigo, José, pues entiendo que es algo muy especial y privado para ti.

—Especial, sin duda, ya que es el último recuerdo que guardo de mi abuela y una nueva ocasión que me concedieron para volver a verla. Y privado también, pero no porque considere que deba guardarlo para mí, más bien porque, si se lo contara a todo el mundo, pensarían que estoy chiflado. Lo que me sorprende es que tú no lo consideres.

—Yo no soy quién para juzgar las experiencias de nadie; además, tengo unas amigas que poseen, digamos, una serie de capacidades especiales y a su lado he sido testigo de cosas extraordinarias. Para mí tu vivencia es tan válida como cualquier otra, aunque no haya sucedido en este plano —digo mirando con fijeza a mi amigo, expresando con mi rostro la veracidad de mis palabras—. Por otro lado, podemos decir que yo también he experimentado algo parecido esta noche.

—¿El qué?

—Mi madre me ha visitado en sueños, aunque yo lo he sentido como si fuera real, hasta la he podido tocar y la he sentido otra vez entre mis brazos.

—Estoy seguro de que ha sido tan real como lo mío, Jesús.

—Yo también lo creo, amigo.

—¿Puedo saber qué te ha dicho?

—Más o menos algo parecido a lo que tu abuela te dijo a ti, aparte de que ha querido recalcar que yo no tuve la culpa de su muerte.

—Y así es, exactamente lo mismo que te dije yo con respecto a nuestro accidente cuando nos volvimos a encontrar. Por lo visto, no me hace falta meterte otro sermón, como tenía previsto. La cuestión ahora es si piensas hacernos caso o prefieres seguir malgastando la arena del reloj.

—Tengo miedo, José —admito al fin, sacando la cabeza del agujero donde la había metido—. Me aterra no ser suficiente para ella, dar un paso en falso y perderla, que un día se levante y piense que ha cometido un error conmigo o que igual solo era una fantasía.

—¿En verdad piensas que Mila es ese tipo de persona?

—No —contesto rotundo—. Sin embargo, cualquier temor es capaz de nublar nuestra razón y de abocarnos a los pensamientos más ilógicos.

—Lo sé, pero el miedo solo se combate enfrentándote a él. Dime qué prefieres, colega: ¿una vida lineal, sin ninguna inquietud ni persona con quien compartirla, o una montaña rusa junto a tu mujer, donde cada subida y bajada te recuerde que estás vivo?

—Sin duda, lo segundo, creo que ya he tenido suficiente de lo primero.

—Entonces, ¡a por ello!

Como dos resortes, nos levantamos del muro que nos ha acogido durante esta hora y nos encaminamos hacia la furgoneta. En el camino de vuelta a Santa Eulalia recuerdo uno tras otro los instantes pasados al lado de Ricitos, y eso me ayuda a afianzar más mi decisión. Solo espero que ahora los planetas se alineen en mi favor.

Llegamos al pueblo y José aparca la furgoneta frente a la tienda de Valentina. Ha llegado el momento de enfrentarse al lobo feroz vestido de Caperucita.

—Supongo que vienes para impedir que Chocolatina se marche de la isla, porque, si no es así, ya te estás largando por esa puerta —dice mi amiga en cuanto pongo un pie en sus dominios.

—¿Mila se marcha? —pregunto sintiendo como un nudo se instala en mi estómago.

—Sí, antiguo padre cañón, está tan hecha polvo que se larga, así que ya puedes poner en marcha ese cerebro tan magnífico que tienes y hacer algo que sea la hostia para que se quede — contesta con su dedo acusador en alto—. Espero mucho de ti, ojos azules, no me decepciones. Yo no doy la cara por cobardes.

—No te fallaré —suelto de golpe, como si fuera un personaje de cualquier fantasía épica. Es la presión que provoca el efecto Valentina, que te hace decir cosas sin sentido.

—Perfecto —indica ella levantando la barbilla con una pose triunfal—. Este sábado hemos quedado en un karaoke para despedirla, tienes hasta entonces para idear el mejor plan de la historia para recuperarla. Ahora, lárgate de mi vista.

Tal y como me indica, salgo de su tienda tan rápido como me lo permiten mis piernas hechas gelatina. Cuando estoy a una distancia prudencial, respiro hondo y me doy cuenta de que José está a mi lado cuando posa su mano en mi hombro.

—Madre mía, esa mujer es cojonuda —dice para después soltar un par de carcajadas secas—. Te juro que me ha faltado poco para mearme en los pantalones, y eso que no me miraba a mí.

—Sí, forma parte de su encanto.

—Desde luego —contesta mi amigo todavía riéndose por lo bajo—. Bueno, ¿qué tienes pensado?

—Ahora mismo no se me ocurre nada, estoy en blanco. ¡Dios, qué presión! ¿Qué se suele hacer para recuperar a una chica?

—No lo sé, nunca he perdido a ninguna, pero tengo entendido que la gente suele tirar de flores, corazones y bombones, aunque personalmente lo veo un poco manido. Además, por lo que ha dicho Valentina, eso sería peor que tirarle un mojón a la cara.

—¡Por favor, José, no me estás ayudando!

—¡Lo siento! Estoy intentando conectar con mi vena romántica, colega. Cálmate un poco.

—¡¿Cómo quieres que me calme?! Mila se va y yo no puedo pensar con claridad, no tengo ni idea de lo que esperan las mujeres, y por lo visto, tú tampoco.

—No, pero...

—¿Qué?

—Tus otros dos amigos, ¿cómo se llamaban?

—¿Kalevi y Yotuel?

—¡Sí, esos! Ellos están emparejados, igual nos pueden dar alguna pista.

—¡Eres un genio!

—Para nada, solo tengo mis días.

Sin más tiempo que perder, cojo mi móvil y marco el teléfono de Yotuel. Al cabo de dos tonos lo coge y le explico la situación, que en estos momentos la noto demasiado fuera de control. Él me tranquiliza y me cita en un cuarto de hora en el Viva Cuba.

José y yo nos ponemos en marcha, tardamos apenas cinco minutos en llegar al restaurante, donde Maritza nos da la bienvenida y nos lleva hasta una mesa apartada del resto.

—Aquí estaremos tranquilos —dice la madre de Yotuel tomando asiento a nuestro lado.

—¿Estaremos?

—Sí, tú me ayudaste mucho cuando más lo necesité.

—Yo no hice nada, Maritza.

—Eso es lo que tú crees, fiñe, sin embargo, nunca me sentenciaste por lo que soy y siempre has estado ahí para tenderme la mano, ahora es mi turno de devolverte todo lo bueno que trajiste a mi vida, Jesús.

—Gracias, de corazón.

Me gustaría decirle algo más, pero el nudo que antes tenía en el estómago se posa en mi garganta, impidiendo que las palabras salgan. Menos mal que mis amigos se encargan de romper el momento con su aparición, porque me falta poco para echarme a llorar de nuevo.

—¿Cómo andas, *compay*? —me saluda Yotuel primero con su tono alegre habitual.

—Podría estar mejor, la verdad.

—Hasta que no tengas ganas de vomitar, estás bien —contesta Kalevi, quien, por lo que me contó Mila, ya pasó lo suyo junto a Nati.

—De momento solo me apetece tirarme por un acantilado, ¿eso cuenta?

—Supongo que sí, el agua puede ser muy traicionera.

José aprovecha mi silencio para presentarse a Kalevi, pues a Yotuel ya lo conoce, y se hace un poco con el control de la situación. Como parece que me he tragado la lengua, es él quien se encarga de contar a los demás nuestra conversación con Valentina.

—¡Esa es mi pelirroja! Ay, cómo me gustaría estar ahora con ella.

—¡Céntrate, *seboruco*! —lo amonesta Maritza, dándole una pequeña colleja. Al pobre lo llevan frito entre Caridad y ella.

—Estás bien jodido, chaval —dice Kalevi con una sonrisa de lado; se nota que se lo está pasando en grande con mi sufrimiento.

—Jesús, no le hagas caso al mastodonte, esto es muy sencillo —interviene de nuevo Yotuel.

—¿Tú crees?

—Por supuesto, a ver, ¿cuál es la película favorita de Mila?

—Pues una de ellas es «Sister act».

—Mi hermano, a no ser que tengas un coro de monjas simpáticas, dispuestas a salir del convento para cantar en un karaoke, esa idea queda descartada.

—¿Era una idea? —pregunto bastante confundido.

—Claro, ¿qué piensas que hacemos aquí? —vuelve a la carga Kalevi, con su mirada de hielo fija en la mía—. En mi caso fue «Pretty woman», aunque en vez de limusina usé mi barco.

—Y Valentina bailó conmigo la canción final de «Dirty dancing».

—Así que a ti te toca cantar, colega —dice José riéndose hasta de mi sombra—. Menos mal que de pequeños fuimos al coro del colegio, es tu momento de hacer brillar esa voz tan angelical que tienes.

—¡Oh, no, por Dios! De eso hace como un millón de años y me daba mucha vergüenza cantar delante de la gente.

—Solo te digo una cosa, Jesús: si quieres a la chica, te toca mover ficha. Pero, para hacer una jugada perfecta y salir victorioso, debes hacer algo que recuerden hasta en tu pueblo —sentencia Yotuel.

—Estáis asustando al chico, par de brutos —dice Maritza mirándolos con desaprobación.

—No es verdad, *pura*, lo que pasa es que es muy tímido y seguro que está pensando que va a hacer el ridículo. Pero tranquilo, Jesús, nos tienes a tu disposición, haremos que esto salga bien, te lo prometo.

Los siguientes días nos dedicamos a ensayar en cada momento que mis tres amigos tienen libre y en verdad me divierto mucho estando con ellos. Sin embargo, la presión se va notando conforme las jornadas se suceden y el sábado ya estoy listo para tirar hasta la primera papilla, tal y como me indicó Kalevi.

Intento no pensar mucho en ello, así que mi día transcurre fuera de casa, visitando la población de Ibiza. Doy una vuelta por los alrededores, como en un restaurante cercano al puerto e intento evadirme de lo que me espera por la noche. No obstante, todos mis esfuerzos son en vano, ya que

conforme el reloj machaca los segundos, mis náuseas aumentan. Al final, decido volver para darme una larga ducha y prepararme, lo último que quiero es faltar a mi cita y perder la oportunidad de decirle a Mila lo que siento, aunque para ello deba exponerme frente a decenas de personas.

Dos horas más tarde, estoy en la puerta trasera del karaoke esperando a mis amigos. Estos no tardan en llegar, vestidos para la ocasión, al igual que yo. Los tres llevamos trajes de chaqueta negros y camisas blancas, cambiando solo en las corbatas. La de Kalevi es azul, la de Yotuel roja, la de José lila y la mía dorada, el color favorito de Mila.

Tras darle muchas vueltas y pensar en varias películas musicales que le gustan a Ricitos, llegué a la conclusión de que la mejor apuesta era «Moulin Rouge». Y no, no llevamos ligueros debajo de los pantalones ni vamos a salir con tacones y abanicos, sin embargo, sí que voy a cantar «Your song», que Ewan McGregor interpreta con tanto acierto en la película, y que siempre hace llorar a Mila por el sentimiento que encierra en su letra. Además, las mujeres Cruz, junto a José, con el consentimiento del dueño del local, han decorado todo el escenario como si fuera la habitación del personaje de Nicole Kidman, y puedo decir con orgullo que lo han clavado. Ahora solo falta que yo dé el toque final y todo salga a las mil maravillas.

Nos posicionamos detrás del escenario y a través de la rendija que dejan las dos cortinas que forman el telón puedo ver a Mila sentada justo enfrente. Está preciosa, ataviada con un vestido rojo, muy parecido al que lleva la actriz en el cartel de la película, y que sus amigas le han obligado a ponerse. Su cara es de absoluta confusión, supongo que no entiende por qué se han arreglado todas tanto para ir a un karaoke. El corazón me da un vuelco cuando mira en mi dirección y me tenso al pensar que ha podido verme, no obstante, gira la vista hacia otro punto y eso me relaja.

—Bueno, chaval, ¡allá vamos! —dice Yotuel con una sonrisa increíble que pretende darme ánimos.

—No te preocupes, tío, piensa que el mayor ridículo lo haré yo con mi nula capacidad para cantar —comenta Kalevi alzando una ceja.

—¡A por todas, colega! —me anima José, que está muy emocionado con lo que ocurrirá a continuación.

—Muchas gracias, chicos, por todo lo que habéis hecho por mí.

Y sin más, nos damos un abrazo conjunto, que por supuesto todos le recordaremos a Kalevi cuando quiera hacerse el duro.

—Y ahora, señoras y señores, vamos a dejar libre un momento el escenario porque tenemos algo muy especial —anuncia Pedro, el dueño del local, llamando la atención de las personas congregadas en el karaoke—. Señorita Mila, esto es para usted.

El telón se abre y desvela las cuatro figuras que nos encontrábamos tras este. Los focos me dan directos en los ojos, con lo que no puedo ver nada, algo que supone un punto a favor para mi timidez innata. Sin embargo, sí que puedo ver a Ricitos, a quien han puesto en una silla frente al escenario para que pueda ver bien la actuación. Cuando nuestros ojos se encuentran, ella abre los suyos al máximo en señal de sorpresa. Mi corazón late con fuerza y busca sintonizar con el suyo; espero que esta canción sirva para que vuelvan a bailar pegados en perfecta sincronía.

Mis amigos comienzan dando los primeros acordes, que realizan con sus gargantas mejor que cuando lo ensayamos. En un movimiento arriesgado, decidimos que no habría música, que haríamos la actuación cantando *a capella* y emulando lo que las chicas de «Dando la nota» hacían con sus cuerdas vocales. Pronto nos dimos cuenta de que era más complicado de lo que parecía, aunque con tesón acabaron cogiéndole el truco.

La señal para hacer mi entrada llega y me pongo el micrófono delante para comenzar a cantar aquello de «qué maravillosa es la vida, ahora que tú estás en ella», sin dejar de mirar un segundo a Mila. Pronto las lágrimas surcan sus mejillas y yo, a pesar de tener los ojos acuosos, hago un esfuerzo titánico para no seguirla. Debo terminar esta canción por ella.

Cuando solo queda un verso que cantar me acerco hasta Ricitos, quien se levanta despacio de su asiento. El mundo a mi alrededor desaparece, para mí solo está ella, el centro de mi nueva vida, la mujer que ha vuelto mi existencia del revés. A pesar de los aplausos que se escuchan en cuanto la balada finaliza, yo no desprendo mi mirada de la suya, por la que puedo ver pasar una serie de sentimientos que van desde la confusión hasta la adoración.

—Hola, Ricitos —digo apagando el micrófono, pues considero que este momento es solo para nosotros.

—¿Qué es todo esto, Jesús?

—Es mi manera de pedir perdón, entre otras cosas.

—Ya, te has enterado de que me iba y ahora vienes, ¿para qué, exactamente? ¿Para disuadirme y volver a tenerme comiendo de tu mano?

—No, Mila, no es eso. Me ha costado entenderlo, y te prometo que te lo contaré todo, pero he conseguido comprender que solo seré feliz si te tengo a mi lado.

—Lo siento, Jesús, pero no puedo creerte. Esto ya lo he oído antes y mira dónde estamos, ahora ya es tarde, lo tengo todo listo para irme.

—Si es lo que quieres, no me interpondré, para mí tus deseos están por encima de cualquier cosa —digo con la verdad por delante—. No te estoy pidiendo que me aceptes sin más, tampoco que nos vayamos a vivir juntos mañana, solo quiero que sepas que te amo de verdad y que no son palabras vacías. —Detengo un instante mi discurso para tomar una bocanada de aire y así poder ordenar mis ideas, esas que tenía tan bien estructuradas en mi mente y que se han convertido en humo dentro de mi cerebro.

»Como tú bien dijiste, estaba lleno de temores, tenía un miedo insólito a que otra circunstancia se interpusiera entre nosotros y te arrebatará de mis brazos. Pero no puedo seguir así, no me gusta cómo me siento mientras me encierro tras los muros y veo la vida pasar en blanco y negro. Yo no quiero eso, Mila. Me he dado cuenta de que deseo percibir todos los colores, también salir a la calle y sonreír cuando el sol me dé en la cara, o quedarme en casa para hacer una maratón de películas musicales, y todo eso solo lo quiero hacer contigo.

»Eres mi pieza clave, esa con la que me siento seguro porque sé que estará a mi lado para ganar cualquier batalla. Eres mi barca y mi puerto, eres todas las canciones escritas y las que aún faltan por escribir. Lo eres todo para mí, Ricitos, cuando no estoy contigo siento que el abismo se abre bajo mis pies y caigo a la deriva, perdiéndome en el infinito de la oscuridad. Mi amor, solo te pido una última oportunidad, aunque no me la merezca, para que pueda demostrarte lo que estoy diciendo.

Durante unos minutos, ambos nos quedamos callados y nos limitamos a clavar nuestra mirada en el otro. Sin poder contenerme más, mis lágrimas salen para hacer compañía a las suyas. Siento que la he fastidiado a lo grande, que ya es tarde para recuperarla, pues ella ha tomado su decisión. Ese pensamiento hace que miles de agujas ficticias se claven en mi alma, sin embargo, no puedo reprocharle nada, yo y solo yo he provocado esta situación, yo y solo yo tengo la culpa.

—De acuerdo —habla Mila tras el parón, dejándome un poco descolocado—. ¿A quién pretendo engañar?

—¿Cómo dices?

—Que yo tampoco quiero estar sin ti y que te doy la última oportunidad, aunque esta va a

llevar una lista tan larga de condiciones que igual se te quitan las ganas de seguir —dice mientras pone esa pose de reina que tanto me gusta.

—Aceptaré todas y cada una de ellas sin rechistar, Ricitos.

—No sabes lo que has firmado, Ojazos.

—Siempre y cuando estés a mi lado, soy capaz de poner mi rúbrica en todos los papeles en blanco que me pongas delante.

—Estás loco, Ojazos.

—Por ti, Ricitos. Te amo con todo mi corazón.

—Y yo a ti.

No puedo aguantar más mis ganas y junto nuestros labios, rememorando aquellos besos que nos dimos en lo que parece una eternidad. No sé lo que nos deparará el futuro, aunque ya me da igual, lo único importante es nuestro presente y el amor que nos profesamos, el cual me encargaré de calentar cada día para mantenerlo vivo.



EPÍLOGO

Mila

Rojos, naranjas y amarillos colorean el cielo creando una magia y una paz que solo soy capaz de sentir en este cachito de paraíso donde los problemas parecen ser menos, las pilas se recargan de nuevas energías, el aire se siente más puro, las personas más relajadas y la vida más bonita. Sé que parezco un anuncio de compresas o una hippie de los 60 hasta arriba de alegría, pero no puedo evitar sentirme flotar desde que encontré mi lugar en el mundo y, sobre todo, mi felicidad. Que no es por nada, pero hay que ver lo que le costó encontrarme a la jodida, eso sí, ahora que ya sé dónde está no pienso dejarla escapar.

Parece mentira que ya hayan pasado cuatro meses desde esa noche de karaoke en la que Jesús, con la ayuda de todos nuestros amigos, me sorprendió y apostó por nosotros, dejó atrás todas sus dudas, se puso el mundo por montera y regalándome el mejor espectáculo de mi vida me prometió que lucharía por nuestro amor. Desde ese instante se ha esforzado en cumplir sus palabras llenando mis días de colores, mis silencios de risas y mis noches —días, tardes o amaneceres— de pasión. Hemos avanzado juntos, aprendido de los numerosos errores que cometemos y madurado como pareja; tampoco voy a decir que todo ha sido perfecto, ya que mentiría, pues con mi genio e indecisión y su cabeza perfeccionista, también hemos discutido y mucho, sin embargo, las largas conversaciones y las fogosas reconciliaciones nos han hecho crecer como pareja.

Además de que esforzarnos por cumplir nuestros sueños profesionales nos ha dado tanta paz y

seguridad que parecemos capaces de enfrentarnos a todo y a todos. Mi chico —qué bien suenan esas dos palabritas y no hacen falta comentarios, que ya sé lo cursi que sueno— tenía claro que quería ayudar a los demás y qué mejor forma de hacerlo que montando su propio despacho de abogados con la ayuda de Juan, ese chico que parece un bala perdida y que en el fondo es un cachito de pan, con un corazón repleto de amor. Juntos forman el mejor equipo y tengo claro que harán grandes cosas, por no comentar lo sexy y apetecible que está Ojazos en modo letrado; vamos, que nunca imaginé que una toga pudiera ponerme tan a tono, claro que tampoco lo pensaba de una sotana o un alzacuellos, y ¡mirad cómo hemos terminado!

Mi cambio no ha sido tan radical, solo aparté todos mis fracasos y miedos, esos que llevaba arrastrando desde mis inicios, para dejar paso a mis ganas de triunfar. Todavía falta mucho camino para llegar a donde quiero, pero cada vez estoy más cerca, he grabado varios temas con una pequeña productora de la isla que comienza a dar buenos resultados y, tres noches por semana, canto en un local de nuevos talentos. Al principio eran pocos, por no decir solo mis amigos, los que iban a verme, sin embargo, con el paso de las semanas el público comenzó a aumentar y ahora hacen cola para verme e incluso me han contratado para varios eventos importantes. Mis prioridades han cambiado, ya no deseo llenar estadios o formar parte de las principales listas musicales, ahora solo quiero seguir disfrutando y emocionando a las personas que quieran escucharme, entregarles mi alma en cada actuación y atesorar esos instantes mágicos en los que soy feliz. Como siempre me dice Nicolás —que hombre más sabio no conozco—: hay grandes artistas en el mundo y artistas que hacen más grande el mundo, yo quiero pertenecer al segundo grupo y no me detendré hasta conseguirlo.

El apoyo incondicional de mis madres también me ha ayudado, sobre todo desde que me escucharon —algo inaudito, pues ellas suelen ir a su aire— y se vinieron a vivir a la isla. Se han enamorado, como lo hice yo, de este paraíso, y junto a Caridad, Ava, Nicolas, Maritza y Jasper han formado el escuadrón perfecto. Hacen miles de excursiones, sus noches de salsa son sagradas y su buen rollo contagioso; me encanta verlas tan felices e integradas en esta peculiar familia que hemos formado entre todos. Además, ver cómo han aceptado a Jesús y el inmenso cariño que se tienen termina de poner la guinda perfecta.

Chica, para un poco que tengo el azúcar por las nubes con tanta perfección y corazones, que ahora ya no vives en una montaña rusa, lo haces en la peli más ñoña de la historia. Esta sí que no ha cambiado, mi voz interior sigue tocándome las palmas en cada ocasión, pero en vez de enfadarme con ella o ignorarla, ahora la escucho y me río con ella, es parte de mi locura y, en el fondo, la quiero.

Los aplausos de la gente que me rodea comienzan a sonar con fuerza, dando por terminado un nuevo día, y no dudo en unirme a ellos. Sigo viniendo a la platja de Comte cada atardecer que puedo y sigo disfrutando de este regalo del universo, como lo hice el primer día. Aprovecho para reflexionar, agradecer y desconectar, para recargar pilas y sentir paz, escucharme y sacar fuera todos los problemas; resumiendo, es mi momento y lugar para conectar con la tierra y conmigo misma. Aunque hoy debo acortar la terapia, pues tenemos la inauguración de nuestra nueva casa, esa que vamos a compartir juntos y, como se me ocurra llegar tarde y dejar a Jesús solo con todos nuestros invitados, es capaz de dejarme sin orgasmos durante una semana entera y no conozco un peor castigo posible.

Nada más entrar en casa, Mimitos me recibe con uno de sus cariñosos bufidos, aunque, por lo menos, he conseguido con mucha paciencia y cientos de arañazos que el felino puñetero pase de odiarme a tolerarme y, cuando está de buenas, incluso dejarme acariciarle; a este paso, nos convertimos en inseparables. *Sigue soñando, bonita, a ese animal le hiciste algo en otra vida y*

ahora disfruta torturándote. Se cachondea mi vocecita, que goza demasiado de la extraña relación que mantengo con el gato del demonio.

El ruido en la cocina llama mi atención y lo que encuentro me deja con la boca abierta y las bragas empapadas. Sin camiseta y con unos vaqueros que le hacen un culo de infarto, observo como Ojazos está manos a la obra preparando diferentes platos, con gran facilidad. No me quejo, no solo porque sigo siendo una negada en los fogones, con los cuchillos e incluso con el horno, sino que, además, las vistas con las que me obsequia Jesús cada vez que cocina son todo un regalo para mis alteradas hormonas, que ahora mismo reclaman que me lance sobre él para comérmelo enterito y sin remordimientos, y claro, ¿quién soy yo para negarles nada?

Despacio me acerco y pego mi cuerpo al suyo, mientras paseo juguetona mi lengua por el centro de su espalda, y ¡qué espalda, Señor! Mis manos, que cuando están a su lado parecen tener vida propia, acarician sus abdominales y emprenden el camino hasta el botón de sus vaqueros, que abren sin ninguna dificultad. Su respiración se acelera con cada una de mis caricias y sé que está más que preparado para nuestro próximo encuentro, sobre todo, cuando deja lo que sea que tenga entre manos —que como imaginaréis no estoy para averiguarlo—, se gira y estampa nuestras bocas en un beso salvaje que termina de encendernos. Me toma entre sus brazos y rodeo sus caderas con mis piernas, sin dejar de besarnos, bueno, mejor dicho, sin dejar de devorarnos a la vez que mi vestido desaparece, llegamos al pasillo y ahí termina nuestro recorrido, pues nuestro deseo es mucho mayor.

Entra en mí de una fuerte embestida que me hace tocar el cielo y despierta mi lado más fiero, mis uñas se clavan en sus hombros, nuestras lenguas se enredan en una batalla que no tendrá ganador y ambos nos movemos desesperados por alcanzar ese orgasmo que tanto ansiamos. La pared amortigua los golpes y me dejará alguna marca, pero es algo que no me importa, y sigo sus movimientos, facilitando que me haga suya por completo. El éxtasis nos alcanza y nos hace gritar de puro placer, dejándonos con las respiraciones aceleradas, una capa de sudor bañando nuestros cuerpos y ganas de más.

—¿Estás bien? —pregunta acariciando mis labios con ternura.

—Estoy de lujo, Ojazos, prométeme que me recibirás así todos los días. —Su carcajada es contagiosa y me uno a ella.

—Lo intentaré, pero ahora nos toca correr, nuestros invitados están a punto de llegar y no me gustaría que mis suegras vieran lo que hago con su pequeña cuando estamos a solas.

Después de una ducha rápida, con algún jueguecito entre medias, volvemos a la cocina para terminar de preparar la cena; la suerte nos acompaña ya que, justo cuando lo tenemos todo listo, tocan al timbre indicándonos que el silencio y la calma que nos rodea desaparecerá durante unas horas. Los primeros en llegar son nuestros amigos, encabezados por Jordina y su eterna locura.

—¡Buenas noches, amores! La alegría, belleza e inteligencia ha llegado a vuestro hogar, bueno, Valentina, Nati, Yotuel, Kalevi y Víctor también me acompañan.

Los siguientes en llegar son Nicolás, Ava, las hermanas Cruz, Maritza, Jasper y Caridad, esta última con dos botellas de su mejor ron —lo de esta mujer es digno de estudio, yo de mayor me pido ser como ella, vamos, que firmo donde haga falta y sin pensarlo—. Mis madres son las siguientes, y cerrando llega José, acompañado de María. Estos dos tienen una química especial, se nota a leguas las ganas que se tienen, es una lástima que la costurera mantenga las distancias, porque si les ponemos el buey, la mula y el retoño ya tienen el pesebre montado. Para mi sorpresa, pues la simpatía no es su don, Mimitos se acerca al carpintero reclamando su atención.

—Hola, preciosa, qué ganas de volver a verte.

—No seré yo quien use etiquetas, es más, las odio con todas mis fuerzas, pero te aseguro que

Mimitos es un semental en todos los sentidos y con su mala leche lo mismo al llamarlo preciosa te saca los ojos —le explica Jordina mientras le ofrece una cerveza.

—Estás equivocada, sin embargo, no es momento ni creo que estéis preparados para lo que os tengo que contar, aunque te aseguro que Mimitos no es quien crees.

Otro pirado al grupo, si por algo dicen que Dios nos crea y nosotros nos juntamos, alguien equilibrado no encajaría en nuestro extraño grupo, ya que entre nosotros el único cuerdo es el rodaballo que está en el horno, pero que la nueva incorporación hable de nuestro gato como si fuese un humano, ya es preocupante.

—Pues nada, José, cuando quieras nos informas sobre la verdadera identidad de Mimitos, lo mismo es la reencarnación de Bruce Lee y sus arañazos son en realidad una muestra de artes marciales.

Los dejo con sus desvaríos y me centro en los demás, las diferentes conversaciones se suceden en el salón, llenando esta estancia de vida y alegría, aunque las que se llevan toda la atención son las tres princesitas: Yadira, Noora y Faith, unos torbellinos de energía que nos tienen a todos locos. Nunca me he planteado tener hijos, pero viéndolas a ellas, algo se remueve en mí y no dejo de imaginar a una muñequita con los ojos de Jesús, aunque de momento esa idea tendrá que esperar hasta que el juicio contra Judas finalice, algo para lo que solo faltan unos meses. En ese momento todo habrá terminado, ya no tendré que realizar más declaraciones, ni reconocimiento de personas, ni reuniones con los abogados, ni tendré que llevar protección a todas partes porque, aunque ese desgraciado esté encerrado, sigue moviendo sus hilos y, por lo tanto, sigo en peligro.

Ni Jesús ni Víctor me dieron opción, llevaría un dispositivo de localización y una sombra a todos los lados, no la vería, no sabría quién es, sin embargo, siempre estaría cerca y seguiría todos y cada uno de mis movimientos. Es algo que he aceptado y la verdad no me importa, solo espero que la justicia haga su trabajo, que todos los que estaban en ese despacho paguen por sus actos y nunca vuelvan a ver la luz, que pongan fin a esa mafia y que nadie vuelva a sufrir por su culpa. Si conseguimos eso, todo por lo que he pasado habrá merecido la pena y, conociendo a todos los que me rodean, sé que me ayudarán y no descansarán hasta que lo logremos.

—Te has quedado igualita de tiesa que la «Monna Lisa», eso sí, con más bronceado y un trasero perfecto —interrumpe mis pensamientos Jordina, con Mimitos en sus brazos.

—Hermanita, lo tuyo empieza a preocuparme, dime que no te drogas y que tus idas de cabeza solo son secuelas de las veces que te caíste de la cuna —la increpa Valentina, aunque la rubia la ignora y sigue acariciando a mi gato, que ronronea encantado.

—No seas borde y deja tranquila a la peque, sabes que es la más centrada de las cuatro y la mejor niñera del mundo. Por cierto, cielo —mira a Jordina con ojos suplicantes—, esta noche te quedas con Noora, necesito a Kalevi para mí solita y con la cantadora de fondo es imposible.

—Pues ya que estamos, llévate a Yadira y así yo también me doy una alegría o puede que dos.

Las tres empiezan a discutir perdiendo el tiempo y ganándose las miradas del resto, ya que todos sabemos que por mucho que se queje o niegue, esta noche Jordina dormirá acompañada y no por quien le gustaría, que no es otra que Mayelin, aunque ambas se empecinan en negar lo evidente, sino con dos bichitos que la llenarán de babas, gruñidos y patadas. Me separo un poco y contemplo a todas las personas que llenan este salón y que, por muy diferentes que seamos, hemos logrado formar un gran equipo, alocado y sin sentido, pero unido y único. Unos brazos que conozco a la perfección rodean mi cintura acelerando mi pulso, pega nuestros cuerpos y besa con dulzura mi cuello, poniéndome de un tonto que no podría explicar. Solo él es capaz de despertar tantos sentimientos en mí, solo a su lado soy feliz y solo de su mano quiero recorrer el camino que el destino me tenga preparado.

—Te quiero, Mila, gracias por darme un hogar, una familia tan maravillosa e instantes que me hacen sentir vivo. Has creído en mí cuando ni yo era capaz de hacerlo, me das fuerzas, ganas y esperanzas, eres todo lo que siempre deseé, eres todo lo que quiero en la vida y eres por lo que voy a luchar cada día.

—Lucharemos juntos, Jesús, te quiero en todas tus versiones, te quiero por lo que dices y por lo que callas, con sotana, toga, vestido y, sobre todo, desnudo; te quiero cuando sonríes o cuando te enfadas porque soy un desastre. Te amo porque me haces ser mejor persona, iluminas mi mundo y me haces invencible; eres mi mejor amigo, mi confidente y amante, eres todo lo que necesito para ser feliz.

Sellamos nuestras palabras con un beso repleto de amor que provoca los aplausos y cachondeo de los que nos rodean. Sonriendo como una boba enamorada, vuelvo a mirarlos a todos, siendo consciente una vez más de lo afortunada que soy, tengo a unas madres maravillosas que siempre me han apoyado, cuidado y llenado de amor, tres loquitas que no son hermanas de sangre pero sí de elección, y las volvería a escoger en esta y en todas las vidas que estén por venir. Amigos que son familia y un hombre que es todo lo que siempre soñé y que de forma inexplicable está tan enamorado de mí como yo de él. ¿Qué más puedo pedir? Nada, no quiero nada más, solo que el tiempo se pare, que este instante sea eterno y que sigamos viendo todos juntos la vida en mil colores.

AGRADECIMIENTOS



Violant G.G.

Crear Proyecto Navidad y Proyecto San Valentín fue tan especial, que no hemos dudado en seguir disfrutando de esta experiencia, lanzándonos a escribir una nueva historia y pensando en varias más. Tenemos una imaginación desbordante y muchas ganas de seguir con esta serie, que tan buenos momentos nos ha regalado y buena fe dan nuestras locas conversaciones de WhatsApp.

Darte las gracias, Edith, sería quedarme muy corta, este año no ha sido como esperaba y tú has estado en todo momento apoyándome, dándome el espacio y tiempo que tanto necesitaba. Gracias por ser como eres, por dejarme conocerte, por estar y entenderme, por saber qué decir en todo momento, pero, sobre todo, gracias por dejarme aprender y mejorar a tu lado.

De nuevo agradecer a nuestras maravillosas lectoras cero, por aceptar leernos y en el camino soportarnos. Majo, María José, Estrella, Antonia y Asun, vosotras sois una parte importante de esta serie. Gracias por seguir con nosotras.

A las chicas de @romanticasdelnorte, Ainhoa y Vero, gracias una vez más por ayudarnos y entender nuestra locura. Las palabras no sirven para agradeceros vuestro trabajo y dedicación, siempre dais y nunca os quejáis, siempre estáis, y eso es muy importante para nosotras.

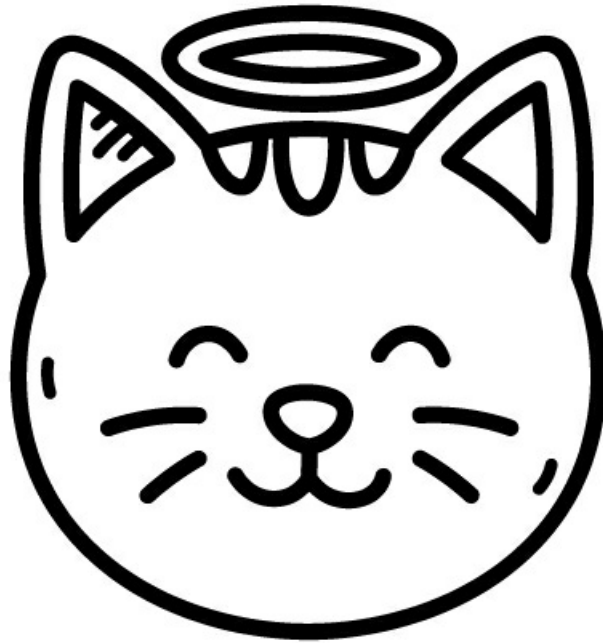
Ya lo he dicho en alguna ocasión y vuelvo a repetirlo, el trabajo de Boro (nuestro maquetador, portadista y la persona que más nos aguanta), es incalculable. Gracias por tu trabajo y paciencia, espero que esta vez nuestras aportaciones te ayudaran, de no ser así en la próxima seguro que lo

conseguiremos.

No puedo olvidarme de alguien que este año nos ha dado una lección a todos los que lo conocemos, eres un luchador, un guerrero y una maravillosa persona. Te quiero y admiro, gracias, Carlos, por dejarnos aprender de ti.

Gracias a mi familia por creer en mí y animarme en cada uno de mis proyectos, sois mi motor y mis ganas de continuar, en especial mis peques. Sabéis lo mucho que os quiero y lo orgullosa que estoy de vosotros, no dejéis de soñar ni soltéis mi mano.

Por último, a todas nuestras lectoras, gracias por vuestras preciosas reseñas, son un impulso para nosotras.



Edith Winter

El vínculo que creó Asun @lalokadeloslibros ha ido cogiendo fuerza y ahora ya vamos por nuestra tercera novela en equipo. Esta historia no ha sido nada fácil, para qué nos vamos a engañar. No solo hemos tenido que documentarnos un poco más que en los anteriores libros, también han ocurrido demasiadas cosas entre bambalinas. Y es que la vida no espera, ella sigue su curso y cuando se pone brava, lo único que puedes hacer es confiar en que amaine la tormenta. Sin embargo, aquí estamos, con una mayor fortaleza y una relación irrompible.

Agradezco de nuevo a Violant G.G, mi amiga y mi hermana perdida, por creer en mí y no dudar que nuestras locuras podían convertirse en una historia. Para mí ya te has pasado el juego y

te has convertido en mi heroína. No sé como lo haces, pero tu entereza, a la par que tu talento, son admirables. Eres el ejemplo perfecto de que si la vida te da limones, pues hay que hacer una buena limonada, al menos el tortazo nos pillaré hidratadas.

Gracias a nuestras lectoras cero por prestaros siempre a leer nuestras novelas, por vuestra dedicación, por darnos consejos tan valiosos y por arrancarnos una sonrisa con vuestras burradas: Majo @majolopezand, Asun @lalokadeloslibros, Antonia @mecaienunlibro, Estrella @leyendoconestrella y María José @promocionesesther. Al parecer, tenéis un nuevo crush literario.

A nuestras correctoras, Vero y Ainhoa de @romanticasdelnorte, no solo por la corrección, que lleváis a cabo con diligencia y mucho amor, también por esos momentos de pausa en los que hablamos de todo un poco. Espero que todo el mundo sepa lo increíbles que sois.

A mis amigas y mi familia, que siempre están pendientes de cualquier nueva publicación. Gracias por vuestro apoyo, por querer leer todo lo que sale de mi mente y por darme tanto ánimo.

A mi perrita Laika, alias la dominadora de mundos, simplemente por estar a mi lado y quererme como lo haces.

A mi marido, nuestro maquetador y portadista, por el gran trabajo que hace para que nuestros libros salgan a la luz. Creo que esta ha sido un poco más fácil, no voy a decir que te hemos dado un millón de ideas, pero al menos no te hemos puesto de los nervios. Gracias seguir a mi lado y hablarle a todo el mundo de tu mujer, la escritora.

A los lectores, por el cariño, las reseñas tan bonitas y por seguir a nuestro lado. Sin vosotros esto no sería posible.

Por último, me gustaría dedicarle este libro a mi padre y a mi abuelo, allá donde estén. Ambos se llamaban Jesús y me ha hecho mucha ilusión poder ponerle ese nombre a un personaje. De esta manera, los siento más cerca.

Books By This Author

¡Claro que sí! Violant G. G.

¡Claro que sí! Cuenta la historia de dos personas, unidas por un único destino.

Ana es una enfermera, de treinta y seis años, cabezona, histérica, cariñosa pero con la autoestima por los suelos. Acaba de separarse de un hombre al que no ama, por mucho que ella se haya empeñado, a lo largo de los años en no verlo y mucho menos aceptarlo. Como consecuencia de este desengaño, Ana deja de creer en el amor y solo se dedica a lo que mejor sabe hacer, ser madre. Junto a su mejor amiga Lola y sus tres niños, se marchan a un viaje que cambiara sus vidas para siempre.

Allí conoce a Eneko y su particular familia. Un bombero muy sexy con un pasado complicado y muy doloroso, que la embruja y descoloca, desde el primer instante en que se conocen, por mucho que ella intente resistirse. Eneko siempre logra calmarla, darle fuerza, confianza y eliminar todos los miedos y dudas que Ana siente ante cualquier cambio.

Dos personas rotas por el pasado, que no pueden negarse un presente. Dos personas que cuando por fin deciden darse una segunda oportunidad en la vida y en el amor, descubren que por fin sus vidas tienen sentido.

Una historia divertida, llena de locuras, risas, emociones, disparates, sexo y mucho, mucho amor. Una historia que hace replantearte que es la vida y sobre todo, qué esperas de ella.

Que para nuestra desdicha o nuestra suerte nunca es lo que esperas, pero si lo que realmente necesitas.

No dejes de soñar. Serie sueños 1. Violant G. G.

Gabriel Urrutia es un hombre de éxito.

Temido por sus rivales, deseado por las mujeres.

Muchos afirman que lo tiene todo en la vida, aunque él sabe que no es cierto. Desde hace diez años, hay una rubita que se le resiste, volviéndolo completamente loco.

Gracias a la celebración del aniversario de sus padres, puede que la suerte cambie y, al fin, consiga lo que tanto desea.

Roma Fernández es la mujer de las mil barreras.

Junto a su mejor amiga Luz, son dueñas de Sueños, una empresa encargada de realizar todo tipo de eventos. Como ellas suelen afirmar: "Desde una despedida de soltera hasta un buen divorcio, todo puede ser motivo de celebración."

Su trabajo es su vida, lo único que quiere y puede controlar. Sin embargo, todo cambia cuando el Señor Urrutia aparece en su taller, arrasando con todo y poniendo su mundo del revés.

Una historia inacabada.

Un pasado que sigue dictando el presente.

Demasiadas mentiras, incontables secretos y un deseo imposible de controlar.

Mi sueño eres tú. Serie sueños 2. Violant G. G.

¿Qué sucede cuando te das cuenta de que vives en una mentira?

¿Cuando todos los secretos salen a la luz y tu mundo se desmorona sin que puedas evitarlo?

¿Cuando tu pasado sigue persiguiéndote y dictando tu presente?

Destrozada después de descubrir todos los secretos que le ocultaban, Roma intenta recuperar su vida refugiándose en su familia y en su trabajo. Esforzándose en olvidar al hombre que la ha traicionado, rompiéndola en mil pedazos.

Por culpa de las mentiras y secretos que guardaba, Gabriel ha terminado rompiendo, dañando y perdiendo a la persona que más le importa en la vida. Quedándose solo, roto y perdido en su propia oscuridad.

Mientras, Paola disfruta viendo cómo su venganza está cada vez más cerca de cumplirse y no descansará hasta que termine con la vida de la persona que más odia.

Una venganza pendiente...

Un odio enfermizo...

Dos corazones rotos...

Una pasión que los consume...

Gala volando libre. Edith Winter

Gala es una chica tímida y sencilla que cree en el amor de los cuentos de hadas. Vive una vida que considera idílica junto a sus amigos Mariela y Axel, su perra Wanda y su novio Mario.

Un suceso inesperado marcará un antes y un después en la vida de Gala, haciendo que se dé cuenta de que su vida no es tan maravillosa como ella pensaba y comenzará a preguntarse si en verdad en algún momento ha sido suya.

La aparición de Adrián, no solo hará que Gala experimente sentimientos y emociones desconocidos hasta el momento para ella, sino que poco a poco conseguirá sacarla del caparazón en el que se había metido.

¿Conseguirá Gala emerger por completo y alzar el vuelo? ¿O se rendirá por miedo a avanzar y ser libre?

Proyecto Navidad. Violant G. G. y Edith Winter

Navidad, esa bonita época del año, donde todo es paz y amor, pero ¿qué sucedería si alguien intentara terminar con ella?

Nati adora la Navidad. Si la dejaran, tendría puestas las luces, el árbol, los adornos y las guirnaldas de forma permanente.

Este año, al fin cumplirá su sueño de viajar a Laponia en la época más mágica. Sin embargo, al llegar al famoso complejo de Papá Noel, los problemas no dejarán de aparecer.

El mayor de ellos será Kalevi, un ogro con cuerpo de infarto y pintas de vikingo, que odia todo lo que el destino y su linaje le tienen preparado. Para él, es una maldición y hará todo lo que pueda para escapar de ella.

Adéntrate en un mundo lleno de magia, amor, pasión y hermandad, donde el bien y el mal medirán sus fuerzas en un campo de batalla creado para mantener los sueños vivos.

Proyecto san Valentín. Violant G. G. y Edith Winter

Valentina es una diseñadora de moda, que se encuentra en un momento crítico de su vida. Un bloqueo la mantiene alejada de su gran pasión y su novio ya no la hace sentir mariposas en el estómago, si es que alguna vez las sintió. Necesitando una vía de escape, no duda en coger las maletas y marcharse a Ibiza en busca de inspiración.

De la mano de Kalevi y Nati, logrará instalarse en esa isla de hermosas playas y lugares llenos de magia. Sin embargo, no solo se reencontrará con estos, también tendrá que soportar a un cubano enamorado y con salsa en las venas, que la pone de los nervios con la misma facilidad que altera sus neuronas.

Por si eso fuera poco, algo oscuro se acerca y deberá batallar contra su némesis particular y sus malvados planes.

¿Conseguirá el cubano derretir el corazón de la diseñadora? ¿Podrá Valentina ganar la partida y encontrar la felicidad?